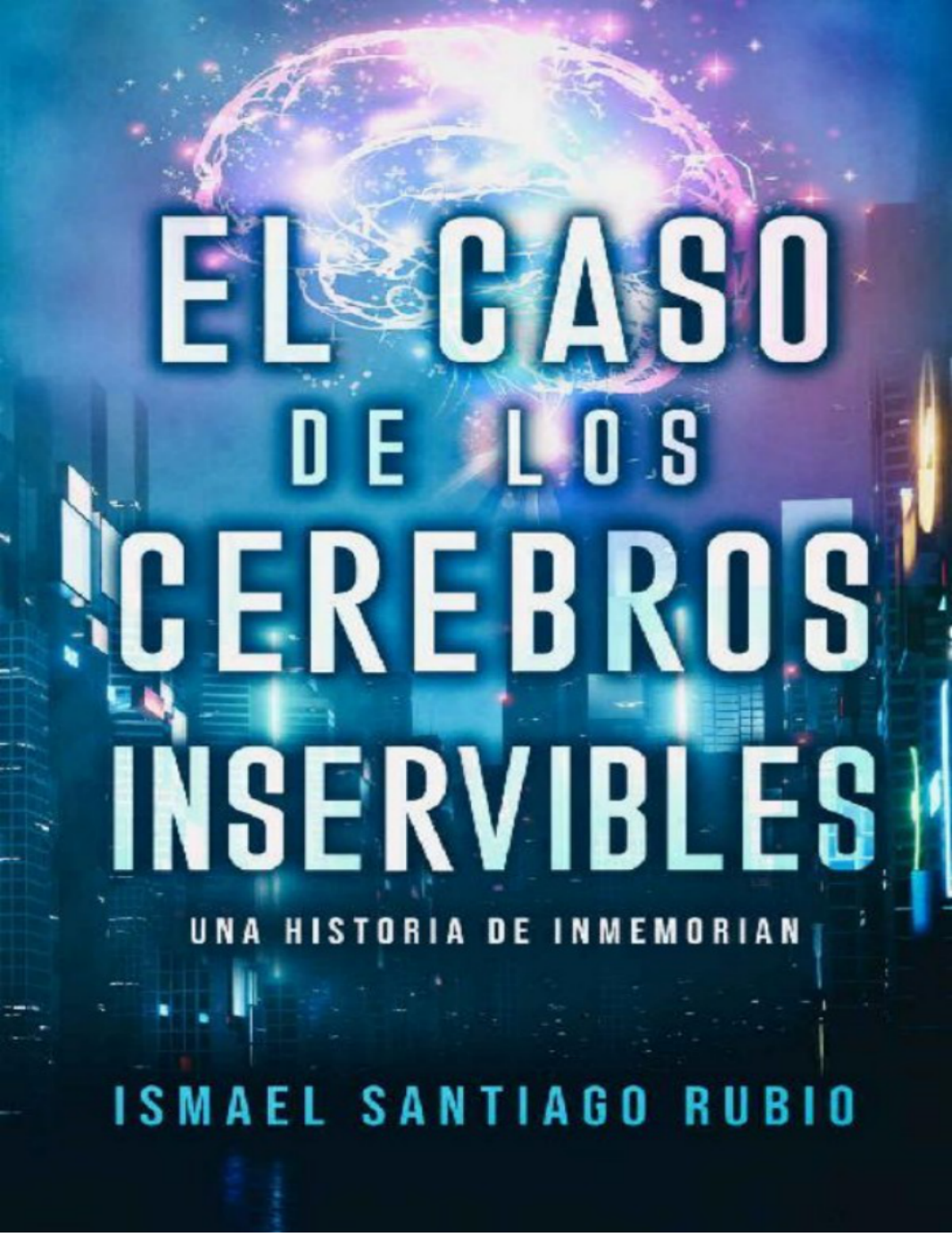

EL CASO
DE LOS
CEREBROS
INSERVIBLES
UNA HISTORIA DE INMEMORIAN
ISMAEL SANTIAGO RUBIO

EL CASO DE LOS CEREBROS INSERVIBLES

UNA HISTORIA DE INMEMORIAN

ISMAEL SANTIAGO RUBIO

© Todos los derechos reservados

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en ninguna manera alguna y por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo del editor o del autor. Todos los derechos reservados.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de su titular. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del Código Penal)».

Título: *El caso de los cerebros inservibles*
© *Ismael Santiago Rubio*

Edición publicada en junio de 2021
ISBN Edición tapa blanda: 9798514554232
Sello: Independently Published

Diseño de portada y contraportada: *Alexia Jorques*
Maquetación: *Alexia Jorques*
Corrección: *Tandro Quijada*

“A mi amigo Francisco,
pieza clave en la evolución de mis letras”.

Índice

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23

Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51

Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Nota del autor
Sobre el autor

Prólogo

Las propias víctimas nos cuentan cómo vivieron sus últimos momentos. Gracias a la abolición de la ley del silencio al no humano, los organismos policiales reciben nuevas denuncias para que se reabran casos cerrados, o se investigue sobre ciertas muertes dudosas del pasado. Los detectives Marc Duval y Ron Blake, junto a la consciencia de Margaret, se han convertido en un equipo infalible. Son el «as en la manga» de todos los grupos de la policía. La mayoría de comisarías están a favor de usar el nuevo servicio de *Inmemorian* a la primera, para resolver cualquier asesinato con la menor inversión de tiempo y esfuerzo. Ya nadie se acuerda de la ley que prohibía tener en cuenta los testimonios de las consciencias de los que ya no están. No obstante, existe un protocolo, unas normas que determinan en qué momento y en qué tipo de casos se deriva la investigación de un asesinato al nuevo departamento en el que trabajan los detectives de moda.

Copiar las consciencias de los recientemente fallecidos para poder hablar con ellos está agilizando la caza de criminales y contribuyendo a la limpieza de la ciudad. Pero, que la copia de alguien que ya no está tome consciencia de que ha regresado de algún modo, no es tan sencillo. Es una tarea delicada. Requiere de cierta implicación por parte del activador o mediador. Como sucedió con Margaret, pueden pasar semanas hasta que la consciencia que ha sido traída de vuelta acepte por completo su nueva existencia y se sienta lo suficientemente serena para poder recordarlo todo. No ver nada, no percibir nada físico, ni siquiera su propio cuerpo, no hallarse en ningún lugar, son los primeros factores de una serie de consecuencias que siempre sufren las consciencias recuperadas.

Al principio, un shock producido por el extraño nacimiento. La oscuridad, los primeros sonidos, las voces que inspiran temor. Al reconocerlas llega la confusión. Pero enseguida empiezan a recordar, a ordenar la vida que tuvieron. Surgen las primeras preguntas, se sienten perdidas, asustadas, nostálgicas cuando comprenden que han perdido todo lo que eran. Un mar de sensaciones les ahoga y oprime. Tienen la impresión de que no pueden respirar, aunque en realidad no les hace falta. Cuando la persona que ha movido los hilos para traerlos

de vuelta les explica que han regresado mediante *Inmemorian*, se completa el proceso y empieza la fase de adaptación. Sin embargo, este proceso no resulta fácil, sobre todo al principio. Para que una consciencia pueda afrontar un interrogatorio sobre su propio asesinato y aportar datos determinantes pueden transcurrir semanas. En el mejor de los casos, días.

En *Inmemorian* comprendieron que esto ralentizaba y dificultaba el trabajo de los detectives del DCI (departamento de criminalística de *Inmemorian*), y que proporcionaba ventaja a los asesinos, a los que les daba tiempo para borrar las pruebas, esconderse o poner tierra de por medio. Por ello han desarrollado las simulaciones en el cubo de Cicerone. Con ellas se evita ese largo y complejo proceso que experimenta la copia de la mente del fallecido al ser recuperada.

El cubo de Cicerone está instalado en *Inmemorian*, en la sala del departamento de criminalística que controla Margaret, lugar de trabajo de Blake y Marc. A diferencia de un cubo de realidad virtual común, desempeña una función diferente, especial. Una vez que ha sido copiada la consciencia de la víctima en la ficha, esta se carga en el cubo para conectar con ella. La pareja de detectives entra en él y se produce el encuentro. El cubo de Cicerone recrea ante ellos la imagen de la persona que fue en la víctima en vida, quien además puede verlos a ellos, su propio cuerpo y el entorno virtual que recrea su subconsciente. Un entorno que suele ser escogido entre sus recuerdos, porque le transmite bienestar, seguridad, o con el que mantuvo algún tipo de apego especial.

Todo esto evita que el sujeto no se reconozca a sí mismo y suaviza el proceso de carga. El cubo de Cicerone hace posible que cualquier consciencia cargada pueda afrontar el interrogatorio sobre su muerte casi de inmediato, pues la víctima tan solo contesta a las preguntas de los detectives dentro de un sueño en el que no tiene que invertir tiempo en entender por qué está allí con ellos. El cubo ha reducido ese complejo periodo de adaptación, que duraba días o semanas, a escasos segundos. Minutos en el peor de los casos.

Durante los primeros meses tras el caso de Margaret, era complicado encontrar a alguien que no hubiera oído hablar de ellos. La prensa sensacionalista los persiguió día y noche con sus helicámaras. Documentó sus primeros movimientos e investigaciones para miles de personas que seguían de manera virtual todo lo relacionado con la peculiar pareja de detectives. Se vendió un virtualshow sobre ellos.

Ha pasado casi un año, y aunque a diario se encuentran con personas que les reconocen, por fin pueden moverse libremente por

Boston. Ron Blake llegó a sentirse muy cómodo siendo el centro de todas las atenciones. Esto en ocasiones puso en peligro alguna investigación, pero le gustaba. Disfrutó mucho ese periodo de popularidad. En cambio a Marc, que desde siempre ha intentado pasar desapercibido por la vida, le pesó demasiado el ruido mediático de esos primeros meses. Ahora que todo eso ha pasado, vive más tranquilo. Sin la preocupación de ser perseguido, comienza a disfrutar de su trabajo. Los cursos intensivos de investigación criminal que han diseñado en la empresa para formarle en el oficio le ponen a prueba y desarrollan su intelecto con avidez. Según Blake, gracias a ellos empieza a desenvolverse medianamente bien en la calle. Además, está aprendiendo muy rápido las técnicas detectivescas de su compañero, que digan lo que digan y a pesar de sus prácticas al borde de la ley y de lo racional, le ha demostrado que es el mejor en lo suyo.

La primera parte del trabajo que se le ha encomendado la tiene aprendida: rapar la cabellera del difunto (en el caso de haber pelo), pegar los electrodos en el cuero cabelludo, instalar la pequeña máquina, introducir la ficha y esperar durante el copiado. La segunda fase también la conoce bien, es siempre igual: llevar la ficha al departamento de criminalística de *Inmemorian* para su carga. Y la tercera parte: el interrogatorio en el cubo de Cicerone. En cada una de ellas se concentra al máximo para aprender de su mentor. Fruto de su empeño adquiere nuevos conocimientos y técnicas que facilitan que las víctimas recuerden antes y colaboren confesando los detalles más importantes. No todo es tan sencillo como preguntar el nombre o las características de la persona que les causó la muerte. La aparición del departamento de criminalística de *Inmemorian* y sus novedosos métodos han cambiado la forma de perpetrar las muertes. Los asesinos ya no matan de frente ni a cara descubierta. Siempre llevan a cabo su cometido teniendo en cuenta que dos tipos extraños con oscuros chaquetones acudirán a los recuerdos de sus víctimas para intentar echarles el guante.

Capítulo 1

Martes, 4 de enero de 2095

El invierno penetra con fuerza en la ciudad. Un denso manto blanco cubre el suelo y las vías magnéticas que todavía no se han limpiado. El viento aúlla entre los edificios. Los copos de nieve se acumulan en montones aquí y allá, y la fina nieve de la superficie forma remolinos en el aire. Las autoridades recomiendan salir solo en helitaxi. El clima polar ha llegado a Boston.

Marc toma su café diario de después de comer. Creta, sentada frente a él, permanece activa y lo mira. Ahora comparte la mayor parte del tiempo con ella. Estos cuatro días sin trabajo, en que apenas ha salido de casa, la ha disfrutado al máximo en todos los sentidos. Quizá, por efecto del clima, el inicio de año está siendo tranquilo. Ni un solo caso para el DCI. Ni una sola llamada. Solo ha salido estos días para verse con Xanna. Una chispa de ilusión ha surgido en él desde que se ha enterado de que a su nueva amiga le han dado la tarde libre y que hoy también podrá verla.

La tranquilidad de la que disfruta desaparece pronto. *Inmemorian* responde al aviso de la comisaría de New Sudbury Street y, en consecuencia, Margaret inicia el protocolo de puesta en acción. Se acabaron las largas vacaciones navideñas para Marc y Blake. La pareja de detectives se reúne y se desplaza hasta la escena del crimen para proceder al copiado de la consciencia de la víctima. Nada más salir del vehículo, esconden las manos en los bolsillos de sus chaquetones. Tiritan mientras caminan por la plataforma del recibidor aéreo del apartamento. El gélido viento les muerde el rostro, se les cuela bajo la ropa. Se apresuran a resguardarse cuanto antes en el interior del apartamento.

Dos agentes de la comisaría de New Sudbury los esperan en la

escena del crimen, junto al cuerpo.

—¿Qué tenemos? —pregunta Blake de forma rutinaria nada más entrar en la vivienda. Ni siquiera le ha dado tiempo a mirar a la víctima.

—Un decapitado —aclara el agente David Rupert.

—Es cierto. ¡Qué asco! —dice Blake al aproximarse.

Marc evita mirar de continuo la desagradable imagen. Observa la evironball de la policía rodando de forma autónoma por la estancia.

—¿Cuándo ha muerto?

—El cuerpo está fresco, así que hace unas tres horas —responde Rupert.

—¿Y eso? —pregunta el detective señalando el pecho desnudo del fallecido, donde hay inscritas tres grandes letras mayúsculas que forman un triángulo. Una letra arriba y dos abajo.

David Rupert señala la pluma estilográfica del suelo que hasta el momento ha pasado desapercibida para los detectives.

—Me parece que lo ha hecho con eso —responde Rupert sin conocer el objeto.

—Vaya, vaya. —Blake se agacha para verla mejor. La contempla con disfrute. Le encantaría tener una pluma como esa. Es antigua, de otra época. De repente, aparta su atención de ella y se levanta rápido —. ¿Dónde está la cabeza?

—No, no. La cabeza no está. La hemos buscado por toda la vivienda y no aparece.

—Entonces, ¿por qué nos habéis llamado? Entenderéis que si no hay cabeza no puedo copiar nada —reprocha el detective—. Mucha suerte con vuestro asesino, el escritor de letras. Marc, nos vamos.

—¡Espera! El comisario Harry Horn os ha hecho llamar porque viene de camino para hablar con vosotros.

—¿Qué? ¿Que ese seboso ha salido de su oficina? No me lo creo.

William Sac, el otro agente de policía, no puede evitar reír. Blake le guiña el ojo.

—¿Y de qué quiere hablar con nosotros? Por mucho que nos cuente, si no hay cabeza… —interviene Marc, que intuye que el aviso puede arruinar su cita con Xanna.

David Rupert consulta su forearmphone.

—Ya se encuentra en el edificio, está subiendo.

—¡Será broma! ¿El ascensor aguanta a ese gordo?

Marc camina hacia la puerta y se asoma fuera de la estancia para comprobarlo. El indicador del ascensor anuncia que alguien sube.

—Sí, al parecer sí que aguanta —añade.

Grec Sandler, el agente que acompaña al comisario, le abre la puerta. A pesar de las gélidas temperaturas, Harry Horn llega sudoroso. Le falta el aire.

—¿Vienes de correr una maratón?

—Yo también me alegro de verte. ¿Qué tal estás, Ron Blake?

—Ahórrate las formalidades, todavía no he olvidado que me encerraste. —El detective lo desafía—. Al grano. ¿Para qué nos has hecho venir si no tenemos cabeza que copiar?

—Buenas tardes. —Harry Horn hace esperar a Blake. Saluda a Marc y al resto de policías, al mismo tiempo que recupera el aliento—. ¿Ya le habéis contado?

—No. Esperábamos que tú… —responde Rupert.

—No es la primera víctima que presenta letras inscritas en el pecho. En este caso tenemos una U, una S y una T —explica el comisario—. Hace siete días mis hombres se encontraron una escena similar. Parte del cráneo de la víctima se había desprendido a causa de un fuerte golpe. El agresor utilizó el orificio creado para vertir en los sesos del fallecido algún tipo de ácido. No dimos parte a *Inmemorian* porque el cerebro estaba inservible, quemado. Junto al cadáver había una pluma estilográfica igual que esa, con la que había escrito tres letras sobre el torso de la víctima. Una T, una O y una E. Formaban un triángulo exacto a este.

Blake saca su pequeño bloc de notas del interior de su chaquetón mientras el comisario sigue hablando.

—Hace dos días apareció otra víctima, un hombre con la cabeza aplastada. También en ese crimen había una pluma estilográfica y tres letras impresas sobre el pecho, una C, una R y una E. Eso nos hizo pensar que se trataba del mismo asesino. La aparición de este tercer cuerpo al que no se le puede realizar el copiado de consciencia, y con la misma firma que los anteriores —el comisario señala las letras de la víctima—, nos hizo comprender que estamos ante un asesino en serie que juega con nosotros, o mejor dicho, con *Inmemorian*, con vosotros, por lo de no haber cerebro que copiar. Las letras tienen que encerrar un mensaje.

—El corte del cuello es limpio —le interrumpe el detective, que se aproxima a ver el cuerpo—. Que tus hombres registren todo el edificio y los conductos de residuos de la calle en busca de la cabeza. Quiero que interroguen a todos los vecinos, quizá hayan escuchado o visto algo sospechoso. También a los vecinos de los demás casos. Y cuidado con lo que tocáis o pisáis, podéis borrar pruebas importantes. ¿Dónde fueron los anteriores asesinatos?

—El primero en el 40 de Lewis Street, y, el segundo, en el 24 de Cooper Street —contesta el comisario consultando su forearmphone.

Blake escribe en su bloc de notas. Al terminar lo guarda. Sin previo aviso se tumba en el suelo justo al lado del cuerpo y escudriña los alrededores a través de un objeto que solo Marc conoce.

—¿Qué diantres…? ¿Eso qué es? —Harry Horn y los tres agentes le

miran intrigados. No entienden nada.

—Se llama lupa —apunta Marc—. Su nuevo juguete preferido.

—¿Ya se ha desenamorado de su pistola ilegal? —se burla Horn entendiendo que Marc también se refería a ello.

—Bueno… No del todo. Aún la lleva.

Blake hace oídos sordos.

El comisario, Grec, Rupert y William no quitan ojo al detective, que se arrastra de manera cómica como un gusano alrededor del cuerpo del fallecido. Mientras Blake fija su mirada a través de la lupa como si estuviera solo, en busca de señales que solo él entiende, sin mostrar el menor interés a los allí presentes, Marc se pasea con cuidado por la sala con la esperanza de poder encontrar otras pruebas. Horn se cansa de esperar de pie. El detective sigue a lo suyo. Con la lupa en mano, examina minuciosamente el suelo, la pluma estilográfica, el cuello cercenado y las letras que presenta la víctima. Al comisario le castiga su sobrepeso. Resopla. Se aproxima a uno de los sillones de la estancia y se deja caer dificultosamente sobre él. La acción saca a Blake de su estado de trance.

—Acabo de decir que cuidado con lo que tocáis, y tú… ¿te sientas en un sillón?

—¿Qué más da? Eres muy pesado. La evironball lo está registrando todo.

—¡Largo de aquí! Oficialmente la investigación ya es nuestra —le ordena al mismo tiempo que firma el contrato de seguimiento del caso en su forearmphone—. Y vosotros… ¡Que nadie toque nada! —advierte a los demás agentes—. Me temo que no será tan fácil. Tendremos que resolver este caso a la antigua.

—Ron Blake, sus manías y su mal genio —musita el comisario mientras a duras penas consigue ponerse de pie. Blake simula que no lo oye.

El detective ya no está bajo el mando de Horn. Es más, la potestad que tiene ahora como detective primero del departamento de criminalística de *Inmemorian* convierte a cualquier policía, tenga el rango que tenga, en su subordinado mientras se trate de aspectos relacionados con los casos que investiga.

La evironball termina su función. David Rupert la recoge del suelo y la guarda.

—Esta tarde estarán listos los enlaces de los tres casos para virtual. Buena suerte con la investigación —dice el comisario a regañadientes y cansado. Abandona el apartamento ayudado por su acompañante.

Las evironballs tienen como función registrar cada rincón y detalles de la escena de un crimen con el propósito de preservar el lugar para posteriores visitas en virtual de los investigadores. Consiste en una esfera cristalina autónoma, de unos siete centímetros de diámetro, que

capta y graba en su memoria el entorno rodando de forma inteligente por el suelo mientras esquiva los obstáculos que se pueda encontrar. La policía las utiliza siempre que puede, nada más presentarse en los lugares donde se ha cometido un crimen. La activan durante los primeros minutos y la recogen cuando la esfera ha obtenido toda la información. En comisaría, los evironpast (cascos de realidad virtual) permiten a los agentes visitar cuantas veces necesiten la escena del crimen.

Siempre se escapan detalles en una primera visita que pueden hallarse posteriormente en virtual. Las evironballs evitan que nada ni nadie borre detalles del escenario del crimen. Pero también tienen inconvenientes, limitaciones que a Blake no le gustan, de ahí su insistencia en que no se toque nada para no contaminar la escena real del crimen. Hay cosas que no pueden ser registradas en virtual, por ejemplo el paso del tiempo y cómo este afecta a algunas de las pruebas más determinantes. En el escenario guardado en virtual la sangre no se reseca ni se coagula más de lo que ya lo ha hecho, el cuerpo no se pudre, los fallecidos no cobran más rigidez, no se puede conocer la textura de un objeto, no se puede mover nada ni cambiar objetos de sitio, no hay olores…

Capítulo 2

Ron Blake da parte a los servicios forenses de *Inmemorian* con el fin de que recojan el cuerpo para su examen pericial. Quiere que lo examinen a fondo. Sin perder ni un instante se dirige a la comisaria de Sudbury Street para establecer conexión con los escenarios de los crímenes anteriores. Según las explicaciones del comisario Harry Horn, no hay duda de que están relacionados. Quiere conocer todos los detalles cuanto antes. Acude solo. Marc se queda haciendo las averiguaciones pertinentes en el edificio junto a los agentes Willian Sac y David Rupert. Las conexiones en virtual están preparadas para un solo investigador, y esa labor la desempeña siempre Ron Blake.

En comisaría, el robot encargado de la Oficina de Atención al Investigador lo acompaña hasta el departamento que guarda los escenarios de los crímenes en virtual. Una habitación pequeña y una silla de oficina. El detective toma asiento sin mediar muchas palabras con el robot policía, que pronto se retira. Se coloca el evironpast y mediante su forearmphone establece la conexión. Aparece de inmediato en la escena del crimen como espectador. Desde un punto elevado, como si flotara en el ambiente, observa una sala de estar. La recreación virtual no materializa su cuerpo. Parece como si solo sus ojos estuvieran allí. A través del pensamiento controla sus movimientos por la estancia. Intenta captar cada detalle para hacerse una idea de lo que ocurrió.

A primera vista, tres elementos rompen con la estética y el orden del lugar. Un martillo de uña manchado de sangre en el suelo, al lado una bandeja de desayuno de aluminio con una abolladura, y un rastro compuesto por sangre y una sustancia viscosa que no reconoce.

Como si se tratara de un ente que ha aparecido en la casa, se desplaza siguiendo el reguero de sangre que le conduce hasta la víctima. Un hombre robusto que yace bocarriba. Ha recibido un fuerte

golpe que le ha deformado el cráneo y le ha ocasionado un profundo orificio, tal y como describió el comisario.

Antes de acercarse para escudriñar el cadáver, retrocede para examinar el martillo y aumenta su imagen al máximo. Sangre, la extraña mucosa y pelos de la cabeza de la víctima. Confirma lo evidente. Demasiado fácil para el detective. El arma homicida es el martillo, concretamente la parte de atrás, la uña, la misma que abolló antes la bandeja del desayuno.

Ron Blake regresa al cadáver y se acerca de manera considerable, utiliza los aumentos del sistema y pasea su vista alrededor. Allí no puede utilizar su lupa, pero no está mal el cambio. Casi parece que lo puede tocar. Le da la vuelta, lo mira de todos los ángulos posibles, aprovecha todas las perspectivas que consiguió grabar la evironball. Después se centra en las tres letras mayúsculas que presenta la víctima sobre su vientre, en su grafía, en la tinta. Aumenta todo lo que puede la imagen, se acerca a cada una de ellas. Primero a la T que culmina el triángulo, y luego a la O y a la E que hacen de base. Unos minutos más tarde se asoma por la cavidad craneal y comprueba que no hay masa cerebral. Solo quedan algunos grumos entre la sangre y la sustancia fangosa, la mucosa que hay por todos lados e impregna también el rostro de la víctima. Comprende. Ese líquido viscoso que le ha llevado hasta el cuarto de baño es el resultado de un cerebro deshecho, quemado por el líquido que el asesino vertió a través del orificio. Vuelve rápido a la sala de estar. Encuentra gotas de esa sustancia sobre el suelo. El asesino no llevó mucho cuidado. Los forenses de *Inmemorian* determinarán de qué sustancia se trata.

Los elementos indican que el asesino mató a su víctima en la sala de estar, después quemó allí mismo los sesos de la víctima con el ácido y finalmente la arrastró hasta el cuarto de baño. ¿Por qué actuó de ese modo? Por muy bueno que sea, no puede saberlo solo visitando una memoria virtual y estática del suceso.

El detective saca unas cuantas conclusiones de lo que está viendo: momentos previos a su muerte, la víctima se protegió contra el primer ataque del martillo con la bandeja de aluminio. Al segundo intento de su agresor, encajó un golpe certero que le causó la muerte, y ya no recibió más. El asesino quemó el cerebro con ácido para evitar que se pudiera realizar el copiado de consciencia. Puede ser que tuviera planeado golpearle hasta abrirle la cabeza para rociarle de igual manera la sustancia en los sesos, pero al crear un orificio más o menos limpio y definido en el cráneo con el primer golpe, decidió aprovecharlo, quizá para que le quedara más profesional. Blake tiene claro que el artífice de todo esto utiliza la escritura para decirle algo. No cree que sea un tipo de firma, pues las letras no se repiten. Por último, sabe que los elementos son demasiado esclarecedores. Los

escenarios que se suele encontrar no son tan obvios. El investigador más inexperto hubiera sabido recrear lo sucedido allí. Por lo tanto, la escena del crimen está preparada para contar esa historia, la que el autor quiere mostrarle al detective. Se ha dado cuenta enseguida de ello.

Ya ha visto todo lo que tenía que ver. Si algo le ha quedado claro, incluso antes de visitar el siguiente crimen virtual, es que alguien está jugando con ellos. Desconecta el sistema desde su forearmphone. Echa mano de su pequeña libreta y toma una serie de notas antes de iniciar la segunda conexión.

Capítulo 3

C
R E

Sin moverse del sitio, como si de una máquina del tiempo se tratara, Blake avanza cuatro días. Conecta con la siguiente escena del crimen. Ahora ve un dormitorio con todos sus elementos: paneles despertadores recreativos, un armario incrustado en la pared, una mesita de noche y una cama cuyas sábanas están arrugadas y desplazadas, como si alguien hubiera tirado de ellas. Lo demás todo en orden, excepto por un hombre muerto tirado en el suelo a los pies del armario empotrado. Otra vez tiene la impresión de que la escena es demasiado obvia.

El fallecido está bocarriba, como el anterior. Su torso al descubierto muestra tres letras que conforman un triángulo: una C arriba, una R y una E abajo. La posición de encogimiento de sus extremidades señala que ha sufrido. Su brazo derecho, dislocado hacia atrás, indica que ha habido un forcejeo. Este hombre no murió al primer golpe como el anterior. Las incontables salpicaduras de sangre han alcanzado las paredes, incluso las más alejadas, y han impregnado la ropa de cama y el entorno más próximo. Blake encuentra un rostro irreconocible en una cabeza aplastada que ya no existe en el epicentro de las sangrientas explosiones. Un simple amasijo de carne, pellejo y pelo. ¿Cuántos golpes recibió para acabar así? ¿Qué objeto empleó el asesino para aplastarla con esa contundencia?

El detective recorre cada rincón del dormitorio en busca de respuestas, pero no descubre nada nuevo. Presta especial atención a las tres letras inscritas en el pecho de la víctima. Utiliza los aumentos del sistema para acercarse todo lo que puede a cada una de ellas. Ante la falta de datos, decide asomarse al otro lado de la puerta, ver el resto de la casa, pero no le es posible. La policía solo puso a trabajar la evironball en la habitación. «Menuda panda de incompetentes», piensa Blake. Por eso prefiere investigar los escenarios reales y prescindir de

recreaciones virtuales que tanto dejan que desear, y que en ocasiones incluso lo confunden. Le fastidia haber llegado tarde, tener como única opción la visita virtual en los dos primeros escenarios de lo que parece ser un caso complejo y peliagudo. Han pasado demasiados días y el escenario real debe de estar muy contaminado. Para poder hacerlo como él prefiere, para que no se le escape ninguno de los detalles de los próximos asesinatos relacionados (Blake está seguro de que ocurrirán, pues las tres letras han iniciado un mensaje que debe avanzar) tiene pensado poner en aviso a todas las comisarías de Boston. Independientemente de que pongan a trabajar a las evironballs en los próximos escenarios, quiere ser el primero en inspeccionarlos para proteger cada lugar de los hechos. No está dispuesto a perder ni una pista más.

El detective se desconecta. No tiene nada más que ver allí.

Capítulo 4

Todavía sentado frente a la mesa del despacho, Ron Blake dibuja el patrón de desbloqueo sobre el interior de su antebrazo para atender el nuevo aviso de Margaret en su forearmphone. En este caso su amigo Peter Cinteno precisa de sus servicios. Tras la información recibida contacta con su compañero.

—Dime —responde Marc desde el otro lado de la conexión.

—En marcha. Tenemos un nuevo aviso.

—Pero… Me pillas a mitad de un interrogatorio.

—No hay tiempo que perder, déjalo para más tarde.

Marc finaliza la conversación que el agente David Rupert y él mantenían con Ramón Hernández, vecino del fallecido decapitado.

—A este ritmo tendrán que aumentar la plantilla —bromea el aprendiz de detective—. ¿Otro cuerpo sin cerebro?

—Negativo. Me comunican que se trata de otra cosa. Nos precisan de manera urgente en la escena de un crimen.

—¿En serio? —se queja—. Tenía plan para esta tarde y……

—No me vengas con esas, ya conoces cómo es la vida del detective. Nos vemos en el Coliseo en diez minutos.

Marc consulta la hora en su forearmphone y suspira.

Blake llega tres minutos antes que su compañero. A pesar de la ola de frío que azota Boston desde hace días, le espera en la puerta del Coliseo, en la calle, bajo el resplandor de las potentes luces de neón del local de copas de moda. Unas luces que tiñen la nieve acumulada a su alrededor de color fucsia.

Marc activa los imanes de aparcamiento de su vehículo especial al lado del de Blake. Idénticos, réplicas uno del otro, permanecen solitarios en la explanada Pine, a cien metros de la entrada al local.

—¿Es aquí? —pregunta Marc nada más llegar.

—No. Aquí al lado. Vamos, te lo cuento por el camino.

Las pisadas de ambos se hunden en la densa nieve que cubre el pasaje para peatones de Washington Street.

—¿Te acuerdas de mi amigo Peter Cinteno?

—Sí. Claro.

—El jefe de la comisaría Meridian Police Center que nos ayudó a

derogar la ley del silencio al no humano.

—Te he dicho que sí que me acuerdo. ¡No se puede caminar por aquí! —A duras penas pueden avanzar. La nieve les llega casi por las rodillas—. ¡Maldita nieve!

—Tu tía me ha pasado un nuevo aviso. Peter Cinteno precisa de nuestro servicio en este caso. Una mujer ha llamado a su despacho al encontrarse a su marido tieso en el sofá.

—Pero… ¿Hay muestras de violencia? ¿Cómo sabemos que se trata de un crimen? ¿Por qué nos llaman a nosotros?

—Marc, te noto un tanto impaciente. Tienes que acostumbrarte a que no existen horarios en nuestro trabajo. Que si por qué nos han llamado…, que si la nieve es una mierda… —Blake imita los últimos gestos de Marc—. La nieve es bonita, mírala. —Coge un puñado y la lanza al rostro de Marc—. Disfruta de la vida y no te quejes tanto.

—No me he quejado. ¡Y no he dicho que la nieve es una mierda! Solo que… —dice mientras intenta secarse la cara con las manos—. ¡Joder! ¡Qué fría!

—Venga, Marc, ese careto que traes lo dice todo. Desde que te has enamorado te encuentro irritado.

—Te he dicho mil veces que solo somos amigos.

—Sí, ya… Y tampoco estás así porque el aviso de Peter Cinteno te ha fastidiado la cita con Chana.

—Xanna. Se llama Xanna. —Marc resopla y niega con la cabeza. Cuando Blake se empeña en pronunciar un nombre mal, lo dirá siempre mal. Sabe que lo hace a propósito para molestarle. Pero no va a concederle el placer.

—Ella es tu mayor problema. Si te la tiraras de una vez…

—¡¿Quieres no hablar así?! —No sabe qué le molesta más, si el dolor de sus pantorrillas ante la dificultad y la sensación de que se le hielan al caminar entre cuarenta centímetros de nieve, o aguantar las sandeces de su compañero. Respira hondo para contenerse. El helor de la noche se cuela en sus pulmones y le hace toser.

Giran a la izquierda hacia Savoy Street mientras su compañero insiste:

—No tiene sentido retrasar lo evidente. A Chana le gustas, y me parece que también le pone tu pelirroja. ¿Has visto cómo la mira? Sé reconocer una mirada de vicio cuando…

—¡Blake!

En ocasiones no conoce límites y eso a Marc lo corroe por dentro.

—¿Has averiguado algo? —Blake cambia de tema al comprobar que su compañero está a punto de cruzar la línea roja.

—Que el asesino debió utilizar un arma blanca larga y muy afilada para decapitarlo de ese modo.

—¿No me digas? —le vacila.

—Porque le cortó el cuello a la primera.

—¿Algo más aparte de lo evidente?

—Resulta extraña la existencia de un solo charco de sangre. Este tipo de agresión tendría que haber producido una escena mucho más sangrienta.

No hay que ser un experto en la materia para llegar a esa conclusión. En cambio, esa reflexión le agrada algo más. Percibe que su compañero le pone empeño.

—O limpiaron la estancia tras el asesinato, o lo mataron en otro lugar y luego colocaron el cuerpo allí y cada elemento de la escena para nosotros. Comprobé mis sospechas con la lupa.

—Pero se dejaron el charco de sangre sin limpiar —apunta Marc.

—No exactamente. Lo añadieron después.

—¿Eso podría significar que la sangre no es de la víctima?

—Exacto. Sangre de vaca, la reconozco muy bien. Por cierto, ni rastro de la cabeza, ¿verdad?

—De momento no ha aparecido.

—Y no aparecerá. ¿Has hablado con alguno de los vecinos?

—Sí. El agente Rupert me acompañó. De las tres viviendas de la planta, me dio tiempo a entrevistarme con dos residentes, con Ramón Hernández, del 80C, y Betty Mall, del 80D, hasta que tú me has interrumpido. Rupert me ha dicho que acabarán ellos la faena, visitarán a todos los vecinos vivienda por vivienda como tú demandaste.

—¿Escucharon algo o vieron algo sospechoso?

—Ramón es un hombre muy viejo, y solo sale de casa con sus hijos cuando lo visitan. No vio nada, ni se enteró de nada hasta que yo se lo dije. Y Betty vive obsesionada con los líos amorosos de su vecina de arriba. Ha comenzado a hablarme de sus amantes y la he tenido que cortar. La típica mujer de cierta edad, cotilla y que se aburre. No he visto nada atípico ni sospechoso en ellos. ¿Y tú, qué has averiguado en virtual?

—Tenemos a un asesino en serie sin lugar a dudas. Nos las vemos con uno o varios individuos de mente privilegiada que están jugando con *Inmemorian*, pues cada uno de los elementos que me he encontrado en los diferentes escenarios han sido colocados al detalle para dar lugar a panoramas ficticios y tratar de confundirnos. Tenemos que actuar con inteligencia y que todo este ruido de fondo no desvíe nuestra atención. A partir de este momento solo tendremos en cuenta que el responsable de las muertes, o responsables, ya que todo apunta a que el asesino tuvo que recibir ayuda de algún tipo para preparar los escenarios con ese detalle, trata de desconcertarnos. Puede que muchas de las cosas que veamos no sean reales. Por un lado, se está señalando la debilidad del DCI, nos ponen en evidencia

dejando los cuerpos sin cabeza. Y por otra parte, escriben las letras sobre el cuerpo de las víctimas. Se puede decir que nos dejan un mensaje mediante dos vías diferentes.

»Nuestro objetivo es descubrir cuanto antes quién o quiénes tienen intereses contra el nuevo departamento de criminalística, y si las víctimas elegidas tienen alguna relación, son elegidas al azar, por venganza, o por algún otro motivo.

Marc se agobia solo de escucharle. Sabe, al igual que Blake, que «el caso de los cerebros inservibles» (así lo han bautizado en comisaría) requerirá de ellos una implicación extra, pues se enfrentan a un asunto de apariencia complicada en el que no hay consciencias que copiar ni a las que interrogar.

Blake alza la vista. Mira la alta fachada del bloque de apartamentos al que han llegado y luego invita a su aprendiz a entrar en el portal.

—Es aquí. Hemos llegado.

—¿Una planta baja?

—No. El fiambre se encuentra en la planta 81.

—¿Y qué hacemos entrando por aquí? ¿Me has hecho andar por la nieve con lo mal que está la calle? —dice señalando las huellas que han dejado.

—Me han avisado de que no podemos utilizar el recibidor aéreo del apartamento.

Hasbro, un policía pelirrojo y delgaducho, les espera en la entrada del edificio.

—¿Qué tenemos? —le pregunta Blake. Los tres se adentran en el inmueble.

—No me creerás si te lo cuento. Mejor que lo veas tú mismo.

Mientras suben al apartamento, el detective intenta obtener algún tipo de información, sin resultado alguno.

El ascensor abre sus puertas. Se encuentran de frente con otro agente que custodia la puerta de una vivienda abierta de par en par.

Marta, la mujer del fallecido, llora desconsolada, sentada en uno de los sofás. A su lado, una mujer de aspecto joven intenta tranquilizarla. En el otro sofá, una manta térmica cubre el cuerpo sin vida de su marido. Nada más entrar, la pareja de detectives repara en el cristal roto del ventanal que da al recibidor aéreo. El frío penetra en la estancia a través de él.

—¿Causa de la muerte? —pregunta Blake.

—Desconocida por el momento. No hay signos de violencia —informa Hasbro.

Los llantos de Marta aumentan ante la presencia de los detectives de *Inmemorian* y el policía.

—¿Nombre?

—Mike Patterson —responde el policía.

—Alias: «El Rubio» —añade Blake tras la información que le proporciona su forearmphone.

—Correcto. —Hasbro interviene dubitativo—. El comisario Peter Cinteno nos dijo que no activáramos la evironball, así que…

—No te preocupes por eso.

Peter Cinteno conoce muy bien a su amigo Blake y cómo le gusta trabajar. El detective se acerca un poco más y destapa el cuerpo de golpe.

—¿Por qué está desnudo?

—Será mejor que no hagas eso —le recomienda Marc.

Marta chilla de forma histérica al volver a ver el cuerpo de su marido.

—Ha muerto mientras tenía sexo con su sexpartner —aclara Hasbro.

—Sí, ya… —Blake sonríe—. En ese mismo instante cambia su semblante, se dirige hacia el sofá en el que está Marta junto a su acompañante—. ¿Y tú quién eres?

—Nira Abarca, psicóloga de oficio —responde mostrando su holograma acreditativo en el aire—. Acabo de llegar.

—¿Podrías hacer que baje el volumen de sus llantos? Tengo que trabajar. Y avísame cuando pueda hablar con ella. —Dicho esto se vuelve hacia Hasbro y Marc. Su compañero no da crédito ante la manera de tratar a la mujer y le propina un codazo.

—¿Y a ti qué te pasa? —le reprocha Blake en voz baja—. Déjame trabajar —le guiña el ojo.

Marc comprende que su compañero actúa de ese modo para provocar ciertas reacciones que empiecen a dar forma al caso (ya le va conociendo), que a Ron Blake solo le importa recabar reacciones e informaciones cuanto antes. Y sabe que las consigue pronto cuando logra que las personas pierdan los papeles. Aun así, Marc no lo respalda en esta ocasión, dado el estado en el que se encuentra Marta.

—Creo que no podrás hablar con ella hoy —responde la psicóloga detrás del detective.

—Y contigo. También quiero entrevistarme contigo cuando termines —le contesta sin mirarla, haciendo alarde de su chulería desmedida.

—¿Quién te crees que eres para hablarme así?

Blake hace como que no la oye y vuelve su atención sobre el difunto y sus compañeros:

—Ahora en serio, ¿por qué este hombre está desnudo?

—Te lo he dicho… Todo apunta a que murió mientras mantenía sexo con su sexpartner. A las 12:10 del mediodía, Marta llamó a comisaría tras encontrar a la sexpartner que tienen en casa encima de su marido, sin que este diera signos de vida.

—¡No me fastidies!

—Sí. Marta ha contado cómo sucedió todo: al llegar de trabajar se encontró la escena. Le pareció raro ver a Mike dormido, y a ella encima. Cuenta que, cuando se aproximó para comprobar el estado de su marido, la sexpartner, como sabiendo lo que había hecho, se apartó del cuerpo. Dice que tuvo esa impresión, y que después la vio abandonar el salón por la puerta del recibidor aéreo.

—¡Esto es alucinante! Imposible diría yo. Entonces… ¿La sexpartner ha escapado?

—No, sigue allí. —El policía señala hacia el ventanal. La mitad del cristal está roto a causa de un impacto—. Por eso te avisaron de que no utilizarais el recibidor para venir.

Marc y Blake se miran sorprendidos ante la insólita situación y Hasbro se solidariza con ellos. Los tres saben que la versión de los hechos es técnicamente imposible. Toda la ciudadanía, la sociedad en general, tiene muy presente que los sexpartners están considerados como compañeros ideales. Desde que se empezaron a comercializar, nadie ha denunciado deficiencias o un mal funcionamiento. Blake, Marc y Hasbro saben que se encuentran ante un caso delicado y de difícil comprensión.

Nadie duda de la buena fama que tienen, ni de que sea cierto lo que anuncia el fabricante en uno de sus eslóganes: «Podrían incluso quedar al cuidado de niños, aunque su función es mucho más considerada». Slender Robotics garantiza que un sexpartner está perfectamente programado para atender los gustos y las necesidades de sus usuarios entre otras muchas cosas. Son capaces de adelantarse a lo que uno desea de ellos gracias a su sofisticado sistema de análisis del individuo. Además, captan al momento cualquier deficiencia, patología o enfermedad que pueda sufrir la persona que tienen delante, para adaptar sus funciones a niveles compatibles con las mismas. Están dotados de un sistema tan preciso que detecta si una persona está viva o muerta. Para ser más precisos, solo detecta a las que están vivas. Una persona sin signos vitales pasa desapercibida para un sexpartner, como si fuera invisible.

—¿A qué esperamos? Salgamos a verla —indica el detective.

Cruzan el ventanal. El gélido viento que corre a esas alturas les obliga a taparse parte de sus rostros, Blake y Marc con las solapas de sus característicos chaquetones y Hasbro con el forro interior del cuello alto de su chaqueta policial.

—Le ha dado bien —apunta Marc.

Easia permanece en una posición inhumana, retorcida, en medio del círculo señalizado en la plataforma receptora de vehículos. Ha sucumbido tras la paliza que ha recibido. A un par de metros de ella, un bate de béisbol.

El policía y la pareja de detectives se aproximan.

—Fijaos en cómo ha quedado.

—¿Ha sido Marta?

—Afirmativo —responde Hasbro—. Tras corroborar que su marido estaba muerto salió por donde la había visto huir y aquí la encontró.

—Esto es muy raro. —Blake la mira de cerca. Le dedica un examen rápido y superficial.

El intenso frío los obliga a entrar de nuevo en la sala.

—Cuántas ganas tenía de encontrarme un fiambre con cabeza. Por suerte podremos hablar con la víctima a ver qué nos cuenta. Últimamente llevamos una racha… —Blake mira a Marc. Luego vuelve a dirigirse a Hasbro—. Haremos el copiado y avisaremos a los servicios forenses de *Inmemorian*. La inspección del apartamento os la dejo a vosotros, estamos bastante ocupados. Ahora, dejadnos solos.

—¿Y Marta? ¿Qué hacemos con ella? ¿Se queda en la casa?

—¡Ah, es verdad! ¡Marta! Me había olvidado de ella. Como ha dejado de gritar… No puede quedarse. —El detective la mira de reojo —. Llevadla a comisaría y dadle algo caliente. Le vendrá bien, ha entrado mucho frío en la casa. Mañana pasaré por vuestro cuchitril para hablar con ella. Que la psicóloga la acompañe, será de ayuda. Y lo dicho, poned vigilancia para que nadie entre ni salga hasta que llegue la policía científica.

Convencer a Marta de que debe abandonar su hogar para pasar la noche en comisaría no les resulta fácil, y mucho menos a Nira Abarca, que se siente indignada por el trato que está recibiendo su paciente y ella misma.

—No creo que le venga bien pasar la noche en dependencias policiales como si fuera una detenida —reprocha la psicóloga.

—Pues invítala a tu casa, o págale un hotel, lo que más te guste. Aquí no puede quedarse. Esto es la escena de un crimen y debe investigarse con todas las garantías.

Marc interviene llamando a la calma entre miradas desafiantes y palabras cortantes. Se le da bien arreglar los numeritos que su compañero propicia con su descuidada palabrería. No ha tenido más remedio que aprender a hacerlo.

Ninguna se ha percatado de que Blake les ha colocado a ambas uno de sus botones de seguimiento en sus ropas. Marta y Nira son acompañadas por Hasbro a comisaría para prestar declaración. Después, tal y como ha propuesto el detective, la psicóloga invita a Marta a quedarse en su casa.

La pareja de detectives se prepara. Marc rapa la rubia cabellera del difunto para proceder al copiado.

Capítulo 5

Resulta imposible caminar por cualquier calle o avenida. Permanecen desiertas. El denso manto blanco hiela la ciudad. Sin embargo, la actividad nocturna se desarrolla con normalidad en las terrazas e interiores de los locales más populares, la mayoría de ellos ubicados en el centro y el Este de Boston. Los neones de los establecimientos lucen intensos en las calles y avenidas más oscuras. La nieve adquiere diferentes brillos y luminiscencias bajo las pantallas y carteles publicitarios en las afueras de los transitados locales. Las estelas azuladas que dejan atrás los vehículos magnéticos y las luces del tráfico aéreo de menor altura se funden con el multicolor panorama de las principales arterias de la ciudad, aquellas que nunca duermen. Por encima de todo ello, dos vehículos negros se dirigen hacia *Inmemorian*.

Ron Blake oscurece las ventanillas de su vehículo. Evita los intensos fulgores del exterior para consultar unos datos en su forearmphone. En pocos minutos descarga del archivo policial toda la información de Mike Patterson, «el Rubio».

A diferencia del detective, que mantiene la conducción autónoma, Marc permanece a los mandos del segundo vehículo. Los Ford Saturn, vehículos de lujo propiedad de *Inmemorian*, se aproximan al monolito que reina por su altura en el centro de Boston. Dirección norte por Washington Street, llegan a la circunvalación Court B (sobre la vía magnética que delimita el área propiedad de *Inmemorian*). Los Ford Saturn se elevan, próximos cada vez más a la negra y fría fachada del edificio más alto de toda América. Cuando superan la altura de los demás rascacielos, Blake y Marc orientan las hélices de la parte delantera para activar la ascensión vertical. Los frontales de sus vehículos apuntan hacia la oscuridad del cielo estrellado. Ningún otro vehículo está preparado para llegar tan arriba. Segundos después, ambos alcanzan el recibidor aéreo de la planta donde se ubica el DCI. Aunque no están en lo más alto del oscuro y macabro monumento a la muerte, desde aquella altura puede verse todo Boston. Con la luz del día, incluso los lejanos campos de cultivo. Cada uno dirige su vehículo a la entrada que le corresponde para acceder al complejo.

Blake y Marc recorren en solitario las pasarelas que les conectan

con el pasillo principal. Allí se reúnen y caminan juntos hasta el final del iluminado pasillo. Entran a la sala y esta se activa. En su centro, el holograma de forma esférica empieza a fluctuar con cada golpe de voz:

—Hola, Marc; hola, Ron Blake. Tres días sin venir, todo un récord —dice al comprobar los datos—. Marc, ¿qué tal con Xanna?

—Te traemos una ficha para el cubo —Marc cambia de tema. Le tiene dicho a su tía que no le pregunte por ella cuando Blake está delante.

—Entiendo. Ya me contarás. —El holograma adquiere la forma de un ojo que guiña sus párpados. El detective niega con la cabeza.

—Sois ridículos —interviene Blake—. Venga, a trabajar, que tenemos faena.

Se escucha una risa mientras el holograma fluctúa. El humor de Margaret se acentuó cuando ella y la sala consolidaron el vínculo perfecto tras los primeros casos de prueba.

Marc introduce la ficha en el panel exterior del cubo y Margaret procesa todos esos datos para ellos. Blake y Marc se adentran en el cubo de Cicerone. Desde las paredes, todavía visibles, Margaret reproduce sus últimas palabras antes de desconectarse de la retransmisión. Conexión en tres, dos, uno… Estamos dentro.

Mike Patterson mantiene las piernas encogidas para no interferir con el vaivén del columpio. El niño que se daba impulso para tratar de alcanzar las nubes ha crecido. Sus piernas son mucho más largas. El viejo columpio de cadenas oxidadas ya no existe. Tampoco ese lugar, que por algún motivo permanece en su cabeza. Marc y Blake aparecen junto a la figura de un hombre que juega a ser niño.

La consciencia de Mike Patterson recrea un entorno difuso. Los árboles están borrosos. Debido a ciertas interferencias, algunos se volatilizan y aparecen en otro lugar. Otros nunca vuelven. No hay flores donde un día sí las hubo. No hay pájaros, hierba, tierra… Ni tan siquiera hay un terreno definido por el que pisar. El único elemento invariable es el columpio. Tampoco hay cielo. Nada. Y más allá, una espesa penumbra los rodea. El negror de un vacío que la copia de la consciencia de Patterson no puede llenar con sus recuerdos. Mientras se columpia, tararea una canción. La escena es escalofriante. Para nada esperaban encontrarse con algo semejante.

—Qué mal rollo da esto, ¿no? —dice Blake mirando alrededor.

Su compañero también observa el entorno, desconfiado. Nunca ha conocido los columpios. Las viejas cadenas chirrían. Tiene que taparse con los dedos sus oídos.

—¿Qué hace? ¡Que pare de darle a ese trasto, por favor! —pide Marc.

—No. Déjale. Si interrumpimos o alteramos su sueño podríamos perderlo.

—¿Quiénes sois? —Mike Patterson se desconcierta al verlos.

—Eso no importa —contesta rápido el detective. Sabe que la consciencia de Mike no va a insistir. Sin rodeos comienza el interrogatorio—. ¿Cómo es Easia?

Al preguntarle por ella la recuerda y deja de darse impulso. El columpio pierde inercia.

—Es alta, morena, sensual, de ojos grandes. Su pelo…

—Me basta. —Blake le interrumpe—. No me refiero a cómo es físicamente. ¿Cómo es contigo?

—No tengo pegas con ella.

—¿Con qué regularidad tenéis sexo?

—Cinco o seis veces a la semana.

—¿Qué piensa Marta de ella?

—Marta… —La consciencia interrogada pierde el habla durante unos segundos. Hasta el momento no había recordado a su mujer. De repente le llega su imagen y visualiza también su propia muerte. Utiliza las piernas para frenar en seco el vaivén del columpio—. ¿Cómo está Marta? —Sigue sacando sus conclusiones—. Esperad… ¡Os conozco! Os he visto en holovisión. Sois los detectives de *Inmemorian*. ¿Habéis hablado con ella?

—En efecto. Estamos investigando las causas de tu muerte. Marta está bien. —El detective no entra en detalles—. ¿Fue Easia quien te mató?

—Sí.

Blake y Marc se miran desconcertados.

—¿Estás seguro? —interviene Marc.

—Sí, claro. La tenía encima y me metió algo en la boca. Al instante me sentí mareado, sin fuerzas, y luego todo se apagó durante un tiempo hasta que he aparecido aquí. Debió envenenarme.

—¿Cómo dices? —Marc sigue sin poder creerlo.

—Sí. Me metió algo en la boca que a los segundos se deshizo y no pude escupir.

—Espera, espera. —Blake lo frena. No termina de asimilarlo—. Necesito que me cuentes al detalle lo que ocurrió esa tarde. Pero antes, responde a la pregunta que te he hecho: ¿qué piensa Marta de ella?

—Nada. ¿Qué va a pensar?

—¿La acepta? ¿Consentía tus encuentros con ella?

—¡Ah, eso! Sí. Qué preguntas haces. A veces lo pasábamos bien los tres juntos.

—¿Tu mujer la activaba también? Me refiero… ¿Mantenía relaciones con ella a solas?

—No. A Marta no le atraen demasiado las relaciones con los sexpartners —contesta rápido y decidido—. Cuando estábamos los tres, ella solo se centraba en mí.

—Pero eso es un poco difícil de visualizar para nosotros —matiza Marc.

—Mejor no imaginarlo del todo. —El detective guiña el ojo a su compañero—. No por la morena, sino por lo evidente, este tío no es precisamente un figurín.

Marc suelta una carcajada. A Blake no le falta razón. En ocasiones su compañero puede llegar a ser incluso gracioso. Después devuelve su atención hacia Mike:

—Me refiero a que, en esos momentos en los que Marta y Easia colaboraban para darte placer… ¿cómo actuaba Marta?

—Oye, que yo también les daba placer a ellas.

—Bueno… Responde. ¿Marta hacía como si Easia no estuviera? ¿O cómo es eso? No me lo imagino.

—¿Es necesario que os responda sobre esto? —Mike busca apoyo en Blake con la mirada.

—Pues ahora que lo plantea mi compañero, sí, creo que puede ser interesante para la investigación.

—Pues… Cuando estaban las dos… Se turnaban, me tocaban juntas… —Mike intenta escoger las palabras adecuadas—. Aunque yo procuraba no sobrepasarme con Easia, no prestarle más atención que a mi mujer.

—¿Por qué? —se interesa el detective.

—Marta tuvo algún desencuentro con ella.

—A eso queríamos llegar —interviene Marc mirando de soslayo a su compañero—. ¿Algún desencuentro? Explícate.

Blake asiente complacido. Sin duda, su aprendiz va por buen camino. Ha evolucionado mucho desde que se puso a funcionar el DCI. Le ayuda a ver las cosas de otra manera. Su mente cada vez es más rápida, y analiza las cosas desde una perspectiva diferente a la suya. Menos profesional por no disponer de la veteranía que él tiene, pero más aguda y desprovista de las intoxicaciones que origina ver las situaciones desde la única visión que proporciona el oficio.

—Que a pesar de que Marta acostumbraba a participar, y aunque permitía que Easia estuviera en casa y que yo mantuviera mis encuentros con ella, nunca la aceptó del todo. Cuando llegó, la desempaquetamos y activamos juntos, ilusionados. Pero cuando la vio contonearse, mover sus caderas, su largo y brillante pelo, su exótica mirada, el vestido transparente con el que vino, sus senos…

—Basta, basta, que te desvías y nos desorientas —le interrumpe Blake—. Este tío se enciende solo. Al grano.

—Me refiero a que cuando comprobó lo bella y perfecta que era,

debió surgir en Marta algo que le hizo verla como una competidora. Ni ella misma esperaba sentir esos celos. Esa tarde tuvimos bronca y me dijo que la devolviera.

—Hombre… Es que la morena que tenías en casa… —Blake recuerda su imagen retorcida sobre el recibidor aéreo—. Tu mujer la ha destrozado.

—¿En serio? ¿Cómo?

La oscuridad se cierne poco a poco sobre ellos.

—No importa. Vayamos al grano, que no disponemos de mucho tiempo. ¿Crees que Marta reaccionó así solo porque Easia era más atractiva que ella?

—No lo sé. Quizá influyó mi comportamiento también, quizá debí controlarme un poco más en esos instantes… ¿Quién sabe?

—Estoy seguro. Si te enciendes con solo hablarnos de ella. Y eso que estás muerto —Blake ríe.

—Aunque no lo llegué a entender. —Patterson continúa—. Antes de que Easia llegara lo habíamos hablado mil veces. Los dos estábamos de acuerdo.

—Parece ser que no del todo. Aunque no sé qué relación puede tener esto con que Easia te matara —dice Marc.

—¿Cómo pudo matarme? —Los árboles que quedan desaparecen de golpe. El fuerte cambio de ánimo que sufre Mike hace que la oscuridad cobre más fuerza, se estreche y rodee a los detectives, confinándolos en un área más pequeña—. ¿Es eso posible?

—No. Pero tú mismo nos has contado que la viste hacerlo —responde Marc.

—Bueno, bueno… Eso es lo que dice que vio. Ya veremos. A mí me faltan datos en esta historia —interviene Blake—. ¿Puedes contarnos lo que pasó esa tarde al detalle? ¿Sucedió algo fuera de lo habitual en tu vida durante los días previos? Cualquier cosa extraña que percibieras en Marta o en Easia puede ser de gran ayuda.

—Mi día a día es siempre igual y no sufre cambios notables. No percibí nada raro en ellas en los días previos, y tampoco en mi entorno. Cada mañana cuando me despierto Marta ya no está. Desayuno y entro al cubo. Soy profesor de matemáticas en el Wentworth Institute of Technology. Mejor dicho, lo era. Durante más de cinco años impartí mis clases desde casa. Bueno… Se me olvidaba. Antes de entrar al cubo paso un tiempo con… —Patterson se toma unos segundos para pensar cómo quiere contarlo—. Suelo activar a Easia al despertar, aprovechando que Marta trabaja. No es que no pueda hacerlo cuando mi mujer está en casa, pero lo hago más tranquilo. Puedo centrar toda mi atención en ella, y la disfruto más.

—¿Hasta qué hora trabaja Marta? Nos consta que, el día de tu muerte, llegó cerca de las doce del mediodía —pregunta Blake.

—Sí, suele llegar a casa a esa hora. Trabaja en Maniac Corporation, en recursos robóticos.

—Continúa —demanda Blake.

—Cuando salí del cubo al terminar de impartir mis clases matinales, me encontré con algo inusual. Easia me estaba esperando. Se contoneaba e insinuaba cerca de mí, me miraba con deseo. Y para colmo, no parecía ella.

—¿A qué te refieres? —pregunta Marc.

—A que esa no era su manera de actuar.

—Bueno, ya… Nos lo imaginamos —apunta Blake.

—Tengo que reconocer que su presencia no esperada me asustó. Se me heló la sangre al verla. Ni la había activado, ni la había llamado. En ese momento tampoco precisaba de su compañía, no necesitaba mantener sexo con ella otra vez. En cambio, allí estaba, esperándome. Me obligué a pensar que había olvidado desactivarla antes, pero eso no resolvía que permaneciera activa, ni su comportamiento.

—Claro que no, eso no es posible, Mike —interviene el detective, pues todo el mundo conoce que los sexpartners se desactivan cuando no hay presencia humana—. A no ser que… ¿Tocaste su configuración?

—No.

—¿Y tu mujer?

Antes de que Mike responda, Marc añade:

—Eso no lo explicaría, pues, por lo que cuenta, pasó demasiado tiempo en el cubo.

—Ya…

—No. No tocamos nada, ni yo ni Marta. Sé que todo esto es muy extraño, pero debéis creerme. Si estamos aquí es porque mi sexpartner me mató. —En ese momento reaparece parte del entorno. Vuelven los árboles y se disipa la penumbra. Queda a la vista un área más extensa. Solo por unos instantes puede verse la verja que rodea el parque, incluso el cielo azul. Pero no por mucho tiempo. Enseguida se oscurece todo de nuevo y la pareja de detectives tiene que dar un paso al frente para apartarse de la penumbra que ha ganado terreno.

—¿Qué ha sido eso? —pregunta Marc.

—Debemos darnos prisa. Este tío se nos va.

Ambos dejan de prestar atención a su alrededor y miran a Mike.

—¿A qué hora fue eso?

—No lo recuerdo exactamente. Tampoco los momentos previos ni cómo acabé mi clase.

—¿Y qué pasó después?

—Que caminó hacia mí y me abordó, y pronto sus juegos y caricias me hicieron perder el control.

—Normal. Eres de mecha rápida.

—Me llevó al sofá y fue… Muy intenso. Irrepetible.

—Y tanto que fue irrepetible —vuelve a bromear el detective.

—¡Quieres dejar que lo cuente! —le reprocha Marc.

—Gritaba de placer a pesar de que Easia nunca lo hacía, porque sabe que eso a mí no me gusta. Tomó demasiado el control, me hizo cosas nuevas. Debió cambiar su configuración o algo.

—¿Ella sola?

—Yo qué sé. Solo busco una explicación a lo que ocurrió. Todo fue diferente, no parecía ella. Pero me dejé llevar. Cuando me tenía apresado entre sus muslos, no sé de dónde sacó aquello. Me metió esa especie de pastilla en la boca. Después puso ambas manos sobre mis labios para mantenerlos cerrados y que no la pudiera escupir. Como os he contado, aquello se deshizo enseguida al contacto con mi saliva. Segundos después todo se apagó para mí, hasta ahora.

—Y no te creas que se ha encendido mucho —añade Blake mirando su alrededor y fingiendo que un escalofrío recorre su cuerpo—. ¿Puedes reconocer qué fue aquello que te metió en la boca? Haz un esfuerzo por recordar.

—Aunque su efecto fue rápido, me acuerdo exactamente de su sabor.

—¿A qué sabía? —dice Marc impaciente.

—Sabía a harina de gusano de maguey. —Mike quiere levantarse del columpio pero no puede. Su cuerpo se desvanece a causa del viento que lo está borrando todo. Mira sus brazos, ya no están—. ¿Qué me está pasando?

—Se ha acabado el tiempo de la sesión. No sé si volveremos a verte —le aclara el detective—. No te resistas, amigo, déjate ir tranquilo, resolveremos el caso.

Las paredes del cubo se iluminan.

—Un hombre con muchos traumas. —La voz de Margaret aparece de repente.

—No me hubiera gustado de niño tener que jugar con él en ese parque.

Blake abandona el cubo. Se sienta en su mesa. Piensa. Nada le encaja. La historia es tan extraña que le resulta imposible. Sabe que las consciencias de *Inmemorian* nunca mienten (de ahí su empeño que acabó derogando la ley del silencio al no humano), pero hay tantos ingredientes inverosímiles en la historia… Por otro lado, es técnicamente imposible que un sexpartner cause la muerte de nadie. Es como si una mano negra jugara con esas dos imposibilidades para tratar de desmontar sus creencias. El detective sabe que se enfrenta a un asunto muy delicado. ¿Qué dirán los responsables de Slender Robotics cuando les pregunte por la posibilidad de que uno de sus

sexpartner haya matado a un hombre? Tendrá que visitar la empresa cuanto antes.

Capítulo 6

Miércoles, 5 de enero de 2095

La sombra de un mítico cóndor andino aparece sobre los nítidos colores del amanecer que recrea las paredes del dormitorio. Se escucha una música celestial. Surgida de la nada, se acentúa gradualmente, acompasada a la aproximación del ave rapaz. Los primeros rayos de luz inciden sobre el mar y lo cargan de brillo. En el manto marino se proyectan también las tonalidades del amanecer. El cóndor bate sus alas a cámara lenta. En cambio, el astro rey acelera su ascensión natural y la iluminación del dormitorio se intensifica. Marc abre los ojos. En un primer instante se debate sobre si levantarse o quedarse un poco más. El extinto pájaro carroñero pasa a baja altura sobre él y se marcha a través de la pared del cabecero. Unos violines se unen a la melodía matutina. Como cada miércoles, espera a que termine la música mientras disfruta de los vivos colores que recrean para él los paneles recreativos del dormitorio. Es uno de los despertares que más le gustan.

Se sienta al borde de la cama. Se frota los ojos. La escenografía que le rodea se desvanece justo cuando se apoya con ambos pies en el suelo. Se despereza. Mueve el cuello hacia derecha e izquierda, arriba y abajo. Después en movimientos circulares.

—Buenos días, Marc, ¿has dormido bien? —pregunta la IA del apartamento.

No contesta. Se pone en pie y camina un par de pasos hacia Creta, que permanece sentada en la única silla del dormitorio. La activa. Regresa sobre sus pasos y vuelve a sentarse sobre la cama.

—Hola, Creta —le dice desde la distancia.

—Hola, Marc, ¿hoy iremos a pasear?

Desde que la consciencia de Margaret fue guardada en ella por unos días, Creta actúa y reacciona de manera diferente, parece haber desarrollado nuevas cualidades cognitivas más allá del aprendizaje que le permite su programación. Al igual que en su día dudó de si la consciencia de Margaret podía llegar a sentir tras su carga, ahora se cuestiona lo mismo de ella. En ambos casos, ciertas maneras de

hablar, reaccionar y, en el caso de Creta, de actuar, fueron las responsables. Cuando la copia de la consciencia de su tía fue cargada en el departamento de criminalística de *Inmemorian* tras resolver el caso, Marc dejó de apreciar en ella emociones y debilidades humanas. Esa dosis de vida que perdió su tía se ha trasferido de alguna manera a su sexpartner. Al menos eso cree Marc, que algo debió ocurrir cuando estuvo alojada en ella, tras el desastre sufrido con Fin (el robot doméstico en el que había sido cargada); porque desde entonces, ella posee cierto brillo humano. Por eso la mantiene encendida la mayor parte del día y, a veces, la lleva fuera de casa. Se siente bien con ella.

—No creo que podamos. Blake estará a punto de llamar.

Cabizbaja, muestra desilusión.

—Mañana pasearemos —añade por compasión.

Creta recupera su rostro de ilusión, se pone en pie y se acerca para abrazarlo. Marc ha descubierto hace poco que sus abrazos le gustan y lo calman, y Creta está programada para complacerlo.

Marc se viste.

—El desayuno está listo —indica la IA del apartamento.

—Vamos, Creta.

La sexpartner le acompaña. Se sienta en frente de él, le encanta mirarlo mientras come, que comparta con ella sus cosas de humano. En la mesa, un zumo de naranja y dos tostadas, el mismo desayuno de siempre.

—Informativo —demanda Marc al mismo tiempo que muerde la primera tostada.

La IA hace aparecer entre él y Creta un holograma en el que una rubia despampanante (otra IA) informa sobre las noticias del día más recientes. Marc lo toca con dos dedos y lo arrastra, lo coloca a un lado para que no interfiera entre él y su acompañante.

> «La exitosa empresaria Dakota Stewart ha anunciado a primera hora de la mañana que aumentará la producción de raceno fino a partir del viernes, para poder cubrir la demanda de la primera fase de las obras del muro de Roxbury Low.
>
> »El sindicato tecnoagrícola se reúne hoy con el alcalde Donovan Shapiro para solicitar ayudas estatales para el sector. Los trabajadores denuncian que han perdido más del treinta por ciento de la producción del año a causa de las fuertes nevadas que llevamos sufriendo durante semanas. Empresas agricultoras como Sherpien o Panteón están padeciendo las mayores pérdidas.

»Naxa Space aprovecha su ceremonia de hoy para presentar sus últimos trajes espaciales. El astronauta Willian Grant declara que está encantado con esta nueva generación de materiales que hará más cómoda la estancia en el espacio.

»La comisaría de policía New Sudbury Street precisa de nuevo los servicios del departamento de criminalística de Inmemorian. El comisario Harry Horn nos ha contado los detalles. Los famosos detectives Ron Blake y Marc Duval trabajan ya en colaboración con la policía en una nueva investigación. Según informaciones, se trata de un asesino en serie que siembra el pánico en la ciudad. Como sello de sus crímenes, deja los cerebros de sus víctimas inservibles para el copiado de consciencia. Así mismo, en la policía lo han bautizado como "el caso de los cerebros inservibles". En unos minutos ampliaremos la información junto a otro suceso que nos ha dejado consternados y que también investigan los detectives de Inmemorian.

—Apuesto a que esto complicará las cosas —dice Marc entre mordisco y trago de zumo.

»Los hermanos Aldor anuncian acciones legales por las calumnias sobre su programa…».

Marc dibuja sobre la piel de su antebrazo el patrón de desbloqueo de su forearmphone para atender la llamada de Blake, cuyo rostro se proyecta en forma de holograma sobre la mesa.

—¿Has visto las noticias? —pregunta Marc antes de escuchar a su interlocutor.

—No. ¿Qué pasa?

—Harry Horn ha hablado sobre el caso. Bueno… sobre los dos casos —rectifica—. ¿Cómo se habrá enterado tan pronto de lo de Mike Patterson?

—Imagino que Cinteno habrá tenido que dar parte a la comisaría central. Recuerda que Horn está al mando. Es increíble la obsesión que tiene ese desgraciado con la prensa.

—Mira quién habla.

—Pero no me preocupa. Habrá hecho el ridículo, como siempre —responde sumido en la envidia.

—Entorpecerá la investigación —adelanta Marc.

—No me gusta que ese saco de grasa hable para los medios, y mucho menos que haya filtrado lo de la muerte de Mike. ¿A él qué le importa? Además, el asunto todavía está muy verde. Puede acarrear

consecuencias graves y provocar pánico social. En cambio, nos ha venido muy bien que haya hablado del caso de los cerebros inservibles. Es una forma de decirles a los artífices de este macabro juego que ya estamos participando.

—Visto de ese modo… Por cierto, ¿a qué se debe tu llamada?

—Dirás mi visita.

En ese preciso instante, la IA del apartamento le avisa de la presencia de un vehículo en el recibidor aéreo. Marc hace desaparecer el holograma y, con ello, finaliza la conexión. Instantes más tarde, la puerta del recibidor aéreo se abre al paso del detective. Marc lo mira intrigado e incómodo a partes iguales, pues todavía tiene el desayuno a medias.

Blake camina por la estancia como si fuera su casa. Deja su sombrero sobre el respaldo del sofá, toma asiento en una banqueta justo al lado de Creta, y pasa su brazo por encima de sus hombros. Marc tensa la mirada, no le gusta nada que se tome esas libertades con ella. El detective lo sabe. Por algún motivo, lo hace a propósito, más allá de que la sexpartner le atraiga.

—Despídete de la pelirroja, que nos vamos —dice aproximando su rostro a ella todavía más, dedicándole una sonrisa. La sexpartner le corresponde.

—Blake, te he dicho mil veces que dejes a Creta tranquila. Es parte de mi intimidad.

—Siempre estás igual. —El detective sigue mirándola. Con la punta de los dedos juega con su pelo.

Marc se levanta y se aproxima al sofá.

—¿Qué te parece si yo juego con tu sombrero? —dice sin atreverse a tocarlo.

Blake se pone serio y deja de prestar atención a Creta. Se pone en pie al instante. Su mirada es fría y penetrante.

—Vale, vale… no hace falta que te pongas así.

—No vuelvas a jugar con mi borsalino de más de ciento veinte años de cuero áspero *in pelle di* conejo fabricado *in la Italia*. —Blake cambia radicalmente el tono imitando el italiano de manera pésima como él solo sabe hacer—. Venga, ¡nos vamos!

Marc conoce muy bien que los modales de Blake dejan mucho que desear. Aunque se acostumbra poco a poco a trabajar con un compañero de mente chulesca y descreída, todavía lo desconcierta en ciertos momentos. Se pregunta qué habría pasado si hubiera tocado el borsalino. ¿Cómo habría reaccionado su compañero si llega a ponérselo? ¿Ha sido real esa mirada amenazante? ¿O ha sido parte de otro de los shows que interpreta sin previo aviso? Por si acaso, no jugará de nuevo con su sombrero.

Nira Abarca es una mujer peculiar. A los catorce años se enamoró de un artista callejero de Roxbury Low que le doblaba la edad y se fugó de casa. Aprendió a tocar el acordeón, y, durante un tiempo, lo acompañó en sus actuaciones callejeras. Tras la muerte de su amante a causa de una paliza y enterarse de la enfermedad que padecía su madre, se replanteó el porvenir. Ni quería acabar como su novio, ni quería perder a la mujer que se lo dio todo. Decidió volver para cuidarla y se quedó con ella hasta el fin de sus días. Tres meses en el hospital conviviendo con su madre le hicieron madurar, convertirse en una mujer. Y luego el mazazo. No fue fácil reorganizar su vida, retomar el camino. Su padre, un hombre destrozado por la tragedia, le ayudó a superarlo. Años más tarde, acabó sus estudios de psicología. Seis meses de prácticas en la residencia Trebolius, un año con los adolescentes de Blue Paradise y tres años y medio ejerciendo por cuenta ajena en su propia consulta. Desde hace tres semanas, alterna el seguimiento de sus pacientes con el ejercicio de psicóloga de oficio para la policía. Esa es toda la información que el detective ha obtenido de ella de la stay web y del archivo policial, junto a la dirección donde reside.

Él y su compañero acuden al bloque de apartamentos donde vive Nira Abarca, en el 43 de Allston Street. Cuando la pareja de detectives se sitúa en la plataforma del holoportero, aparece el rostro de Nira en la pequeña pantalla. Un holograma recrea la figura de los detectives en el interior del apartamento.

—Ah, sois vosotros —responde desilusionada.

—Serías tan amable de abrirnos. Tenemos que hablar con Marta —solicita Marc.

—También queremos hablar contigo. —Blake deja su puntilla.

Marc le propina un codazo.

—¡Ay!

—No sé si te lo mereces —responde Nira, que no es una persona que guarde rencores.

La puerta del edificio se abre y pasan dentro.

Aunque Marc le ha cogido el truco a eso de subir escalones, no le ha quedado otra que adaptarse a las manías del detective. Pero eso no quiere decir que no siga fatigándose cada vez. Cinco plantas son demasiadas para subir a pie. En cambio, la respiración del detective sigue inalterada, no muestra signos de cansancio.

La psicóloga ha dejado la puerta abierta para ellos. Los espera dentro. Blake es el primero en hablar:

—Nira, tengo que pedirte perdón.

—¿Perdón? ¿Por qué?

Marc pone la misma cara de sorpresa que la psicóloga.

—Este asunto es muy serio. Ayer te hablé de manera fría para testar

tu reacción y yo juego mis cartas. Nos enfrentamos a uno o varios individuos de mente privilegiada que han ideado todo esto. Además, los psicólogos de oficio lleváis poco tiempo colaborando con la policía y desconocía que os llamaran tan rápido cuando ocurre una cosa de estas. Había oído hablar de vuestras nuevas funciones, no obstante, es la primera vez que me encuentro a una psicóloga en el escenario de un crimen. —Blake invita a Nira Abarca a sentarse, a pesar de que ella se encuentra en su propia casa. Después, él se sienta a su lado en el sofá. Se quita el sombrero, se acomoda y prosigue—: Pero puedes estar tranquila, ya he comprobado que esto funciona así y que realmente te llamaron para que acudieras. Con lo que he averiguado sobre ti, creo que no tienes nada que ver con la muerte de Mike.

—No me puedo creer que pensaras que yo…

—Como detective siempre contemplo todas las posibilidades. Como te decía, te propongo un pacto de paz, si te molestaron ayer mis palabras. A partir de ahora, te hablaré con respeto.

Nira no dice nada, pero su semblante indica que acepta las disculpas. En cambio, Marc ni cree la palabrería de su compañero, ni que vaya a cumplir con lo prometido. Ve más probable que el detective siga jugando sus cartas, tal y como dice. En eso está seguro de que no miente.

—¿Dónde está Marta?

—En la habitación de invitados —les indica con la mirada—. Que conste que le he recomendado que no se fuera. Quería ir al aeropuerto a recibir a Nicolás, el hijo de Mike.

—No sabíamos que Mike tenía hijos. ¿Te ha hablado de ese tema?

—La verdad es que no.

Sin pedir permiso, Blake camina hacia el dormitorio para encontrarse con Marta.

—Oye, ¿dónde vas?

—A hablar con Marta.

—Pero…

Ya es tarde. El detective ha pasado al dormitorio. Nira y Marc lo siguen. La propietaria de la vivienda se muestra molesta.

—Perdónale, no conoce los buenos modales. —Marc disculpa a su compañero.

—¿Le importaría quedarse fuera? —le indica Blake al verla pasar tras él.

—¡Claro que me importa, ya que es mi casa! —Nira no se fía del detective.

—Pues si te quedas, ni una palabra. Luego hablaré contigo —le guiña el ojo—. Acabaré cayéndote bien, ya lo verás.

—Yo no estaría tan segura —musita la psicóloga.

—Venga, al lío… Marta, hemos venido a esclarecer las

circunstancias de la muerte de tu marido.

—Pero, tenéis el caso resuelto, ¿no? Supongo que ya habéis hablado con la copia de la consciencia de Mike y os lo ha contado todo —responde desde la cama.

—¿Qué crees que nos ha contado?

—Pues lo que pasó. Que Easia… De algún modo lo mató.

—Sí, sí, evidentemente —interviene Marc para sorpresa de Blake—. Pero mi compañero, el detective Ron Blake, es muy puntilloso y estamos revisando los últimos detalles, esos que a veces quedan sin resolver, pero que de cara a los procesos judiciales son de gran importancia.

—Ya… —dice poco convencida.

—Por eso necesitamos que contestes a nuestras preguntas. —Marc le hace un gesto a su compañero para que continúe él.

—Pero no puedo deciros más de lo que le conté ayer a la policía. No sé más.

Blake toma la palabra:

—¿Cómo era la relación de tu marido con Easia?

—Normal, ¿cómo quieres que sea?

—No sé, mujer. Partiendo de que su sexpartner lo mató, creo que me veo en la obligación de preguntarte por ello. Que no te siente mal. ¿Alguna vez sufrió algún desajuste o viste en ella un comportamiento anormal?

—No. La verdad es que era perfecta en su trabajo.

—Tu marido, ¿la trataba bien?

—Claro. Mike tenía muy buen corazón. Era muy atento con ella. Incluso a veces olvidaba que Easia no era como nosotros. Yo tenía que recordárselo.

—¿Le prestaba más atención a ella que a ti?

—¡No! ¿Por qué me preguntas eso?

—Por nada, por nada. ¿Y cómo era tu relación con Easia? ¿Te gustaba?

—¡No! Bueno… Sí, era perfecta, hacía muy bien su trabajo, como te digo. Me refiero a que no me gustaba mucho sexualmente hablando.

—Por lo tanto, no mantenías sexo con ella.

Marta piensa su respuesta.

—Sí que lo tuve. Un par de veces. —Marta se sienta en el borde de la cama—. Pero no me gustó.

—Mike nos ha dicho que tú nunca la habías usado a solas. Eso creía él.

—Para probarla, solo eso. A veces una se encuentra sola en casa y decide explorar cosas nuevas.

—Tu marido también nos ha contado que os lo montabais los tres. ¿Te agradaba compartir a tu marido con ella?

—No me importaba.

—Si ella hubiera sido real, me refiero de carne y hueso, ¿hubieras permitido de igual manera que Mike mantuviera relaciones con ella, o con vosotras dos a la vez?

—Jamás. No soy muy moderna en ese sentido. ¿Pero qué clase de preguntas son estas?

—Pues son preguntas que yo te hago, nada más. ¿Alguna vez has sentido celos de ella?

—¿Otra vez por ahí? ¿Cómo voy a sentir celos de una sexpartner? Están para eso.

—Tu marido nos confesó que tuvisteis ciertos problemas por ella, que el mismo día que la recibisteis le pediste que la devolviera.

—Eso son cosas personales entre mi marido y yo que no creo que importen, ni que tengan nada que ver con que mi pobre Mike ya no esté conmigo —comienza a llorar.

—Sé que ya lo has contado en comisaría —se adelanta el detective ignorando el lamento de la viuda y cambiando la línea del interrogatorio. Presiente que si sigue por ahí, Marta dejará de responder coherentemente—. Cuéntanos lo que viste cuando entraste en casa.

—A las doce y poco llegué y me encontré a Mike tumbado bocarriba en el sofá, con la sexpartner encima. Lo que me alertó fue que estuviera con los ojos cerrados e inmóvil. Entonces me aproximé rápidamente para socorrerlo. Sabía que le pasaba algo. Antes de que pudiera apartar a Easia de encima, en ese momento ni me planteé la gravedad de la situación, ni que Easia pudiera haberlo matado, ella misma fue la que se apartó con un movimiento ágil que nunca le he visto hacer. En ese instante me di cuenta de la realidad, que había acabado con su vida. Mi marido no respiraba. Salí detrás de ella, pero llegó antes que yo al recibidor aéreo.

Blake escribe en su pequeño bloc.

Marta pausa la narración.

—Sigue, sigue. Cuéntanos cómo le atizaste con el bate.

—Cuando salí a la plataforma del recibidor aéreo allí estaba, estática, mirándome ajena a lo sucedido, como si no entendiera por qué la miraba con furia. No pude contenerme. Volví a entrar a por el bate de béisbol de mi marido, y luego… La golpeé hasta que no pude más.

—¿Y lo del cristal roto?

—Una de las veces la estampé contra él.

—Lo que voy a plantearte es algo imposible, todos lo sabemos. Pero dada la extrañeza del asunto… ¿En ningún momento contemplaste la posibilidad de que tu marido hubiera sufrido un ataque o una muerte súbita mientras se desahogaba con Easia?

—No, no me lo planteé. ¿Eso puede ser?

—No. Pero se supone que tampoco es posible que la sexpartner que tienes en casa se haya cargado a tu marido —le contesta siguiéndole el juego a pesar de que ya conoce la versión de Mike Patterson.

—Avancemos. ¿Tienes hijos?

—No —responde confundida por el giro de guion.

—Y Mike, ¿tiene hijos?

Cuando Marta parece que va a contestar, se frena. Duda. Mira a la psicóloga.

—Sí. Tiene uno —responde.

—¿Cómo se llama?

—Nicolás.

—La psicóloga nos ha contado que querías marcharte al aeropuerto para recogerlo. ¿De dónde viene?

De nuevo necesita unos segundos antes de responder. Mira otra vez a Nira. Se pone nerviosa.

—De Alemania. Al enterarse de la muerte de su padre, ha venido para despedirse de él.

—¿Qué hacía en Alemania?

—Estudiar —responde de forma escueta.

—¿Le avisaste tú de su muerte?

—Sí. Pero no entiendo por qué me preguntáis sobre Nicolás. —Marta piensa que en qué mala hora le habló a la psicóloga del hijo de Mike—. Habéis venido a hablar de la muerte de mi marido, ¿no?

—Sí, claro, pero como no tenía más preguntas… —El detective le resta importancia para que ella no sospeche de la impresión que se ha llevado a causa de su reacción. Ron Blake es un experto en extraer valiosas informaciones con esa estrategia. Una de las técnicas que utiliza dentro de su procedimiento estrella, y que le permite averiguar ciertas cosas con solo hablar con alguien o mirarle a los ojos. Al método lo llama inteligencia intuitiva.

Blake se toma unos segundos para ordenar sus ideas.

—Ya hemos terminado. Puedes descansar.

Capítulo 7

Blake invita a Nira Abarca a salir del dormitorio. Quiere entrevistarse con ella sin que esté Marta presente. Vuelven a tomar asiento en el sofá. Marc es el último en llegar. Se ha quedado unos segundos con Marta para rebajar la tensión provocada por las indecorosas formas de su compañero.

—¿Cuándo podrá volver Marta a su casa? —La psicóloga se adelanta.

—En un par de días —responde Blake—. ¿Qué pasa? ¿No puede seguir aquí?

—No es eso. Solo que… Nunca antes me he visto en una situación como esta, en la que he tenido que dar techo a un paciente. Es más, nunca he traído a ninguno a casa.

—Nosotros tampoco nos hemos encontrado con una situación así. Todo esto que cuentan es muy raro, imposible diría yo. Piensas como nosotros, ¿no?

—Sí, es algo inusual.

—En un par de días, cuando la policía científica termine la inspección de la vivienda, Marta podrá regresar.

—¿Queréis café? ¿Té? —Nira Abarca se muestra más amigable conforme transcurre el tiempo. Blake también la mira de otra forma.

—Por mí no —responde Marc.

—Yo tampoco tomo café.

—Bueno, pues vosotros diréis…

El detective toma la palabra:

—Algo ha quedado demostrado. A Marta le incomoda que le preguntemos por Nicolás. Lo habéis notado, ¿no?

—Ha quedado evidente —responde Marc.

—Pues yo no lo veo tan claro. Lo que es evidente es que le ha fastidiado no poder ir a recogerle.

—Bueno, vale, lo que tú digas. —Blake decide ir por otro lado—. La veo demasiado recompuesta para haber perdido a su marido ayer. Como psicóloga, ¿qué piensas?

—Quizá no haya asimilado todavía la realidad. Tras el primer shock, no todo el mundo reacciona del mismo modo. Cuando se trata de la muerte de alguien tan cercano, conozco casos en que han pasado

meses hasta que la han aceptado. Nuestro cerebro no está preparado para entender la muerte, y mucho menos la de nuestros seres queridos. Por eso, algunos casos muy especiales no empiezan a sentir esa pena angustiosa, o a vivir el duelo hasta que no pasa un tiempo. Por lo tanto no me puedo guiar por la entereza o tristeza que proyecte Marta. —Nira mira a ambos.

—Pero trata de entender mis palabras. ¿Crees que esconde algo?

—No estoy preparada para saberlo, no soy policía. Preferiría limitarme a mi trabajo.

—Acabas de confesarnos que para ti también es raro todo esto. ¿Por qué? —Blake reconduce la conversación para tratar de sacarle la información que busca.

—Porque un sexpartner no puede matar a nadie. Todo el mundo lo sabe. Tanto si Easia lo ha matado de manera deliberada, me refiero, queriendo cometer el asesinato, o como si no, si se tratara de algún tipo de fallo, sería la primera muerte de la que he oído hablar por ese motivo.

—No has oído hablar de ninguna muerte similar porque esto no ha ocurrido antes —interviene Marc.

—Así es —lo apoya el detective—. Además, sabemos cómo ocurrió. La copia de la consciencia de Mike nos contó que Easia le introdujo algún veneno en la boca antes de morir.

El rostro de Nira refleja el impacto de las palabras del detective. Surgen mil preguntas en su cabeza:

—¡No puede ser!

—Esa es la frase que más he escuchado en estos dos días —añade Blake—. Bienvenida al club de los incrédulos.

—¿Y qué le metió? —pregunta la psicóloga.

—Intentaremos averiguarlo. Fuera lo que fuera, según él, se deshizo en cuanto tomó contacto con su saliva, lo que provocó que no pudiera escupirlo —Blake omite que aquello sabía a harina de maguey—. Después se sintió mareado y sin fuerzas. Se durmió. Falleció.

—Vaya… —Nira parece descolocada—. ¿Cuándo vais a informar sobre esto a Marta?

—De momento no tenemos pensado hacerlo. Todavía contemplamos todas las posibilidades.

—¿A qué te refieres? ¿Qué tiene que ver eso para contarle o no a mi paciente las causas de la muerte de su marido?

—Ni que fueras su abogada.

—Me refiero a que cuanto antes conozca los detalles, antes asimilará…

—Basta de cháchara. Todas las posibilidades son todas las posibilidades. Mi experiencia como detective me ha enseñado que no se debe descartar nada en el inicio de la investigación. Y en ese punto

nos encontramos. El caso al que nos enfrentamos es de tal extrañeza que incluso Marta podría estar implicada.

—¡Qué dices! Eso es absurdo. ¿Tú también piensas eso? —Nira busca el apoyo de Marc.

—Todo podría ser, no tenemos nada que nos diga lo contrario.

—¡Estáis locos! Si Marta hubiera querido quitar de en medio a su marido lo podría haber hecho de mil maneras diferentes.

—En eso te doy la razón —añade Blake—. ¿Por qué complicarse tanto? Conseguir que un sexpartner mate a alguien por ti no debe de ser tarea sencilla. ¿Podría estar al alcance de los mejores programadores? Tendré que consultar a un amigo sobre esto.

—Hasta hace dos días, lo creía imposible —dice Marc—, pero visto lo visto…

—Como digo, no descartemos nada. En ese caso… ¿qué necesidad tiene Marta de meterse en ese berenjenal? —reflexiona Blake en voz alta, para después volver a dirigirse a Nira—. Llegaste a la escena del crimen antes que nosotros. ¿Qué fue lo primero que te encontraste? ¿Cómo estaba Marta?

—Un agente de policía me esperaba, me abrió la puerta y me presentó a Marta. Lloraba desconsolada. Estaba arrodillada en el suelo. Le hablé y pronto se reincorporó. Pocos minutos después, llegasteis vosotros.

—¿Te dijo algo relacionado con la muerte de su marido? No sé… Algo extraño a destacar.

—No. Nada. Solo hablaba yo. Me limité a consolarla.

—Pues cuando llegamos el escándalo era considerable.

Nira se encoje de hombros.

—¿Crees que hubiera ido al aeropuerto a recoger al hijo de Mike realmente si le hubieras permitido salir?

—Supongo que sí.

—Yo no lo tengo claro. Marc, ¿tú qué piensas?

—Que se ha puesto muy nerviosa cuando le has preguntado si Patterson tenía hijos, y más cuando le has confesado que Nira nos había contado sus intenciones de ir a por él al aeropuerto.

Blake se dirige a Nira Abarca:

—Lo más probable es, que si llega a salir, la hubiéramos perdido.

—¿Estás insinuando que se hubiera fugado? ¿Estás insinuando que mi paciente tiene relación con el crimen?

—Es demasiado pronto para afirmar que estas suposiciones sean ciertas. No obstante, recuerda lo que te he dicho. Estamos al principio y contemplamos todas las posibilidades. Ni mucho menos aseguro que Marta esté relacionada con la muerte. Pero sí que por algún motivo no le apetecía seguir aquí. Dato curioso.

—Quizá solo quería salir de esta casa para ir a su apartamento o

tomar el aire. O quizá pretendía recoger a Nicolás del aeropuerto como me indicó. ¿Por qué dudas de ella? —Nira se pone tensa.

—Tranquila. Podría ser. Pero todo este asunto huele mal. Siempre digo que, para situaciones extrañas, soluciones extraordinarias. Solo me guío por mi instinto.

Un aviso de Margaret en el forearmphone del detective interrumpe la conversación.

—Blake, acaban de avisarnos. Hay otra víctima —informa el comisario Harry Horn—. He mandado una patrulla al lugar. La dirección es 65 de Charter Street, séptima planta, puerta 2.

El detective cierra la conexión sin responder. Se incorpora de inmediato.

—¡Rápido! ¡Nos vamos! —dice colocándose su borsalino. Se aproxima a la psicóloga y le ofrece el interior de su antebrazo para intercambiar sus contactos—. Cualquier información que quieras contarme, o cualquier detalle extraño que percibas, llámame. Intuyo que pronto pasarán cosas.

La pareja de detectives abandona el apartamento a la carrera.

En esta ocasión viajan juntos en el mismo vehículo. Blake estudia en el holograma de mandos del Ford Saturn el callejero para trazar el camino más corto, mientras las luces de emergencia exteriores dispersan el escaso tráfico con el que se cruzan. De pronto, su forearmphone vibra. Alguien interrumpe su concentración. Por un momento duda de si atender la llamada o no. Quiere llegar cuanto antes a la escena del crimen. No quiere más distracciones. Sabe que aceptar la llamada desconocida puede alterar sus propósitos. Aunque, por otro lado, podría tratarse de algo importante en relación con uno de los dos casos que investigan. Y como no puede permitirse dejar escapar ningún detalle, por insignificante que parezca, pues ambos casos son bastante complejos, acaba dando entrada al habitáculo del Ford Saturn a la imagen de quien llama. Un holograma sobre el salpicadero recrea el rostro de un desconocido.

—¿Quién eres? En estos momentos estoy ocupado —responde apresuradamente el detective—. Espero que sea importante.

—Encantado, Ron Blake. Soy Adam Samuel. No recuerdo el nombre de tu compañero… —dice mirando a este.

—Soy Marc.

—Encantad…

—¡Venga, al grano! Te he dicho que no tengo tiempo. ¿Por qué me llamas?

—Tranquilo, solo será un minuto. Soy uno de los responsables del departamento de consumo y calidad de Slender Robotics. —Adam acerca su acreditación para que la capte el objetivo de su dispositivo

—. Esta mañana nos ha llegado la noticia de que se ha denunciado la muerte de un hombre a manos de uno de nuestros sexpartner. Nos consta que ya trabajáis en ello. Os adelanto que no ha ocurrido así. En la empresa estamos más que seguros. Tras una serie de reuniones internas hemos decidido citaros para un encuentro. Os precisamos con urgencia.

—¿A nosotros? ¿Para qué? —pregunta Blake a pesar de que le ha venido genial la invitación. Él también tenía en mente entrevistarse con ellos cuanto antes.

—Queremos proponeros algo. Os lo contaremos cuando vengáis.

—¿Cómo habéis conseguido mi contacto?

—Creo que no estoy autorizado para contarte eso. Lo mejor es que vengáis. Aquí lo aclararemos todo.

—Pues que sepas que yo estoy autorizado para detenerte si lo has conseguido de forma ilegal —le amenaza el detective—. Nos pasaremos en cuanto estemos desocupados. Ahora tenemos una urgencia.

—Estupendo. Te mando la dirección, la invitación y las instrucciones para entrar en la empresa. Muchas gracias. Os esperamos con impaciencia.

Ron Blake hace aparecer los mandos virtuales para la conducción manual. El Ford Saturn deja de desplazarse en modo crucero y aumenta la velocidad. El cruce de Vassar Street con Main Street queda atrás. Para encontrar el camino más rápido y elegir la ruta más corta, el detective expande el holograma de conducción. Esto le permite consultar una mayor extensión y descubrir las vías afectadas por la nieve.

La anchura de la vía le da la posibilidad de volver a acelerar el vehículo con seguridad. Sobrepasa las 93 millas por hora. El silbido magnético se escucha en el interior del vehículo. No circula mucho tráfico por Main Street, solo el suficiente para que una fina neblina permanezca suspendida en el ambiente. El polvo de nieve que levantan los vehículos al gravitar sobre las vías nevadas provoca que las características estelas azules que dejan atrás de noche puedan verse también con la luz del día. A mayor velocidad, mayor es el rastro. Con diferencia, la cola de luz del Ford Saturn es la mayor de todas, se extiende hasta treinta metros por detrás de ellos.

Blake mantiene la velocidad hasta cruzar el río Charles por Longfellow Bridge, después aminora la marcha. El tráfico de Cambridge Street es mucho más denso. La pareja de detectives ha llegado al corazón de Boston, donde las coloridas calles plagadas de luces de neón y todo tipo de carteles publicitarios se funden con las luminiscencias del tráfico aéreo de los helitaxis, de las cápsulas de flying home y alguna que otra helicámara policial.

A estas horas, en un día normal, se vería a bastante gente caminando por los pasos para viandantes, haciendo sus compras y recados. En cambio, apenas pueden contarse una decena de personas que caminan con dificultad a lo largo de la avenida. La recomendación del alcalde Donovan Shapiro, salir solo para lo imprescindible durante el gélido temporal, ha calado en la población.

Antes de que la vía empiece a curvarse ligeramente hacia la derecha para enlazar con Tremont Street y Court Street, Blake desactiva la atracción magnética del esquiman y activa las hélices para elevarse y salir de la senda magnética. Los iones desaparecen y el vehículo especial de *Inmemorian* pierde su larga cola de luz azulada. El detective pilota hasta el paso aéreo, que le conduce a Comercial Street, para volver a tomar contacto magnético con la vía antes de girar a la derecha en Charter Street.

Siguen ascendiendo al llegar al bloque de viviendas. El edificio no dispone de recibidores aéreos particulares. Hay uno solo ubicado en la azotea. Cuando el Ford Saturn lo alcanza, la pareja de detectives se topa con las incandescentes luces policiales de tres vehículos. Blake se lamenta por no haber sido el primero en llegar. Él y Marc abandonan el vehículo y descienden a pie cinco plantas, hasta llegar a la séptima, donde se halla el cuerpo.

Capítulo 8

O

S D

—¿Cómo habéis llegado todos tan rápido? ¿Y por qué hay tanta gente?

—Bueno… Zoe y Angus investigaban un caso a tres manzanas de aquí, Garret y Thomas fueron los que dieron la voz de alarma, y William y yo patrullábamos por la zona cuando avisaron —explica el agente David Rupert señalando hacia la esquina del salón donde están todos concentrados.

Blake y Marc pasan al interior de la vivienda.

—¿Qué tenemos?

—Descúbrelo tú mismo.

—¡La madre del cordero! ¿Cómo coño han subido a ese ahí? —Blake se quita el sombrero ante el insólito panorama.

La mitad de los agentes se vuelve al escucharle, la otra mitad no puede dejar de mirar. El detective toma la delantera a su compañero y se aproxima al resto de policías que rodean al hombre que cuelga del techo. Sigue sin dar crédito a lo que ve. Una barra, de entre tres y cuatro centímetros de grosor y de unos dos metros de longitud, atraviesa la cabeza de la víctima a la altura de las sienes, de forma horizontal, al mismo tiempo que permanece anclada a dos tabiques que hacen esquina. Un hombre de constitución atlética y piel morena cuelga de ella como un trapo. Tres letras mayúsculas en forma de triángulo resaltan sobre su pecho desnudo. La mirada de los detectives refleja consternación y miedo. No entienden nada. ¿Qué significa aquello? Solo una mente extremadamente perturbada puede ser capaz de preparar esa dantesca y macabra escena.

Blake saca su pequeño bloc para apuntar las letras que presenta la víctima: arriba, como cúspide del triángulo, una O. Debajo, una S y una D completan la figura geométrica. Sortea el reguero de sangre y observa la pluma estilográfica en el suelo. Se aproxima al cuerpo sin

pisar cerca de los elementos. Agarra el pie del fallecido y le propina un pequeño empujón. Apenas se tambalea por el modo en que la barra le atraviesa el cráneo. En cambio, el cuerpo está fresco. Lo percibe en el vaivén de sus extremidades. Un hilo viscoso de sangre ha chorreado por sus brazos desde las sienes, y pende ahora coagulada de los dedos.

—Hemos grabado la escena en virtual —dice Lewis.

—Entonces ya se le puede bajar de ahí —ordena Blake.

—¿Qué crees que ha sucedido? —pregunta Garret, el policía más veterano.

—Está claro. La barra ha reventado el cerebro y no habrá consciencia que copiar. Las letras indican que es obra de los hombres que buscamos, no hay que ser muy listo. ¿Por qué no ayudas a tus compañeros a bajarlo? —responde con la misma mirada fría y burlona que ha recibido del agente.

El sentimiento es recíproco. No se soportan. Blake lo conoció cuando ingresó como detective en el cuerpo de policía. Desde que hizo alarde de sus dotes detectivescas resolviendo con maestría y facilidad los primeros casos que le asignaron, Garret interpretó que, en vez de su compañero, era su contrincante; por eso se dedicó a ponerle trabas y a complicar su trabajo. Solo le importaba quedar por encima de él a la vista del comisario. Corroído por la envidia, aprovechó cualquier ocasión para buscarle problemas, destacar sus errores, y, sobre todo, cuestionar sus peculiares métodos de trabajo. Métodos que resultaban de lo más efectivos. La situación duró hasta que Ron Blake quiso y optó por remediarla.

Cansado de aguantar, decidió contarle al comisario Harry Horn el problema de su compañero con la dragotina, y cómo esta afectaba a su trabajo. Aportó pruebas de ello. Para demostrarlo, desmontó los resultados de los dos últimos casos que Garret supuestamente había resuelto. Mostró la realidad. Su compañero había utilizado datos falsos para hacer encajar las piezas a la fuerza. No concebía que el recién incorporado fuera más efectivo que él resolviendo sus casos, y tuvo que recurrir al engaño. Tras las pruebas ofrecidas por Blake, el comisario Harry Horn entendió que Garret no podía seguir ejerciendo de detective y lo trasladó al cuerpo de policía, hecho que convirtió la envidia hacia el detective en rencor.

—Thomas, ayúdales. —Garret manda hacer la tarea a su compañero, y dedica media sonrisa a Blake, quien no le corresponde y pasa de él. Tiene cosas más importantes que atender.

Angus sujeta a su compañera Zoe, que permanece sobre sus hombros para alcanzar uno de los extremos de la barra. En el otro lado, en la misma posición, está Lewis sobre David Rupert, intentando desencajarla. Los artífices de la escena realizaron dos agujeros en sendos tabiques para que la barra se mantuviera anclada con firmeza.

Tras varios minutos haciendo todo tipo de movimientos y realizando palanca con sus defensas extensibles, Zoe logra desencajar uno de los extremos y se queda con todo el peso del fallecido sobre su hombro. Lewis sigue luchando para extraer la barra del otro lado. Con la ayuda de Thomas, que sujeta desde abajo el cuerpo por las piernas, lo bajan al suelo.

Los detectives de *Inmemorian* se aproximan. Garret queda al margen.

—Gracias por el trabajo —dice Blake a los cinco agentes que han colaborado para bajar el cuerpo. Después los invita a abandonar la vivienda—. Rupert, Lewis, vosotros no os vayáis. Marc y yo saldremos enseguida y alguien tiene que quedarse hasta que vengan los de la científica. ¿Habéis avisado?

—Sí. No te preocupes.

—Yo acabo de contactar con nuestro médico forense.

Los dos agentes de policía esperan al otro lado de la puerta para permitir que los detectives trabajen con mayor privacidad. Mientras Marc confirma que el cerebro está inservible, Blake examina minuciosamente con su lupa la pluma estilográfica. Después, las tres letras sobre el pecho de la víctima. Le dedica mucho más tiempo a la S, la de la izquierda, la primera de la base. Tenía muchas ganas de observar esa en concreto para afianzar o desechar sus sospechas.

Saben que todo forma parte de un escenario preparado al detalle, de un macabro juego. No obstante, examinan cada rincón con la esperanza de encontrar alguna pista real. ¿Habrán cometido algún fallo esta vez? A estas alturas están convencidos de que buscan a más de un individuo. Lo que ven reafirma la teoría de que una sola persona no es capaz de preparar todo eso. Incluso subir el cuerpo y ensartar su cabeza en la barra de aquel modo es tarea difícil para solo dos personas. Ha quedado demostrado con el esfuerzo que han tenido que realizar los agentes de policía para bajarlo. Por esa parte, vislumbra esperanza. Cuantos más sean, más probabilidad hay de que alguno de los integrantes falle, de que se deje alguna pista que aporte algo a la investigación.

—Acero hueco —indica Blake dando dos leves golpes con sus nudillos sobre la barra que atraviesa el cráneo y acercando el oído. Vuelve a hacer uso de la lupa—. Apuesto a que, por mucho que busquemos, no encontraremos ni una huella en ninguno de los objetos.

—A estas alturas está claro que usan guantes. Estamos ante profesionales —reafirma Marc.

—¿Y si te dijera que no lo son tanto? He encontrado algo.

Marc espera a que su compañero se explique, pero no lo hace. Arrodillado, sigue a lo suyo. Escudriña la barra de acero a través de su

lupa.

—¿Y bien?

—¿Y bien qué?

—¿Me vas a decir lo que has encontrado?

—¡Ah, eso! ¡Sí! —El detective se pone en pie—. Las letras.

—¿Qué les pasa a las letras?

—A pesar de que se trata de un grupo de individuos, las letras están hechas por la misma persona, y esa persona es zurda.

—¿Cómo puedes saber eso?

—Ven, acércate. —Blake se inclina sobre el pecho de la víctima e invita a su compañero a arrodillarse junto a él. Acerca la lupa al cuerpo y gradúa la distancia hasta que se observa nítidamente a través de ella. Primero le muestra la O, la letra superior—. La tipografía es muy bonita. —Blake pasea la lente despacio. Ahora le muestra la letra D, situada abajo a la derecha—. ¿Lo ves? Ni un solo fallo en cada una de sus líneas. El autor de las inscripciones se ha tomado su tiempo. Están trazadas con mucho cuidado, pero no con el suficiente. Fíjate. —El detective mueve la lupa rápido hacia la izquierda, para mostrar a su compañero lo que ha descubierto. A través del cristal se observa la letra S—. Dime, ¿qué ves?

—Una S.

Blake aproxima la lente para aumentar todavía más la zona.

—¿Y ahora?

—Hay pequeñas manchas.

—Exacto. Fíjate, las demás no las tienen. —El detective vuelve a recorrer las letras que completan el triángulo. Por mucho que acerca la lupa a ellas, su contorno se ve totalmente limpio—. He encontrado estas manchas en cada una de las letras de cada víctima, solo en las situadas en esta misma ubicación, las letras de abajo a la izquierda. Lo que me hace deducir que el autor de ellas es zurdo, pues esas diminutas manchas de tinta han surgido a causa del apoyo de su mano. Un diestro que no hubiera llevado cuidado también podría haber ocasionado manchas similares, pero estarían en la parte derecha, más o menos en esta zona. Así de simple. Aunque lo más seguro es que no hubiéramos encontrado estas señales, pues cuando un diestro escribe de izquierda a derecha, por la posición, primero pasa la mano y luego la pluma. —Blake imita el movimiento que describe cerca del cuerpo—. Las personas que escriben con la izquierda, todo lo contrario. Primero pasan la pluma y después, por encima de ella, la mano. Por eso los zurdos que he conocido odian escribir con plumas estilográficas o bolígrafos cargados con tintas que precisan de cierto tiempo de secado.

—¿Bolígrafos? —Marc recuerda esa palabra del colegio, pero no su significado.

—Algo parecido a eso. —Blake señala la pluma estilográfica que sigue en el suelo—. Y aunque se lleve cuidado y se crea que la tinta ya está seca, siempre quedan partículas minúsculas que pueden emborronar un escrito. Aunque el autor de estas letras ha sido cuidadoso, y se ha tomado su tiempo de secado antes de escribir la siguiente letra, en toda esta zona podemos ver que hay partículas de tinta dejadas por el apoyo del lateral de su mano. —Blake señala el área dónde se encuentra la letra S.

—¿No te parece extraño, después de ver cada escenario, que alguien tan detallista haya cometido ese error?

—No, pues eso mismo es lo que le ha llevado a cometer ese fallo. Su obsesión por el detalle. No podría haber trazado unas letras tan bellas a mano alzada, lo que le ha obligado a apoyarse. Hemos tenido suerte con que haya sido una persona zurda y meticulosa. La zona nos desvela que una mano izquierda es la causante de ellas. No hay duda alguna. Al darse el mismo fenómeno en los cuatro cuerpos… Todas las ha hecho una persona zurda. Por lógica, aunque nos enfrentamos a un grupo de personas, el autor de ellas tiene que haber sido el mismo individuo, no creo que vayamos detrás de un grupo de zurdos. Es cuestión de estadística.

Aunque a Marc le parece una deducción de lo más sencilla, sabe que nunca habría llegado a esa conclusión por sí mismo, ni aun viéndose las manchas de tinta a simple vista. Tampoco ha visto a nadie escribir sobre el papel hasta que ha conocido a Blake.

Diez minutos después, la pareja de detectives abandona la vivienda por la azotea y un fuerte viento húmedo les golpea el rostro. Entran al Ford Saturn. Las densas y oscuras nubes se mueven rápido. El tiempo ha empeorado. Se aproxima tormenta. En cuestión de segundos, el cielo se encapota.

—Parece que por fin tendremos agua —apunta Marc. Hace semanas que no se ven nubarrones tan oscuros.

—No es por llevarte la contraria, pero se trata de granizo —responde el detective tras consultar brevemente la meteorología en su forearmphone—. Espero que no sea como el del día de Año Nuevo.

—No digas eso ni en broma.

El cielo no espera los siete minutos previstos por el forearmphone de Blake y, de repente, decide descargar su potencial sobre Boston. El detective transfiere al Ford la dirección que le ha enviado Adam Samuel, de Slender Robotics.

—Vehículo fuera de servicio por inclemencias meteorológicas. Granizo intenso —informa la IA.

—Tendremos que esperar a que pase la tormenta.

La granizada es tan violenta que la pareja de detectives teme por la

integridad de los accesorios más delicados del Ford Saturn. La consola principal les informa de que no es posible activar las hélices. Se harían añicos si giraran entre las contundentes bolas de hielo que libera el temporal. Blake se ve obligado a iniciar la atracción magnética para adherir mejor el Ford a la superficie del recibidor aéreo, que se ha convertido en una balsa de pelotas de hielo.

—Habrá que esperar a que remita el granizo.

—¿Qué piensas decir cuando lleguemos? ¿Vas a poner en entredicho la fiabilidad de sus sexpartner? —pregunta Marc.

—No, esperaré un poco.

Capítulo 9

Una banda transportadora mueve las planchas de metal fundido hacia las prensas hidráulicas. Con cada golpe se adelgazan todavía más. Saltan chispas. Una cinta paralela mueve en sentido contrario carcasas de grafeak, que pasados unos días recubrirán partes de algún robot. La lente objetivo del dron supervisor son los ojos de Neil McIntyre sigue de cerca el proceso de la cinta de producción número siete, que lleva la producción hacia la cámara de enfriado. Todos y cada uno de los robots y aparatos de Slender Robotics nacen en la fundición. Miles de máquinas distribuidas en decenas de líneas de fabricación moldean la materia prima. Aunque las gafas virtuales mantienen su vista fijada allí, McIntyre está muy alejado del lugar y de las altas temperaturas. Sus pies descansan en alto sobre su mesa de trabajo mientras saborea una chocolatina. Cuando alcanza el túnel de lavado y enfriado, se quita las gafas. Ha llegado al final del recorrido y el dron vuelve de manera automática al principio, al punto cero hasta el próximo vuelo de comprobación.

Pestañea varias veces, se restriega los ojos para acomodarse a la baja iluminación de su puesto de trabajo. A diferencia de la incandescencia de la fundición que acaba de visitar, encuentra todo muy oscuro. Presta atención al panel detector de anomalías. Más de mil luces en verde. El área cuatro de la funciona con normalidad. Abre la consola principal para consultar la bandeja de alertas. Entre un aviso del Adam Samuel (departamento de consumo y calidad) y otro de Olivia Santayana (comercio exterior), encuentra un mensaje marcado con prioridad especial que viene de dirección. Uno de los secretarios de Friot Parris (director general de Slender Robotics) lo cita en la sala 103 para una reunión de manera presencial. El encuentro está programado para las 13:35 horas. McIntyre mira su forearmhpone. Solo quedan trece minutos. ¿Para qué le reclamará Friot Parris con tanta urgencia? Sin recoger sus trastos, abandona el puesto de trabajo. Menos mal que dispone de su giométrico para desplazarse a mayor velocidad por la red de pasillos de la empresa hasta la sala 103.

—Diez minutos esperándote. ¿Dónde estabas? —pregunta Friot

Parris al recién llegado.

—Lo siento mucho. Acabo de ver el mensaje y he tenido un problema con el girométrico. Le falla el estabilizador. —McIntyre ocupa su puesto.

El holograma de Friot Parris se pasea por la sala hacia el centro para ocupar su posición. Alrededor hay seis asientos, de los cuales solo cuatro están ocupados por los asistentes. El círculo lo componen: Adam Samuel y Fabiana Roberts, el subdirector Fray Anderson y McIntyre (jefe y coordinador de Controladores de anomalías).

—¿Habéis solventado el error de temperatura en la fundición? —pregunta Friot directamente al recién llegado.

—Sí. Vengo de echar el último vistazo —responde McIntyre.

—Me sigue sorprendiendo tu implicación. Sabes que no es necesario que realices el trabajo de tus hombres.

—Prefiero comprobar las cosas por mí mismo una vez me indican que están solucionadas.

—Está bien. Pero que eso no te haga descuidar el trabajo de tu oficina. —El director general devuelve la atención al resto—. Empecemos… A excepción de McIntyre, que ha sido citado a última hora, todos sabemos de qué trata este encuentro. Blake y Marc, detectives de *Inmemorian*, están a punto de llegar. Aprovechad que estáis de forma presencial para convencerlos. No podemos dejar escapar esta oportunidad. La empresa ha recibido el golpe más duro desde que empezó a producir en masa, y si no conseguimos su apoyo, Slender Robotics sufrirá mucho los próximos años. Así que, vamos a ello.

Minutos después, la puerta se abre. Marc y Blake aparecen acompañados por un hombre y una mujer que les indican cortésmente los asientos que deben ocupar. Los asistentes no les quitan ojo. La sala está en silencio total.

—Muy amable. —Marc da las gracias a la mujer que les ha hecho de guía; Blake, por su parte, no dice nada.

La pareja de detectives toma asiento. Friot Parris les da la bienvenida:

—Ron Blake, Marcus Duval… Muchas gracias por aceptar nuestra invitación, pues nos encontramos en una situación un tanto delicada y necesitamos vuestra ayuda.

Blake le interrumpe:

—Esto no empieza demasiado bien, pidiendo cosas ya de repente. Me esperaba una propuesta diferente —miente—, pues yo me debo a *Inmemorian*, nos debemos a *Inmemorian* —corrige mirando a su compañero—, y no trabajamos para nadie más.

—Bueno… al menos te ruego que escuches lo que tenemos que contarte —dice Friot un tanto desilusionado—. Sé de buena mano que

te atraen los retos, y este sin duda será uno que no podrás dejar pasar.

—Os escucharemos, os escucharemos. No hemos pasado todos esos controles de ahí fuera y pateado todos esos pasillos para nada —dice mirando a cada uno de los allí presentes. Busca de nuevo la complicidad de su compañero—. Pero ya te digo que solo aceptamos trabajos que vengan de *Inmemorian*.

—Iré al grano. Como bien sabes to…

—Eso, si vas al grano, mejor. Por cierto, ¿quiénes son ellos?

—¿Vas a dejar de interrumpirle? —le recrimina Marc en voz baja y casi sin gesticular.

Friot Parris añade antes de continuar:

—Lo siento. Perdona por empezar así, de manera tan fría. —Para intentar ganarse a Blake, su tono es suave y amigable—. Aquí tienes sus credenciales.

Al lado de cada asistente aparece el título de manera virtual que anuncia sus nombres y sus cargos dentro de la empresa.

—Bien —dice el detective.

—Así está mejor —bromea Marc, sonriendo a todos los presentes para contrarrestar la frialdad de su compañero.

Fabiana Roberts es la única que le devuelve la sonrisa. La prepotencia de Blake ha causado mella en los demás. «¿Ese es el famoso detective?», se pregunta para sí mismo el subdirector Fray Anderson, que lo mira con cierta desilusión. Conforme lo pintan los medios, se lo imaginaba impecable en todos los aspectos, no que se tratara de un tipo maleducado y con aires prepotentes.

Friot retoma la palabra:

—Como bien sabe todo el mundo, el funcionamiento de nuestros sexpartners es impecable. Más de cuarenta años sin fallos y funcionando a la perfección nos avalan. Desde que nos introdujimos en el comercio sexual no hemos recibido ni una sola queja. Se hicieron miles de pruebas antes de comercializar el primero de todos, y se siguen haciendo cientos de pruebas cada mes. Samuel y Fabiana pueden hablarte con detalle sobre esto, son los responsables de consumo y calidad.

Parris concede el turno de palabra a Fabiana:

—Antes de su comercialización, durante más de cuatro años, los pusimos a prueba ante todo tipo de situaciones, personas y conductas humanas. Como dice Friot Parris seguimos realizando test de control diariamente. Hace tiempo la empresa llegó a plantearse, incluso, disolver el área de trabajo done se realizan estas pruebas, pues hemos descubierto que es imposible que fallen. Es matemática pura. Estadística. Nunca han fallado y nunca fallarán.

—¿Cómo podéis estar seguros de que nunca fallarán? —pregunta Blake.

—Samuel te lo explica. —Friot ofrece la palabra al compañero de Fabiana.

—Los sexpartners están dotados con la inteligencia artificial más avanzada del planeta. Solo los realbots son más inteligentes. ¿Qué decir de los realbots? Cualquiera de nosotros podría ser uno de ellos y pasarían años hasta que alguien lo descubriera, incluso si quisiéramos, podríamos llevarnos el secreto a la tumba. Se dice también que en ocasiones ni los realbots son conscientes de que no son humanos, o que incluso algunos llegan a olvidarlo, lo que les hace llevar una vida normal. De ese nivel tecnológico estamos hablando. En primer lugar estaríamos los humanos, como especie dominante y creadores de toda tecnología e inteligencias artificiales, luego, los realbots como nuestra mayor creación y, en tercer lugar los sexpartners.

»Estos últimos poseen el sistema Shento, que evalúa a la perfección nuestros sentimientos, necesidades, patologías que podamos padecer, y los dota de empatía. Además, el sistema Shento está reforzado con el programa Protect Human, basado en las tres leyes de la robótica y de sobra conocido por todos, que obliga al robot, en este caso al sexpartner, a proteger a las personas de cualquier daño o amenaza que pueda sufrir, por encima del cumplimiento de cualquier orden humana o el desarrollo de sus funciones. Como te ha explicado mi compañera, en Slender Robotics estamos libres de estas incidencias. Te invitamos a que revises nuestro historial. —Marc y Blake ven aparecer frente a ellos un holograma con un archivo de descarga.

—O sea, que nos estáis tratando de convencer de que la sexpartner Easia no mató a Mike Patterson —determina Blake.

—Queremos que comprendáis que es imposible que alguno de nuestros aparatos haga daño a alguien, tanto de manera voluntaria como involuntaria. Más imposible todavía es, que uno de nuestros sexpartner haya cometido un asesinato tal y como está diciendo la prensa —explica Parris.

—Y nosotros también estábamos convencidos hasta hace unos días de que esto no podía suceder, como todo el mundo. Pero me temo que la situación ha dado un giro. Como imaginaréis, hemos hablado con la consciencia del fallecido y nos ha contado lo que sucedió.

—¿Y qué sucedió?

—¡Ja! Cometería una imprudencia si os hablara de ello, nos encontramos al inicio de la investigación.

—Contemplamos todas las posibilidades —interviene Marc parafraseando a su compañero y guiñándole un ojo.

—Eso es. Lo que quiero decir es que no os va a resultar tan fácil convencernos. Necesitamos más que una simple explicación. ¿Para qué nos habéis hecho venir aquí?

—Su mujer se lo ha inventado todo —responde sin rodeos el

subdirector Anderson.

—¿Y por qué iba a hacer eso? —pregunta Marc.

—Porque ella lo mató.

—No voy a negar que el caso se las trae. Que algo gordo hay detrás —reconoce el detective—. Pero afirmar tan convencidos que Marta está detrás de todo… ¿Acaso podéis demostrarlo?

—Bueno… Tenemos algo que apoyaría nuestra teoría. —Parris suaviza la acusación del subdirector—. Aunque para darle importancia ya estáis vosotros. Para eso os hemos hecho venir. Precisamos de vuestros servicios para resolver este problema que amenaza el futuro de la empresa y de la sociedad. Miles de ciudadanos comparten su vida con nuestros aparatos. ¿Os imagináis lo que podría suponer esto, las dudas e inseguridades que surgirán en todo aquel que convive con un sexpartner? En menos de un día hemos recibido más de ochocientas peticiones de devolución. Y claro… No se ha vendido ni una sola unidad.

»Y sobre lo que has dicho al principio, que no aceptas investigaciones fuera de *Inmemorian*, no creo que os esté pidiendo eso. Recibisteis el aviso y ya trabajáis en el caso. Así que no se trataría de un trabajo independiente, sino de investigar un mismo caso desde otro punto de vista. Nosotros, desde Slender Robotics, queremos aportar nuestra versión.

—Y ahora es cuando me contáis vuestra teoría o me enseñáis pruebas —demanda el detective.

Anderson intenta coger las riendas de la conversación pero Friot Parris lo interrumpe. Ante la efusividad del subdirector prefiere ser él quien hable.

—Conocemos muy bien los detalles que han mostrado en los medios de comunicación…

—Maldito Horn… —murmulla el detective—. Cómo le gusta la prensa a ese saco de grasa.

—No sé a quién ha salido —le contesta Marc en voz baja.

—¿Cómo decís? —pregunta Friot Parris, que no llega a entenderles.

—Nada, nada. Prosigue.

—Gracias a los detalles que han contado en prensa sabemos que Marta miente. Todos nuestros sexpartner contienen un localizador que deja de estar operativo cuando se activa el producto, cuando el cliente confirma que ha llegado en perfectas condiciones. Su función es tener controlada la posición de nuestros aparatos durante el envío, ya que a veces se producen robos. Recordaréis la ola de saqueos que sufrieron las flying home en los sesenta.

»Tiempo después, solo activamos el localizador para casos excepcionales: pérdida, robo… Y siempre mediante la orden de un juez, de lo contrario estaríamos invadiendo la intimidad de nuestros

usuarios. Para volver a conocer la posición de un sexpartner solo tenemos que introducir su número de serie. Así de sencillo. Santayana… —El director general concede los honores a Olivia Santayana, que no había intervenido todavía. Ella hace aparecer las holoteclas frente a su silla, y muestra un gran holograma en el centro de la sala. Mientras la responsable de comercio exterior procede, Parris continúa—: Y no solo conocemos el lugar donde se encuentra ahora mismo, sino que disponemos de todo el historial de movimientos desde que salió de nuestras instalaciones.

Se muestra la ciudad en un plano alzado.

—¿Pero? —Blake está a punto de replicar.

—Y ahora —Parris le indica a Olivia que proceda—, si nos vamos atrás en el tiempo hasta el 4 de enero, a la hora del suceso, y aumentamos el cuadrante…

El mapa se amplía rápidamente. Aunque la imagen solo guarda los detalles de un callejero, da la sensación de que van a caer sobre el apartamento de Marta y Mike por la velocidad a la que se aumenta todo. Cuando están lo suficientemente cerca, la imagen holográfica deja de ampliarse. Como si se encontraran a un par de decenas de metros de altura, se observa la distribución del interior del apartamento. El punto indica la posición de Easia. Se encuentra en el recibidor aéreo, en el mismo lugar dónde Blake y su aprendiz la vieron destrozada. El holograma marca las 12:32. Parris sigue dando indicaciones:

—Olivia, ¿puedes retroceder el tiempo un poco más? Un poco más… Más… Más…

Marc y Blake no quitan ojo a la proyección. El punto de Easia permanece estático en el mismo lugar. Parris hace retroceder la imagen hasta las 11:52.

—No es posible que no se haya movido durante ese tiempo —interviene Marc mirando a su compañero.

—Sabemos que no concuerda con lo que Marta testificó, pues ella dijo que cuando llegó a casa, Easia huyó al recibidor. Aquí podemos comprobar que estaba en el recibidor aéreo en todo momento. Incluso contemplamos la posibilidad, que nuestro sexpartner ya estuviera destrozado.

—¿Qué margen de error tiene ese localizador? —se interesa Blake.

—Ninguno.

—¿Puedes retroceder más? —pregunta Blake. Quiere comprobar si los movimientos de Easia coinciden con la versión que recibió de la consciencia de Mike.

No lo hacen. Olivia retrocede hasta las 11:45 a petición del detective y nada concuerda. El punto está fijo en el mismo lugar, cuando se supone que, a las 12:00, Mike salía de sus clases de

matemáticas y Easia lo esperaba a la salida del cubo. Algo falla. La complejidad del asunto deja a Blake fuera de juego. Intenta pensar. La sala parece esperarle, vuelve el silencio.

—¿Sabéis que acabáis de hacer algo ilegal, entrando sin orden alguna a este registro de posición? Si estáis en lo cierto, lavaréis vuestra imagen con el acto y, si no, tendréis que rendir cuentas.

Marc no puede creer que su compañero esté haciendo esa acusación.

Parris se ve obligado a defenderse:

—Tenéis que entender la situación en la que nos encontramos. Hemos tenido que…

—¡Eh! Que no estoy culpando a nadie. Me gusta vuestro estilo.

—¿Eso significa que vais a investigar para nosotros?

—No, ja, ja, ja. Y que quede claro que ni somos amigos, ni socios, ni nada de nada. Simplemente voy a tener estos datos en cuenta. Comprobaré si son ciertos.

Ron Blake examina las miradas de cada uno de los presentes en busca de algún tipo de reacción. Se enfrenta a uno de los casos más extraños que recuerda. Le resulta increíble que hayan coincidido dos casos tan complejos: este y el de los cerebros inservibles.

Los detectives abandonan la reunión. Friot Parris queda satisfecho por lo conseguido. Sabe que ha logrado colocar al prestigioso Ron Blake en la línea de investigación que él quería. Su imagen holográfica desaparece tras unas breves palabras de enhorabuena a su equipo.

El Ford Saturn se aleja de las instalaciones de Slender Robotics.

—Todavía no concibo que un sexpartner pueda matar a nadie y mucho menos urdir o formar parte de un plan de actuación de este tipo —confiesa Blake con la mirada perdida a través de la ventanilla —. Pero tampoco que Marta haya sido la artífice. Mike nos contó cómo sucedió todo. Lo vio con sus propios ojos. ¿Y si Mike no fue asesinado por la Easia que Marta y Mike conocían?

—¿A qué te refieres? —pregunta Marc.

—Marta y Mike han coincidido en algo. —Blake saca su pequeño bloc y activa la luz del habitáculo—. Ambos han destacado un nuevo comportamiento en Easia. Por un lado, Mike Patterson nos ha contado que Easia no parecía ella, que actuaba diferente en el momento en que se la encontró de pie esperándole al salir del cubo, de sus clases de matemáticas, y también cuando minutos después mantuvieron sexo. Y por otro lado, Marta nos ha contado que, al acercarse al sofá donde yacía muerto su marido, Easia se apartó «con un movimiento ágil que nunca le he visto hacer». —Blake lee las palabras exactas apuntadas en sus notas—. Si además añadimos que la sexpartner huyó hacia el recibidor aéreo ante la presencia de Marta, según ella, y sumamos la

pastilla que introdujo en la boca de Mike… Llego a pensar que… ¿Y si no era la Easia que Marta y Mike conocían? Creo que ahí puede estar la clave de todo.

Capítulo 10

Domingo, 9 de enero de 2095

Desde hace meses, la vida de Marc discurre entre crímenes, tragedias e interrogatorios. Su trabajo le está resultando más duro de lo que creía, y eso se aprecia en su estado de ánimo diario. No obstante, la vitalidad que desprende sigue siendo mayor que la de hace un tiempo. Si vuelve la mirada atrás para evaluarse a sí mismo, ahora encuentra un hombre renovado. Al cargar la consciencia de su tía en la domótica de su apartamento, no solo pudo descubrir la verdad sobre su muerte, sino también conocer a Blake para que le ayudara a resolver el caso. Esos acontecimientos junto a otros (quizá, los más determinantes de su existencia) marcaron un antes y un después en su vida. Una brisa fresca apartó la niebla que ocultaba el nuevo sendero que estaba predestinado a tomar, para que despertara el nuevo Marcus.

Por mucho que su retraída y oscura personalidad permanezca siempre preparada para adquirir fuerza y, en momentos puntuales, haga acto de presencia a consecuencia de las truculentas situaciones que se encuentra desde que trabaja para *Inmemorian*, se ha deshecho de la mayoría de miedos e inseguridades que lo bloqueaban. Aunque esclarecer las causas de la muerte de Margaret y tomar contacto con *Inmemorian* fue lo más importante para que sucediera este cambio, no fueron los únicos factores responsables.

El alcoholismo de su padre ya no suma peso en su mochila. Supervisado por especialistas, Roy lucha contra su adicción en la residencia Jarre First. Habría durado pocos meses más si Fisher Dantakis, el presidente de *Inmemorian*, no le hubiera brindado la oportunidad de ingreso en la prestigiosa residencia, en agradecimiento a Marc, por el logro conseguido junto al detective: la derogación de la ley del silencio al no humano. Marc confía en que, poco a poco, su padre pueda adquirir cierta calidad de vida. Es pronto para aventurarse, pero todo parece ir bien. Mientras mantiene viva esa esperanza, lo visita siempre que puede. Le cuenta cómo es su nueva vida, le habla de su trabajo y de lo que está aprendiendo de Ron

Blake.

Aunque en ciertos momentos la sigue echando en falta, el regreso en cierto modo de Margaret, también ha contribuido a esa transformación. Desde que ella forma parte del departamento de criminalística de *Inmemorian*, Marc detecta que ha perdido esa capacidad sensitiva extra que creyó percibir en la consciencia de su tía desde que la cargó en el apartamento. Unas cualidades que ahora, como fruto de la casualidad, ve en Creta. En ocasiones se pregunta si todo eso solo está en su imaginación, que guiado por la necesidad de combatir la crudeza de su solitaria vida le hace ver cosas donde no las hay. No obstante, se deja llevar por ese instinto y ya no la mira como a un sexpartner. El nuevo brillo que ve en sus ojos provoca que le apetezca compartir la mayoría de momentos con ella, y por eso la mantiene encendida casi todo el tiempo. Se ha acostumbrado tanto a su presencia mientras está en casa, que durante las etapas de carga y actualizaciones en las que permanece en suspensión forzada, se siente solo.

Cuando no están Margaret ni Creta cerca, se siente frágil en un mundo ruidoso y hostil que parece ignorarle con la más cruel indiferencia. Por eso quizá, el justo destino le ha traído la amistad de Xanna y, con ella, un nuevo apoyo emocional que le ha fortalecido para no dejarle regresar a su insustancial vida anterior.

La persecución diaria que sufrió por parte de la prensa y la fama que obtuvieron tras la resolución del caso de Margaret también han contribuido a que despierte el instinto de sociabilización. Aunque sería injusto pasar su predisposición por alto, ya que si él no hubiera estado abierto a ello, Xanna no habría entrado en su vida con tanta fuerza.

Todo en conjunto le ha hecho recuperar parte de la autoestima. Tiene más confianza en sí mismo. Incluso ha empezado a usar el programa de peinado inteligente del cuarto de baño de su apartamento. Su mente le avisa de que ya no precisa estar solo, sino todo lo contrario. Empieza a necesitar compañía real, de carne y hueso, a una persona a su lado.

Xanna, a diferencia de Creta, lo escucha de verdad, lo comprende y hace cosas por él. Se ha convertido en su confidente. Y se han tambaleado los cimientos de la retraída personalidad. También sus solitarios planes de vida. Nunca habría pensado ni imaginado que necesitaría compañía más allá de los momentos en los que se satisface con su sexpartner.

Xanna trabaja en la residencia donde se recupera Roy. Es parte del personal que está a su cuidado. Entre otras cosas, se encarga de las terapias y cuidados que mantienen a los enfermos sosegados y lejos de sus adicciones. Así se conocieron, y surgió la chispa entre ellos. Una amistad especial (como ella la llama) que les ha hecho inseparables.

Aunque los dos saben que hay algo más.

A las dos semanas de su primer intercambio de palabras se produjo la primera cita fuera de la residencia Jarre First, y Roy dejó de ser la única causa y excusa de sus encuentros. Primero fue uno por semana, después dos… Y de pronto, comenzaron a verse todos los días. Esa fue la dinámica hasta que hace varias jornadas interfirieron las víctimas sin cerebro que copiar.

El caso de los cerebros inservibles, junto a la extraña muerte de Mike Patterson, «el Rubio», le mantienen más ocupado de lo normal. La investigación ha sobrepasado la línea de un caso cualquiera, y consume la mayor parte de su tiempo libre, el que preferiría compartir con Xanna. Pero ni siquiera ese pequeño paréntesis de encuentros ha logrado aplacar lo que sienten; por el contrario, ha cobrado más fuerza entre ellos. Cada palabra que intercambian, cada mirada cómplice, cada gesto que se dedican aviva la llama de un fuego que les abrasa con más intensidad cada día.

Xanna es la antítesis de Creta. Son como la noche y el día. Si Creta irradia belleza, exotismo y perfección por todos sus poros sintéticos, Xanna es una mujer que apenas se preocupa por su imagen o por guardar ciertos modales. Creta es alta y Xanna mide uno sesenta. Creta deslumbra y atrae todas las miradas, Xanna pasa desapercibida. Tiene encantos, pero no son exteriores. Existen más de mil diferencias entre ellas. La mayor, que Creta está hecha de materiales artificiales y Xanna de carne y hueso. Marc no conoce a otra persona como ella, ni que le transmita lo mismo.

Sentados sobre un banco de madera, Marc y Xanna disfrutan de la tarde soleada de domingo en el nevado Norman B. Leventhal Park. La nieve, amontonada por todos lados, cubre las flores y la hierba bajo la arboleda del parque. El agua de las fuentes está congelada. Los caminos han desaparecido bajo la densa y compacta capa blanca y brillante. Sus pisadas, junto a las huellas de los primeros visitantes que recibe el jardín desde que llegó el frío polar, son las únicas marcas hasta la vía de peatones que circunda el parque.

Marc aprovecha el momento de silencio para coger otra patata. Las manos de ambos coinciden dentro de la bolsa de snack. Se miran, sonríen, olvidan su entorno. La fuerza del universo en un solo contacto. Ambos la han notado. Ella se sonroja. La tensión que crece cada día entre ellos solo les conduce hacia un camino. Sin embargo, Marc, parece que juega a retrasar lo evidente.

—Oye, están buenas estas patatas.

—Las he comprado en el Star Golden —dice Xanna—. ¿Qué piensas? ¿Qué te pasa?

—Debería haber traído a Creta.

—Au. Ya estamos… ¿Acaso no estamos bien así?

Silencio. Se miran fijamente.

—Claro que sí. No es eso —responde Marc.

—Au. Entonces, ¿de qué se trata?

—Que cuando nos vemos sin que ella esté presente, siento como si la estuviera engañando. No me imagino a Creta teniendo este tipo de encuentros con otra persona. En cambio, si está con nosotros es distinto para mí.

—¿Engañando? No digas tonterías, es solo una muñeca.

—Sabes que no me gusta que la llames así. —La distancia entre ellos aumenta—. Te he dicho muchas veces lo que pienso.

—Au. Otra vez…

—Desde que Margaret estuvo en su interior es otra. Se comporta de manera diferente, nuestra relación ha cambiado y no debería hacerle esto.

—Ella no siente. No le estás haciendo nada. ¿Acaso me ves a mí preocupada por Poe?

—No es lo mismo, él sí que es un simple sexpartner.

—Y Creta también, no te confundas.

—Algo me dice que eso ha cambiado.

La magia entre ellos se ha roto.

—Au. Nunca dejas de pensar, ¿verdad? Además, solo somos amigos —dice con una sonrisa picarona—. Venga, vayamos a tomar algo —añade Xanna, que agarra la mano de Marc y se levanta del banco.

—¡Espera! Sabes que eso no es así. Que cada vez que te tengo cerca deseo tocarte, y cuando lo hago como ahora —Marc mira sus manos entrelazadas—, siento que quiero abrazarte… Y no como amigos.

Ella siente lo mismo. La magia vuelve con más fuerza que antes. Xanna lo mira hipnotizada, con deseo, al mismo tiempo que se compadece de él, por la confusión que muestra. Aunque para ella queda más que claro que establecer lazos sentimentales hacia cualquier cosa inventada o construida por el hombre es un error, entiende que Marc no debe estar pasándolo bien. Vuelve a sentarse a su lado sin soltar sus manos.

—Y de besarte. Y sé que si seguimos con esto, acabaremos en la cama como dos animales. —Marc no conoce formas más sutiles. La relación con su sexpartner ha distorsionado su visión de la sexualidad y del amor. Pero a Xanna no le importa, en ese sentido son iguales—. Y Creta no se merece esto.

—Marc… —Xanna se muerde el labio inferior.

—Y tú también sabes qué pasará si seguimos.

Se acercan todavía más. El primer beso está a punto de producirse. Menos de cinco centímetros entre sus labios. Una rama de un árbol próximo se libra del peso que la mantenía vencida. El compacto amasijo de nieve cae a plomo cerca, y el seco sonido les pilla

desprevenidos. Xanna da un pequeño salto sobre el asiento. Después sus rostros recuperan la distancia. El beso entre ellos tendrá que esperar.

Marc y Xanna abandonan el banco de madera sin percatarse de que, al otro lado de la vía para peatones, alguien los observa con sumo interés escondido detrás de un vehículo imán estacionado. Cogidos de la mano caminan hacia The Best Tropic, la cafetería preferida de Xanna.

Capítulo 11

T
O A

No es algo habitual que las autoridades envíen avisos o comunicados a los forearmphones de los ciudadanos. El primero de todos fue el mensaje que anunció el estado de excepción en todo el país durante la intercepción del asteroide Apofis en el 60. Las probabilidades de que algo saliera mal y que terminara impactando en el Atlántico, relativamente cerca de la Costa Este, y provocara una catástrofe sin precedentes, eran considerables. Por eso, la Organización de las Naciones Unidas decidió poner en marcha una serie de recomendaciones y hacerlas llegar a los ciudadanos por esta vía. Gracias al impecable trabajo de Naxa Space, se consiguió reorientar el peligro hacia las profundidades del cosmos.

Ningún otro comunicado vía forearmphone ha sido tan trascendental como ese, pero hubo otros. A partir de ese momento, el sistema de alertas se ha utilizado en casos muy puntuales para informar individualmente sobre noticias importantes.

Marc y Xanna escuchan al mismo tiempo el característico sonido de sus forearmphones anunciando la recepción de uno de estos avisos. Se trata del tercer comunicado de la década. Se miran alertados. También han escuchado el mismo sonido detrás de la barra. Observan al barman, un chico joven y enclenque, dejar de lado sus tareas y consultar su dispositivo. Frente a dos tazas de humeante café, Marc y Xanna abren la notificación, y el mismo holograma aparece al unísono sobre sus respectivos antebrazos. El comunicado indica que el gobierno ha optado por lanzar las Ambient Cluster Pumps al cielo para dispersar el anticiclón que castiga a Boston sin tregua desde hace semanas y que, según los pronósticos, seguirá haciéndolo durante dos o tres semanas más. Con ellas se pretende impedir que el temporal provoque más problemas. Los incuantificables daños en los campos de cultivo y en su producción, los desperfectos materiales en la ciudad y

los límites de circulación que están imponiendo las potentes tormentas, no dan otra opción al alcalde Donovan Shapiro, firmante del comunicado.

—Ya era hora de que hicieran algo. No se puede caminar por ningún lado. —Marc hace desaparecer la notificación y toca la taza para comprobar la temperatura del café. Demasiado caliente.

—Y ya nos estaba pasando factura. Nos ha vuelto personas más tristes a todos —apunta Xanna sin apartar la vista de su forearmphone. Sigue leyendo los detalles—. Se ha creado un evento en el que han citado en Harborwalk a todo el que quiera ver el espectáculo en vivo. Podríamos ir.

—Los que lo han visto alguna vez dicen que es un espectáculo digno de ver, al menos una vez en la vida. Es como una explosión en los cielos que disuelve las nubes en escasos segundos.

—Por eso quiero verlo contigo y que nuestra primera vez sea juntos —dice ella con sonrisa picarona.

Marc se pone nervioso. Conoce muy bien a su amiga y sabe que lo ha dicho con toda la intención. Sorbe el café, que todavía está demasiado caliente. Lo ha olvidado. Al mínimo contacto de sus labios con la taza se quema. Arruga el mentón. Con rapidez deposita el café sobre la mesa con un movimiento falto de sutileza, y parte del contenido se derrama. El golpe llama la atención del barman que los mira tratando de averiguar qué ha pasado. Al verlos hablar con normalidad, regresa a sus cosas.

—¿Estás bien? —Xanna se preocupa. Hace desaparecer el holograma sobre su brazo con un ligero giro de muñeca.

—Sí, no es nada —responde al mismo tiempo que introduce la yema de su dedo índice abrasado en la boca.

—¡Umm! —Xanna gime—. No te chupes el dedo mientras me miras así.

—¡No te he mirado de ninguna forma! —Marc no puede evitar que a él también se le dibuje otra sonrisa picarona en su rostro y, al corresponderle, cae preso de su trampa.

Con solo imaginar cómo puede ser el contacto físico entre ellos, le envuelve el deseo de tenerla y envolverla con sus brazos, de apretar en ese mismo instante el cuerpo de ella contra el suyo. Sin que la temperatura del café haya tenido algo que ver, percibe un ligero calentamiento en la zona de su cuerpo que ahora quiere tomar el mando. Pero su cabeza no ha perdido el control, y sigue presente. No está dispuesto a fallarle a la mujer sintética que tiene en casa, ni a sí mismo. Y empieza el juego entre el sentimiento pasional y la razón, y le surgen otra vez las mismas preguntas de siempre: ¿se estará equivocando? ¿Creta puede sentir? ¿Perderá la oportunidad con Xanna debido a su comportamiento? Aunque han surgido muchas

dudas desde que la conoce, de algo está muy seguro: no quiere que se aleje. Si ocurre, no se lo perdonaría.

Xanna percibe en su compañero una mirada penetrante y espera con atención, durante todos esos segundos de silencio, una posible reacción por su parte. Pero no se produce. Los pensamientos de Marc lo han colocado tras una barrera imaginaria a tiempo. Segundos que le sirven de escapatoria.

—No sé si mañana a las doce podré. Es el entierro de Mike.

—¿A qué hora es? —Se da por vencida.

—A las diez.

—Au. Pues a esa hora ya habrás acabado. Prométeme que iremos.

—Lo intentaré…

—¿Para qué vais?

—En realidad, voy yo solo. Blake visita mañana la refinería de harina de maguey para intentar averiguar un asunto.

—Au. ¿Y es necesario que tú asistas al entierro? ¿Qué vas a hacer allí?

—Pues no lo sé. Blake se ha empeñado en que vaya y observe para ver si rascamos algo. Creo que me está poniendo a prueba. Quiere que me suelte. La verdad es que yo tampoco sé qué pinto en el entierro.

—Alguna información obtendrás, ya verás. —Xanna intenta animarlo. Empieza a percibir ese decaimiento en él que a veces termina invadiéndole—. Quizá tu compañero quiere que te dejes ver allí, simplemente como parte de la investigación.

—No sé… A veces pienso que no estoy hecho para el oficio.

—Au. No digas tonterías. Claro que lo tuyo es ser detective, y te convertirás en uno muy bueno. Tú mismo dices que aprendes del mejor. Además, acabas de empezar y ya eres famoso por lo que habéis conseguido, os conocen en todo Boston y en casi toda América.

—El mérito es de Blake. Yo solo nunca podría haber dado con el asesino de Marge.

—No me gusta que te quites importancia. Juntos habéis cambiado el mundo. Es un comienzo que muchos detectives querrían, ¿no? Tienes una gran carrera por delante. —Xanna aprieta las manos de Marc entre las suyas. Lo mira fijamente—. Tienes que creer más en ti, te lo he dicho muchas veces. ¿Por qué no me cuentas cómo lleváis las investigaciones? Me gustaría saber si tengo que deshacerme de Poe —bromea.

—Sabes que no puedo contarte nada.

—¿Ni tan solo un poquito, para saber qué es cierto y que no? En los noticieros han dicho de todo.

Al igual que Marc y Blake, Xanna sigue sin dar crédito a la posibilidad de que un sexpartner pueda causar daño alguno a su propietario, por eso no ha variado ni piensa cambiar su relación con

Poe. Al contrario que ese gran número de usuarios que se han contagiado por el miedo y la incertidumbre que ha sembrado la noticia, ella lo ha disfrutado en mayor medida durante los últimos días, en los que se ha encontrado con un pequeño periodo de mayor fogosidad. Tampoco entiende el revuelo de la gente, ni que muchos hayan solicitado la devolución de sus compañeros sexuales; y mucho menos, que los más alarmistas se estén deshaciendo de ellos de diferentes maneras.

—Tranquila, no tendrás que lanzarlo al vacío como los de esta mañana. —Marc le sigue el juego.

—No me fastidies que…

—Sí. Sí te fastidio. Mientras desayunaba lo han dicho en el informativo. Se ha creado un movimiento en la stay web que anima a destruirlos, y esta mañana muchos han sido arrojados desde los recibidores aéreos. Los servicios de limpieza urbana se han colapsado con la recogida de los cuerpos sintéticos.

—Suerte que durante estos días no camina mucha gente por las vías.

—En ese sentido no ha habido perjudicados. Esto se nos está yendo de las manos. —Marc decide volver a intentarlo con el café, pero antes coloca la taza en la zona del posavasos y da varios toques con su dedo índice sobre el tablero. Sorbe con cuidado, y al comprobar que lo ha dejado a la temperatura que le gusta, bebe al fin. Lo saborea. Disfruta de su aroma.

—Pero sí me dirás las tres nuevas letras que habéis encontrado en el torso de la última víctima, ¿no? —dice totalmente convencida. Se trata de los únicos datos que Marc ha compartido con ella desde el principio.

—Encontramos una T, una O y una A. Esperamos que el mensaje, el enigma, o lo que sea, no se alargue y no tengamos que lamentar más muertes. —Marc frunce el ceño—. No estamos cerca de descubrir de qué se trata.

Xanna toma nota en su forearmphone. Aunque Blake no lo sabe, pues se enfadaría mucho con Marc, ella también lleva días tratando de descifrar el acertijo.

—¿Habéis probado a reordenar las letras?

—Claro. Y esas malditas letras no nos dicen nada. A saber qué significan.

—Quizá el hecho de escribirlas en triángulo tenga un sentido. Tiene que ser un acertijo —concluye Xanna.

—Solo sé que andamos muy perdidos. Además… Visto que los artífices de los crímenes tratan de confundirnos con las escenas que preparan… no creo que vayan a escribirnos algo así, sin más.

—¿Artífices? ¿Se trata de un grupo?

—Blake dice que cada uno de los elementos que hemos visto están preparados al detalle para contarnos una historia diferente a lo que de verdad ocurrió, y que solo un grupo de hombres puede estar detrás de los asesinatos. Crímenes que para ellos tan solo forman parte de un juego.

—Au. Quizá no solo sea un juego y camuflan la realidad de sus actos porque saben que Blake es el mejor detective y tienen miedo de que descubra alguna pista real —añade Xanna.

—El nombre de Blake pone nervioso a cualquiera, y más si sabes que estás siendo investigado por él, no te lo niego. Pero te recuerdo que todo esto parece algo premeditado, preparado para jugar con *Inmemorian*, con nosotros, y con el propio Ron Blake, por la falta de cerebros que copiar. Así que apuesto a que todo forma parte del juego. No le deben tener tanto miedo.

—Au. Más bien me refería a cierto respeto.

—En eso estoy de acuerdo. Todo el mundo sabe que no se puede jugar con él de cualquier modo. ¿Sabes que Blake ha descubierto que el que dibuja las letras sobre las víctimas es siempre el mismo, y es zurdo?

—Au. ¿Cómo puede saber eso?

—A través de su lupa ha descubierto… —Sin darse a penas cuenta, Marc coge carrerilla. Empieza a dudar de si se trata de demasiada información.

—¡Ay, la lupa! Ya tardaba en aparecer —Xanna le interrumpe con una pequeña risa al escuchar el nombre del artilugio que acompaña al detective últimamente, y del que Marc ya le ha hablado en otras ocasiones.

—Prométeme que no contarás nada a nadie.

Xanna le mira con ceño fruncido.

—Vale, vale. La cuestión es que en esta ocasión la lupa ha dado buenos resultados. Escucha con atención. —Marc apoya ambas manos sobre el tablero de la mesa al mismo tiempo que habla de manera efusiva—. Con ayuda de su lupa ha descubierto unas pequeñas manchas de la tinta empleada, inapreciables a simple vista. Están en todas las víctimas. Solo alrededor de las letras situadas abajo a la izquierda. Dice que han sido causadas por el apoyo de la mano del autor, y que esas marcas repetidas en el torso de cada uno de los cadáveres, en esa zona baja izquierda de los triángulos, desvelan que solo pudieron ser escritas por una mano izquierda mientras trazaba con cuidado las otras letras. El autor no tuvo constancia de que las producía al ser tan minúsculas.

—Es muy bueno ese detective. Me gustaría poder conocerlo algún día.

—No te gustaría. Te desilusionarías.

—¡Anda! ¿Qué dices?

—No es el Ron Blake que viste en holovisión. Te he dicho muchas veces que cuando ve una helicámara se transforma. Actúa. Así que quítate esa imagen de la cabeza.

—Au. Seguro que exageras.

—Piensa lo que quieras.

—Pues qué rollo —se queja Xanna.

—Pero es el mejor de todos. Estoy seguro de que no existe ningún policía ni detective con sus capacidades. Su mente es extraordinaria —dice Marc.

—Y sobre el caso de Mike, ¿puedes contarme algo? —Ante el desliz de Marc, Xanna decide probar suerte.

—Ni hablar, ya te conté demasiado. Además, no hay novedades desde que estuvimos en Slender Robotics.

—Mañana las habrá, ya verás —dice Xanna confiada—. Blake visitará la refinería y tú estarás en el entierro. ¿Seguís pensando que Marta puede estar implicada?

—Sí. Pero, aunque en Slender Robotics se defienden culpándola y diciendo que no es posible lo ocurrido, la probabilidad de que sea sospechosa se desinfla. ¿Por qué complicarse tanto para acabar con la vida de su marido? ¿Se puede conseguir que un sexpartner mate a alguien? ¿Cómo se hace eso? No tiene que ser tarea sencilla. Digo esto porque es un hecho que Mike vio a Easia encima de él y que le ocasionó la muerte.

—¿Programación avanzada? ¿Hackeo?

—Hasta el momento nadie ha conseguido burlar la seguridad de ninguno de los aparatos de Slender Robotics. Blake ha buscado en el archivo policial y no ha encontrado ningún caso, ni ninguna denuncia al respecto.

—No creo que la muerte de Mike sea motivo para dudar de la empresa sin que hayáis encontrado pruebas. Hemos confiado en sus aparatos desde siempre, en ocasiones incluso más que en nuestras amistades o familiares, que pueden fallarnos por ser humanos. Son productos ejemplares. Convivimos con ellos desde hace mucho, trabajan con nosotros, nos ayudan, nos cuidan, cotizan por nosotros, mejoran nuestras vidas… Nunca hemos tenido problemas. ¿Por qué dudar ahora?

—Por el ruido que han causado esos medios sensacionalistas y la influencia que tienen sobre nosotros. Siempre buscan carnaza, y hay que reconocer que aquí la han encontrado. Imagina el titular: «Sexpartner asesina a su propietario».

—Au. Pues a mí no me harán dudar hasta que lo vea con mis propios ojos. Y aunque así fuera, creo que tampoco podría desconfiar de Poe. Que uno o varios fallen, no quiere decir que todos sean

asesinos.

Marc no descarta la posibilidad de que pueda ocurrir algo parecido si ha pasado una vez con Easia, aunque prefiere no compartir esa opinión con su amiga.

Tal y como tiene por costumbre, Xanna intenta una y otra vez obtener más información sobre los casos, pero Marc se mantiene firme a pesar de que siente la necesidad de compartir con ella su día a día. Lo hace con el resto de cosas que le suceden, pero intenta contenerse cuando se trata de información relacionada con su trabajo. No obstante, no siempre lo logra. El vínculo entre ambos empieza a ser tan fuerte, tan especial, que le resulta cada vez más complicado. Le gustaría hacerla participe de todas sus vivencias, pero sabe que no debe. Solo le transmite los detalles más superficiales, que bajo su criterio cree que le puede contar, y que no afectan al desarrollo de las investigaciones. Comprende la fascinación de Xanna por su trabajo y los casos que investigan, pero a veces tiene la sensación de que se extralimita en su curiosidad y que lo pone en un aprieto. Le parecen demasiadas preguntas.

Una vez fuera, la luz del rótulo del local se refleja sobre los dos montones de nieve de la entrada. Gracias a ella se alejan de la cafetería sabiendo dónde pisan, ya que los oscuros nubarrones oscurecen los últimos momentos del día. Caminan muy arrimados uno al otro, casi abrazados para protegerse del gélido viento. Más allá, la escasez de neones en el Norman B. Leventhal Park, provoca que la calle esté muy oscura. Por eso quizá, pasa desapercibida la figura que desde ciertra distancia les sigue mientras observa a Xanna con sumo interés.

Capítulo 12

Lunes, 10 de enero de 2095

Nieva con fuerza en toda la Costa Este de los Estados Unidos. El espesor ha incrementado entre cuarenta y cuarenta y cinco centímetros. Las vías magnéticas y los pasos para peatones ya registran un metro de nieve. Pocos son los que se atreven a desplazarse con sus vehículos magnéticos sobre las vías que se limpiaron ayer a última hora. Nadie camina por la ciudad. Los recibidores aéreos, privados y comunitarios, se encuentran sepultados, inservibles. Nunca antes las calles han estado tan vacías. Los únicos helivehículos que se aventuran bajo el temporal son los pocos que constituyen el tráfico aéreo esencial, compuesto por helitaxis, cápsulas de flying home y helicámaras de la policía. Sin ellos, la ciudad estaría muerta.

Pero no es la zona urbana la que se lleva la peor parte. Los campos de cultivo han perdido las cosechas de toda la temporada. Algunos terrenos tardarán mucho en recuperarse. Las bombas de riego y las norias de grafeno, acostumbradas a mover el agua con profusión, sin descanso, permanecen estáticas y congeladas. La actividad de miles de robots agrícolas se ha interrumpido. Ya no hay tierra que sembrar, hortalizas y frutos que recoger y envasar, ni productos que cargar. Solo páramos helados, desolados e improductivos.

Más allá, entre los campos de cultivo, se encuentra la finca regentada por Sam Turner, quien espera con ansia el lanzamiento de las Ambient Cluster Pumps anunciado por las autoridades para hoy. Confía en que resulten efectivas y el temporal amaine en las próximas horas. De ese modo podrá retomar la producción en unos días. Además de gerente y propietario de la empresa productora de harina de maguey, en ocasiones también ejerce de recolector y cultivador entre la actividad de sus máquinas y robots. Le gusta estar cerca de su producto y prestar atención a cada uno de los procesos en todo momento. Es lo que ha mamado desde que se puso a ayudar a su padre cuando solo era un niño.

Su finca lo es todo para él, y cumplir con la demanda de sus

clientes, su prioridad. Por eso, tener todas las máquinas y robots parados, bajo techo, le corroe. Acostumbrado a una vida de duro trabajo en el campo y sin tregua, la situación hace que se sienta como un pobre desgraciado.

Aburrido y sin otra cosa en la que invertir el tiempo, permanece sentado en la silla de su empleado Willy, frente al panel detector de anomalías que vigila el buen funcionamiento de la finca. Hace ya tres semanas que mandó al controlador que desempeñaba esa función a casa, junto al resto de su pequeña plantilla de trabajadores de carne y hueso. Lo hizo para evitar que quedaran incomunicados a causa del temporal, como ha acabado pasándole a él. Turner es la única persona que queda allí. No se ha ido, pues es su hogar.

«Aunque más de la mitad de luces indicadoras están apagadas a causa del cese de actividad, alguien debe quedarse para supervisar el panel de anomalías». Eso fue lo que dijo a sus trabajadores cuando varios de ellos le recomendaron que abandonara también la finca, que quizá debía volver a la ciudad mientras durara la pesadilla de hielo, nieve y frío que estaban viviendo.

Ha perdido la noción del tiempo. Le parece que lleva allí mucho más del que en realidad ha pasado. Incluso su barba parece haber crecido más rápido. El descuido de su imagen es destacable, aunque la soledad no es la principal responsable de ello. Carecer de compañía no lo ha castigado más que tener la producción parada. Lo que de verdad le ha pasado factura es ver su finca inerte o, mejor dicho, no verla, pues permanece oculta bajo el manto blanco que todo lo cubre.

Acostumbrado a tratar a diario sus plantas, tres semanas sin ver una sola ha apagado su alegría. Aunque la mayoría miden más de metro y medio, permanecen sepultadas bajo la nieve. Echa de menos la textura y el verde de sus pencas. No obstante, sabe que podría ser peor, si en vez de magueys se dedicara a plantar cualquier otra cosa. Por suerte, el maguey es capaz de resistir condiciones tan extremas como las actuales. Son plantas muy fuertes.

Después de unos momentos divagación por los umbrales de sus preocupaciones regresa al mundo real. La ensoñación que le ha mantenido abstraído se disipa y percibe que vuelve a cabecear. Casi se da contra la pantalla. El propio movimiento de su cabeza acaba despertándole. En ese preciso instante la ve. Se pregunta cuánto tiempo lleva esa luz roja en el panel. Aunque ha permanecido sentado frente a la consola más de dos horas, no puede asegurar que el aviso sea reciente. Miraba sin ver, con la mente en otra parte. Parpadea varias veces para intentar librarse de la sequedad de sus ojos. Se estira, se recoloca sobre el asiento y toca con el dedo la incidencia para consultarla. Corresponde a la zona seis del perímetro de la finca. Se pone en alerta. Ni cuando la actividad está al cien por cien, con

decenas de robots trabajando por todos lados, es habitual que se encienda un indicador correspondiente a la valla que delimita la finca. Piensa que solo puede deberse a que algún intruso ha entrado en su territorio. Pero por otra parte, duda de que alguien sea capaz de merodear por allí bajo el temporal. ¿Será una falsa alarma a causa del violento temporal?

Activa una de las helicámaras controladoras y la pone en camino para verificar a través de ella el motivo de la incidencia. Sabe que ha puesto en juego la integridad del aparato y que en cualquier momento puede desestabilizarse y caer a causa de la tormenta. Pero es la opción más sencilla para averiguar a qué se debe la luz roja del panel que lo ha sacado de su rutina, ya que el lugar se encuentra a un kilómetro de distancia.

El viento agita el aparato de aquí para allá. Lo saca una y otra vez de su trayectoria, aunque, de forma automática, la helicámara corrige su dirección. La nieve dificulta el vuelo y la visión de Turner a través de la lente del aparato durante el viaje. Para intentar ver algo entre los copos, acerca la silla a la mesa todo lo que puede. Se queda a escasos centímetros de la pantalla. Pero sigue sin distinguir nada. Solo un conglomerado de puntos blancos colapsando la imagen y moviéndose sin control.

Próximo al lugar, el aparato ralentiza la marcha. La disminución de velocidad favorece la visión de Turner, que sigue esforzándose en atisbar algo, cualquier cosa. Vuelve a pestañear varias veces seguidas. Las molestias en sus ojos continúan, siguen faltos de humedad. De pronto, la helicámara se detiene a seis metros de altura respecto al terreno. El propietario de la finca toma el control manual de la cámara rotativa. Mediante un holograma que acaba de activar sobre la mesa, la hace girar con lentitud al mismo tiempo que escudriña un entorno algo difuso por la densa nevada, pero distinguible. Tres cuartos de vuelta y algo llama su atención. Se trata de un gran surco en la nieve que llega hasta una parte de la valla de su finca que se encuentra destrozada. Algo se la ha llevado por delante. Dirige la helicámara hasta el lugar donde finaliza ese rastro, varias decenas de metros hacia el interior de su finca, para intentar dar con el objeto causante de los desperfectos. Allí encuentra lo que parece ser un vehículo negro, volcado y medio sepultado por la nieve.

Capítulo 13

Lunes, 10 de enero de 2095 (veinte minutos antes)

El Ford Saturn gravita sobre Trapelo Road hacia el oeste en piloto automático. Por suerte, la vía magnética ha sido limpiada hace poco. Durante el viaje, Blake aprovecha para repasar algunas informaciones en su forearmphone y en los apuntes que ha tomado en su bloc de notas. Justo cuando atraviesa el puente que conecta las últimas casas bajas con los campos de cultivo, levanta la vista para mirar a través de la ventanilla del vehículo. Un brillo inusual llama su atención. Observa el lago Cambridge Reservoir helado en su totalidad.

Tras abandonar la zona urbana, el estado de la vía magnética empieza a ser lamentable. Precisa que pronto vuelvan los vehículos quitanieves. La suavidad del trayecto desaparece en esta zona y Blake ya no puede mantener la atención en su forearmphone. Guarda la pequeña libreta en un bolsillo interior de su chaquetón y decide mirar al frente para prestar atención al camino. El manto de nieve gana espesura. De pronto, una placa de hielo. Enseguida aparece otra. La tormenta que tiene encima y el estado de la senda provoca que se tense sobre el asiento. La cosa se pone fea. No solo ha dejado de ver el camino por el que gravita, sino que tampoco ve los lindes de la vía. No obstante, confía en que la red de atracción magnética y los sistemas de seguridad que conectan el vehículo imán a Trapelo Road sigan funcionando como hasta ahora. El holograma principal indica que el campo magnético es consistente a pesar de los obstáculos helados.

La IA del Ford no comunica errores a su ocupante. Sin embargo, tras varios kilómetros de avance forzado, los esquimanes ya no deshacen con facilidad los montones irregulares de nieve contra los que chocan. En algunos puntos, el vehículo no consigue romperlos y se desliza sobre ellos como si fuera un trineo o una moto de nieve. El traqueteo ocasionado por las placas de hielo sobre las que avanza y el bamboleo por el fuerte viento hacen que Blake se mueva involuntariamente sobre su asiento. Para añadir más acción al momento, el camino serpentea. El vehículo, de forma inteligente,

reduce la velocidad en ese tramo. Tras pasar entre varias norias de grafeno heladas de gran envergadura, entre diversos terrenos que semanas atrás producían distintos tipos de cereal, y junto a los famosos campos de Cebada Hansel, el detective percibe que el Ford Saturn se desestabiliza y pierde atracción. Ha quedado fuera de la vía y se detiene. Al volver a acelerar para recuperar la senda, patina. Al segundo intento, el Ford consigue avanzar, recupera el campo gravitatorio y, con ello, el agarre. Se reincorpora y continúa en línea recta durante varios metros. Pero pronto vuelven las curvas y también los problemas.

Otro pequeño patinazo. Por fortuna, esta vez no se ha ido fuera, el campo magnético sigue funcionando. Pero una nueva curva y un montículo ascendente provocan que el vehículo se despegue mucho más de lo debido. Ya no es capaz de captar el campo magnético de la vía. Segundos más tarde, el Ford acelera de manera brusca y vira a la derecha en una maniobra sin sentido. Blake cree que los sensores de los bajos del vehículo se han debido dañar.

Lo fácil hubiera sido desplazarse por aire, pero la fuerte tormenta de nieve ha sido el motivo por el que ha decidido usar una carretera magnética que preveía en mejores condiciones. Reconoce su error. Justo en el momento en que decide activar los mandos virtuales para retomar la conducción manual y activar las hélices, el vehículo bloquea todos los controles. A trompicones y fuera de control, ahora en línea recta, avanza en piloto automático por una zona cada vez más irregular.

El holograma de ruta le muestra que ya no circula sobre Trapelo Road, y que dadas las circunstancias del terreno, el vehículo ya no va a volver a intentar reincorporarse a la vía. No obstante, también indica que continúa hacia la dirección que él mismo ha introducido antes de emprender el viaje: la finca de Sam Turner. Por algún motivo, el Ford sigue campo a través sin necesidad de un campo gravitatorio que lo impulse hacia la finca productora de harina de maguey. Y eso no solo es extraño para Blake, sino peligroso, ya que compromete la integridad del vehículo imán, que en cualquier momento puede colisionar con alguno de los elementos que se esconden bajo la nieve. Sin embargo, el detective no tiene forma de parar la marcha. Es la primera vez que se ve ante una situación así, aunque también es consciente de que el Ford Saturn que le lleva a todas partes esconde muchas más funcionalidades que cualquiera de los que ha usado durante su trayectoria en la policía. Alguien debería haberle avisado de que el vehículo especial de *Inmemorian* está configurado para ir sobre la nieve.

Por lo que indica el holograma, su destino debe quedar cerca. Intenta ver algo a través de las ventanillas, pero la intensidad de la

nevada no lo permite.

Sin previo aviso, el vehículo pierde inercia. A punto está de quedar encajado entre una gran masa de nieve en polvo, se impulsa y logra sobrepasarla. Enseguida, vuelve a suceder lo mismo otra vez, y de igual manera: el vehículo magnético supera una nueva pendiente de nieve virgen para continuar con su camino.

—Vehículo atrapado —indica la voz informativa a pesar de que el Ford sigue avanzando—. Activando todos los propulsores en tres, dos…

—¡Que no estamos atrapados, coño! ¡¿Qué te pasa?! —grita Blake al mismo tiempo que golpea con ambas manos el salpicadero, lleno de impotencia, por intuir lo que está a punto de suceder.

Un segundo más tarde, a causa del acelerón, Blake se queda pegado al respaldo de su asiento. El suceso coincide con una corta pendiente descendente. El vehículo magnético, ahora convertido en un trineo de bobsleigh, sale despedido en línea recta. Su encuentro a gran velocidad con otro montículo ascendente provoca que salga despedido hacia arriba. Durante unos segundos, pierde el contacto con el terreno. Tras el impacto contra dos protuberancias de nieve virgen que se rompen a su paso y con algo metálico, el vehículo especial de *Inmemorian* da dos vueltas de campana y se detiene en seco.

El espacio dentro del habitáculo ya no es el mismo, se ha reducido a menos de la mitad. La estructura principal del vehículo se ha visto afectada, todo se ha arrugado. También la parte delantera ha quedado aplastada. La nieve ha entrado por una brecha de grandes dimensiones. Todos los sistemas están inoperativos. Los paneles de grafeak del techo se han desprendido. Cables y humo por todas partes. El asiento con forma de media luna en el que se encontraba el detective ha salido despedido y se ha quedado encajado sobre el salpicadero y la mesa de mandos, con la mala suerte de que el detective está atrapado en medio.

Impotente, Blake se lamenta por no poder salir de allí. Se resigna a hacer uso de su forearmphone para pedir ayuda. Mira a su alrededor, investiga su entorno, las opciones que tiene para escapar de su trampa metálica. Se esfuerza al máximo hasta que consigue liberar una pierna sobre el salpicadero. La estira y la utiliza como apoyo contra uno de los paneles interiores. Ejerce fuerza. El asiento se mueve un centímetro. Repite la operación una y otra vez, hasta que se desplaza lo suficiente para sacar su brazo izquierdo. Su cuerpo sigue atrapado y su otro brazo se encuentra encajado en una posición complicada entre la mesa de mandos y un panel que no ha llegado a desprenderse del todo. Con su brazo recién liberado se ayuda y se acomoda para volver a empujar con su pierna. Al tercer intento logra salir del enredo y queda de espaldas sobre la nieve que ha entrado. Por la posición en la

que se encuentra respecto a los elementos del interior del habitáculo, adivina que el Ford está de lado, y por la semioscuridad de su entorno, que ha quedado medio enterrado.

Casi sin espacio para moverse, rompe de una patada la ventanilla más próxima sobre su cabeza. El viento y la nieve entran con fuerza. Antes de salir, escudriña el lugar en busca de su borsalino. Preferiría quedarse allí dentro para siempre antes que salir sin él. Tras apartar varias piezas y hurgar entre la nieve y los desperfectos, se hace con el sombrero. Al primer contacto con el exterior se activa de manera automática la cúpula gravitatoria antilluvia del cuello de su chaquetón. Una vez fuera, acaricia su borsalino de manera sobreactuada como si se tratara de una pequeña mascota. Después se lo pone, lo encaja fuerte en su cabeza para evitar que salga volando a causa de la ventisca y, con unos golpes, se quita la nieve adherida a su chaquetón para guardar las apariencias. Ni el accidente que acaba de tener ni el fuerte temporal en el que se encuentra parecen afectarle en absoluto.

De pronto, entre los sonidos ocasionados por la intensa nevada, reconoce el zumbido de unas hélices acercándose. Avanza con energía en la dirección del sonido, hasta que descubre el aparato que desde varios metros de altura enfoca su vehículo. Ya decía que le resultaba familiar. Tan veloz como un relámpago, Blake introduce la mano en el interior de su chaquetón para sacar a pasear su antigua Parabellum diecinueve milímetros, y vacía el cargador sobre lo que cree que es una helicámara de algún medio de comunicación. Como personaje preocupado por su imagen holovisiva, cree que ese accidente ensuciará su currículum. El detective está tan obsesionado con su imagen en los medios de prensa que ve cosas donde no las hay. No es capaz de asimilar que aunque la mayoría de la gente lo reconoce, la popularidad que obtuvo tras la resolución del caso de Margaret ya no es la misma. Los medios se encargaron de explotar su imagen al máximo en aquellos meses. Aunque quiera creer que sigue siendo el foco de todos los objetivos, la prensa sensacionalista ya no le acosa como antes. Y mucho menos como para que una helicámara le haya perseguido bajo el fuerte temporal hasta los campos de cultivo.

La helicámara controladora de Turner se hace pedazos en el aire.

Capítulo 14

Al mirar el surco que el vehículo accidentado ha dejado en la nieve algo llama su atención. Una veintena de magueys se han visto afectados. Algunos han sido arrancados, otros aplastados. Al verlos, consulta su forearmphone y confirma que, a pesar de lo ocurrido, el Ford Saturn ha logrado llevarle a su destino. Se encuentra dentro de la finca productora de harina de maguey más importante de la Costa Este.

Mira en derredor. Su nuevo objetivo es llegar a las instalaciones para poder hablar con alguien, pero el terreno está intransitable. Vuelve al vehículo para echar un vistazo, con la esperanza de encontrar algo que le permita o facilite afrontar con garantías la caminata que tiene por delante. Su dispositivo indica que es de casi un kilómetro. Se cuela a duras penas entre el amasijo de materiales, lo que queda del habitáculo. Un minuto más tarde, sale con dos paneles de grafeak que se han desprendido del recubrimiento de la cabina y con un par de cables que él mismo ha terminado de arrancar. La idea es atar las dos planchas de grafeak bajo las suelas de sus botines para tener una mayor base de apoyo y evitar que sus pies se hundan en la nieve.

El vehículo especial de *Inmemorian* está dotado de la misma baliza de emergencia que dispone cualquier medio de transporte, con el fin de avisar en caso de percance o accidente. Si la situación fuera normal, no tardarían en llegar los servicios de salvamento y recogida del vehículo. Pero el temporal hace que ese no sea el caso. Blake duda de si llegará alguien. ¿Conocerán lo ocurrido los supervisores del departamento de criminalística de *Inmemorian*? Si no es así, más tarde avisará él mismo a la empresa. Ahora mismo, lo único que le importa es encontrar a algún responsable del lugar para tratar de descubrir si el testimonio de Mike Patterson, en el que ha rebelado que la sustancia que acabó con su vida tenía ese sabor tan característico que solo se encuentra en la harina de maguey, tiene algún sentido. ¿Encontrará alguna relación entre ese testimonio y lo que sucedió en realidad? No acude al lugar con muchas esperanzas de conseguir abrir una línea de investigación por ese lado, pues tiene muy presente que solo ha sido la versión de un fallecido. No obstante, su extensa

experiencia como detective le ha enseñado que, cuando no se tiene nada, por algún lado hay que empezar. El detalle más insignificante puede abrir la caja de Pandora. Quizá, la rotundidad con que la consciencia de Mike afirmó aquello sea lo que le ha llevado allí.

Contra su voluntad, guarda el sombrero en el interior del ala de su chaqueta. No quiere perderlo con la ventisca. Se da cuenta de que no puede seguir llevándolo puesto. Sin embargo, las raquetas improvisadas para andar por la nieve funcionan. Su forearmphone le indica la dirección que debe tomar y el punto exacto de las instalaciones.

No está resultando fácil caminar con esas planchas atadas a sus pies al mismo tiempo que lucha contra el viento. Ha tenido que parar a ajustárselas en tres ocasiones tras dejarlas atrás en la nieve. Cualquier persona ya estaría agotada por el esfuerzo invertido durante esos casi quinientos metros que ha avanzado bajo las duras condiciones meteorológicas. En cambio Blake no da síntomas de debilidad. De pronto, en la lejanía, observa algo que se mueve rápido, mucho más que él. Enseguida distingue que se trata de un vehículo agrícola multifuncional sin techo, conducido por una persona. Blake deja de caminar mientras observa su avance, pues está claro que se dirige hacia él. Momentos más tarde se produce el encuentro.

—¿Quién eres y qué haces en mi finca? —pregunta alarmado el ocupante del vehículo, guardando las distancias y preparado para actuar si es necesario, sin bajarse. El desconocido se protege del frío con gorro y pasamontañas. Va tapado hasta las cejas.

—¿Qué? ¿Qué dices? —A pesar de que el detective intuye que ese hombre ha dicho algo, va tan tapado que no logra entenderle—. ¡Me gustaría hablar con algún responsable! —prosigue aproximándose hacia él.

—¡Quieto! ¡No te acerques más! —Le apunta con su arma paralizadora.

Por la energía y contundencia, Blake sí entiende ahora el mensaje.

—¡Tranquilo, tranquilo, puedes bajar eso! —grita para que pueda oírle al mismo tiempo que proyecta en el aire el holograma de su placa de detective de los servicios especiales de *Inmemorian*.

A pesar de que la imagen aparece distorsionada entre los copos de nieve, Turner puede leerla. Solo entonces se relaja.

—¿Eres Ron Blake? Te conozco. ¿Qué has venido a hacer aquí? ¿Has tenido algo que ver con lo de mi valla?

Silencio, pues el detective no logra escucharle.

—Vamos, sube. Te vas a congelar.

Blake sigue sin entender nada de lo que dice. Por los gestos de su interlocutor, parece que está invitándole a montar a la parte trasera del vehículo. ¿Estará ante uno de los responsables de la finca? Se

desprende de los paneles de grafeak de sus pies y accede. El agricultor reemprende la marcha.

—¡¿Adónde me llevas?! ¡Quiero ir a las instalaciones para hablar con alguien! —El detective se le aproxima por la espalda para que pueda escucharle. Lo zarandea. Según su dispositivo, las instalaciones se encuentran en dirección contraria. Le repatea deshacer el camino por el que ha venido. Con lo difícil que le ha resultado el recorrido, siente una bofetada cada metro que retrocede.

—No te preocupes, podrás hablar conmigo. Soy Sam Turner, el gerente de todo esto —le explica entre gritos casi insonoros a causa del vendaval al mismo tiempo que suelta las manos de los mandos para intentar abarcar con sus brazos todo su alrededor—. Pero primero, ya que estamos aquí, quiero comprobar lo que ha sucedido en mi valla.

—¿Eso es tuyo? —pregunta señalando el Ford Saturn accidentado. Se da cuenta de que el detective sigue con dificultades para escucharle, así que le ofrece su antebrazo para intercambiar sus contactos y poder mantener una comunicación más limpia mediante sus forearmphones—: ¿Ese vehículo es tuyo? —le repite tras realizar el contacto.

—Sí. He tenido un problema.

—Pero… ¿te encuentras bien? —le mira de arriba a abajo—. ¿Cómo te atreves a volar con la que cae?

—Sí. No me ha pasado nada. —Blake prefiere omitir que no volaba, que ha venido gravitando sobre unas vías que no invitaban a ello.

—Aun así has tenido suerte. Podría haber sido peor. Un rayo ha reventado la helicámara que envié —prosigue Turner. Blake no puede evitar reír—. ¿Te hace gracia?

—Un poco. ¿A quién se le ocurre sacar una helicámara con la que cae? —le pregunta parafraseándole para despistar—. Perdona.

—Muy gracioso —replica Turner sin comprender por qué se ríe—. Debe de estar por aquí.

Turner inspecciona el lugar. Hace pasadas con el vehículo por la zona en busca de su aparato caído. Cuando lo encuentra, no da crédito a lo que ve. Alza la vista. Busca presencia de rayos entre las nubes. Ni rastro de ellos. Maldice su mala suerte. ¿El único rayo ha caído sobre su helicámara?

Una vez ha creído conocer lo ocurrido allí, conduce para resguardarse en las instalaciones.

Abandonan el vehículo en el cobertizo y caminan bajo el techo de una amplia marquesina que los lleva a la entrada de la vivienda principal. Cuando Turner se aproxima, la puerta se abre y pasan al recibidor. Mientras su acompañante se desprende de la ropa de abrigo

que le cubre el rostro, Blake se coloca su borsalino.

—Como te he dicho, me llamo Sam Turner y soy el que dirige el tinglado aquí —dice ofreciéndole un apretón de manos al que Blake no responde.

—Bien.

El gerente no tiene más remedio que reaccionar para romper el hielo.

—¿Y por qué el prestigioso detective Ron Blake visita mi finca?

—Podríamos decir que… me interesa tu harina.

—¿Te interesa mi harina? —sus ojos se abren de par en par—. ¡Te debe interesar mucho para haber venido con la que cae! Te regalaré una saca, o las que quieras. ¡Pero qué orgullo que a un personaje con tu prestigio le interese mi producto! ¿Y tu compañero?

—He venido solo.

—¿No se supone que estáis muy ocupados hablando con los muertos? Al menos eso dicen en el noticiero. ¿No investigarás mi harina? ¡Que sepas que paso inspección todas las semanas!

A Blake no le gusta la expresión que Turner ha utilizado para referirse a los contactos que llevan a cabo en el cubo de Cicerone, ni tampoco que ese hombre no haya hecho nada más que hablar desde que han entrado por la puerta.

—¿Haces siempre tantas preguntas? ¿Hablas siempre tanto o es porque llevas mucho tiempo aquí solo?

—¿Cómo sabes eso?

—Solo hay que verte las pintas.

Turner mira su propio cuerpo. Por primera vez es consciente de su dejadez.

—¿Podemos ir al grano y dejarnos de rodeos? —pregunta Blake.

—¿Qué te interesa saber de mi harina?

—Me interesa y punto. Cuéntame un poco.

—Solo tengo unas dos mil plantas de maguey. Ahora no se ven, están todas sepultadas por la nieve, pero no necesito más. La producción de la harina la da el propio gusano.

—Que yo sepa no te he preguntado de dónde sale la harina. ¿Acaso crees que soy estúpido o un niño que todavía no sabe eso? Me refiero a lo que hacéis aquí, en la finca. —Blake quiere conocer algo del lugar antes de hacerle la pregunta que le ha llevado hasta allí.

Como la vulnerabilidad del fósforo de una cerilla ante la fricción, Turner se enciende pronto contagiado por las palabras de Blake, y sale a relucir el entusiasmo y devoción que siente por su producto:

—Mis robots y yo salimos cada mañana ahí fuera para extraer la raíz del maguey. La sacamos de la tierra y la abrimos con cuidado a machetazos para ver los gusanos, pero no del todo, ya que luego

volvemos a enterrarla. Si se hace como es debido, la raíz vuelve a agarrar en el terreno y, en dos o tres semanas, se regenera para dar lugar a nuevas colonias de gusanos. Cada vez que hacemos esto recogemos una media de cincuenta larvas.

»La recolección del gusano de maguey es delicada y hay que realizarla con mucho cuidado. Yo la realizo a mano y, mis robots, mediante succionamiento. La cuantía de gusanos que recogemos es insuficiente para elaborar la cantidad de harina que sale cada día de la refinería para el abastecimiento de la ciudad. No nos llegaría ni para cien kilos a la semana. Además, el gusano machacado tiene que ser procesado. Por eso, la parte más importante de la producción se encuentra en los almacenes —Turner señala hacia el edificio contiguo —. Allí ponemos los gusanos en grandes cubas, sobre una base de salvado de trigo y trozos de fruta para su hidratación. A la temperatura idónea se reproducen y multiplican a gran velocidad. Vamos, te lo mostraré.

Turner vuelve a abrigarse. El detective sigue sus pasos hasta el vehículo agrícola. Con él se desplazan hasta los almacenes.

Tras cruzar filas y filas de robots humanoides apagados llegan a la zona de reproducción. La mayoría de cubas de metacrilato, de unos cincuenta centímetros de profundidad y gran extensión, están desbordadas de gusanos que caen al suelo y terminan cubriéndolo. La espesa penumbra que requiere el lugar para las condiciones perfectas de la reproducción dificulta la visión. Blake percibe que pisa una masa resbaladiza y se apoya sobre el borde de una de las cubas para no perder el equilibrio.

—Tres semanas con el producto estancado son demasiadas. Mira cuánto desperdicio —dice Turner metiendo la mano en una de las cubas al mismo tiempo que zarandea los gusanos y coge un puñado—. La mayoría han sobrepasado el tamaño idóneo y ya no sirven. Cuando tienen el peso apropiado, antes de que se vuelvan amargos, un robot los succiona, y aquella cinta los lleva a la refinería, donde una máquina los machaca, tritura y mezcla con harina de mosca. Después, a la pasta se le añaden los conservantes y pasa por una serie de procesos de secado.

—Voy a ser claro. Aunque hasta el momento te he escuchado y te he seguido hasta este… antro asqueroso, no me importa mucho ni el funcionamiento de tu querida empresa ni la elaboración de la harina de maguey —dice Blake mirando la cuba más cercana con cierta repugnancia—. Lo que quiero saber es si la harina de maguey se utiliza para la elaboración de algún fármaco, medicina o sustancia ilegal.

—También se utiliza para cortar la dragotina, todo el mundo lo

sabe. —Turner le responde como lo ha hecho antes el detective. No le ha gustado que lo haya cortado de esa manera.

—Je, je, je. Como bien dices, todo el mundo lo sabe, por eso lo obviaba. Me refería, a además de utilizarse para la dragotina —responde con semblante serio—. Conozco los efectos que provoca esa droga y no coinciden con los que estoy buscando.

—Pues no. No se utiliza de forma legal para fabricar ningún medicamento, ni nada por el estilo. No exportamos a ninguna farmacéutica.

—¿A qué te refieres con «de forma legal»? ¿Acaso tienes constancia de que se utilice para algo relacionado con lo que busco de manera ilegal?

—No me has contado qué buscas. Solo te diré que, una vez vendo mi producto, pierdo la información de lo que hacen mis clientes con él, o si lo venden a terceros. Al igual que lo utilizan para la elaboración de cientos de miles de alimentos, o para cortar la dragotina, cualquiera podría estar produciendo alguna sustancia que desconozco. Te recuerdo que la harina de maguey se puede comprar en cualquier sitio. ¿No pretenderás que tenga controlado todo mi producto?

—Te contaré por qué estoy aquí. Investigo un envenenamiento. Al parecer alguien hizo que la víctima tomara a la fuerza una pastilla que la dejó tiesa en segundos. Hemos hablado con la copia de la consciencia del sujeto y nos ha confesado que sabía a harina de maguey. Estaba muy convencido de ello.

—¿En segundos? ¿Tan rápido? —pregunta extrañado.

—A mí también me parece raro, pero eso es lo que afirma. Por eso he estrellado mi Ford y estoy pisando tus gusanos. Menuda porquería. —Su botín derecho produce un ruido acuoso al despegarlo del suelo —. ¿Quién me ha mandado a mí…?

El detective piensa que se ha equivocado creyendo que su visita a la finca podría arrojar algo de luz al asunto. Ahora ve la realidad: que la pista es muy abstracta.

—Quizá su subconsciente le hizo captar el sabor de mi harina y eso que ingirió no sabía en realidad a maguey.

—No llegó a ingerirlo, se deshizo en su boca. Yo qué sé… Quizá tengas razón —dice Blake desilusionado—. Me iré.

—¿Irte? ¿Cómo?

—Llamaré para que me recojan.

—¿Para que el que venga acabe como tú, destrozando otro vehículo? Yo de ti me esperaría un par de horas hasta que lancen las Ambient Cluster Pumps. —Turner imita el sonido de dos explosiones, al mismo tiempo que simula con sus manos un pequeño estallido—. Volvamos a casa. Te invitaré a un té caliente y te presentaré a mi

hermano Bruce; se estará preguntando por qué hoy no lo he llamado todavía. —Dedica una mirada a su forearmphone.

Le parece un tipo patético, pero no tiene más remedio que ceder a la invitación de esperar a que el tiempo mejore, aunque rechaza el té. En un primer momento pensó en avisar a Marc para que viniera a recogerlo, pero pronto eliminó esa idea de su cabeza. Ni las vías están para ser transitadas, ni quiere distraerlo en la misión que le ha encomendado, pues a diferencia de él, su compañero sí tiene bastantes probabilidades de conseguir pistas fehacientes en el funeral de Mike. Luego hablarán. Ahora prefiere no molestarlo.

Después de haberle contado mil y una tonterías que el detective ha tenido que aguantar, Sam Turner establece conexión con su hermano Bruce.

—¿A que no sabes a quién tengo en mi salón? Ha venido expresamente a hablar conmigo.

—Tú dirás. —responde Bruce a través del holograma que ocupa gran parte de la sala de estar.

—Mira. —Sam apunta su forearmphone hacia el detective para mostrarle la imagen del invitado.

—Eh… ¿De qué va disfrazado ese? ¿Lo conozco? ¿Quién es? —pregunta desde el otro lado sin cortarse un pelo ante la presencia del desconocido.

Blake se echa una mano a la cabeza. Intenta pensar en otra cosa para evadirse, pero no le resulta fácil pasar de la conversación que mantienen esos dos idiotas.

—El famoso detective Ron Blake, de *Inmemorian* —le responde Turner.

—Ese no es Ron Blake. ¿Cómo va estar en tu casa?

—Te digo que sí lo es, está inmerso en una de sus investigaciones.

—Hermano, mira que eres tonto. —Esta vez baja su tono de voz—. ¿Seguro que no es alguien que se está haciendo pasar por él para robarte?

—Que no. Que te digo que es él.

—Sí, ya… Ni que fueras tú un asesino o algo. A ver… Enfócalo para que lo vea otra vez.

—Si no te vas con tu hermano el paleto a seguir vuestra estúpida conversación a otro lugar, me voy caminando hasta Boston. Sois insufribles.

—¡Ostras! ¡Sí que es! Habla como él —exclama Bruce.

—Claro, te lo he dicho. —Deja de prestar por un momento atención al holograma y se acerca al detective para decirle algo al oído. Blake lo evita—. ¿Puedo contarle a mi hermano lo que has venido a preguntarme?

—¿Por qué quieres contarle a tu hermano que…? ¿Por qué preguntaré si sé la respuesta? Porque sois estúpidos.

—Un poco de respeto. Mi hermano es médico y quizá pueda decirnos algo.

—¿Tú crees que puede ayudarnos ese de ahí? —Blake señala hacia el holograma. No le inspira confianza la camisa fosforescente de Bruce ni pelo brillante.

—¡Oye! Que mi hermano está doctorado en medicina alternativa y biofísica natural y en medicina estética, y trabaja en el laboratorio de la prestigiosa Harvard Medical School.

—Adelante. Prueba, entonces. —El detective le da su consentimiento.

Turner no pierde ni un instante y se lanza:

—Blake quería saber si la harina de maguey se utiliza para la elaboración de algún fármaco o sustancia venenosa. Una de las consciencias con las que hablan le ha confesado que la sustancia con que la envenenaron sabía a harina de maguey. —Hace una pequeña pausa para volverse hacia el detective—. Era una especie de pastilla, ¿no?

Blake asiente.

—Al parecer era una especie de pastilla que se disolvió en la boca de la víctima y que le ocasionó la muerte en pocos segundos.

—Podría tratarse de dicloruro de paraquat —responde Bruce muy seguro de ello.

—¿Qué? —interviene Blake al instante—. El paraquat no mata a nadie al instante, paleto. Durante días produce dificultad para respirar, fiebres altas y vómitos. Solo en los casos más complejos ataca a órganos como el hígado y la persona muere en horas, pero nunca al instante. ¿Este es tu hermanito el que nos podía ayudar?

—Lo que dices es cierto —responde el médico—, pero el paraquat mezclado con dragotina sí se convierte en una sustancia que mata en minutos. Seguramente ese hombre primero perdió la consciencia y luego murió —explica con total seriedad. El hombre extrovertido que hace segundos le seguía el juego a su hermano Sam acaba de desaparecer para dejar todo el protagonismo al doctor Bruce—. Además, esas dos sustancias mezcladas, la dragotina y el paraquat, forman esa pasta sólida que se disuelve rápidamente al contacto con algo húmedo. Así que todo encajaría.

—¿Cómo sabes eso? —El detective toma la palabra para convertir la escena en un interrogatorio.

—Hace casi un año tuvimos un caso similar. Tengo que reconocer que el único de mi carrera. El dicloruro de paraquat se utiliza como herbicida, para el control de las malas hierbas. Está prohibida su venta particular y su aplicación en áreas residenciales. Hay que poseer el

permiso de agricultor para poder comprarlo. No obstante, como en la mayoría de cosas restringidas, eso no significa que no pueda llegar a cualquier hogar. A raíz de este suceso, la policía tuvo constancia de que el producto llegaba con mucha facilidad a cualquiera y se empezó a perseguir con mayor detenimiento. Al menos eso dijeron.

—Me acuerdo de algo de eso —le interrumpe Blake.

—Parece ser que era común su utilización en barrios de casas bajas. Un día nos llegó al laboratorio un caso en el que un toxicómano, que en otras ocasiones ya había mezclado sustancias para experimentar, ya no iba a poder hacerlo más. En ocasiones anteriores mis compañeros sanitarios consiguieron salvar su vida, pero cuando mezcló dragotina con paraquat no tuvo oportunidad. Murió a los pocos minutos. Examinamos el cadáver con ayuda del médico forense. Determinamos que las causas de su muerte fueron la ingesta de dragotina mezclada con dicloruro de paraquat. Estaba muy claro.

Blake reconoce las mentiras y, con mayor facilidad, las historias inventadas de cierta extensión. Sabe que esa no lo es. Además, se acuerda de que aquella noticia llegó hasta su mesa de despacho. Puede estar ante la primera pista importante, ante el primer dato que le ayude a dar forma al caso. No obstante, no se quiere precipitar, y menos a partir de la teoría de un paleto con estudios y carrera. Antes prefiere confirmar la información y los efectos que causan esas dos sustancias juntas con su amigo Scott.

Capítulo 15

El viaje de Mike está a punto de acabar. Tras el examen forense de su cuerpo en las instalaciones subterráneas de *Inmemorian*, se ha decidido entregarlo a la familia, tal y como ha solicitado, para su entierro. El elevado coste que hay que pagar para poder dar sepultura a alguien en las galerías de difuntos bajo el monolito de *Inmemorian* ha impedido que Mike pueda descansar allí. Ni Marta, ni ningún otro familiar ha solicitado el almacenamiento de su consciencia en el querytorium. De ese modo, Blake y Marc se convierten en los únicos individuos que, si lo necesitan, podrán hablar alguna vez con lo que queda de él, si es que queda algo, tras el desvanecimiento de su imagen al final del encuentro en el cubo de Cicerone.

Está previsto que Mike Patterson, alias «el Rubio», quede para siempre en la fosa número setenta y tres del cementerio Joe Moakley, hasta que el proceso natural de la descomposición deje solo sus huesos, sobre miles de otros restos con los que le ha tocado compartir su inexistencia.

Junto al antiguo cementerio Saint Augustine Burying Ground, ahora convertido en museo y espacio protegido para historiadores, se ubica el cementerio Joe Moakley, antiguo parque natural de la playa que tiene ese mismo nombre. Un alto muro de cemento y unas puertas cerradas impiden que nada ni nadie pueda entrar o salir. Varias decenas de metros más allá, bajo el amplio cobertizo, junto al gran portón de la entrada principal, una veintena de personas con vestimentas oscuras (amigos, compañeros y familiares de Mike) esperan a que lleguen los servicios funerarios con el difunto, resguardándose de la intensa nieve. Nadie se ha percatado de la presencia del aprendiz de detective, que permanece escondido en el interior del Ford Saturn. Los cristales ahumados del vehículo le permiten escudriñar la escena al detalle, fijarse en cada una de las personas allí congregadas, en sus actos, sus semblantes… La imagen le muestra que no todos están preparados para despedirse de Mike.

Una mujer de negro, alta, morena, que viste elegante, llama su atención. Está especialmente afectada. Marta, que pasa la mayor parte del tiempo abrazada a otra mujer, también denota estar muy apenada. Vuelve a llorar como el primer día. Le resulta duro estar allí para darle

el último adiós. Seriedad en el resto de asistentes. Algún lamento que otro. Gestos de consuelo. Marc intenta entender cada detalle como lo haría su compañero, examina lo que ve. Pero por mucho que observa y se esfuerza, no está capacitado para sacar nada en claro desde allí. Varias de las personas le inspiran especial curiosidad, sobre todo esa distinguida señora que llora la pérdida de Patterson de esa manera tan sufrida.

Se fija en otros asistentes, intenta ver más allá, averiguar quién es quién, pero le resulta muy difícil. Un muchacho joven que viste similar a la singular mujer también llama su atención. Segundos después lo tiene claro. Esas dos personas deben pertenecer al mismo núcleo familiar. Las vestimentas aparentan ser muy caras. Por la edad, por descarte, el chaval tiene que ser Nicolás, el hijo de Mike. Eso aventura Marc, aunque le choca su estado de ánimo y postura corporal en comparación con la de ella. Se le ve bastante entero tras la pérdida de su padre.

Aparecen en escena unas luminiscencias. El vehículo todoterreno que transporta el cuerpo de Mike se aproxima. Al ver los voluminosos neumáticos de caucho rodar sobre la nieve que cubre la vía magnética, se acuerda del Corusant de su tía. La puerta del cementerio se abre. Hora de entrar en escena. Marc abandona el Ford en ese preciso instante. Aprovecha que todas las miradas están fijadas en el vehículo que porta el cuerpo del difunto. La cúpula gravitatoria antilluvia de su chaquetón se activa al contacto del primer copo de nieve. No aparta la mirada del grupo mientras camina hacia la masa. De pronto, se percata de que algo sucede. El vehículo funerario se detiene junto a la puerta de acceso de la necrocampa contra todo pronóstico. A continuación surge una voz a través de la megafonía del vehículo:

—Debido a las inclemencias meteorológicas no se permite la entrada al cementerio. El terreno está intransitable y hay corrimientos de tierra. El fallecido se mostrará aquí durante cinco minutos para la despedida.

Se escuchan reproches mientras la cabina trasera se ilumina y se descorren las cortinas. Los asistentes se congregan rápidamente alrededor del vehículo para darle el último adiós. Se distribuyen de manera ordenada para ver el cuerpo tras las mamparas laterales y la trasera. En ese preciso instante, Marc llega y se hace hueco también para observar al fallecido. Están todos tan consternados que nadie se percata de su presencia. Marta y la compañera que le proporciona apoyo moral y físico son las primeras en retirarse a un lado. No es capaz de seguir mirando. El joven de elegante vestimenta también se aparta, camina unos metros hasta el lugar donde se resguardaban de la nieve antes de que apareciera el todoterreno funerario. Marc

aprovecha y se dirige a él.

—Hola, soy Marcus, detective de *Inmemorian* —se presenta estrechándole la mano—. Siento mucho lo de tu padre, ¿eres Nicolás? —pregunta dando por buena la conclusión anterior.

—No, qué va. Soy Evans.

—Encantado, Evans. ¿Y qué parentesco te une a Mike?

—Se podría decir que soy su sobrino. Bueno… Marta es hermana de mi padre.

—Perdona, creía que eras Nicolás. Lo siento igualmente, ha debido de ser duro.

—Ya ves —responde sin saber qué decir—. Que se lo digan a mi madre. Ella sí lo está pasando mal. Yo no lo conocía apenas, pero mira ella —indica sin apartar la mirada de la mujer de negro.

—Deduzco por su pena que quería mucho a su cuñado. Debían de llevarse muy bien.

—Sí. Durante una época mantuvieron una estrecha relación, estaban muy unidos.

—¿Durante una época? ¿Pasó algo entre ellos?

—No. En realidad es una larga historia que tiene que ver solo con Marta. —Evans evita continuar por ahí—. Se me parte el alma al verla así. No ha parado de llorar desde que se ha enterado.

—¿Y tu padre? —pregunta Marc. Espera que el joven le señale a alguno de los presentes.

—Mi padre no ha venido a Boston.

—¿No vivís aquí en Boston?

—No. Qué va.

—¿Y por qué no ha venido al entierro de su cuñado? —Marc percibe que Evans es de corta conversación. Le cuesta sacarle la información.

—Te digo que es una larga historia. Y yo no soy el más indicado para contártela.

—¿Crees que podrá hablarme sobre ello tu madre, o quizá tu padre?

—Puede. Mi padre hace tiempo que no quiere ni verla.

—Entiendo que hubo problemas entre ellos.

—Sí, y por eso nos fuimos de la ciudad.

—¿Dónde vivís?

—En Aspinwall Hill. Nos mudamos cuando yo tenía doce años.

Marc se sorprende al escuchar el nombre del barrio más exclusivo de la Costa Este, pues nunca ha tratado con nadie de allí.

—Evans, te contaré por qué estoy aquí. Investigo las causas de la muerte de Mike. Nos encontramos ante un caso peculiar. Imagino que conoces algunos de los detalles y estarás de acuerdo conmigo en que ha perdido la vida en extrañas circunstancias.

—Sí.

—Entonces… No te importará que te haga unas preguntas. ¿Dónde está Nicolás? ¿No ha venido? —se interesa mirando a todas partes.

—¿Quién es Nicolás?

—El hijo de Mike, ¿no lo conoces? —pregunta Marc extrañado.

—Mike no tiene hijos.

El vehículo funerario apaga las luces que permiten observar el cuerpo de Patterson. Las cortinas se cierran y reemprende la marcha. Se adentra en la necrocampa ante la mirada de los allí presentes. Marc echa un último vistazo. Desde su posición alcanza a ver los montones de arena y nieve junto a una nueva fosa común en fase de excavación.

Las puertas del cementerio se cierran, y el grupo empieza a disolverse para resguardarse de la tormenta. La mujer de vestimenta elegante regresa junto a su hijo.

—Vámonos a casa, cariño —le dice.

A Marc se le acumula la faena. En ese preciso instante ve como Marta y la mujer que la acompaña caminan hacia un vehículo que les espera en el aparcamiento. También le gustaría mantener una conversación con ella.

—Por favor, no os marchéis, me gustaría hablar con vosotros.

Madre e hijo responden con un gesto de aprobación.

—Gracias. Esperadme un momento. Ahora vuelvo. —Sale del cobertizo a la carrera. Marta y su compañera están a punto de entrar en el vehículo magnético con el que han venido. Sus botines se hincan en la nieve con cada zancada—. ¡Marta, espera…! —No llega a tiempo. Varios asistentes presencian la carrera en vano de Marc, mientras se dirigen también a sus respectivos vehículos. Le gustaría hablar con muchos de ellos y conocer mejor el entorno de Patterson. Con todos en realidad, para volver con la mayor información posible y demostrarse a sí mismo y a Blake que es válido en el oficio. Pero entiende que es un mal día para entrevistarse con los asistentes. Al menos Evans y su madre lo esperan bajo el amplio cobertizo junto al muro que delimita la necrocampa. Regresa junto a ellos. La cúpula antilluvia de su chaqueta se desactiva justo cuando alcanza la zona protegida por el techado.

—Señora, gracias por esperarme.

—Evans me ha contado que querías hablar conmigo, que investigas lo sucedido —dice mientras salen de sus ojos las pocas lágrimas que le quedan.

—Efectivamente. Soy Marcus, detective de *Inmemorian*. Lo primero, quiero mostrarte mis condolencias por la pérdida de tu cuñado. Parece que lo querías mucho —dice inclinándose ligeramente y tocando, casi sin darse cuenta, su hombro por compasión—. ¡Ay, perdona!

—No pasa nada. Te lo agradezco —responde—. Yo soy Lubna.

—¿Por qué estás tan afectada? Tengo que preguntártelo, pues me ha dicho Evans que llevabais tiempo separados.

—Fuimos uña y carne durante un tiempo.

—¿Por qué dejasteis de serlo?

—Había problemas con Marta, como en todas las familias, supongo. Eso trajo un distanciamiento.

Marc intuye que no es un buen momento para continuar la conversación por esa dirección. No encuentra a Lubna muy predispuesta a abrirse para hablar del tema. Tampoco la ve preparada y prefiere esperar, jugar otra baza.

—Sé que lo estás pasando mal, pero la muerte de Mike se ha producido en circunstancias tan especiales que debemos actuar rápido. Mi compañero y yo sospechamos que no ha sucedido todo como se ha contado. Me gustaría poder hablar contigo de manera tranquila sobre tu cuñado. También con Evans y con tu marido. ¿Hay posibilidades de ello? —Marc lanza la propuesta.

Cree que puede ser interesante dialogar todos juntos sobre los motivos que les llevaron a esa enemistad que tiene con Marta. Con suerte hallará algo. Y si no es así, como mínimo conocerá mejor a Marta y el motivo por el que les ha engañado. ¿Por qué ha mentido? ¿Está relacionada con la muerte o solo se inventó la figura de Nicolás para poder salir de la casa de Nira? ¿O por qué otro motivo lo hizo? Marc apuesta que se inventará alguna nueva excusa cuando se lo pregunten, como que quería volver a su casa, o que quería tomar el aire, o algo por el estilo. Cada vez le llega con más fuerza el presentimiento de que Marta está detrás de todo. ¿Su corta experiencia en el campo de la investigación criminal es suficiente para dejarse guiar por su propio instinto y sacar conjeturas tan pronto?

Lo primero que hace al regresar al vehículo es establecer conexión con Blake vía forearmphone. El holograma de su compañero aparece sobre la mesa de mandos.

—No vas a creer lo que he descubierto —dice con entusiasmo desmedido antes de dejar hablar a su compañero—. No nos han dejado entrar al cementerio a causa de la nieve. Los asistentes se han despedido de Mike junto a las puertas. Y no solo he descubierto algo relevante, sino que he concertado un encuentro importante para nosotros.

—¿Quieres contarme de una maldita vez lo que has descubierto? No estoy para juegos, bastante tengo que aguantar aquí.

—Marta nos mintió. Mike no tiene hijos. Nicolás no existe.

—Aunque no me creas, valoré esa posibilidad. Solo había que fijarse bien en su reacción cuando…

—¡Sí hombre! ¿Cómo ibas a saberlo? —protesta por quitarle mérito.

—Bueno, da igual, no te voy a convencer, así que sigamos.

Cuéntame detalles de ese encuentro que dices haber conseguido.

—Pude hablar con la cuñada de Mike, Lubna, y con Evans, su hijo. Al parecer tienen o tuvieron problemas serios con Marta, y por eso su hermano, el marido de Lubna, no ha venido al entierro.

—¿Qué clase de problemas?

—Eso es lo que no he podido averiguar. No era el momento. Pero nos han invitado a su casa para que podamos hablar con ellos sobre el tema. A causa de los problemas, se mudaron hace unos años a Aspinwall Hill.

—¿Has dicho a Aspinwall Hill?

—Sí. Al parecer tienen un alto poder adquisitivo. Ya verás la elegancia con la que visten.

—Si viven en ese barrio, no necesito saber más. He visto a esa gente —explica el detective.

—La cuestión es que algo sucede entre ellos, hasta el punto de que el hermano de Marta no ha venido a despedirse de su cuñado, a pesar del cariño que Lubna parece que le guarda a Mike. Tendrías que haberla visto. Estaba muy afectada. Espero que podamos averiguar el motivo de este enfrentamiento y si juega algún papel en todo esto.

—Muy bien hecho, Marc. Te felicito. Y volveremos a hablar con Marta para ver por qué nos mintió. Pero antes voy a ver a la psicóloga otra vez. Quiero que nos confirme las palabras exactas de Marta cuando le habló sobre el supuesto hijo de Mike. No me gustaría que se inventara algo para darnos la vuelta.

—Está bien pensado. Y tú… ¿has averiguado algo en la refinería?

—Aparte de destrozar el Ford y acabar aburrido y encerrado con un idiota, no mucho. Quizá haya dado con la sustancia con la que envenenaron a Mike, aunque tengo que hacer antes una consulta.

—¿Que has destrozado el Ford?

—Sí, ya te contaré los detalles. Tendrás que venir a recogerme cuando amaine el temporal.

—¡Ostras! ¡El lanzamiento de las Cluster Pumps! ¡Mi cita con Xanna! —recuerda de repente.

—¿Otra vez estás con Chana?

—¡Había quedado en que veríamos juntos el lanzamiento desde Moon Island! —Mira el reloj que marca el panel de control del vehículo. Son las nueve y cuarenta—. ¡Y tengo solo veinte minutos!

—¿No irás a dejarme tirado aquí?

—No. Te iré a buscar después. Te dejo, que no llego. —Marc corta la comunicación.

Capítulo 16

El detective sabe que la figura del médico forense siempre es pieza esencial en cualquier investigación para obtener una pronta clarificación de los hechos. Cuando Fisher Dantakis, presidente de *Inmemorian*, le ofreció su nuevo puesto de trabajo como detective primero, tenía claro que el perito forense que estaría encargado de realizar las autopsias en relación a sus casos tenía que ser de total confianza para él, y no tardó en pensar en un nombre. Si no era él, estaba dispuesto a negarse a aceptar. Una de las cosas que le solicitó directamente a Dantakis fue que su viejo amigo Scott formara parte del equipo. Además de pertenecer a su círculo más estrecho, su extenso currículum avalado por el gran número de autopsias realizadas lo colocaban como uno de los forenses más experimentados de la ciudad.

Dantakis no puso objeción. Además, le vino muy bien que ya fuera trabajador de la empresa, solo tuvo que cambiarlo de puesto. El ambicioso y nuevo proyecto en el que se embarcaba su empresa con el DCI, lo tenía tan ilusionado, que habría cumplido casi todas las peticiones que le hubiera hecho el detective en ese momento. De ese modo, Scott cambió su puesto de trabajo: de las galerías de difuntos del antiguo cementerio, bajo las instalaciones de *Inmemorian*, a una sala de autopsias ubicada justo sobre la sala que controla Margaret.

Pero esta no fue la única petición que realizó Blake por aquel entonces. Tras la abolición de la ley del silencio al no humano, jugó un papel importante en la puesta en marcha del departamento de criminalística de *Inmemorian*. Tomó muchas otras decisiones. Dantakis le dio manga ancha para eso. Así que añadió al equipo de trabajo a varios contactos con los que había trabajado antes y con los que, con el transcurso del tiempo, había fraguado una estrecha relación. Un grupo formado por programadores, funcionarios, médicos y algún que otro individuo cuya función era de difícil definición. La profesionalidad y confianza que le habían mostrado en el pasado eran suficientes credenciales para querer tenerlos cerca. Por eso, aunque no trasladaron sus lugares de trabajo al interior del oscuro monolito para mantener en secreto sus nombres, así se llevó a cabo. La resolutiva red de contactos del detective ahora estaba también al servicio del DCI.

Desde hace unos minutos ha perdido todo el interés en seguir a su lado, pues ya ha obtenido lo que venía a buscar en relación a la comercialización de la harina. En contra de sus pronósticos, ha sido el hermano de Turner el que le ha suministrado la información más significativa. Sin embargo, el propietario de la finca no para de darle a la sinhueso.

Por eso Blake, permanece desde hace rato tumbado bocarriba, con las piernas cruzadas sobre uno de los sofás y se ha colocado el sombrero sobre la cara para evitar que Turner inicie cualquier conversación absurda. Simula que duerme, cuando en realidad lo que hace es pensar. Aprovecha para evadirse del lugar y dar rienda suelta al cúmulo de pensamientos y teorías sobre la muerte de Mike que surgen como un bombardeo en su interior, mientras espera con afán el lanzamiento de las Ambient Cluster Pumps. Casi las necesita más que Turner, a pesar de que este las espera con ansia para que su producción vuelva a la normalidad. Cada minuto que pasa en esa casa se eterniza. La voz del propietario de la finca, que no ha conseguido acallar, se vuelve inaguantable. Por eso, precisa que la tormenta amaine cuanto antes, para poder salir de allí y alejarse de él. Aunque Turner supone que Blake no le escucha, sigue hablando solo.

Ante la complejidad que entraña la muerte de Mike, no avanza, pues en su interior prevalece con fuerza la idea de que un sexpartner está incapacitado para causar la muerte. Por mucho que piensa no saca nada en claro. Se aburre de darle vueltas a lo mismo. Decide entonces trasladar su mente al otro caso que investiga y ordenar lo sucedido hasta el momento. Respecto al caso de los cerebros inservibles tampoco puede especular mucho. Deposita todas sus esperanzas en que su amigo, el perito forense, haya averiguado algo. Decide preguntarle cómo lo lleva.

Para su sorpresa, cuando Blake se recompone sobre el sofá, Turner ha desaparecido. Aprovecha para establecer conexión vía forearmphone con su amigo Scott, quien trabaja duro examinando todo lo que le ha llegado estos últimos días en relación al caso de los cerebros inservibles. Aunque no es a él a quien se le ha asignado el examen del cadáver de Patterson, pretende aprovechar su llamada para preguntarle también por el efecto que puede producir en un cuerpo humano la dragotina mezclada con paraquat, con el objetivo de poder confirmar o desechar cuanto antes la información que acaba de escuchar.

El holograma de Scott aparece sobre su antebrazo.

—¡Scotty!

—¡Blake! —exclama incorporándose. Se encuentra trabajando, inclinado sobre su mesa—. Me pillas con las manos en la masa. —Le

muestra la radial con la que acaba de abrir el cerebro del fiambre que hay sobre su mesa—. Estoy con la última de las víctimas, la del agujero en la cabeza y el cerebro absorbido, como vosotros la habéis calificado, aunque, por lo que he descubierto, no sucedió así.

—¿Y cómo sucedió, entonces?

—Se ve muy claro. El asesino desolló y levantó el cuero cabelludo, abrió el cráneo con extremo cuidado como lo acabo de hacer yo, y lo vació. Después, lo recompuso todo con pegamento, cuero cabelludo incluido. El agujero solo está para despistar. Se trata de un trabajo concienzudo, una obra maestra que no está al alcance de cualquiera.

—Nos enfrentamos a profesionales.

—Por supuesto, es evidente que los autores de los asesinatos son varios y que la víctima no fue asesinada en su apartamento. Bueno… ni esta ni ninguna de las otras. Oye, ¿a qué se debe tu llamada? Espero que no sea para darme más trabajo.

—Solo llamaba para preguntarte si has hallado algo en las piezas que te han mandado. ¿Te llegaron las plumas estilográficas?

—Sí, y también algunas muestras de huellas que encontraron los de la científica en algunos puntos clave de las viviendas, como puertas, ventanas y utensilios utilizados para perpetrar las muertes.

—¿Y qué me dices? ¿Has encontrado algo?

—Nada. Solo huellas de las propias víctimas, como se pueden encontrar de cada uno de nosotros en nuestra propia casa.

—Me lo temía.

—¿Estás hablando conmigo? —Turner irrumpe con un vaso de leche caliente en el salón.

—¡No! Y déjame en paz —responde el detective sin miramientos—, que estoy trabajando.

—¿Con quién hablas? —Scott ríe. Conoce lo suficiente el temperamento y espontaneidad de su amigo.

—Con este idiota. —El detective enfoca a Turner.

—Pero Blake… —El forense sigue riendo—. ¿Quién te ha enseñado esos modales?

—¡Oye! ¡Yo no soy ningún idiota!

—Y por desgracia estoy atrapado con él en su casa. —Blake hace caso omiso y sigue hablando con Scott.

—¿No me fastidies? —pregunta el forense.

—¿Me has oído? —insiste Turner—. No soy un idiota.

—Vale, lo que tú digas.

—Mi hermano te acaba de dar información privilegiada gracias a su amplísimo conocimiento… ¿Y así me lo agradeces? ¿Llamándome idiota?

—¿De qué habla? —se interesa Scott.

—Ahora te contaré, pero de información privilegiada nada —le

explica restándole importancia al asunto—. Este flipa. Creo que se ha vuelto majara de tanto tiempo que ha pasado aquí solo. —Blake hace pequeños círculos con su dedo índice cerca de la sien.

—¿Es que dónde estás? —pregunta Scott.

—En la refinería de harina de maguey, y me he quedado sin vehículo.

—Vaya. ¿Y qué haces allí?

—Ahora te lo contaré. Y en los cuerpos… ¿has encontrado algo destacable? ¿Alguna pista en ellos?

—Aparte de las letras inscritas, nada. Por cierto, están hechas por alguien zurdo, imagino que te habrás…

—Por favor, Scotty…

—Solo bromeo.

—Me subestimas. Era algo más que evidente.

—¿Puedo quedarme? —les interrumpe Turner.

—¡Pero si ya estás aquí! —le contesta Blake de malas formas.

—Es que habláis de muertes, cadáveres… ¿No será algo confidencial?

—¿Ves lo que te digo? —se dirige Blake a Scott. Repite el gesto sobre su sien.

—No disimules, que te lo estás pasando en grande. —El forense ríe.

—Como le pegue un tiro entre ceja y ceja sí me lo voy a pasar en grande.

—Venga, Blake, no seas tan duro con él. Parece un buen hombre.

—Que siga jugando. —Al mismo tiempo el detective le muestra el brillo de la Parabellum—. Si te quedas, que sea en silencio. A la mínima palabra: ¡Boom! ¡Boom! —acompaña el sonido impostado con la acción de su muñeca apuntando hacia él.

Turner se asusta y se vuelca la leche encima. Y no es el único líquido caliente que le chorrea por la pernera del pantalón. La amenaza provoca que opte por darse media vuelta y abandonar el salón en silencio.

—Te has pasado un poco con él, ¿no? —le recrimina el forense.

—Y él conmigo antes. Tendrías que haberlo aguantado tú. ¿Podemos volver a nuestro asunto antes de que decida regresar? ¿Por dónde íbamos?

—Hablábamos de las letras, de que están hechas por una persona zurda, y me preguntabas si había descubierto algo relevante en los cuerpos. Te he dicho que no.

—Ah, sí. Una de las cosas que me gustaría saber en este momento es si las víctimas son elegidas al azar, si tienen alguna relación entre ellas, o si existen motivos para que los asesinos las hayan seleccionado. ¿Qué opinas?

—De momento, los exámenes que estoy realizando no me dicen

nada al respecto. Vete tú a saber…

—Por otra parte, no creo que sea obra de un psicópata. Nos las vemos con alguien de mente privilegiada que coordina a un equipo en este macabro juego, quizá para atacar *Inmemorian* con el fin de señalar las debilidades del departamento.

—Eso tendría mucho sentido.

—Por el momento toca esperar. No tenemos mucho. Oye, Scotty… —Blake cambia el tono de la conversación.

—Oh, oh. Algo quieres —intuye el forense.

—Sé que andas muy liado y eso, pero me gustaría…

—¡Lo sabía! Al final me vas a liar. Me da miedo aceptar tus conexiones, porque cada vez que me llamas tengo que hacer algo bajo manga, como sacar un cuerpo a escondidas.

—No, tranquilo. Solo me gustaría formularte una pregunta. Ando algo perdido con el otro caso que investigo, y creo que tú puedes sacarme de dudas respecto a una información que hoy me ha llegado.

—Dispara. —Scott deja la radial, tapa el fiambre que hay sobre su mesa y se toma un descanso para escuchar de manera atenta al detective. Se sienta en el taburete de descanso y se hace el interesante.

—Como sabes, investigo la muerte de ese hombre a manos de su sexpartner. El motivo por el que he acabado en la casa de este mamarracho es que la consciencia de Mike nos confesó que su sexpartner le introdujo a la fuerza, en la boca, una especie de sustancia en forma de pastilla que no pudo escupir porque se deshizo rápidamente al contacto con su saliva. Él la describe así, y afirma que sabía a harina de maguey. A los segundos murió. Cuando creía que mi visita había sido en vano, el hermano del paleto, que es doctor en medicina biofísica natural y en medicina estética por Harvard, dice que la dragotina mezclada con dicloruro de paraquat provoca pérdida de la consciencia al instante, y la muerte en pocos minutos. Por lo tanto, según él, el veneno que mató a Mike podría tratarse de esta solución entre las dos sustancias. ¿Tiene sentido para ti?

Scott se sorprende al escuchar que ha compartido información del caso que investiga con dos desconocidos. Su amigo el detective debe estar muy desesperado para ello.

—¿Sucede algo? —pregunta Blake ante la tardanza de Scott en responder—. ¿Puede ser o no?

En un primer momento, el forense piensa en avisarle de que no es propio de un profesional lo que acaba de hacer. Está a punto de preguntar si le sucede algo. Pero recula, lo piensa, decide no ponerlo más nervioso y pasa a responder su pregunta:

—Sí. Lo que te ha contado ese hombre es cierto. Pero solo provocaría esta reacción mezcladas en partes iguales. También concuerda con que la mezcla de estas sustancias al cincuenta por

ciento da lugar a una masa dura que puede compararse a la textura de una pastilla, que se disolvería rápido al contacto con la saliva.

El comentario de que las sustancias mezcladas a partes iguales provocarían la muerte hace que Blake hile fino. En el caso del toxicómano del que Bruce le ha hablado, tendría sentido que mezclara dos partes de cantidades similares, pues sería extraño que una persona de esas características, habituada a meterse todo tipo de cosas al cuerpo, se pusiera a hacer mediciones. Lo más probable es que cogiera un poco de esto y un poco de lo otro en partes iguales para confeccionar la droga que le llevaría al séptimo cielo.

—Entonces, podría encajar —Blake piensa en voz alta—. Podría tratarse de lo mismo.

—No resulta difícil encontrar restos de esas sustancias, aunque bien es cierto que muy pocos forenses sabrían distinguir si los restos de la harina de maguey provienen de los alimentos que comemos a diario con este ingrediente o de haber consumido dragotina. ¿Quién ha examinado el cuerpo?

—Lo examinó Runciter, y no distinguió sustancia alguna —responde el detective.

—Ya… Bueno… Runciter no tiene los aparatos que tengo yo aquí. Su sala es de nivel uno, y te recuerdo que acaba de terminar la carrera. Todavía no comprendo que, con su edad, haya conseguido ocupar el prestigioso puesto de forense en *Inmemorian*, y encima trabajar para el departamento de criminalística —se queja Scott, al compararlo con el trabajo que le costó a él llegar a ocupar un puesto de trabajo en *Inmemorian*.

—Ser sobrino de Dantakis habrá influido, ¿no crees? —responde Blake—. No encontré ningún motivo para oponerme a su incorporación al equipo cuando lo conocí. Se ve un chaval muy inteligente y aplicado. Además, acababa de solicitar a su tío tu incorporación. ¿Cómo iba a cuestionar la profesionalidad de Runciter?

—Si quieres, yo mismo echaré un vistazo al cuerpo. Si tomó esa solución de paraquat con dragotina, lo hallaré enseguida. Y si no encuentro nada, siempre será bueno para la investigación tener una segunda opinión.

—Te lo agradezco, pero me parece que no va a poder ser, el cuerpo de Mike está siendo enterrado en este momento. —Silencio durante un par de segundos. A continuación, miradas cortantes—. Aunque podríamos…

—¡Ni lo pienses! No voy a profanar una tumba. Una cosa es acceder a los cuerpos que tenemos aquí, en *Inmemorian*, y otra muy diferente es ir desenterrando cadáveres en las fosas comunes.

Capítulo 17

Más de dos mil personas se han congregado en el mirador Stephen's Beachhead de Moon Island para ser testigos directos del lanzamiento de las Ambient Cluster Pumps. Algunos recién llegados intentan hacerse hueco en la extensa barandilla del paseo marítimo para alcanzar a ver el fragmento de tierra al otro lado del mar que corresponde a Spectacle Island, donde se encuentran los cinco cohetes protagonistas. Más a la izquierda, los potentes focos de luz de la cárcel de máxima seguridad de Thompson Island le roban parte del protagonismo a la isla vecina, centro de todas las miradas. La gente permanece tan cerca entre sí, que las cúpulas antilluvia de cada uno se unen y conforman un único campo de energía inmenso que protege de la nieve a todo el conjunto.

A causa de la multitud que se ha dado cita en el lugar, Marc lo tiene difícil para encontrar aparcamiento, por lo que deja el vehículo bastante lejos de la zona para viandantes. Doscientos metros lo separan del mirador. El terreno está bastante mal para caminar. No obstante, no tiene más remedio que recorrer a pie esa distancia. Entre zonas de más de treinta centímetros de nieve, observa las sendas que ha abierto la gente que ha pasado por allí antes. Incluso hay lugares en que estos caminos de pisadas confluyen creando zonas estancas de agua y hielo. Al igual que él, otros llegan con el tiempo justo. Miran indecisos antes de avanzar. La nieve está tan pisada que casi todo son charcos y huellas llenas de agua. Le resulta difícil elegir qué camino tomar, no quiere que sus pies acaben empapados. Sin embargo, no puede retrasarse más, es consciente de que debe darse prisa, quedan siete minutos para el lanzamiento.

No logra mantener secos sus botines. Se podría decir que los ha sacrificado para llegar a tiempo. Consulta en su dispositivo la posición de Xanna, quien a esas alturas debe estar imaginando que verá el lanzamiento sin él. Imposible dar con ella a simple vista.

—Disculpad, disculpad, cuidado. —Marc se hace hueco entre algunos reproches e insultos. Xanna se encuentra en primera fila, junto a la barandilla, sin ser consciente de que, entre el conglomerado de gente, alguien que oculta su rostro bajo una capucha le observa cada uno de sus movimientos.

Con gran esfuerzo, Marc llega hasta su amiga, quien no imagina que el alboroto a sus espaldas es causado por Marc. De repente, alguien la agarra con sutileza por la cintura. En un principio se sobresalta. Cuando escucha la voz de Marc, la sorpresa es mayúscula.

—Me tenías preocupada. ¿Dónde estabas? —Xanna se cuelga literalmente de su cuello.

El extraño, que permanece varios metros detrás, ahora presta especial atención al comportamiento de Xanna en presencia de Marc.

Cinco cohetes colocados en vertical están a punto de ser lanzados para devolver el color azul a la bóveda celeste. Unos segundos antes, la nube de vapor alrededor de las Ambient Cluster Pumps aumenta de tamaño e intensidad. Nadie se atreve a desviar la mirada ni un solo instante. En cualquier momento se encenderán los motores. Xanna vive la experiencia con máxima ilusión. Marc intenta nutrirse de la emoción que se refleja en su amiga, pues no puede dejar de pensar en lo que acaba de descubrir en el entierro de Mike. El hecho de tenerla tan cerca, de permanecer agarrados, de sentir su calor, de percibir su nerviosismo ante el evento, y compartir todo eso con ella, le hace sentirse más vivo que nunca. Poco a poco se contagia de la magia del momento, aunque lo que verdaderamente le resulta increíble es que haya llegado a sentir por alguien eso tan intenso que ni siquiera sabe describir. La desea, la necesita. Cada día está más convencido de que quiere su compañía para siempre. Al mismo tiempo, siente miedo de que algún día eso pueda cambiar.

Se produce el lanzamiento. Con unos cuantos segundos de retraso, llega el gran estruendo. Una de las vainas despega un instante antes que las demás, que lo hacen al unísono, coordinadas a la perfección. El primer cohete, el más adelantado, se alza en vertical, mientras que los otros ascienden ligeramente inclinados alejándose de manera coordinada del cohete central. A pesar de la distancia, el ruido es atronador.

Cuando las cuatro vainas que custodian a la del centro se encuentran a la altura adecuada, cambian su trayectoria. Para abarcar una circunferencia de acción mayor, dejan de adquirir altura y se alejan del cohete principal a gran velocidad. Ya no se puede seguir el rumbo de todos ellos al mismo tiempo. La primera queda muy, muy arriba sobre la ciudad, mientras que las otras comienzan a perderse en la distancia, cada una siguiendo una trayectoria diferente.

De repente, se producen las explosiones de manera correlativa. Sus efectos son inmediatos. Cinco orificios que crecen rápido en el cielo encapotado dejan pasar los primeros rayos de sol. La onda expansiva producida por cada una de ellas se extiende con gran rapidez y eficacia. Todo se ilumina. Ya nada interfiere entre la ciudad y los rayos del astro rey. Gritos de júbilo mezclados con aplausos. Unos

saltan, otros se abrazan, la mayoría señala el cielo en todas direcciones.

El efecto de las Ambient Cluster Pumps, que sigue expandiéndose, hace que el cielo recupere su color y, con ello, la Costa Este de los EE.UU. recupera la normalidad. El paisaje se ilumina. Las calles recobran su viveza. La nieve brilla. También el mar. El evento ha sido coordinado con siete lanzamientos más a lo largo de toda Norteamérica. Un total de treinta y cinco cohetes han sido propulsados hacia cielo desde diferentes ubicaciones para devolver la normalidad a la sociedad. En apenas diez minutos, desaparece cualquier rastro del temporal que ha castigado Boston durante tanto tiempo. En desgracia, los campos de cultivo y algunas zonas rurales no se recuperarán tan pronto, quedarán los desperfectos y secuelas durante una temporada.

Capítulo 18

T
A N

Martes, 11 de enero de 2095

Marc y Blake responden al nuevo aviso que les envía Margaret. Ha vuelto a ocurrir. La comisaría de New Sudbury ha comunicado la aparición de otro cuerpo sin cerebro que copiar. El macabro juego que trae de cabeza a los detectives de *Inmemorian* continúa. El Ford Saturn alcanza la altura del recibidor aéreo de la planta del suceso, en el 18 de Tacher Street.

—¿Qué tenemos? —pregunta Blake al agente que les recibe nada más bajar del vehículo.

—Un hombre sin cerebro, y con esas malditas letras en el pecho —responde el joven policía. La numeración digital «0001» que muestra la hombrera derecha de su uniforme indica que es su primer día de servicio.

El dato llama la atención de Blake, quien decide jugar un poco con él.

—¿Por qué crees que hemos venido, porque nos apetece? Eso ya nos lo han dicho. ¿Qué más?

Silencio. El joven agente se siente incómodo ante la exigencia del detective.

—¿Cómo te llamas?

—Me llamo Óscar.

—Óscar, deberías tener algo más para mí. ¿Te has tragado la lengua?

—No.

—Entonces, no tienes nada más… De acuerdo. —Blake hace como que apunta algo en su dispositivo.

La acción hace reaccionar al joven, que titubea. Cree que es el

momento de decir lo que sea si no quiere fastidiarlo todo en su primer día en el cuerpo y ante la presencia del reputado detective.

—Bueno… Sí que hay algo más. Los compañeros me han informado de que el cuerpo está podrido. Los he oído hablar sobre un extraño aparato que hay en la escena del crimen —contesta nervioso.

—Bien hecho —responde al mismo tiempo que apoya su mano en el hombro del joven policía, y sin entretenerse más, camina hacia la entrada del apartamento. Marc no se percata de que ha aprovechado el contacto para colocarle algo—. Y tranquilo, que no me como a nadie. Suerte en el cuerpo.

Marc también pasa junto al agente y le dedica un gesto de complicidad. El detective vuelve la mirada hacia Marc, que camina varios pasos por detrás de él, y le guiña el ojo:

—Este está más verde que tú.

En el apartamento no hay nadie. A partir de la cuarta muerte en relación al caso de los cerebros inservibles, Blake ordenó que nadie actuara antes de su llegada. Con la pareja de policías de turno, que por protocolo tiene que reconocer el lugar de los hechos antes de llamar a *Inmemorian*, tiene suficiente. Ha comprobado que la colaboración policial no es efectiva en esos primeros momentos, sino perjudicial. Un grupo de hombres están jugando con ellos, creando escenas ficticias, y quiere ser el primero en estudiar cada una con detenimiento. Por ello, en esta ocasión, solo ha pasado por allí la pareja de agentes encargada del reconocimiento de los hechos, tras la llamada de varios vecinos alertando de que un fuerte olor a muerto emanaba de la vivienda. Tras ver el lugar donde se haya el cuerpo y percatarse de que se trataba de otra víctima sin cerebro que copiar, pusieron a Óscar, el joven policía, a hacer guardia en el recibidor aéreo hasta la llegada de los detectives.

—¡Joder! ¿Qué es esa peste? —se queja Marc nada más abrirse la puerta acristalada que da paso al apartamento.

—La fragancia de la muerte —dice Blake dejándose llevar por la apreciación de su compañero, al mismo tiempo que alza la barbilla e inhala de manera enérgica y sobreactuada. Finge que disfruta—. Hoy ha empezado el fuerte hedor, según los vecinos que han llamado a la policía. Generalmente un cuerpo emite olores a los dos días, por lo tanto, sin ni siquiera verlo, me atrevo a aventurar que lleva aquí desde el sábado.

—Pues no sé si… —titubea Marc sin poder terminar la frase, al mismo tiempo que su garganta convulsiona y sus ojos se cierran—. No sé si voy a poder.

—Venga, aguanta, que no es nada.

—No puedo creer que digas eso. A este olor nadie se acostumbra. ¿Es que no hueles lo que yo?

Un corto pasillo los comunica con la estancia principal. Ni pasillo ni salón presentan indicios de que allí se haya perpetrado un crimen. Solo el fuerte olor anuncia la desgracia. La primera habitación a la que se asoman y la cocina están ordenadas, pero la macabra fragancia de la muerte los acompaña con insistencia. Marc la percibe agobiante y pegajosa.

—Está allí. —Blake señala la última de las habitaciones y, por descarte, acierta.

—¡Mierda! —Marc se tapa la nariz y la boca para intentar minimizar el efecto nauseabundo de la pestilente oleada que le abofetea nada más abrir la puerta.

Se dan de bruces con la desagradable escena. Se encuentran a un hombre sin camiseta, con un fuerte golpe en la cabeza que le ha causado roturas en el cráneo. Está sentado en una silla frente a una mesa de comedor, que por algún motivo está situada en el dormitorio. La cabeza de la víctima permanece sobre un plato de comida podrida. Lo que hace días debió ser una sopa, ahora es un amasijo gelatinoso de caldo, mucosa cerebral y carne podrida.

La piel verdeazulada de sus manos y de la parte superior del torso desnudo, las manchas púrpura de la espalda, las ampollas bajo la piel y el hinchazón general muestran una imagen acorde con el olor que desprende.

—Fíjate, cada vez incluyen más elementos —indica Blake señalando el vaso de agua medio lleno y la cuchara.

—Ahí está la pluma estilográfica. —Marc señala el característico objeto en el suelo.

La posición en la que ha sido dejado el cuerpo requiere de Blake un esfuerzo extra para descubrir las tres letras que espera ver dibujadas en su pecho. Tiene que agacharse y asomarse debajo de la mesa. La inscripción en el pecho muestra una T arriba, como cúspide del ya famoso triángulo, y una A y una N abajo. A diferencia de las otras muertes, el cuerpo no está fresco y, en consecuencia, el contorno y detalle de las letras se ha visto afectado por la descomposición. Las apunta en su bloc de notas junto a las otras.

Parece evidente de que se trata de otro escenario preparado al detalle para que lo encontraran en condiciones óptimas. El tiempo transcurrido lo ha enmascarado todo, ha adulterado la escena. Es diferente a las anteriores por ese motivo. Blake piensa que quizá se encuentran ante la primera cosa que ha escapado del control de los hombres a los que persigue, pues lo más seguro es que quisieran que aquel hombre fuera encontrado a las horas de dejarlo allí, como en los casos anteriores. ¿Qué les ha salido mal? El detective espera sacar algo provechoso de allí.

Otra novedad es que el cuerpo está acompañado, tal y como ha

adelantado el agente Óscar, por un extraño aparato que no forma parte de ninguna vivienda desde hace muchos años, y mucho menos del mobiliario de un dormitorio. Allí está, frente a una de las mesitas de noche, como si hubiera viajado en el tiempo, tomando un importante protagonismo en esa dantesca escena. Tras un ligero vistazo alrededor de la víctima, ambos se acercan para analizar el objeto con más detalle.

—¿Qué demonios es esto? —pregunta Marc ante lo que parece un recipiente transparente sobre un bloque de plástico blanco y tapadera del mismo color. De detrás surge un cable de medio metro que no está conectado a ninguna parte.

En cambio, Blake lo ha reconocido nada más verlo, dada su peculiar fijación por todo lo antiguo. Se trata de una trituradora o licuadora de cocina que contiene una sustancia de color marrón espesa y viscosa, producto de su puesta en marcha. El detective mira de nuevo el cuerpo. Escudriña la cabeza al detalle. La mayor parte de la masa cerebral ha desaparecido. Comprende.

—Se trata de una trituradora de alimentos. Hace más de sesenta años dejaron de fabricarlas, cuando llegaron las casas inteligentes. Y, lo que hay en su interior, antes eran los sesos de ese hombre —le explica Blake encorvado, mirando de cerca a través del plástico transparente del vaso.

—¡Guas! ¡Qué asco! —Un escalofrío le recorre de arriba abajo mientras retrocede. No puede creer que su compañero siga ahí, observando desde tan cerca sin vomitar.

Al igual que el tiempo transcurrido ha afectado al estado del cuerpo, las burbujas de la masa cerebral licuada indican que ha fermentado.

—Es preciosa. —Blake continúa ensimismado con la pieza—. Ojalá yo encontrara una así.

Que hayan utilizado y puesto en la escena un aparato de otra época demuestra que los que juegan con el nuevo departamento de *Inmemorian* también tienen fijación por Blake. Este último escenario es una prueba de ello, de que conocen muy bien al detective, su fijación por los objetos antiguos y el pasado. ¿Quién o quiénes pueden tener tanto interés en él o en *Inmemorian* como para idear y llevar a cabo ese oscuro y rocambolesco juego? Lo que tiene claro es que a un grupo de personas le ha molestado, y mucho, la derogación de la ley del silencio al no humano, y ahora están intentando vengarse. Blake lo ha estado pensando desde que conoció el caso y no llega a otra conclusión más que esa. Espera poder confirmar su teoría pronto. Sabe que este nuevo crimen marcado por la putrefacción puede ser clave para la investigación, porque quizá sea resultado de algún descuido de los responsables.

Marc se aleja del antiguo aparato. Sabe que no sacará nada por más que lo mire, eso es cosa de su compañero. Prefiere volver su atención sobre la víctima, a pesar de que tampoco le parece plato de buen gusto. Le está resultando duro aguantar y guardar la compostura, pues su estómago le pide a gritos que salga de allí. En ocasiones, incluso percibe su movimiento en forma de pequeñas contracciones.

—Hora del examen. —Blake saca la lupa y se tira al suelo. Busca en los alrededores del cuerpo cualquier señal o huella que hayan podido dejar. Poco a poco, en círculo, estrecha el cerco hasta que se encuentra con el cadáver. Pasea su lupa cerca de algunas marcas de putrefacción, sobre el golpe con el que le rompieron el cráneo y por el brutal orificio por el que se hicieron con el cerebro… Después, vuelve a meterse bajo la mesa para observar las letras con detalle. En esta ocasión, dado el estado del cuerpo, no consigue ver las manchas de apoyo de la mano izquierda del dibujante en esas letras deterioradas y enmascaradas. Blake sale de debajo de la mesa. Ya ha visto bastante.

Capítulo 19

Ron Blake llega a su mesa de trabajo mucho más temprano de lo habitual. En consecuencia, la IA que controla todo se activa mucho antes de lo previsto. El detective enciende el resto del sistema y se pone a trabajar de inmediato. En el centro de la sala, la esfera holográfica fluctúa con cada golpe de voz de Margaret. Apoyado en su base de datos y en las informaciones que le proporciona su compañera virtual, trabaja durante horas. A las siete y treinta y cinco de la mañana, Marc aparece por la puerta.

—¿La policía se ha entrevistado ya con todos los vecinos? ¿Qué tenemos? —pregunta Blake nada más verlo entrar, sin ni siquiera mirarle. Concentra toda su atención en el panel de trabajo.

Marc está acostumbrado a que lo reciba de esa manera. La educación y la cortesía no son su punto fuerte.

—Justo esta mañana le he preguntado a los compañeros de la policía, y no tienen nada. —Marc ocupa su puesto de trabajo.

—¿Cómo pueden ser tan inútiles? Por muy sigilosos que hayan sido los hombres que buscamos, me resulta increíble que ninguno de los vecinos haya visto u oído algo fuera de lo normal. ¿Seguro que han hecho bien los deberes?

—Imagino que sí. Los agentes David Rupert y William Sac se han encargado de ello.

—Pues entonces no sé qué demonios está pasando. Más valdría que lo hubiéramos hecho nosotros —se queja Blake.

—Sabes que eran demasiadas personas que interrogar para nosotros solos. Además, si casi no hemos parado desde que comenzó todo esto. —Marc enciende los sistemas de su mesa de trabajo—. ¿Cuándo has venido?

—Hace un rato. —En realidad lleva allí desde las dos de la madrugada—. ¿Por qué lo preguntas?

—Tienes cara de cansado e irritado, y eso que acaba de empezar el día.

—No sabes lo que me fastidia no tener nada a estas alturas. He buscado a las víctimas en el archivo policial por si alguna tenía antecedentes o cuentas pendientes, y no figura ninguna de ellas. Están limpias. Marge me ha ayudado a revisar la información de los

dispositivos de las víctimas y tampoco hemos encontrado nada destacable —responde sin apartar la vista en ningún momento del panel holográfico que se extiende hasta el techo sobre su mesa de comandos.

—No me creo que no hayas encontrado algo.

—Pues créetelo. Nada de nada. En los historiales de mensajes y conexiones de las víctimas solo hay conversaciones con amigos, conocidos y familiares. En ninguna se menciona nada que pueda hacer creer que tuvieran miedo a algo o estuvieran preocupados por algún tipo de amenaza. Tampoco hay registradas visitas extrañas a la stay web o ilegales, ni realizaron compras sospechosas. —El detective suspira. Se toma un segundo para recolocarse el sombrero y dedica la primera mirada a su compañero desde que ha llegado.

—Eso es tener algo. Todo eso es información.

—Información vacía. Eso es lo que es.

—Buenos días, Marc. ¿Qué tal estás? —pregunta Margaret a través del sistema. El holograma cobra intensidad, se adueña de todo el protagonismo. Se escucha por todas partes—. No quería interrumpir.

—Hola, Marge. Perdona por no saludarte antes.

El trabajo les absorbe. Pero ese no es el motivo por el que algo se enfría entre él y su tía, sino el nuevo rol que ha adquirido la copia de la consciencia de Margaret. Marc se percata de ello, pero no le entristece, pues ha asimilado que ella ya no existe, que tan solo queda su esencia en el interior de un programa informático preparado para coordinar y hacer funcionar la sala del DCI.

En ocasiones todavía recuerda su vida anterior, lo que Margaret hizo por él, lo que la quiso… Pero sin sentir pena. Solo con añoranza. Lamentará siempre haberla perdido, que se haya marchado de esa forma tan cruel e injusta, pero ha aprendido a sobrellevarlo. Atrás han quedado las sospechas de que la copia de su consciencia podía sentir de manera parecida a como lo hace una persona. A veces, duda si su tía perdió esas cualidades sensitivas extras que creyó percibir cuando fue cargada en el robot doméstico Fin, y en otras ocasiones piensa que todo fue producto de su mente confundida por la tragedia y las ganas de recuperarla.

Nunca antes lo ha tenido tan claro: la compañía de la copia de la consciencia de su tía en la sala donde trabaja le sirve como enlace directo a su propio interior, a su niñez y adolescencia, donde perviven los mejores momentos junto a ella. Su etapa con Margaret fue maravillosa y eso es lo que guarda en lo más profundo de su memoria. Así lo entiende.

—Creo que hoy comenzamos otra fase de la investigación —dice Marc al holograma de Margaret. También para que lo escuche su compañero.

—¿Por qué dices eso? —pregunta Blake.

—Porque estamos estrechando el cerco. Imagino que os habréis dado cuenta.

—¿Que nos habremos dado cuenta de qué?

—De que todos los asesinatos se han producido en el núcleo central de Boston, dentro de la zona que abarcan los barrios de North End, West End y Downtown —expone Marc dando por hecho que ambos ya tienen en cuenta ese detalle por razones obvias. Margaret, por formar parte de un potente ordenador pensante y Blake, por poseer la mente que tiene. En cambio, no es así. Por extraño que parezca, el detective no ha reparado en el dato hasta que su compañero lo ha mencionado. Ha permanecido tan concentrado en la búsqueda de otras cosas menos superficiales y tan obsesionado en la complejidad de todo lo que envuelve al caso, que algo tan visual se le ha pasado por alto. Margaret percibe la sorpresa en el rostro de Blake.

—Creía que ya tenías en cuenta lo que muestra tu pantalla de trabajo. Lo has tenido delante toda la noche —interviene Margaret. De nuevo hace aparecer el mapa del callejero de Boston en el panel del detective.

Blake lo analiza en silencio hasta que Marc se levanta de su asiento y se le acerca por la espalda.

—El cerebro deshecho con el ácido fue en el 40 de Lewis Street. El segundo, el de la cabeza machacada, en el 24 de Cooper Street. El decapitado, en Stillman Street. El que encontramos colgado de la barra que atravesaba su cabeza, fue aquí, en el 65 de Charter Street. —El aprendiz de detective señala la zona—. El del cerebro vaciado, en el 9 de Bettery Street. Y el del cerebro triturado, en el 18 de Tacher Street. Aquí. ¿Lo ves? Todos dentro del perímetro de North End. —Marc termina la explicación y piensa en Margaret, en lo orgullosa que se sentiría de sus progresos si existiera realmente.

Aunque el detective no está dispuesto a reconocerlo de forma abierta, sabe que se ha convertido en un excelente compañero para él, y que lo necesita a su lado en ocasiones como esta. Sus cuerdas aportaciones, su moderación, son el contrapunto a su mente acelerada. En ocasiones, es un freno de seguridad que le ayuda a bajar el ritmo y a pararse a pensar. Las respuestas no siempre están lejos como acaba de demostrarle con algo tan sencillo. Su orgullo no le permite más que disimular.

—¿Ya te has quedado a gusto? —le responde Blake—. A veces creo que se te olvida con quién trabajas —Se señala el pecho con ambos índices. Alardea de su prestigio y profesionalidad falsamente—. Te he dejado que te recrees porque solo hay que ver el empeño que le pones, para que vayas adquiriendo confianza. Si sigues así de atento a mi lado, y si no abandonas los cursos intensivos de investigación virtual

de *Inmemorian*, te convertirás en un buen detective a largo plazo.

—Bien. —Marc sigue a lo suyo, a lo que de verdad le importa—. Conociendo esos dos factores, creo que podríamos reforzar la seguridad en la zona con el fin de evitar las próximas muertes. No creo que paren hasta que los pillemos.

—No te equivoques. No creo que vayamos detrás de asesinos psicópatas, de esos que no paran hasta que acaban en la cárcel. Nos enfrentamos a profesionales que llevan a cabo un juego, una estrategia contra el departamento, contra nosotros… Aunque más bien, después de ver la trituradora en el último escenario, creo que van a por mí, por lo de utilizar y dejar objetos antiguos junto a los cuerpos.

—¿Qué objetos antiguos han utilizado además de la trituradora?

—¡Las plumas estilográficas, Marc! —le recrimina por no tenerlas en cuenta—. Ni tus abuelos las utilizaban.

—Ah, sí.

—Seguimos los pasos de personas cuerdas, que lo tienen todo medido y que no se van a dejar llevar por el afán de protagonismo, ni por esa sed de matar insaciable. Así que no servirá de nada reforzar la vigilancia en la zona, matarán de igual manera hasta terminar su mensaje.

—¿Y cuándo sabremos que eso ha ocurrido? Las letras todavía no nos han dicho nada.

—Cuando terminen lo sabremos. Apuesto a que han preparado algo como final del juego.

—¿Eso significa que no podemos hacer nada mientras? ¿Nos tenemos que quedar de brazos cruzados?

—No tergiverses, ni seas melodramático. Claro que tenemos cosas que hacer, de hecho, muchas cosas. Si queremos frenar su juego antes de que logren aquello que persiguen, antes de que finalicen su plan, debemos averiguar algo importante ya.

—Pero si no sabemos ni siquiera cómo interpretar lo que nos están queriendo decir con esas letras.

—¡Joder, Marc! ¡No te obsesiones con eso! Hay más cosas en las que trabajar —dice a pesar de que el mayor obcecado por saber qué quieren decir los triángulos es él.

—Perdonad que vuelva a interrumpir —interviene Margaret—. Los datos censales que te he mostrado durante la madrugada indican que todas las víctimas vivían solas. Tampoco te has dado cuenta de eso. ¿Qué te sucede, Ron Blake?

Blake lo comprueba. Él también se sorprende. ¿Cómo se le ha podido pasar por alto?

—Tiene sentido. Eso facilita la actuación de los agresores —deduce Marc—. Y también la posterior preparación del escenario que dejan para nosotros. Por eso quizá, los agentes Rupert y William no han

hallado testigos.

El detective sigue algo desconcertado, pero el último comentario le hace reaccionar:

—¡Y una mierda! No han encontrado nada porque son una panda de incompetentes. Blake cree que ha dejado a sus compañeros demasiado espacio para cábalas y teme que puedan llegar a mal puerto o distorsionar lo que de momento tienen. Que se le hayan pasado por alto esas dos informaciones, no significa que Marc y Margaret vayan a tener razón en sus demás conjeturas, ni que les corresponda comenzar a divagar sin un rumbo fiable. Decide volver a tomar las riendas de la conversación

—Frenad el carro. Deben ser otras las causas por las que deciden a quién matar, y en eso nos tenemos que centrar, en descubrirlas. Debemos averiguar cuanto antes si hay algo que relaciones a las víctimas entre sí. Y a partir de ahí, idearé un plan. —Blake se levanta de su asiento con firmeza y algo cabreado, sin apartar la mirada de su compañero—. También debemos centrarnos en las letras de esos triángulos. No nos vamos a obsesionar por su complejidad, pero tampoco digo que debamos olvidarlas. Pueden tratarse de pistas diferentes, de un mensaje cifrado, de un acertijo o de datos que nos ayuden a evitar la próxima muerte. Me encontré un caso en el pasado que… —Blake enmudece durante unos segundos. Lo que acaba de recordar le confunde. Hace mucho, mucho tiempo de eso. Demasiado para él. ¿De dónde le ha venido ese recuerdo? Duda de las imágenes que llegan a su cabeza y rectifica—. Lo que quiero decir es que las letras de las víctimas pueden significar infinidad de cosas. Ahora, si me lo permitís, voy a salir a tomar el aire, llevo demasiadas horas aquí dentro.

Aunque ya no es policía, Blake mantiene una amplia red de colaboradores externos que en ciertos momentos utiliza para abrirse camino en sus investigaciones. A algunos como Scott, Soda, Cinteno… los considera amigos, otros, simplemente son contactos de confianza que le ayudan en determinadas ocasiones porque le deben algún favor. Por encima de todos ellos está Sheldon Barbrow, conocido en la stay web como Iceman. Es el nombre del hacker más escurridizo de todos los que ha conocido y el que más le ha ayudado. Hasta la fecha no se le ha resistido ningún encargo de los que le ha hecho. Su reconocimiento llegó en el 88, cuando penetró en el sistema de datos del ultraprotegido centro penitenciario de Thompson Island para robar cientos de grabaciones que evidenciaban el trato inhumano hacia algunos presos. Sheldon conoce a Blake desde hace mucho. Por eso, al igual que el detective sabe su identidad, el hacker es el único que conoce el secreto de Blake.

El detective ha salido al recibidor aéreo para despejarse y para

hacer una llamada:

—Sheldon, amigo. ¿Qué tal estás?

—Ron, ¿sucede algo?

—No, tranquilo. Llevaba tiempo sin hablar contigo y me he dicho: ¿Por qué no ver cómo está Sheldon?

—Ron… Que te conozco. ¿Qué necesitas? O más bien, ¿qué ocurre? Te noto agotado. —Sheldon es el único que le llama por su nombre de pila.

—No. No es nada. Quizá es producto de que estoy trabajando demasiado. Llevo dos casos que se me están complicando. Los más complejos a los que me he enfrentado desde que empezamos en *Inmemorian*. Pasa el tiempo y no avanzo nada.

—Pero… Eres Ron Blake. Eso significa que estás perfectamente cualificado para sacar adelante ambos trabajos. —Su interlocutor ríe al otro lado de la conexión.

—Ya lo sé. Pero creo que el ritmo de los últimos días me está pasando factura. Hoy se me han escapado dos datos que hasta Marc ha visto a simple vista, y tú sabes que eso no debería ocurrirme.

—Avísame si te sucede de nuevo. Por lo demás, ¿te encuentras bien?

—Sí. Estupendo. Aunque me voy a encontrar mejor si resuelves mis dudas.

—¿Qué quieres saber?

—Iré al grano.

—Claro, si no no serías tú —vuelve a reír. La tranquilidad con la que habla Sheldon siempre apacigua los ánimos de Blake.

—Quería preguntarte por la posibilidad de hackear o reprogramar a un sexpartner fuera de sus funciones. ¿Es posible de algún modo?

—¿Lo dices por ese hombre que ha aparecido muerto en manos de su sexpartner? Ahora me acuerdo del otro caso que investigas. Salió en prensa.

—Sí. El mismo.

—No hay forma de hackear a un sexpartner. Están programados para que, cuando un pirata informático encuentra una falla en ellos y se cuele, dejen de funcionar. Mueren, hablando en términos humanos.

—Entonces… ¿tú tampoco podrías? —le pregunta. El detective sabe que, si él no es capaz, nadie lo es.

—No. Yo tampoco —ríe otra vez.

—Pero… ¿Se podría reprogramar de algún modo para que interpretaran un acto dañino indirecto para una persona como algo bueno? —Blake insiste. Necesita agarrarse a cualquier comentario de su experimentado amigo, por pequeña que sea la posibilidad—. La sexpartner introdujo en la boca de su usuario una pastilla que fue la causante de la muerte.

—No. Eso tampoco es posible. Habría que entrar en su sistema para lograr que llevara a cabo eso. La reprogramación que permite un sexpartner solo es a nivel de usuario, y está muy limitada: tono de voz, sensibilidad… Esas cosas. Así que, eso que me cuentas que ha sucedido, también es técnicamente imposible.

—Bueno, por lo menos confirmas lo que he defendido hasta ahora. Me temo que tengo un lío gordo con ese tema.

—Encantado de poder ayudarte de nuevo. ¿Algo más? —le pregunta Sheldon que, a pesar de que no se lo ha dicho, anda algo ocupado.

—No. Nada más.

—Por favor, llámame más a menudo.

El detective cierra la conexión.

Mientras tanto, en la sala, Margaret aprovecha la ausencia del detective para hablar de manera íntima con su sobrino. Hace tiempo que no ha tenido la ocasión de estar un rato a solas con él. Se interesa por la evolución de Roy, por cómo está siendo ese reencuentro con su padre y, especialmente le pregunta por Xanna. Marc no entra en detalles sobre su nueva amiga y los contradictorios sentimientos que tiene hacia ella. «Amor, Marc, a eso se le llama amor», le aclara la consciencia de su tía que, aunque ya no le habla como antes, aparenta que se preocupa por que Marc tenga una vida plena y feliz. «Si de verdad la quieres, que nada ni nadie te frene». Sin embargo, Marc prefiere permanecer distante. Si se abre demasiado otra vez y, si además lo hace con ese tema que tanto le importa, teme que el mar de confusiones que anegó sus pensamientos una vez vuelva a hacerlo. No le ha resultado fácil entender que nada puede traer de vuelta a su tía y no está dispuesto a dar un paso atrás.

Capítulo 20

Miércoles, 12 de enero de 2095

—¿Hablaste con Nira para que te confirmara las palabras exactas de Marta?

—Sí —responde el detective apoyándose en su bloc de notas—. Me ha confirmado que le dijo: «Tengo que irme». Y que cuando Nira le preguntó que a dónde, Marta volvió a insistir y añadió: «Al aeropuerto a recoger a Nicolás, el hijo de Mike».

—Entonces está más que claro. A ver con qué nos sale ahora.

—Me parece que se lo inventó sobre la marcha. ¿Viste su cara cuando le preguntamos si Mike tenía hijos delante de la psicóloga? Fue para encuadrarla.

—No me fijé, la verdad.

El recién estrenado Ford Saturn de Blake llega a Randolf Street. Si el apartamento no se encontrara en la planta 81, el detective utilizaría las escaleras. Lo prefiere siempre. Pero no va hacer pasar a Marc por ese trago y decide utilizar el ascensor como en la primera ocasión que lo visitó. Tiene en cuenta que Marta ya se estará planteando que quizá han descubierto su mentira. Puede asustarse al verlos llegar a través de la cristalera de su recibidor aéreo y en consecuencia decidir no abrir. Todavía cuenta con el sistema de apertura de puertas en su forearmphone de su etapa como policía, que le permite abrir sin ningún problema cualquier puerta. Aunque elige no usarlo en este caso. Espera que Marta esté dispuesta a recibirlos y no tener que colarse a la fuerza. Prefiere tenerla de buen humor.

El detective activa los imanes de aparcamiento del Ford.

—¿Aquí lo vas a dejar?

—Claro. ¿Qué va a venir, una heligrúa a llevárselo? Somos de *Inmemorian*. Este vehículo lo conoce todo el mundo. A veces dices unas cosas…

Con su dispositivo abre el acceso principal del edificio y ambos suben en el ascensor. En un par de minutos llegan a la planta.

Hace cuatro días que Marta ha recuperado su hogar. Pero no ha sido tan valiente como para hacerlo sola. Al regresar encontró la casa

fría, como su alma, y se le cayó el techo encima. Por eso pidió a Sonia que estuviera con ella algunos días. La mujer que Marc vio junto a ella en el entierro, y que le prestaba su hombro para llorar, ahora la acompaña; la misma que no se ha separado de ella ni un minuto desde que se enteró de la desgracia. Como amiga le ha tocado estar allí, y lo ha aceptado de buen gusto. Todo por Marta. Para que se recupere cuanto antes.

Marc y Blake pisan la zona del holoportero para hacer constar su presencia. Un pequeño holograma se activa en frente. Para su sorpresa, la mujer que les atiende desde dentro del apartamento no es Marta.

—Es la mujer que estaba con ella en la puerta del cementerio —aclara Marc a su compañero.

—¿Sí? —contesta Sonia.

—Soy Ron Blake. —Proyecta la placa acreditativa en el aire para ella—. Y este mi compañero Marcus, detectives de *Inmemorian*. Venimos a hablar con Marta.

La puerta se abre y los detectives entran en el salón. Así de fácil.

—¿Quién eres? —pregunta Blake a la mujer de rasgos jóvenes e inocentes.

—Me llamo Sonia y soy amiga de Marta.

—¿Y dónde está ella?

—¡Marta! —dice acercándose a la boca la parte del antebrazo donde se ubica su dispositivo—. El detective del gorro del que me hablaste y su compañero están aquí, date prisa. —Vuelve a dirigirse a ellos—. Es que está en la ducha.

—Sonia, perdona. Vamos a llamar a las cosas por su nombre. Esta preciosa reliquia no es un gorro. Es un borsalino de cuero áspero *in pelle di* conejo fabricado *in la Italia* —le corrige enseñándoselo de cerca y empleando el pésimo acento italiano que siempre imita cuando alguien habla de su borsalino—. Un poco de respeto, que tiene más de ciento veinte años.

El semblante de Sonia lo expresa todo. No sabe cómo reaccionar ante la sobreactuada reacción del detective.

—No sé si Marta se encontrará con ánimos de…

—Seguro que sí, mujer, se alegrará al vernos. ¿A que sí, Marc?

—Sí, sobre todo cuando le contemos por qué estamos aquí. —Marc le sigue el juego a su compañero.

—¿Traéis buenas noticias? Pues seguro que no tarda nada. Esperad aquí, voy a buscarla.

Sonia se dirige al baño.

—Marta, date prisa que los detectives de *Inmemorian* te esperan en el salón con buenas noticias —le informa desde el otro lado de la ducha.

—¿De qué se trata? —dice Marta tras la mampara.

—No lo sé.

Aunque piensa que puede ser cierto que estén allí para contarle algo positivo sobre la investigación de la muerte de su marido, no puede disimular su rostro de preocupación.

—Me visto y salgo. Entretenlos.

Vuelve a la cabina de la ducha y activa el secado rápido.

Blake aprovecha la ausencia de Sonia para examinar el sofá donde se encontró el cuerpo de manera superficial. Al hacerlo, se percata de que presenta una pequeña mancha, como de una gota de un líquido reseco. Sabe que puede tratarse de cualquier cosa, incluso que sea agua o restos de comida. No obstante, extrae un pequeño recipiente de muestras y una pequeña navaja del interior de su chaquetón, con la que rasca la superficie para hacerse con una pequeña parte de la sustancia.

Cuando Sonia regresa al salón, encuentra al detective recostado sobre el sofá principal, simulando la posición de Mike al morir.

—Estaba así, y los brazos los tenía así —le explica a su compañero juntándolos.

—Blake. —Marc le avisa de la presencia de Sonia.

—No os preocupéis, entiendo que sois detectives y que estáis investigando.

—Pues perfecto, nos sirves de gran ayuda en este momento. Acércate. Tú serás Easia.

—¿Cómo dices?

—Sí. Nos servirás de ayuda para recrear lo que Marta nos contó que vio.

—¿En serio quieres que…?

—Sí. Súbete encima de mí. Hazlo por tu amiga.

—Pero rápido, que Marta vendrá enseguida —Sonia cede.

—Aquí. Así. —El detective la ayuda a colocarse.

—Pero ¿qué hacéis? —Marc no puede creer lo que ve.

Blake y la mujer de rostro jovial siguen a lo suyo.

—Colócate aquí… así, como si estuvieras practicando sexo conmigo.

Sonia termina de subirse sobre Blake, risueña. A pesar de que parece algo avergonzada, manifiesta estar pasándoselo bien. Se sienta sobre su cintura.

—¿Así?

—No. Más para atrás, y esa pierna para allá… Creo que deberíamos preguntarle a Marta si fue así como los encontró para estar más seguros.

—¡Sí, hombre! ¿Te has vuelto loco? —le reprocha Marc.

Sonia explota a reír.

—¿Siempre son tan divertidas las investigaciones?

—Pero no te muevas, que es solo una simulación —dice Blake, que cree percibir que Sonia ha empezado a dar pequeños saltitos encima de él.

—Parad. Esto no es buena idea —dice Marc mirando hacia el pasillo que da al resto de la estancia—. Marta va a aparecer de un momento a otro.

—Easia debió estar más o menos así. ¿Tú qué crees, Marc? —Blake sigue a lo suyo—. Si te fijas, esta posición es la que le permite a Sonia agarrarme de los brazos, meterme algo en la boca y dar un salto para apartarse fugazmente de mí para huir, tal y como lo describió Marta.

—¡Sonia! ¿Qué coño hacéis en mi sofá? —les recrimina Marta crucificándolos con la mirada.

Su amiga se aparta rápido del detective, de un salto.

—Marta, ¿fue así? ¿Easia saltó como lo acaba de hacer Sonia? —El detective aprovecha para intentar saber más. Se reincorpora.

—Sonia, ¿qué estabas haciendo?

—Marta, no es lo que parece. Solo pretendía ayudar a los detectives a…

—No deberías haberles abierto. ¡No son hombres de fiar! Y están chiflados.

—Oye, sin faltar. Un poco de respeto —se defiende Blake—. Creo que no valoras lo que tienes delante.

—Y tú, Sonia… —continúa Marta—. Jugar de ese modo con la muerte de mi querido Mike. Qué rastrera. Te he escuchado reír.

—¡Que no estaba jugando! —responde—. El detective me ha dicho que…

—¡No quiero escuchar más! ¡Sal de mi casa! ¡Y vosotros también!

—Pero… —Marc se queda con la palabra en la boca.

—¡He dicho que no quiero escuchar nada más! Y tampoco quiero saber qué habéis venido a contarme.

—Anda, Marta, no digas tonterías —le recrimina Sonia.

—Pues no vas a tener más remedio que escucharnos. Y de contestar a nuestras preguntas —le responde Blake tajante. La broma queda a un lado y su mirada pasa a ser fría y penetrante.

—Por favor, olvidad lo sucedido y contadnos esas buenas noticias que traéis —dice Sonia, que intenta apaciguar los ánimos.

—¡Que os larguéis todos! —La propietaria de la casa pierde los nervios y amenaza con lanzarles el portaescenas que ha cogido.

De repente, Sonia borra su rostro de niña inocente para advertir a su amiga que se está pasando de la raya. Si actúa contra ellos, la situación empeorará. Ni mucho menos es el momento para dejarla sola. La necesita. Y por eso la confronta.

—¡Para, Marta! ¿Acaso quieres que nos encierren a ambas?

—¡Te he dicho que te vayas! ¡Déjame en paz! —le responde con gritos.

Sonia conoce muy bien su temperamento.

—Sé que en realidad no quieres que me vaya —le responde.

El comentario enciende todavía más los ánimos.

—¿Tú qué sabrás lo que yo quiero? Me has defraudado —rompe a llorar.

Ante esas dos mujeres desbocadas, Blake empieza dar órdenes a diestro y siniestro para imponer la calma a su modo. Su paciencia ha llegado al límite. Pero sus descuidados y bruscos métodos no obtienen resultados. El salón parece un gallinero. Reproches, acusaciones de aquí para allá. Los ánimos se caldean más y más con cada palabra. Se pregunta cómo han llegado a esa situación de máximo estrés. De la boca de Marta salen los primeros insultos. Marc es el único que se libra de ellos.

—¡Calmaos todos un momento! —interviene el aprendiz de detective en mitad de la estrambótica situación, antes de que sea irremediable. Conoce muy bien a Blake, y su mirada no presagia nada bueno. Denota que no le gustan las reprimendas de Marta, y que está a punto de cruzar la línea. Por eso decide coger las riendas, antes de que lo haga su compañero—. Por ahora nadie se va a ningún lado. Ni Sonia, ni nosotros. Tenemos un tema pendiente que hablar contigo, y por eso hemos venido. Cuando acabemos, podrás hacer lo que quieras. Pero no olvides que tu amiga no ha hecho nada para hacerte daño, lo del sofá ha sido culpa de mi compañero. Al contrario, me parece que te está ayudando mucho durante estos días. Te está mostrando su apoyo.

—Eso es, Marta, si te ha molestado que… —dice Sonia mirando hacia el sofá—, o que hayamos discutido, te pido perdón.

La mirada que lanza Marta sigue hablando por sí sola. No le convence mucho la disculpa.

—Y también queremos registrar el apartamento. Y venga, que no tenemos todo el día —añade Blake sin previo aviso para sorpresa de Marc, que se creía capaz de devolver el orden al salón.

—¿Un registro? ¿Para qué? ¿No se supone que Marta también es víctima de todo esto? —vuelve a intervenir Sonia, defendiéndola.

—Tú calla —le responde Marta. Después se dirige a los detectives —. ¿Os creéis que soy tonta, que no conozco mis derechos? Creo que el registro no va a ser posible, al menos sin el permiso correspondiente.

Blake sonríe y replica:

—Pues ahora que lo dices sí que tengo dos permisos: uno, esta placa del DCI que me confiere poderes legales para hacer registros donde me plazca, incluso para detenerte por obstrucción a la justicia.

Y el otro lo guardo aquí, bajo mi chaquetón. —Blake le deja ver la culata de su Parabellum—. ¿Qué me dices?

—¿No lo dirás en serio? —Marc lo mira desconcertado. Otra vez su compañero sobrepasa el límite.

—¿Te acuerdas de cómo quedaron las paredes de Thimotheé? Si quieres hago lo mismo aquí —le responde Blake moviendo la pistola en el aire de aquí para allá.

Ambas mujeres se agachan ante el peligro inminente. Se unen en un abrazo para protegerse la una a la otra, arrodilladas en el suelo. Un halo de malicia y oscuridad parece crecer en torno al detective y llenar la estancia. Su semblante también ha cambiado. «¿Qué puedo esperar del hombre que ahora intenta esconder su truculenta sonrisa bajo su sombrero?», se pregunta Marta. Sonia, que conoce muy bien a su amiga, se percata de que está empezando a entrar en pánico. Lo percibe en su respiración y en sus ojos, que no cesan de derramar lágrimas con profusión.

—Lo que faltaba —protesta Blake.

Las dos mujeres desean librarse cuanto antes de la espontánea visita que han recibido. Sonia permanece algo más serena que Marta, lo que le permite comprender que todo forma parte de una actuación de Blake para conseguir lo que se propone, y que Marc está haciendo de poli bueno. En parte tiene razón. Sin embargo, no es algo premeditado. El aprendiz de detective siempre es portador de cordura y serenidad, mientras su compañero, el detective chulesco y descreído, saca a relucir sus malas artes para alcanzar su objetivo. Acciones que a veces parecen escapar de su control.

—Respondamos a sus preguntas para que se vayan. Confía en mí —dice Sonia en voz baja cerca del oído de Marta.

Marc, que escucha el comentario, sabe que ese momento es crucial para intentar tomar de nuevo las riendas. Espera que Blake no vuelva a fastidiarla. Se acerca a ellas para tranquilizarlas:

—Mi compañero no hará nada de eso que dice. Así que debéis calmaros. Os hacemos un par de preguntas y nos marchamos.

La vulnerabilidad que han experimentado durante un momento ha servido para unirlas de nuevo. Marta y Sonia olvidan pronto lo ocurrido. Permanecen fundidas en un fuerte abrazo protector. Todavía miran a Blake con gran desconfianza.

Capítulo 21

—Marc tiene razón. Hablamos un poco y nos vamos. No tengo todo el día —dice Blake transcurridos cinco minutos.

Marta accede de mala gana.

—Mi compañero fue al entierro —continúa el detective.

—Pues no lo vi.

—Eso no significa que no estuviera. No estabas como para fijarte en mí —interviene Marc—. Yo no os quité ojo. Sonia no se separaba de ti en todo momento. Cuando os marchabais fui hacia vosotras a la carrera, pero vuestras cúpulas antilluvia no os permitieron verme. Entrasteis antes al vehículo magnético que os esperaba.

—¿Quiénes asistieron allí? —pregunta Blake a Marta.

—Pues… su amigo Bill, Andersson, Fabián, tres profesoras compañeras de su trabajo… —Marta intenta hacer memoria—. ¡Joder, no me acuerdo de todos! Había bastante gente.

—Unas veinte personas —apunta Marc.

—Creo que vi a tu vecina de aquí al lado —añade Sonia.

—Ah, sí, la vi. Ruth. Qué mujer más buena. Nos llevamos muy bien con ella.

—Tu cuñada Lubna y Evans también estaban allí —le recuerda Marc.

—Sí. También —responde Marta escueta.

—Y por tu parte, ¿quién estuvo en el entierro? —se interesa Blake.

—¿Cómo que por mi parte?

—Sí. Familia tuya, amigos… ¿quiénes fueron a despedirse de Mike, además de Sonia? Por ahora solo has citado a tu cuñada.

—Nadie más, aparte de ella y su hijo —dice con tono despectivo—. Mike nunca ha tenido mucha relación con mi gente.

—¿Cuántos años llevabais juntos?

—Doce años, pero no es cuestión de eso. En ese aspecto soy muy reservada y nunca he propiciado el acercamiento con mi familia.

—Pero… nada más por apoyarte a ti, debería haber ido alguien, como lo hizo Sonia —dice Blake.

—¿Por qué no estuvo allí tu hermano, el marido de Lubna? —pregunta el aprendiz de detective.

—No nos llevamos bien.

—¿Y por qué motivo no tenían relación con Mike el resto de tus familiares? —Ahora es Blake quien pregunta.

—El pobre no tenía nada que ver. Soy yo a la que no soportan, a la que han rechazado. Mike simplemente sufrió las consecuencias.

—Debe ser duro. —Marc intenta empatizar con ella.

—No te creas. Hace mucho que no sé nada de ellos y no me hacen falta para nada. No os preocupéis, es recíproco.

—¿Qué pasó entre vosotros? ¿Cuál es el motivo?

—Soy una youving, y ellos son de esas personas que no pueden ni vernos.

—¿Todos los miembros de tu familia son antiyouving?

—En especial mis padres. —En su mirada se aprecia cierta derrota sentimental—. Así que, cuando lo descubrieron, tuve que salir de casa.

—Nadie hubiera dicho que tomas la encima de la juventud —confiesa Marc.

—Ah, ¿no te lo dije? —interviene el detective, que conocía el dato gracias a la información del archivo policial.

—Nada de nada —responde su compañero—. ¿Mike también consumía la encima r2?

—No, él no.

—Entonces, ¿cuántos años tienes? —pregunta Marc.

—Cincuenta y ocho. Once más que Mike.

Blake indica a su compañero con la mirada que no se demore más. El interrogatorio se encuentra en el momento perfecto para preguntar por el tema estrella que los ha llevado allí. Marc capta el gesto de Blake:

—Entendemos que su hijo fue de una relación anterior. ¿Con cuántos años tuvo Mike a Nicolás?

Marta nota el filo de la derrota, comprende que no tiene escapatoria, que están allí porque han descubierto que el hijo de Mike no existe. Todo está perdido. Se materializan sus peores presagios. No obstante, no va a ser ella la que se derrumbe si ellos no desmontan su mentira. Sonia mira a su amiga contrariada y con aire de preocupación.

—Con treinta y dos —les aguanta la mirada de manera estoica.

—Entonces… debería tener… —insiste Marc simulando que cuenta años con los dedos de su mano.

Marta necesita unos segundos para calcular una edad plausible tras haber dado una cifra aleatoria, pero antes de que pueda responder, Blake interviene:

—¡¿Cómo eres tan mentirosa? Mi compañero habló con la gente del entierro y Mike no tiene hijos. —No logra contenerse.

—¡Lo siento! ¡Lo siento! Solo lo dije para escapar de la casa de esa chica. —Se defiende Marta, atemorizada porque Blake vuelva a

comportarse como antes—. No quiero que penséis nada raro.

Sonia se echa las manos a la cabeza. No da crédito a lo que escucha.

—¿A qué te refieres con que no pensemos nada raro? ¿Sabes que esta mentira te convierte en la principal sospechosa de la muerte de Mike? —dice Blake con mucha calma. Trata de ponerla nerviosa.

—No, por favor, por favor. —Marta se tira al suelo, a los pies de la pareja de detectives, pidiendo clemencia. Después se arrodilla—. ¡Yo no le hice nada!

—Si nos has mentido en eso, podrías haberte inventado la historia de cómo lo encontraste al llegar del trabajo.

—¡Que no! ¡Por favor! ¡Tenéis que creerme! —Marta grita y llora a la vez. Les suplica. La reacción de los detectives la deja abatida—. No pensé que la mentira llegara tan lejos. Solo me inventé la excusa de ir al aeropuerto a por el hijo de Mike para salir de esa casa que no era la mía. Solo quería volver a mi apartamento. Necesitaba pasar el duelo aquí. No pensé que la psicóloga os acabaría contando la excusa que le puse para que me dejara salir.

—Mi compañero Blake cree que lo del aeropuerto no fue improvisado, que habrías aprovechado para coger un vuelo y escapar del país. —Marc la acorrala.

—¿Y por qué iba a hacer eso?

—¿Por qué crees que va a ser? Porque tú mataste a tu marido —la acusa el detective.

—¡No, no y no! ¡Yo no lo hice!

—Entonces, este es el momento para que digas algo que nos convenza.

—¡No os voy a permitir que me castiguéis de este modo tan injusto! Estoy pasando un mal momento por la pérdida de mi querido Mike. ¡Por favor! —Marta les sigue rogando con histeria.

—Ponte en pie, anda.

—¡Tendréis que demostrarlo! —les devuelve el ataque—. Y no podréis, porque la consciencia de Mike no os ha podido contar nada malo de mí, porque yo no lo hice. ¡Fue esa maldita sexpartner! —Marta se reincorpora y los señala con el dedo—. ¡Si seguís acusándome de este modo, os llevaré a juicio!

—He dicho que te levantes —le exige Blake—. Y a nosotros no nos amenaces. Madre mía, lo que hay que escuchar. —El detective mira hacia otro lado.

—¡No tenéis pruebas! —Marta insiste.

—Quizá sí las tenga pronto, así que, cuidado con tus palabras. En conversaciones con Slender Robotics, a raíz del suceso, nos han demostrado que Easia permaneció en el recibidor aéreo toda la tarde. ¿Comprendes?

—¿Qué? —Marta no puede creer lo que escucha.

—El sistema de rastreo del producto indica que no entró en la vivienda para nada. Tu historia es imposible. Falsa, diría yo.

—¡Ellos mienten! —El corazón de Marta se acelera. Siente las palpitaciones, le falta el aire, llora, tiembla, se tambalea—. ¡Están mintiendo para defender su producto! ¡Yo la vi encima de mi marido!

—Marta, tranquila. Tienes que relajarte. —Sonia se acerca otra vez para sosegarla, a pesar de que ella también necesita apoyo de alguien —. Estás demasiado nerviosa. Respira. Ya verás como todo se arregla. —Aunque en un primer momento la invención de Nicolás la ha desconcertado, ha terminado por aceptar la explicación que ha dado su amiga.

Blake sabe que, dado el estado desenfrenado de Marta, no podrá sacar mucha más información. El interrogatorio se ha echado a perder.

A lo largo de su carrera ha presenciado todo tipo de reacciones. Eso le da ventaja en la mayoría de ocasiones, pero no en todas. A veces también le confunden a la hora de decantarse hacia un lado u otro. A pesar de que la manera de defenderse de Marta le parece real, sabe que no puede confiar al cien por cien en la impresión que se ha llevado. Su comportamiento ha sido muy enérgico y desesperado, como cuando un animal salvaje se encuentra rodeado por un grupo de hienas y quiere evitar ser devorado como sea. Y el detective ha estado ante muchas situaciones similares. Está acostumbrado a esquivar esas últimas dentelladas en forma de palabras y lamentos, lanzadas aquí y allá, tanto de las personas que defienden su inocencia como de las que tratan de evitar a toda costa ser agarradas por la justicia. Pertenezcan al bando que pertenezcan, al de los inocentes o al de los culpables, las personas con coraje utilizan la misma manera de defenderse. Pero cuando el brillo de los ojos, el semblante, es sincero, es determinante para él. Suele acertar. El de Marta no es de los que más preguntas le suscita.

El hecho de trasladarle a la viuda de Mike las palabras de Slender Robotics sobre la posición de Easia, acaba de iniciar la guerra entre ella y la empresa. Lo sabe. Y eso se convierte en un problema para el detective y para la investigación, pues ese enfrentamiento puede llegar a entorpecer la investigación y alterar el curso de los acontecimientos, en un caso de carácter delicado que se complica por momentos. Se arrepiente de haberlo hecho.

Marc intenta regresar a uno de los puntos de partida del diálogo en los que Marta parecía estar tranquila y colaborativa.

—Marta, tranquilízate. No tienes nada por lo que preocuparte si no has hecho nada. Estoy seguro de que te beneficiará seguir respondiendo a nuestras preguntas. Lubna y Evans asistieron al entierro, pude hablar con ellos. Pero ¿por qué tu hermano no estuvo

allí? Hablamos de la muerte de un familiar. ¿Solo por tu condición de youving?

—Claro. Mi hermano es como la mayoría de personas de este mundo: un antiyouving.

—Tengo que llevarte la contraria —aclara Marc—. Las estadísticas indican que el setenta y cinco por ciento de personas habéis elegido parar de envejecer hasta donde la enzima r2 os lo permita. Y no todos los que no lo han hecho os odian.

Blake deja que Marc tome las riendas del interrogatorio. Acaba de conseguir que Marta acepte responder de nuevo.

—Bueno, me habéis entendido. Estoy harta de toda esa gente que nos odia. La familia de Mike también me repudiaba.

—¿También?

—Sí. Eran igual que mis padres, mi hermano y su familia. Nunca me han aceptado.

—¿Y qué tal se llevaban con Mike? —pregunta Blake.

—Bueno… en realidad la única relación que mantenían era en la stay web.

Marc la convence para acceder al registro de la vivienda. Juega un papel importante para determinar si hay alguien detrás del asesinato llevado a cabo por la sexpartner. Cansada de la situación y desesperada por que el detective deje de señalarla como sospechosa, no tiene más remedio que acceder.

Mientras Marc intenta quitarle hierro al asunto y llevar a Marta a un estado más sosegado, Blake se pasea, lupa en mano, por el salón. A continuación, mientras Marc sigue hablando con ella, continúa su análisis por el resto de la casa. La inspección es algo superficial. Le lleva tan solo cinco minutos.

—Bueno, ya no hace falta que sigas fusilándome con la mirada. Por mi parte, se acabó el registro —dice el detective caminando hacia la cristalera que da acceso al recibidor aéreo.

Prefiere no preguntar sobre lo que ha llamado su atención en uno de los cajones del cuarto de baño hasta que los forenses de *Inmemorian* determinen qué es. Se trata de una veintena de ampollas sin etiqueta. Algunas de ellas vacías. Tampoco habla de ello a su compañero. Coge dos y las guarda bajo el ala de su chaquetón.

—¿Ya está toda la casa? ¿Ya nos vamos? —Marc se sorprende de la rapidez y frialdad con la que su compañero sale del apartamento. Casi se marcha sin él.

Capítulo 22

Viernes, 14 de enero de 2095

Los grandes edificios quedan atrás. También el bullicio y la densa actividad que se desarrolla en la ciudad. Desde allí, los fluorescentes de los carteles publicitarios más famosos, dotan a la espesa bruma que envuelve el corazón de Boston de una gran gama de colores.

Blake y Marc van de camino a la mansión de los Vernard. Comparten vehículo. Mantienen la esperanza de encontrar respuestas sobre el motivo por el que Marta y su hermano viven enemistados. Ella les ha contado que únicamente se debe a su condición de youving. No obstante, los detectives quieren saber si existe alguna desavenencia más que pudiera aportar aire fresco al caso que investigan.

Donde las grandes avenidas pierden su amplitud, y las vías para peatones se convierten en espacios comunes plagados de vegetación, se encuentra el barrio de Aspinwall Hill. Un lugar construido para las familias más ricas de la zona. Tras proyectar la placa que le acredita como detective primero de *Inmemorian* en el exterior del vehículo, la barrera magnética desaparece. El Ford Saturn gravita lentamente sobre un pequeño puente que atraviesa el primer bulevar anillo que rodea la urbanización. Las extraordinarias viviendas se dejan ver. Casas prominentes, ligeramente curvadas horizontalmente en consonancia con los círculos de vegetación que hay entre cada uno de los bloques. Construcciones en forma de aros concéntricos que disminuyen su tamaño conforme el centro queda más próximo.

El patrón de viviendas es único en la ciudad. Conforme se adentran en el centro de la circunferencia, las casas son más ostentosas. A partir del tercer bulevar pueden considerarse todas ellas mansiones de lujo. Los últimos rayos de sol se cuelan desde atrás. A través de la luna trasera del Ford tiñen de naranja el salpicadero de la mesa de mandos y toda la avenida que tienen por delante hasta la plaza central, en la que hay un montículo de piedra y sobre él, una cascada y exótica vegetación.

—Es por aquí —indica el detective. Y utiliza los mandos virtuales para girar a la derecha.

Las primeras luces de la calle se encienden al paso del Ford. Varios metros más adelante, llegan a su destino. Blake activa los imanes de aparcamiento.

La fachada principal tiene como protagonistas dos altas columnas de mármol blanco, que se alzan a través de las tres plantas para sostener el pórtico frontal. Una entrada de césped azul les conduce a la marquesina. Cuatro amplios peldaños del mismo material que las columnas dan acceso a la puerta.

Un holograma de grandes dimensiones, en el que se muestra la imagen de Lubna, aparece ante ellos.

—Adelante, os estaba esperando.

Blake y Marc entran en la vivienda sin decir nada. Al pisar sobre la resplandeciente moqueta roja y contemplar las molduras de las paredes y las esculturas que decoran el largo y amplio pasillo, ambos experimentan lo mismo, aunque no lo comparten. No es incomodidad, pero tienen presente que no es un lugar para ellos. Su modo de vida está muy lejos del de esas personas.

El espacioso e iluminado corredor, plagado de estatuas físicas y otros productos de la decoración holográfica, los conduce hasta la estancia principal, un salón circular en el que todos los elementos permanecen sobre la misma moqueta roja que pisan desde que han entrado. Fuera de ella, en los tres metros de suelo desnudo que hay hasta la pared, no hay mobiliario alguno.

Lubna los espera descalza y medio recostada en uno de los sofás individuales. Su llamativo vestido color salmón, de tiro largo, permanece arremangado hasta las rodillas.

—Adelante, tomad asiento.

—Hola, Lubna, soy el detective Ron Blake. Nuestras condolencias —dice de manera sobreactuada marcándose una media reverencia antes de aceptar la invitación. El gesto le queda impostado. No sabe ser cortés por naturaleza.

—Hola, Lubna. —Marc también la saluda.

—Gracias, podéis sentaros —insiste.

—Muchas gracias por recibirnos. Sabemos que son unos días delicados para ti. —Marc toma la palabra, preocupado por si su compañero decide seguir con su particular show de interpretación. Intuye que tiene esa intención. Su semblante y postura corporal lo delatan. La casa le impone. También la mujer que tiene delante, su rostro demacrado por la desgracia que padece, las suaves piernas que enseña, la sensualidad de sus pies… El ambiente general lo pone nervioso. No cree que el lugar ni el ambiente sean los más idóneos para ciertos comportamientos de Blake.

—Evans y Gregory vendrán enseguida. —Lubna los acaba de citar mediante su forearmphone—. ¿Queréis tomar algo?

—No, gracias —responde Marc.

—¿Seguro? Evans ha hecho tortitas de grillos con canela y limón.

—Descuida.

—De acuerdo. Un momento, no os levantéis de vuestros asientos o caeréis —Lubna se esfuerza en dedicarles media sonrisa a sus invitados, mientras manipula el pequeño holograma que proyecta su forearmphone, y de repente, toda el área que abarca la moqueta se despega del suelo y se eleva girando de forma suave hacia el techo, al mismo tiempo que este también se desplaza hacia arriba. Marc y Blake se agarran fuerte a los reposabrazos de sus respectivos sillones. En pocos segundos, la circunferencia giratoria se acopla a la segunda planta de la estancia, un salón parecido, pero rodeado de ventanas.

—Aquí estaremos mejor, aprovecharemos los últimos rayos de sol —dice Lubna. Desde aquella altura se contemplan las tonalidades que desprende el astro rey sobre los rascacielos de la ciudad que se dibujan en el horizonte.

La pareja de detectives queda descolocada, nunca mejor dicho. No terminan de asimilar lo que acaba de suceder. Marc incluso se siente mareado. Se pregunta cuántas plantas de la casa han subido con ese movimiento.

—¿Luego harás lo mismo para bajar? —pregunta Blake, entusiasmado como un niño que acaba de bajar de una atracción de feria.

Lubna se sorprende por la simpleza del apunte del que se supone que es el mejor detective de la ciudad, un hombre inteligente. Marc se percata de ello.

—No le hagas caso, es un bromista. Las vistas desde aquí son insuperables —dice para recuperar la formalidad—. Debe de ser maravilloso vivir aquí.

—Somos conscientes de la suerte que tenemos.

—Ahora que nos hemos presentado y después de este subidón —Blake guiña el ojo a su compañero por su ocurrencia—, tenemos que empezar. No disponemos de mucho tiempo. Aprovechando que estamos a solas, me gustaría hacerte unas preguntas sobre tu cuñado Mike. Luego hablaremos con Evans y tu marido. Por cierto, ¿cómo has dicho antes que se llamaba?

—Gregory.

—Luego hablaremos con Gregory. Si te parece bien, empiezo.

—Sí, claro, claro —expresa Lubna con amabilidad—. Si puedo ayudar en algo me sentiré muy satisfecha de hacerlo.

Marc la escucha con atención. Se fija en cada una de sus expresiones. Su cara revela que ha pasado muchas noches sin dormir, el reflejo de la desgracia que padece desde la noticia. Sin embargo, su rostro, sus facciones, también le atraen. Siguen siendo casi perfectas.

Reconoce que se encuentra ante una mujer que debe de ser bellísima en circunstancias normales.

—Bien. Háblame de tu cuñado Mike. ¿Cómo era?

—Un encanto. Agradable. Le gustaba ayudar a los demás y siempre estaba de buen humor. Era una buena persona. No he conocido a nadie como él.

—¿Por qué le llamaban Mike «el Rubio»? —se interesa Marc.

—Muy buena pregunta, socio. Se nos pasó comentarle ese tema en el cubo.

—Ojalá me hubiera podido, al menos, despedir de él en el cubo, junto a vosotros. ¿Existe todavía esa posibilidad?

—Me temo que no —responde Blake tajante, sin dar más explicaciones—. Lo de Mike «el Rubio», ¿nos lo explicas?

—Él contaba que hasta los catorce años, su pelo era amarillo brillante, y que le llegaba por aquí. —Lubna marca con el dedo bajo su oreja—. ¿Os acordáis de Michael Pom, «el Rubio»?

—Claro. Una leyenda de la música.

—Pues el mismo color de pelo. Por eso lo llaman así, le viene de niño. —Lubna se pone algo más erguida y tapa sus piernas.

—¿Cómo era la relación de Mike y Marta?

—Hace tiempo que nos fuimos de la ciudad, así que no tengo muchas referencias de cómo era su vida en pareja. Hasta lo que conocemos, era una relación normal.

—¿Piensas que seguían enamorados? ¿Se querían?

—Tengo mis dudas.

—¿Por qué las tienes?

—¿Por qué me haces estas preguntas? No me gustaría que te llevaras mis respuestas a tu terreno para… —recrimina al detective, pero sin acabar la frase.

—¿Para qué? Continúa.

—Para pensar que eso pudiera tener algún tipo de relación con su muerte. Que estuvieran o no enamorados no la convierte en sospechosa.

—No me mires así, Lubna. Solo intento obtener toda la información posible. Ya me encargaré de dar importancia a lo que yo considere, ¿vale?

Marc le hace un pequeño gesto a su compañero para que baje un poco la intensidad y para que controle su prepotencia.

—Pues espero que quede entre nosotros —añade Lubna.

—No te preocupes por eso.

—Bueno, Evans y Gregory lo saben, pero me gustaría que Marta no se enterara que yo os lo he dicho. No quiero más problemas. —Lubna también busca con la mirada la aprobación de Marc.

—Tranquila —responde este.

—Mi cuñada tenía un lío con otra persona. Eso era.

Después, Lubna queda en silencio.

—Y… ¿podemos saber de quién se trata?

—Se llama Sonia. La verías con ella en el entierro. Estuvo allí —le dice a Marc—. Solo sé que trabajan juntas en Maniac Corporation.

—¡¿No me fastidies?! ¡Y no nos ha dicho nada! —exclama el detective—. Tu cuñada esconde más de lo que habla.

—Bueno, bueno… Tampoco les hemos preguntado por el tipo de relación que tenían —Marc llama a la calma—. No adelantemos acontecimientos.

—¿Ya la habéis conocido?

—Sí. Hemos hablado con ella. Está con Marta, en su casa —responde Blake.

—No se lo digáis.

—Lubna, somos detectives. Si hablamos con ella del tema, le diremos que lo hemos averiguado de otra forma.

—Pero me acabáis de prometer que…

—Entiende que hay muchas cosas en juego. Mira la que se ha liado en la calle a raíz de lo sucedido. En Slender Robotics se lavan las manos acusando a tu cuñada. Aseguran que se lo ha inventado todo, mientras ella hace lo mismo contra ellos. Y, casualmente, me dices que anda liada con alguien que trabaja con ella en Maniac Corporation, la competencia directa de Slender Robotics. —Blake se echa las manos a la cabeza, sobre su sombrero, hace un drama y después mira a su compañero—. Marc, esta nueva evidencia apunta directamente a nuestra querida Marta.

—¿Estás insinuando que Marta se las ideó para matarlo, o algo por el estilo? —pregunta Lubna con tono de desaprobación.

—¿Para librarse de él y quedarse con Sonia? No lo creo. ¿Te parece probable a ti? Podría haberlo hecho de mil formas distintas. Esto tiene pinta de ser algo más gordo. De todas formas, yo no insinúo nada. Recopilo datos tal y como los recibo.

—Que yo y mi familia no nos llevemos bien con ella y tengamos nuestras diferencias no la convierte en una asesina.

—¿Por qué la defiendes con tanta insistencia a pesar de todo? —pregunta Marc.

—Porque me consta que lo está pasando mal. El cariño que le tuve, a pesar de que hayamos roto con ella, no se ha ido del todo. Llegué a verla como una hija o una hermana durante un tiempo.

—¿Por qué ahora os lleváis tan mal? Si llegaste a quererla tanto, me niego a creer que solo se deba a su condición de youving. ¿Que engañara a Mike con otra persona tiene algo que ver?

—No me hacía gracia, la verdad, pero pasan tantas cosas en este mundo… Todo se ha normalizado tanto… Además, el conflicto viene

de mucho antes.

—¿Os hizo algo a vosotros?

—Eso que te lo cuente mi marido —dice apuntando hacia el iluminado pasillo que confluye en el salón desde el ala sur de la vivienda. Evans y Gregory aparecen en escena. Tras tomar asiento se unen a la conversación. Cada uno se recuesta de la misma forma que Lubna sobre los sofás individuales, que se acercan a ellos mediante la atracción magnética de la moqueta. Gregory se quita los zapatos.

—Y luego hay quien critica mis modales. Esta gente se lo tiene muy subidito —le dice Blake a Marc en voz baja.

Marc cree que los anfitriones le han escuchado y, por unos instantes, agacha la mirada porque se avergüenza.

—Él sabía que Marta lo engañaba —dice Gregory—. Perdonad mi intromisión, pero mi hijo y yo andábamos ya por el pasillo y se escucha todo. Por cierto, bienvenidos a esta casa. ¿Estáis cómodos?

—Sí, claro. ¿Cómo no? —Blake se recuesta hacia atrás como él—. ¿Y vosotros?

Gregory y Lubna se miran extrañados.

—¿Estás seguro de que Mike sabía que lo estaba engañando? —pregunta Marc para atraer las miradas hacia él.

—Mi mujer no tiene constancia de ello, pero en una ocasión él mismo me lo dijo. Creo que fue el día en que se enteró. Cariño, no quería preocuparte —le dice a su mujer.

—Está bien, no pasa nada —responde ella.

—Necesitaba desahogarse, así que estableció conexión conmigo y me lo contó todo. Estaba destrozado —vuelve la atención hacia los detectives—. La quería tanto que lo permitió hasta el último de sus días.

—Seré directo. ¿Crees que Marta está detrás de su muerte? —pregunta Blake a bocajarro tras recuperar la seriedad y su postura inicial.

—No. Estoy seguro de que no. Conozco bien a mi hermana. Lo quería. Si hubiera tenido que elegir, no tengo dudas de que se habría quedado con él.

—¿Marta tenía celos de Easia? Hemos hablado con la copia de la consciencia de Mike y nos ha confesado cierto episodio del día que compraron a la sexpartner.

—Eso sería ilógico, ¿no? ¿Celos de una sexpartner? —responde Gregory.

De repente, en la mente del detective surge una pregunta que no se había planteado hasta el momento:

—Si tanto cariño le teníais a Mike, sobre todo Lubna, ¿por qué no habéis solicitado el copiado y activación de su consciencia?

—Ante todo tenemos principios. Sería injusto para Marta que lo

tuviéramos aquí, en casa, y tampoco lo íbamos a hacer para regalárselo a ella. Además de que no se lo merece, es a Marta a la que le hubiera tocado decidir si quería traer de vuelta su consciencia —explica Gregory.

—¿Quedaba algo de él en esa copia con la que hablasteis? ¿Qué os dijo? —se interesa Lubna, desconsolada. Sus lágrimas hacen acto de presencia.

—Me temo que no puedo compartir contigo esa información.

—Cariño, tranquila. —Su marido trata de consolarla desde la distancia de sus respectivos sofás—. Nos tienes a Evans y a mí, te cuidaremos y pronto estarás bien.

El hijo agacha la mirada. No le gusta ver a su madre así. Aunque no lo exteriorice, le carcome su sufrimiento.

—¿Qué sucedió entre Marta y vosotros? Ella nos ha contado que sois de esas personas a las que no le gustan los youving, pero a estas alturas de la conversación no me creo que solo sea ese el motivo. Estoy convencido de que hay algo más, y que tuvo que ser gordo para que dejarais Boston y comprarais esta casa. Por cierto, os ha debido costar un pastizal.

—¿Comprar? No, no —Gregory ríe—. Esta casa ya era nuestra. Tenemos residencias en Missouri, Michigan, Framingham, Westford y Rockport.

—Entonces… ¿no hay nada más? ¿Todo esto es por ser una youving? —pregunta Marc.

—Ni mucho menos. Eso es lo que cuenta ella. Os mentiría si os dijera que mi familia y yo estamos a favor de que se consuma la enzima de la juventud. No somos partidarios de que se juegue de esa manera con la naturaleza de la vida humana. Pero no somos antiyouving. La raíz de nuestros problemas con Marta es otra.

—El motivo será otro, pero tras la descripción que has hecho de ti y de tu familia, sí considero que sois antiyouving. Otra cosa es que os comportéis de manera pacífica.

—Ya, pero… llegó un momento en que no nos importó que Marta lo fuera. Lo aceptamos. Lo que sucede es que mi hermana vive obsesionada con el tema desde que sufrió el rechazo de mis padres y el resto de la familia. Con ellos sí que tuvo problemas reales y, desde entonces, no ha dejado de victimizarse.

—Entiendo. —Blake toma notas en su libreta ante la mirada atónita de Evans, que no logra averiguar qué es aquello que el detective tiene entre las manos.

—Como te he explicado, esta vivienda ya era nuestra. —Gregory prosigue. Con sus brazos remarca la amplitud de la gran sala de estar, cuyas luces se acaban de encender dada la falta de iluminación a causa de la puesta de sol—. No nos mudamos aquí por nuestras

desavenencias con Marta, ni para alejarnos de ella por el conflicto que mantenemos, sino para dejarle la casa en la que vive para ella. El apartamento también era nuestro.

—Tendrás que explicarnos todo esto muy bien —solicita el detective contrariado—. Porque ahora mismo soy un mar de dudas. Qué complicada es vuestra vida, ¿no?

—Por supuesto. No tenemos ningún problema en hacerlo. ¿Verdad, cariño? —Gregory busca un gesto de aprobación en Lubna.

Capítulo 23

—Todas las propiedades que tenemos fueron fruto del esfuerzo y trabajo de mis padres —explica Gregory—. Su grupo empresarial generó mucho capital y un amplio patrimonio. El apartamento en el que vive Marta también entra en la lista de bienes e inmuebles que me quedó de ellos.

»Como os he dicho, mis padres y el resto de mi familia sí eran unos verdaderos antiyouving. Se tomaban el asunto en serio. Cuando se enteraron de que Marta había empezado a consumir la enzima r2, el cabreo fue monumental. Pero no pudieron hacer nada, mi hermana ya había elegido su destino. Se sintieron traicionados. Los valores de la familia, los que nos habían inculcado, fueron pisoteados por uno de sus hijos. Ellos lo entendieron así.

»Llegaron años duros. Yo no los presencié, pues ya me había ido a vivir con Lubna. Con el paso del tiempo, todo cayó por su peso, y la relación entre mis padres y mi hermana se fracturó. No me atrevo a afirmar cuál de las dos partes tomó la decisión. Nunca lo he sabido con certeza. De pronto, un día me encontré con la noticia de que mi hermana estaba de patitas en la calle. Lubna y yo hablamos, y la invitamos a venir a vivir con nosotros al apartamento de Savoy Street. Le dimos un nuevo hogar.

»Que mi hermana se hubiera convertido en una youving nunca me afectó tanto como a mis padres o al resto de mi familia, quienes le hicieron un tremendo vacío cuando se enteraron. Me fastidió. Sí, lo reconozco. De algún modo la semilla que sembraron mis padres en mí respecto al tema seguía allí, al igual que sigue estando hoy. Pero no le di demasiada importancia. Me dolía mucho más la situación familiar que se había generado, y que mi hermana quedara sin ningún sitio a donde ir.

»Hasta ese momento, Marta no había encontrado su lugar en la vida. Hacía años que no estudiaba. No trabajaba. Así que no nos quedó más remedio que meterla con nosotros en el apartamento.

—¿Cómo vieron esa jugada tus padres? —pregunta Blake.

—Mis padres no lo aprobaron, pero se trataba de mi casa y mi decisión, y tuvieron que aceptarlo —responde Gregory—. Imagino que habéis estado en el apartamento, ¿no?

—Claro, allí fue donde non encontramos el cuerpo de Mike y el lugar donde hemos conocido a Sonia.

—Si os parece bien, me remonto un poco atrás en el tiempo —matiza Gregory para el fácil entendimiento de los hechos que relata—. En cuanto Lubna y yo formalizamos nuestra relación, nos mudamos al apartamento. Ella venía de una familia mucho más sencilla y no vi oportuno llevarla a vivir conmigo a una de las otras propiedades de mis padres. Podría haberles pedido las llaves de cualquiera. Por suerte, también teníamos el apartamento cerca del centro de Boston, una estancia algo más humilde. Quería que Lubna se encontrara cómoda, prefería ser yo quien bajara unos cuantos peldaños, el que cambiara de vida, pues una de las cosas que conocí de ella durante los primeros años de noviazgo fue que le asustaba el alto estatus de mi familia. Nuestras diferencias económicas le echaban para atrás. Por eso elegí empezar una nueva vida en el centro de Boston. Más tarde, nació Evans. Tiempo después, sucedió lo de Marta y acabó viviendo con nosotros. Durante un tiempo, fuimos cuatro en casa.

»Al año, mis padres murieron. Nos esforzamos en aceptarlo, y lo conseguimos.

—¿Sus consciencias están en *Inmemorian*? —se interesa el detective.

—No. Ellos nunca lo hubieran querido. —Gregory tuerce el semblante—. A partir de entonces, intentamos ser una familia feliz, estar unidos. Eso ayudó a Marta a encontrarse a sí misma. Retomó sus estudios y, cuando se graduó, entró con contrato de prácticas en Maniac Corporation, trabajo que mantiene desde entonces. Pero la estabilidad duró poco. Pronto vinieron tempestades.

»Creo que el hecho de volver a tomar contacto con el mundo, con la gente y la cruel sociedad, fue lo que la hizo cambiar. Como sabéis, dentro de los youving también existen esos grupos radicales que viven victimizados por ellos mismos, haciéndose los débiles, contando patrañas para atacar al resto a la mínima.

—Sí, una lástima. Como si no tuvieran suficiente a veces —coincide Blake.

—Se empeñan en avivar el conflicto —añade Gregory.

—Por suerte son una minoría.

—Marta quedó tan marcada por el desprecio de mis padres y de mi familia, que en cuanto se cruzó con uno de estos grupos, entró de lleno. Le metieron esa ideología en la cabeza, que la terminó de enfrentar con todo aquel que no pensaba como ella. De la noche al día, pareció olvidar todo lo que la había ayudado y también que mi familia y yo habíamos sido su único apoyo, a pesar de su condición de youving. Eso ya no era suficiente para ella, pues nos había encasillado. Por culpa de sus nuevas amistades nos puso la etiqueta de antiyouvings.

»Sus conflictos diarios los traía a casa. Los exponía, y los utilizaba para sacar temas controvertidos. Cada discusión era más acalorada. Empezó incluso a dirigirse a nosotros con agresividad cuando debatíamos con ella para hacerla entrar en razón. Pero no podíamos, y se originó el enfrentamiento entre nosotros. Y, cuando a ojos de ella, nos habíamos convertido en sus enemigos, centró su ira y sus reproches en el tema de la herencia, una cuestión que hasta entonces no le había preocupado. Que yo lo hubiera recibido todo de nuestros padres y ella nada, avivó sus diferencias, alimentó su rabia. Marta se transformó en otra Marta.

»Llegó el momento en que tuve que poner orden. Mi mujer y mi hijo no se merecían pasar por eso, sufrir esos ataques y humillaciones constantes. Cuando me planté ante ella con un ultimátum, decidió romper con nosotros para marcharse. Fue Lubna, otra vez, quien me convenció para hacer algo bueno por ella, para que nos marcháramos nosotros en vez de Marta, y para que pusiéramos el apartamento a su nombre, ya que mis padres la habían dejado desamparada.

»A pesar de ese último detalle que tuvimos con mi hermana, la relación se terminó. Marta siguió con su vida, con su trabajo, con su peculiar cruzada contra los antiyouving, y contra cualquiera que no pensara como ella. Y nosotros seguimos a la nuestra. Aguantamos demasiado.

—Y os vinisteis a vivir aquí —interviene el aprendiz de detective, que sigue la historia con especial atención, casi como si se hubiera convertido en un miembro de la familia Vernard.

—No de forma directa. Aprovechamos para ver otros lugares. Hemos viajado y hemos pasado ya por casi todas nuestras viviendas.

—Al final, el odio que desarrolló contra su familia, en especial contra sus padres por ser rechazada, lo hemos pagado con creces nosotros, quizá por acogerla, o por ser propietarios de nuestras casas, quién sabe —resume Lubna.

Gregory continúa:

—Con el paso del tiempo conoció a Mike y, a pesar de que él no era como ella, se enamoró. Cosas de la vida.

—¿Creéis que pudo matarlo por eso? —pregunta Blake.

—¿Por qué? No entiendo bien a lo que te refieres —dice Gregory.

—Porque no lograra que él se hiciera como ella.

—No, qué va —interviene Lubna—. Su radicalismo terminó hace mucho. Mike consiguió de alguna forma borrarlo de ella. ¿No dicen que el amor amansa a las fieras? Pues eso ocurrió. Además, quizá ya no estaba enamorada de él, pero lo quería mucho. No tienes más que ver lo que está sufriendo por su pérdida.

—Sí, ya. Te sorprendería lo que he visto a lo largo de mi carrera —dice Blake.

—Bonito sombrero. —Gregory se toma un descanso.

—Gracias. Se trata de un borsalino de cuero áspero *in pelle di* conejo fabricado *in la Italia* —le aclara con su pésimo y cutre acento italiano —. Tiene más de veinte años.

—Creo que le vi a mi padre uno igual.

—No lo creo. Sería parecido, pero no un borsalino. —Blake se lo ajusta de nuevo—. Volvamos al tema que nos atañe, que no tengo todo el día. Me surgen un par de dudas al escuchar tu bonita historia.

Gregory cambia el semblante. El detective prosigue:

—Lubna ha contado que Mike consiguió sacarla de ese ambiente radical y cambió de pensamiento. ¿Eso hizo que retomarais algún tipo de contacto?

—No —responde Gregory—. Marta es una persona muy rencorosa, y yo reconozco que también.

—Sí. En eso se parecen mucho. —Lubna da la razón a su esposo.

—Pues no lo entiendo. Me habéis contado que Marta conoció a Mike mucho después de separaros de ella. ¿Cómo coño habéis conocido a Mike? ¿Cómo ha desarrollado tu mujer ese sentimiento hacia él como para que le haya afectado tanto su muerte?

—Perdóname, se me ha olvidado contarte esa parte de la historia. Mike creó una casa virtual en la stay web para intentar volver a unir a Marta con nosotros. Pero le salió mal. Al final solo quedamos él y nosotros. Y fue en esas conexiones donde lo conocimos profundamente y nos contaba cómo le iba a Marta. Desarrollamos un fuerte vínculo con él. Mi mujer pasaba horas y horas con Mike en virtual. Mi hijo y yo, en cambio… —explica mirando a Evans— tenemos costumbre de entrar en virtual para otras cosas.

—¿Para qué cosas? Si se puede saber.

—Veo que no queréis que se os escape nada. No te preocupes, te lo contamos. Somos unos apasionados de las expediciones en las profundidades de la selva. Y para allá que vamos.

—Igual que mi socio. —Blake habla de Marc—. Hasta hace un año se pasaba el día jugando en virtual. Hasta que me conoció y se dejó de tonterías. Lo estoy enseñando a moverse en la vida real.

Las palabras del detective no sientan muy bien en el salón. Ni a Marc, ni a Evans, ni a Gregory, que ponen su pasión en cada expedición. Blake se da cuenta y decide no seguir por ahí…

—Por cierto, Marta nos engañó hace unos días. Se inventó que Mike tenía un hijo —dice Blake.

Marc mira al detective contrariado. Cree que no es buena idea que comparta esa información, y se lo intenta hacer saber con un leve tosido. Pero su compañero ni se percata.

—Bueno, no nos sorprende. Mi hermana es una mentirosa compulsiva.

—Creemos que fue una treta para escaparse, hecho que afianza mis sospechas. La verdad es que ya no sé qué hago aquí hablando con vosotros. Con la información que tengo debería ir a detenerla. —Blake se pone en pie—. Muchas gracias a los tres por atendernos. ¿Puedes hacer lo de antes para bajar? —le pregunta a Lubna haciendo circulitos con su dedo índice hacia abajo.

Marc conoce cada día mejor a su compañero. Sabe que la mayoría de los actos y comentarios durante sus interrogatorios son para provocar ciertas reacciones en la gente, para ponerlos a prueba. Imagina que no es cierto que su compañero esté pensando en detener a Marta. Hasta él, con su corta trayectoria y experiencia, sabe que no existe ninguna razón sólida que la involucre en la muerte de su marido. Solo son indicios. Más bien, especulaciones. Que haya mentido una o más veces no significa nada. Hay gente que miente sin motivo aparente. Tampoco es incriminatorio que mantenga un romance con una compañera de trabajo de la competencia, como matiza Blake. El asunto huele, eso no se puede negar. Incluso la cosa podría ir por ahí, pero realmente no tienen nada. Para Marc solo son palabras vacías, pues recuerda que fue la propia Marta, junto a su marido, la que decidió hace años comprar una sexpartner de Slender Robotics, la competencia de la empresa en la que trabaja. No tendría sentido que ahora se inventara que Easia ha matado a Mike solo para atacarla.

Aunque le interesa sobremanera lo que está pasando por la mente de su compañero, no le pregunta nada. Simplemente camina junto a él hacia la salida. Le sigue el juego.

Se han despedido con buenos modales, incluso han guardado cierta cortesía ante esa gente tan diferente a ellos. No obstante, Lubna no está satisfecha. Preocupada por el último comentario del detective, los persigue hasta la salida defendiendo con insistencia la inocencia de Marta. La pareja de detectives llega al final del largo recibidor que recorrieron hace unos minutos en sentido contrario, hasta abandonar la mansión. Tras el sonido de la puerta cerrándose, la familia Vernard y, sobre todo Lubna, queda sumida en un mar de dudas.

Marc reprime sus ganas de preguntar hasta que se encierran en el Ford.

—No irás en serio con eso de detener a Marta, ¿verdad?

—¿Estás de broma? Claro que no. No creo que tenga nada que ver con la muerte.

—Y eso, ¿por qué? —Marc está confundido. Por mucho que se esfuerza, no logra que su mente funcione al ritmo de la del detective.

—Porque sería demasiado obvio. El típico asesinato para librarse del marido y quedarse con la amante. ¿Con una sexpartner y toda esta

historia de por medio? No lo creo. Y no porque las circunstancias no apunten a ella, pues trabaja en Maniac Corporation, y la noticia podría fulminar a Slender Robotics. Pero… en un caso de esta envergadura, ni de coña.

—Entonces… ¿Crees que Marta no lo hizo? —No le queda del todo claro.

—¿Otra vez? ¿Tú lo crees?

—No lo sé. Podría ser. No lo descartaría.

—No te confundas. Yo nunca descarto a nadie hasta que resuelvo el caso. Solo digo que me sorprendería mucho que ella tuviera algo que ver. Al igual que el caso de los cerebros inservibles tiene el claro objetivo de dañar al DCI, apostaría a que la muerte de Mike en manos de sus sexpartner se trata de un ataque directo a Slender Robotics. No me creo que alguien se haya colado en el sistema de Easia para asesinar a Patterson. Según uno de mis contactos, eso no es posible.

—¿Quién? ¿Ese hacker amigo tuyo del que tan bien hablas siempre? —le interrumpe.

—Sí. Tras hablar con Iceman, entiendo todavía menos lo que pudo ocurrir. El caso se las trae. Es de esos que no te permiten bajar la guardia. Por eso, a pesar de mis deducciones que apartan a Marta, todavía contemplo todas las posibilidades.

Capítulo 24

Sábado, 15 de enero de 2095

Desde que Harry Horn dio la noticia de la muerte de Mike a la prensa junto a los detalles del caso de los cerebros inservibles, pocos son los que miran del mismo modo a sus sexpartner, y muchos los que se han deshecho de ellos. Bajo esa coraza resistente que Blake muestra en todo momento, hay ciertas debilidades que le hacen sentirse perdido entre la oscuridad de esos casos tan peculiares y complicados que han coincidido en el tiempo y que, aunque no quiera reconocerlo, le ahogan. El caso de los cerebros inservibles, junto a la muerte de Patterson, está tambaleando los cimientos de la sociedad, y se culpa por ello. La sensación de miedo e inseguridad sembrada por las muertes que se están produciendo en North End está durando demasiado. Ya tendría que haber frenado a ese grupo de asesinos y despejado la incertidumbre que vive la ciudadanía ante la posibilidad de que un sexpartner haya podido cometer un crimen. Le pesa ver su ciudad patas arriba mientras no obtiene respuestas.

Blake le ha dado la tarde libre a Marc para que no lo moleste. Ha decidido no compartir con él que está a punto de ir en busca del cadáver de Mike. Todavía recuerda su reacción cuando lo llevó a ver el cuerpo de su tía. Aunque en este caso no le une ningún lazo con el difunto, sabe la opinión que tendrá al respecto y no quiere perder el tiempo con explicaciones, ni tratando de convencerlo. Será más un estorbo que una ayuda. En cambio, si todo sale según lo previsto, sí compartirá con él los resultados obtenidos sobre la sustancia que acabó con la vida de Patterson.

Cada vez que queda con Xanna lejos de Creta, vuelve el remordimiento. Por otro lado, quiere avanzar con ella, no está dispuesto a perderla. Cree que ha llegado el momento de poner a prueba sus pensamientos. ¿Está fallando a Creta? ¿Creta puede llegar a sentirse engañada? ¿Cómo interpreta la sexpartner la relación que tiene con Xanna? ¿O tan solo está todo en su cabeza?

Marc abre la puerta y recibe a su amiga con un cálido abrazo.

—¡Qué sorpresa! Estoy deseando descubrir para qué me has citado en tu casa —dice Xanna con tono picarón nada más encontrarse con él.

—Bueno… Simplemente me apetecía que vinieras. ¿Quieres tomar algo?

—Un café estaría bien.

—Dos cafés —demanda Marc a la IA del hogar.

Marc la invita a sentarse en el sofá. Él lo hace muy cerca de ella.

—¿Cómo evoluciona Roy?

—Au. No puede decirse que esté progresando. —Xanna cambia el semblante—. Sigue igual. Ha llegado a un punto en que se ha estancado. Sigue sin pronunciar palabra, no participa en las actividades, no colabora y no quiere salir a tomar el aire. Deberías ir a verlo más a menudo, como al principio.

—No lo siento como antes. Es como si todo lo que hemos vivido bajo el mismo techo haya dejado fracturas irreparables. Además, como sabes, estamos a tope de faena en el departamento.

—Pero, esta tarde, por ejemplo, la tenías libre.

—Sí. Pero prefería pasarla contigo. En ningún momento se me ha pasado por la cabeza quitártela a ti para estar con él.

—Llevas dos semanas sin ir a verlo.

—¿Sabes?… Cuando ingresó en Jarre First, me alegré. Roy tenía una última oportunidad para salvar su vida, me ilusioné incluso. Pero, aunque nuestra relación parecía estrecharse tras cada visita, he descubierto que no lo quiero. Deseo su bienestar, pero el daño que me hizo es irreparable. Llegó un momento en que el motivo de mis visitas solo eras tú.

—Au. No sé qué decir. Son duras tus palabras.

—Es como si la oportunidad que nos concedió el destino no fuera para unirnos como padre e hijo, sino para ofrecernos algo por separado. A él una nueva oportunidad en la vida y, a mí, la ocasión de conocerte.

—Decidas lo que decidas, tienes mi apoyo. Pero deberías ir a verle pronto. Aunque solo sea por él. Lo único que le hace bien son tus visitas. Eres el único con el que habla.

—¿Eso me convierte en mala persona?

—¿El qué?

—El hecho de no sentir ganas de verle, o hablar con él.

—No. Te convierte en alguien que sufrió mucho de niño por su culpa.

A Marc le resulta imposible de olvidar la truculenta historia de su niñez. Sin madre, olvidado y maltratado por su padre, veía cada día cómo la desgracia aumentaba a su alrededor. Golpes, alcohol, hambre, soledad, frío, oscuridad… Palabras que arraigaron en su alma durante

su proceso de crecimiento, que le hicieron madurar y valorar mucho más las pocas cosas que la vida todavía no le había negado, como la compañía de su tía Margaret. La marcha de manera inesperada, años después, de la única persona que le quedaba, de la persona a la que más quiso después de su madre, fue el acontecimiento que terminó de pulir y endurecer la fría personalidad que se fue fraguando en él desde niño. A partir de ese momento, reservó su corazón solo para el recuerdo de su tía. Hace mucho tiempo que su padre ya no dispone de un hueco en él, a pesar de haber abandonado la bebida.

—Tenéis los cafés preparados —informa la IA.

Marc se levanta para recogerlos.

—Iré yo a por los cafés. —Creta aparece en escena para sorpresa de ambos. Marc vuelve a sentarse.

—Últimamente hace cosas muy raras —dice Marc.

—Au. No deberías conferirle funciones para las que no ha sido diseñada, ni tenerla activa todo el día —le recomienda Xanna—. Así solo conseguirás confundirte todavía más.

—Espero despejar mis dudas pronto. Hoy empieza el proceso.

—No te entiendo.

—Creo que el primer paso es que nos vea juntos…

—Pero si ya nos ha visto muchas veces —Xanna le interrumpe.

—Me refiero, que nos vea en un tono más íntimo. Quizá podríamos besarnos delante de ella.

—¿Me lo estás diciendo en serio? ¿Ya te has decidido a besarme?

La sexpartner regresa con las dos tazas.

—Aquí tenéis el café — ¿Necesitáis algo más de mí? —pregunta mientras se contonea para ellos. Capta cierta tensión sexual en las miradas de ambos.

—Ja, ja, ja, ¡Qué cachonda, ni que quisiéramos un trío! Mi Poe no es tan juguetón —bromea Xanna.

—No, Creta. Gracias. Pero quédate con nosotros en el salón —Marc vuelve a dirigirse a Xanna—. No me he explicado bien. No es para que ella nos vea, simplemente. Reconozco que el problema está en mí. Quiero convencerme de que nuestros acercamientos no provocan en ella ninguna extraña reacción. De ese modo, me olvidaré de la idea de que la estoy engañando contigo y podrem… —Se hace el silencio.

—¿Y podremos…? ¿Algo más además de besarnos?

Marc no sabe cómo reaccionar ni hacia dónde mirar.

—Estás loco. Pero me gusta. Acabaremos montándonoslo delante de ella. ¡Y ya verás si despejas tus dudas, ya! —Xanna ríe al mismo tiempo que se abraza a él.

—No me refería a eso exactamente. —Marc también ríe mientras mira de reojo a Creta para testar si el abrazo provoca alguna reacción en ella. Pero no aprecia el más pequeño cambio. Creta sigue

mostrando un semblante alegre.

Lleva rato mirándola. No sabe cuánto. Ha perdido la noción del tiempo. Suele ocurrirle cuando la tiene tan cerca. Xanna deja la taza sobre la mesa y lo mira del mismo modo. Se acerca un poco más a Marc. Él, por su parte, está preparado. Siente una ligera excitación. Le tiembla todo, pero sabe que ha caído preso y que en esta ocasión no podrá apartar sus labios. Para eso la ha traído. Además, lo espera con ansia, lo necesita. La presencia de su sexpartner también le pone nervioso. Se aproxima lentamente hacia ella. Alarga ese momento único previo al primer beso. Pero antes de dejarse llevar, cae en la tentación y mira de reojo por última vez a Creta.

—Olvídate ya de ella. —Xanna le gira la cabeza para que siga mirándola.

Lo conoce muy bien. Sigue teniendo dudas. Casi puede leer su mente. Marc se frena.

—¡Joder, Marc! Bésame de una vez —le exige—. Verás cómo no ocurre nada con Creta.

Pero Marc sigue sin reaccionar. Incluso algo se ha enfriado en su mirada. Xanna se cansa y decide poner en riesgo el destino con el que tantas veces ha soñado desde que lo conoce. Si con ello no reacciona, está dispuesta a cumplir sus palabras:

—Si quieres estar conmigo, bésame. Si no, me marcharé por esa puerta. Estoy harta de esperar. —Tiene claro que es el momento clave para intentar librarlo de esa losa pesada que hay en su mente y que lo paraliza para estar con ella.

El miedo se apodera de Marc. En su interior surge una quemazón que le duele y, en su corazón, alguien parece estar clavando una aguja con fuerza. No se imagina el día de mañana sin ella si se materializan esas palabras envenenadas.

Se arriesga. Marc traduce todo ese dolor, todo ese miedo en pasión y se abalanza sobre ella como nunca antes. Incluso Xanna se sorprende al mismo tiempo que saborea el beso. Lo deseaba tanto que lo había imaginado de todas las maneras posibles menos de esa tan extraña y repentina. Pero le excita de igual modo o más. Los brazos de Marc la envuelven y se deja llevar. Ella también se aferra con fuerza a él. Ahora que se ha cumplido lo que más deseaba, no está dispuesta a soltarle.

Marc prueba por primera vez el sabor de la saliva humana. Es diferente a la de su sexpartner, pero le gusta. Recorre con las manos todo su cuerpo. La tumba en el sofá y se centra en su cuello mientras se quita los pantalones y se introduce en ella. Xanna suelta un gemido de dolor y Marc intenta ser más cuidadoso que con Creta. A pesar de que ha practicado sexo infinidad de veces, se siente inseguro,

inexperto. Con ella es muy distinto.

Tras quitarse la ropa, Xanna se pone encima y se hace con el dominio de la situación. Se encaja perfectamente sobre sus caderas. Sus movimientos son los de una criatura salvaje e ingobernable. Sus formas tampoco son las más cuidadosas, pues no conoce otras. Sube y baja frenéticamente, fuera de sí, mientras Marc, que disfruta de la escena, se agarra a sus pechos y, tras acariciarlos con sutileza, se contagia del desenfreno de su amante.

Sin que Xanna se percate, Marc dedica una larga mirada a Creta, que sigue sentada donde estaba. «¿Los encuentros sexuales con personas son más satisfactorios, o su mayor disfrute se debe a que la sexpartner le observa con atención mientras él disfruta?» De repente surge esa incógnita en su cabeza. De algún modo, Creta parece corresponderle desde su posición. Al menos así lo interpreta. Entre el intercambio de besos y mordiscos que ha iniciado Xanna, Marc sigue interesado en el semblante de la sexpartner, que ya no es el mismo que el de hace unos minutos. A pesar de que Creta también parece estar pasándoselo bien, mantiene la posición. Entiende que ninguno de ellos precisa de sus funciones. Comprende lo que debe de hacer. No obstante, en un momento dado se muerde el labio para Marc. Sabe que le gusta.

Capítulo 25

Para resolver un crimen, no hay nada más efectivo que hablar con las propias víctimas tras su muerte. Las novedosas y productivas herramientas que le proporciona el nuevo departamento de criminalística de *Inmemorian* han provocado que Blake disminuya el uso de ciertos elementos especiales, que la ley no contempla y que antes usaba de manera cotidiana. Por eso visita mucho menos el Brenda Pink Cabaret, donde podía conseguir esas ayudas extraoficiales que le suministraba su amiga Soda, al igual que recurre menos a sus demás contactos que tiene distribuidos por la ciudad. Los métodos de los que dispone han cambiado desde que ya no forma parte del cuerpo de policía, y cada vez precisa menos de las sustancias que compra Soda en el mercado negro. Entre los más populares: analgésicos instantáneos, jarabe del sueño, inyecciones paralizantes o los frasquitos azules que tanto le gustan a Blake, esos que eliminan la embriaguez con rapidez, y que utilizó con Roy en la investigación del caso de Margaret. No obstante, procura no abandonar del todo a su buena amiga y visita el local de copas al menos una vez al mes.

Blake pilota el Ford Saturn. Sale del límite de North End por la avenida que transcurre paralela al río Charles. Pasa por la gran extensión de agua sobre el puente de Massachusetts Avenue. Todo tipo de vehículos imán colapsan la vía magnética por la que circula. Varios metros sobre él, el tráfico aéreo también es abundante. Tras los días helados, ha vuelto la estresante y frenética actividad de los ciudadanos, que se mueven rápido de aquí para allá.

Las luces de neón del local de Brenda Pink Cabaret llaman su atención cuando llega al cruce de Sydney Street. Un rosa fucsia intenso tiñe los alrededores. Aminora la marcha y activa las hélices para sacar el vehículo de la vía magnética. Blake eleva el Ford hasta pasar sobre el cartel luminoso, y aterriza en el amplio recibidor aéreo para clientes. Como en la mayoría de ocasiones, lo encuentra vacío.

Un corto pasillo decorado con cientos de minirrelojes que penden de finas cadenas doradas, en el que también hay un reloj de época victoriana con su mecanismo de ruedas dentadas al descubierto, lo conecta con el amplio y silencioso salón.

—¡Ron Blake! ¡Qué afortunados son mis ojos! Ya te echaba de

menos.

—Hola, Brenda. —Blake camina hacia la barra y toma asiento en uno de los taburetes.

—¿Te pongo lo de siempre?

—¡Qué remedio!

Entre las manos de Brenda aparece al instante un llamativo cóctel bicolor con una oliva flotando.

—Aquí tienes.

A pesar de que ha visto a la camarera virtual cientos de veces, le siguen impresionando los detalles de su vestimenta.

La mayor parte de su vestido rosa queda oculto bajo la infinidad de elementos que componen su atuendo. De él solo puede verse la corta falda estilo tutú, con volantes de encaje que apenas tapan sus muslos. Dos cinturones con adornos dorados marcan su delgada cintura sobre un corsé bien apretado de color marrón, de los que penden más de diez finas cadenas doradas con minirrelojes, como los de la entrada. Lleva unos guantes de color rosa y un brazalete de oro en su brazo derecho. Un sombrero de copa alta y ala estrecha de color rosa, en el que se aprecian ruedas dentadas y engranajes bordados con hilo dorado, y unas gafas de aviadora de grandes cristales acopladas en él completan la parte superior de su atuendo. Bajo los brillantes bucles de pelo rosáceo, asoman varias plumas del mismo color. El pálido maquillaje de su cara, en contraste con sus labios, le aporta al holograma de la encargada de atender el local, el exotismo necesario para que cualquier cliente que se siente frente a ella quede embelesado con su belleza.

El bar guarda el mismo estilo que ella, inspirado en la época victoriana, con diversos añadidos estrafalarios que desconciertan a cualquiera. Incluso la madera del suelo, y el sonido producido al pisarla, es producto de la intensa recreación holográfica que decora el bar de extremo a extremo. El objetivo de todo el sistema es proyectar un ambiente de una época pasada. Algo que cautivó a Blake desde el primer día que entró y le hizo sentir como en casa.

La magia del lugar fue el primer motivo de sus visitas. El segundo, la gran amistad que forjó con Soda, la persona que realmente regenta y se encarga del funcionamiento del negocio.

—He escuchado que andas muy ocupado.

—Y no te equivocas. Soda, ¿puedes salir? Hoy he venido porque necesito hablar contigo. —Blake mira a la camarera virtual a los ojos.

Tras la petición del detective, Brenda queda inanimada. Surgen unos ruidos tras la pared de detrás de la barra. Medio minuto más tarde, la única puerta que hay detrás de la camarera se abre y Soda sale al encuentro de Blake.

—¡Ron Blake! ¡Dame un abrazo, campeón!

A Soda le cuesta gran esfuerzo mover su pesado cuerpo. La madera cruje con cada uno de sus pasos. Cuando llega hasta el detective, lo envuelve con sus voluminosos brazos.

—¡Pero bueno, Soda, has adelgazado! —miente. Percibe que ha ocurrido todo lo contrario.

—Joder, Blake. Siempre me dices lo mismo. Te tengo dicho que así no ligarás. A las chicas no se nos habla del peso. Además, si de verdad crees eso, me parece que vas a tener que ir a que te miren la vista. —Soda se apoya sobre la barra próxima al detective. Sus piernas se cansan pronto.

Blake se ríe.

—¿Qué te ocurre? Te noto cansado.

—Trabajo en dos casos de gran importancia, y complejos, bastante complejos.

—Y por eso has venido a verme. Porque necesitas algo que yo tengo.

—Bueno… En parte sí.

—Y por lo que veo, estás agobiado. Me encanta que hayas pensado en venir aquí para desahogarte con una amiga.

—No es eso. Es que vamos demasiado atrasados en las investigaciones y tengo que recurrir a métodos poco ortodoxos.

—No sabía que ya se consideraban ortodoxas las nuevas prácticas que lleváis a cabo en *Inmemorian* —bromea Soda.

—Sabes muy bien a lo que me refiero.

—Oye, ya hacía tiempo que no venías aquí para llevarte algunas de mis cositas. ¿Qué necesitas, guapo?

—Verás… En realidad no es nada que me haya llevado antes. Voy a profanar un cuerpo que fue enterrado hace unos días en el cementerio de Joe Moakley. Necesitaría unas cuantas herramientas para facilitarme la tarea y hacer el trabajo lo más limpio posible. Yo no dispongo de herramientas y sé que guardas de todo en el almacén. Había pensado que quizá tendrías lo que me hace falta.

—Joder, Blake. Harás que te encierren otra vez.

—Esta vez es diferente, lo tengo todo estudiado. Lo haremos de noche.

—¿Y para qué demonios quieres sacar a ese muerto?

—Se podría decir que el forense encargado de la autopsia no profundizó demasiado en el examen y tengo que comprobar algo.

—Estás loco. Al menos lleva cuidado.

—Por cierto, Marc no sabe nada. Así que no hables con él de esto.

—¿Vas a ir solo?

—No. Pero no será él quien me acompañe.

—¿Cuándo vas a hacerlo?

—Si nada me lo impide, esta noche.

—¿Y dónde te has dejado a Marc? No es muy común verte sin él.

—Le he dado la tarde libre para poder venir a verte. Estará recreándose con su amiga Chana.

—¿Ahora llamas «recrearse» a follar? —Soda ríe.

—Ja, ja, ja. Me parece que no es ese el caso. Anda un poco verde en ese tema. Está tan obsesionado con su sexpartner que… Ya te contaré.

—Sí. Tendrás que contarme bien eso. Pobre hombre.

—La cuestión es que no está preparado para acompañarme a sacar el cuerpo, y pondría mil pegas.

—Ese hombre tiene el cielo ganado contigo. Vamos a ver qué tengo y qué puede servirte. Acompáñame, guapo.

El detective camina junto a Soda por detrás de la barra hasta el pequeño cuarto de control desde donde su amiga supervisa a Brenda y todo lo que ocurre en el bar. Después, recorren el pequeño cuartucho hasta otra puerta. Aunque no se lo dice, Blake se compadece de ella. Cada vez le cuesta más moverse. Antes de salir al patio trasero que Soda usa como almacén, pone en marcha el holograma de la camarera para que el Brenda Pink Cabaret recobre la actividad. Algún cliente extraviado puede entrar en el momento menos esperado.

El almacén no es muy grande, pero en él guarda objetos de lo más variopintos: entre un cargamento considerable de sustancias ilegales y productos de extraña apariencia, Soda tiene herramientas, multitud de cajas cerradas, máscaras antiguas de diferente índole, disfraces, objetos anticuados, artículos decorativos, fotografías en blanco y negro de gente desconocida de hace dos siglos, una bicicleta gravitatoria y trastos, muchos trastos. Todo bajo una capa de polvo que hace difícil el reconocimiento de los distintos elementos. Soda y Blake pasan allí unos minutos. Hablan sobre el plan que el detective ha ideado para colarse bajo las lonas que cubren las extensas fosas comunes, y eligen diferentes utensilios para llevarlo a cabo.

Capítulo 26

El detective ha acabado convenciendo una vez más a su amigo Scott para llevar a cabo un examen extraoficial a un cadáver. Algo que se está convirtiendo en un clásico entre ellos. Blake y el forense tienen todo preparado para su incursión nocturna en el cementerio. Ante la imposibilidad de trasladar el cuerpo a alguna de las salas de autopsias de *Inmemorian* por causas obvias, pues sería imposible hacerlo sin ser vistos, se han provisto de todo lo necesario para buscar en el cuerpo de Mike posibles residuos de la fatal combinación de dragotina y paraquat, con el fin de poder determinar o descartar que esa mezcla le dio muerte. Lo llevan todo en una bolsa de viaje negra. Blake la deja caer desde lo alto del muro. Ahora les toca a ellos. El detective se descuelga para que el salto sea menor. Cae al lado de un poyete. El médico forense lo sigue. Ya no hay marcha atrás. El contacto con el terreno les anuncia que ya están fuera de la ley. Y el forense se arrepiente. El ambiente, la manera de hacerlo, le suscita malas vibraciones. Entre ambos, cada uno de un asa, cargan con la voluminosa bolsa.

Lejos en el tiempo han quedado los camposantos en los que se daba descanso a los difuntos en nichos, bajo lápidas, estatuas religiosas de crudos aspectos o cruces. Solo un centenar de esos cementerios todavía se conservan en todo el mundo como museos que recuerdan el antiguo miedo a morir, la desesperanza que había instaurada en la sociedad antes de la puesta en marcha de *Inmemorian*. A diferencia de los cementerios de otra época, la necrocampa carece de cualquier tipo de símbolos. Atrás han quedado las esperanzas celestiales o terrenales que hablaban de una segunda oportunidad para los justos y la necesidad de proteger o venerar un lugar donde solo hay muertos. En la actualidad ya no importa si has sido buena persona, bondadoso, honesto, asesino o pecador. Si alguien no se ha podido permitir el gasto para preservar una grabación de su consciencia, acabará enterrado en una fosa común entre miles de cadáveres.

La noche es fría y oscura en el campo de los grandes olvidados. Un lugar que se ha aliado con las sombras de la noche para generar todavía más inquietud a los osados visitantes que están a punto de colarse a una hora que no toca en la urbe de los menos afortunados,

donde han terminado sepultados en masa miles y miles de cuerpos a consecuencia de la superpoblación, y con ellos los temores de más de diez generaciones. El lugar no está pensado para pasear ni de noche ni de día.

Los intrusos visten de negro y ocultan sus rostros con pasamontañas. Mimetizados con su entorno, caminan todo lo rápido que pueden hacia la fosa común número setenta y tres.

Scott no da crédito al aspecto de su amigo. Sabe que quizá no vuelva a verlo así en la vida, sin su característico atuendo. Es consciente también de que a su compañero le hace sentir vulnerable el hecho de estar tan lejos de su borsalino y su chaquetón. Se le ve inseguro, nervioso, especialmente irascible, torpe… No llevan ni cien metros recorridos y ya ha tropezado en tres ocasiones, en las que Scott casi cae también por estar unido a él mediante la bolsa que transportan. El médico forense se contagia de la inseguridad que proyecta el detective. Pero no había otra forma de hacerlo. Había que enfundarse bajo esa ropa oscura para evitar ser descubiertos, o reconocidos en el caso de ser vistos por alguien.

—Vamos, por allí —indica Scott. Hace mucho tiempo que no acude al cementerio, pero reconoce la zona entre la penumbra.

Dos elementos se suman al ambiente mórbido en el que acostumbra trabajar. Huele a polvo y a tierra removida, lo que, combinado con el fuerte hedor que les llega, lo colocan en una situación fuera de lo que acostumbra.

Avanzan hacia la zona de árboles. Las irregularidades del terreno a causa de las intensas precipitaciones de los últimos días dificultan el avance. Que no haya un punto de luz artificial también complica las cosas.

Gracias a una débil bruma y a un grupo de pequeñas nubes que no anuncian precipitación alguna, que tiñen de rojo pequeños fragmentos de cielo, pueden ver las lonas que protegen las dos únicas fosas comunes que permanecen en proceso de llenado. Una tonalidad que recorta las siluetas de los árboles lejanos, junto al muro que delimita el final del cementerio y que separa la vida de la muerte. Un color que confiere cierto aspecto tétrico a todo lo que los rodea.

Las fosas no se cubren con tierra hasta que se completan. Mientras tanto, son cubiertas con tres lonas hechas de un material especial que evitan que ciertos gases nocivos producto de la putrefacción humana se liberen al exterior. Muchos cadáveres juntos y en proceso de descomposición producen metano y sulfuro de hidrógeno en cantidades incalculables. El gran número de edificios pulmón alrededor de la necrocampa, purifica el aire para evitar que pueda ser perjudicial para la salud de las personas que viven más próximas.

Tanto en las fosas que permanecen abiertas y en fase de llenado,

como en las que están completas y tapadas con tierra, la estructura que se sigue para dar sepultura a los muertos es la misma: capa de cuerpos, lona, medio metro de tierra, capa de cadáveres, lona, medio metro de tierra… Hasta que no se completa un nivel entero con cuerpos, no se echa sobre ellos la capa de tierra. Y así sucesivamente hasta completar los más de veinte metros de profundidad que puede tener una fosa. Un sistema mecanizado hace que las lonas protectoras, se extiendan o retraigan de manera automática para permitir el volcado de nuevos cuerpos.

Con la luz del día pueden reconocerse fácilmente las fosas comunes que ya se han completado. Grandes rectángulos, bien definidos por el contraste del color de la tierra que se ha utilizado para taparlas, anuncian sus ubicaciones. Si se pisa sobre ellas se puede comprobar una menor dureza del terreno.

No es un lugar para visitas. No existe esa costumbre. No obstante, cada fosa cerrada tiene una placa de raceno en una de sus esquinas con la que se puede conectar vía forearmphone para consultar los nombres de las personas que fueron enterradas allí. A pesar de las más de setenta fosas completas que hay en la necrocampa, todavía queda más de la mitad del terreno para ser utilizado.

—A partir de aquí iremos con las máscaras antigás. Estamos demasiado cerca —recomienda Scott.

Se encuentran ante la fosa común número setenta y tres, la única que permanece en proceso de llenado. Cerca hay un pequeño almacén y, al lado, un camión bañera. Por suerte se encuentra casi completa, solo falta rellenar los dos últimos niveles más cercanos a la superficie. Eso les facilita la tarea, solo tendrán que dar un pequeño salto. El plan ideado por el detective es sencillo en la teoría. Agujerear, una a una, las tres lonas protectoras hasta colarse junto a los cadáveres. Después, moverse bajo ellas por la cámara de aire resultante en busca del cuerpo de Mike Patterson.

—Vamos, hay que actuar rápido —insta el detective.

—Una, dos, y tres —cuentan al unísono desde el borde de la fosa para soltar al mismo tiempo las asas de la bolsa. Al caer, rebota varias veces contra la lona.

No tardan en reunirse otra vez con ella. La lona superior por la que pisan se bambolea de forma intensa a consecuencia del aterrizaje de ambos.

—¿Dónde agujereamos? —pregunta Scott mientras se esfuerza por mantener el equilibrio. La lona se mueve con la meno de las acciones. Parece que caminan sobre una gigantesca cama elástica.

—Por aquí, cerca de la pared, para que parezca un acto de vandalismo.

Es bastante común que se cuelen chavales a la necrocampa para

introducirse en las fosas comunes incompletas, tal y como están haciendo ellos, sin ser conscientes de los grandes riesgos que corren. Blake tiene pensado simular una de estas acciones llevadas a cabo por gamberros. También es algo habitual que los adolescentes más revolucionarios, que están en contra del copiado de consciencia, roben cuerpos para echarlos en la puerta de *Inmemorian* en forma de protesta. No obstante, Blake no pretende mover el cuerpo de allí. No pueden arriesgarse a hacer desaparecer el cadáver de Mike al estar relacionado con la famosa muerte que tiene en vela a toda la ciudad. Están preparados para realizar las pruebas in situ y, si es necesario, en el espacio que queda bajo las tres lonas.

—Aquí mismo.

Se arrodillan junto a la bolsa. La abren y Blake extrae una máquina que el forense reconoce. Una radial como la que él utiliza para abrir los cráneos que examina.

—¿De dónde la has sacado?

—Uno tiene sus contactos. Venga, aparta. —El detective empuja a Scott con toda la intención de que pierda el equilibrio y que caiga de espaldas sobre la lona, que parece adquirir vida propia cada vez que se produce el menor de los movimientos—. No me gustaría que te desmayaras con los gases —dice riendo.

—¿Crees que este es un buen lugar para tus bromas?

—Pero no te muevas, que así no puedo.

Scott se limita a observar mientras el detective procede.

—¿Pero qué haces?

—Scotty, hay que recrearse para que parezca cosa de vándalos. ¿No querrás que haga un agujero perfecto?

—Pero así no se agarra. Te vas a cortar.

—Tú sí que te vas a cortar.

Blake termina de abrir hueco en la primera capa, pero sigue creando desperfectos en la lona de manera desordenada ante la impaciente mirada del forense. Con la segunda y la tercera lona se limita a hacer el agujero que le permite entrar.

—¿Ya? —pregunta Scott tras casi diez minutos de espera.

—Ya está. Entraré yo primero a echar un vistazo. Espera aquí.

Blake se cuela por el agujero que ha abierto. A poco más de metro y medio bajo las lonas, pisa sobre la tierra húmeda. Enciende la luz que se ha colocado en la frente. Ni rastro de cuerpos en esa zona por la que ha entrado. Las filas de cadáveres todavía no llegan hasta allí. De rodillas, avanza unos metros hasta que divisa al fondo unos bultos. Más allá, comienzan las hileras de difuntos. Retrocede y vuelve al punto de entrada. Scott le ayuda a volver a la superficie.

—¿Qué has visto?

—Tenemos que perforar allí —señala hacia la zona donde los ha

visto.

El forense se desespera al comprender que Blake tiene que repetir la ejecución varias decenas de metros más allá.

Caminan hacia el lugar y repiten la operación. En esta ocasión, cuando Blake termina, ambos se cuelan bajo las tres capas de lona en busca de Mike. El detective carga con la bolsa varios metros por delante de su compañero. A Scott le cuesta seguirle el ritmo. Se le hunden las rodillas, le duelen. El polvo en suspensión que se ha removido le dificulta la visión. A pesar de estar acostumbrado a trabajar a diario rodeado de cadáveres, nunca se ha visto entre tantos, enterrado con ellos. Capta la agonía por la que deben estar pasando cada una de las almas de toda esa gente. Se siente atrapado, más cerca de ese mundo que del que proviene. El hecho de ser consciente de que cualquier movimiento o daño que sufra su máscara le expondrá a la toxicidad concentrada en ese espacio, agrava su sensación de agobio. Por segunda vez desde que ha saltado el muro del cementerio, se arrepiente de haber cedido ante el chantaje emocional e insistencia de su amigo.

La pareja de intrusos avanza por el estrecho paso resultante entre dos de las filas de sepultados. A un lado, todo son rostros inanimados y consumidos por la tragedia. En alguno de ellos pueden apreciarse los signos del sufrimiento que experimentaron en sus últimos instantes de vida. Al otro lado, todo son extremidades inferiores. La escena resulta escalofriante incluso para Blake, que una vez metido de lleno en el asunto, quiere marcharse cuanto antes de allí.

—Esto es imposible, no se ve nada. ¿Cómo pretendes encontrarle? —Scott solo intuye las filas de cadáveres colocados de manera ordenada y uniforme a izquierda y derecha.

—Vamos, socio. No te quedes atrás, que puedes perderte.

—Necesito respirar.

Blake es consciente del agobio que experimenta su compañero.

—Nada te lo impide, para eso llevas la máscara. Imagina que estás en otro sitio.

—¡En serio, Blake, necesito salir! —dice perdiendo los nervios y empujando sin sentido la lona que hay sobre su cabeza.

El detective sabe que Scott está al límite y decide darle un respiro. Pisotea varios cuerpos para llegar hasta él y aparta otros de su camino. A su paso, una cabeza se desprende de uno de ellos.

—Tranquilo, voy a abrir un hueco aquí para que puedas respirar.

Un par de minutos después, Scott puede ponerse totalmente de pie y asomar los brazos y la cabeza. El médico forense se rinde.

—Puedes esperar aquí. Al menos estarás vigilando. Te aviso cuando lo encuentre.

La última acción llevada a cabo con la radial ha removido grandes

cantidades de polvo. A duras penas se ve algo. El detective espera a que el ambiente a su alrededor se asiente para poder seguir con la búsqueda. Dos minutos. Cinco. Se desespera. Transcurridos diez minutos, todo su alrededor empieza a ser visible. A partir de ahí, Blake pasa casi media hora buscando, moviendo y volteando fiambres, pagando su frustración con otros. Nada. No encuentra a Mike.

Scott decide hacer una nueva incursión en busca del detective. Se ha alejado demasiado y hace tiempo que no lo escucha. Piensa que le ha podido ocurrir algo. Con suerte, habrá dado con Mike Patterson y, si es así, le toca a él realizar la faena por la que ha acudido al lugar. Es consciente de que no podrá realizar un examen como a él le gustaría: el sitio no reúne las condiciones necesarias ni de lejos, pero se conformaría con poder recoger algunas muestras de líquidos del interior de la boca mediante hisopos, hurgando por las paredes bucales, dientes y lengua, y hacerlo pronto para marcharse de allí cuanto antes.

A pesar de su extensa trayectoria, y de haber realizado en más de una ocasión actuaciones de lo más variopintas y estrambóticas a petición del detective, se encuentra ante el trabajo más extraño y especial de todos los que ha realizado. Cuando Blake se lo propuso, no pensó que le resultaría tan duro e incómodo moverse por allí, pues solo se trataba de muchos muertos juntos, algo a lo que estaba acostumbrado. Pero ahora, reconoce para sus adentros que estaba equivocado, que la situación le ha superado.

Blake regresa con Scott.

—Aquí no está.

—¿Cómo?

—Que no lo encuentro. Y mira la que he liado.

El desorden de cuerpos detrás de él es monumental.

—Quizá no haya pasado a la fosa todavía y siga en el camión bañera que había fuera —especula Scott.

—¿Después de cinco días? Ni de coña. Está aquí, seguro. Lo que pasa es que hay muchos fiambres.

—No perdemos nada mirando en el camión —insiste el forense—. Ya que estamos aquí…

A Blake no le convence mucho, pues intuye que Mike está más cerca de ellos de lo que creen. Incluso no descarta que todas esas personas muertas hayan sido depositadas después del cuerpo de Patterson y este permanezca enterrado en el nivel inferior, ya completado e inaccesible de ninguna de las maneras.

No es fácil volver a rajar las tres capas de lona desde bajo. El detective lo ha comprobado al hacer el corte para que su amigo pudiera respirar. Por eso, opta por deshacer el camino hacia el agujero por el que han entrado. Minutos más tarde, pisan tierra firme

dirección al camión bañera, para comprobar la posibilidad que plantea Scott. No les queda otra antes de abandonar y aceptar el fracaso.

Las vestimentas de ambos son de todos los colores menos negras. El polvo, la tierra, la putrefacta carne de algunos de los cadáveres mezclada con los fluidos corporales derivados de la descomposición, la sangre y el barro hacen que vayan embadurnados. De ahí, que decidan dejarse puestas las máscaras antigás.

Llegan al camión. Blake trepa por una de las ruedas traseras de gran tamaño, después por la estructura del chasis, y por la pared contenedora para colarse en la bañera. Pisa en blando.

—Tendrás que subir aquí para ayudarme a apartar cuerpos —le indica desde arriba. Scott no puede verlo, pero sí escucharle.

El forense escala por el mismo lugar por el que lo ha hecho el detective y, entre ambos, comienzan a lanzar fuera uno a uno los cadáveres para descubrir los que están sepultados más abajo.

—Mañana alguien tendrá faena extra aquí —dice Scott—. Y esto no pasa por obra de gamberros, sino por la de unos descerebrados.

Cuando tan solo queda una decena, desisten. Se ve claro que ninguno de ellos es Patterson. Pierden toda la esperanza de hallarlo. Y llega la frustración. Una frustración que, siendo realistas, era inevitable, pues dar con el cuerpo del hombre que buscaban allí abajo, entre tantos y tantos muertos y en esas circunstancias, más que una probabilidad era una utopía. Solo a Ron Blake se le puede ocurrir algo tan descabellado. Él mismo lo reconoce. Una vez más comprueba que no siempre gana ni logra su cometido aplicando uno de sus delirantes planes de actuación.

—Tendré que recurrir al informe de mi compañero Runciter como última opción, a ver qué puedo ver en él —dice Scott camino del muro.

—¿Puedes hacer eso? —pregunta Blake.

—Puestos a saltarnos todos los protocolos… Otra infracción más…

—¿No puedes pedírselos sin más?

—Veré qué puedo hacer.

—No sabes lo que te quiero, Scotty. Y perdona por lo que te he hecho pasar hoy.

—¡Eh! No me toques, que vas hecho un guarro.

—Ah, tú no. Tú vas muy elegante. —Blake ríe.

—Y no te hagas ilusiones. Que solo he dicho que veré qué puedo hacer. No des nada por hecho. Sabes… Yo también necesito despejar respuestas después de todo esto. Me parece que ya es algo personal. Si puedo, accederé a los exámenes que realizó el sobrino de Dantakis en busca de la presencia de las sustancias que buscamos.

Capítulo 27

Domingo, 16 de enero de 2095

Una bruma de brillos de neón se cierne sobre los rótulos publicitarios, los hologramas virtuales y las estelas azules que desprenden los vehículos que van en el mismo sentido de la marcha. El aspecto de las calles ha cambiado mucho desde que se ha disuelto el temporal. Las sendas para peatones vuelven a estar vivas de gente que realiza compras de aquí para allá, muchos de ellos ayudados por robots de servicio de diferente índole. Niños y padres, cápsulas de flying home a baja altura repartiendo a domicilio, gente relacionada con diversos negocios de la calle y gamberros que perpetran sus fechorías a escondidas han devuelto la vida a la urbe. Marc es capaz de ver todo eso a través de la ventanilla del Ford mientras se dirigen a la escena de un nuevo crimen relacionado con el caso de los cerebros inservibles. Ahora contempla la ciudad de otra manera, sobre todo cuando transita por esos bajos fondos que conoce desde hace poco tiempo, y que con tanta fuerza se han instaurado en su cotidianidad.

El detective permanece a su lado, en el asiento en forma de media luna, pero su mente está muy lejos de allí. Aunque todavía no ha compartido la información con su compañero, sabe que se encuentra cerca de encontrar respuestas. Está estrechando el cerco, como él dice. A pesar de que se adentra en cada una de las investigaciones que se le asignan sin rumbo preestablecido, guiándose únicamente por sus dudosas elucubraciones, él mismo es consciente de ello, sabe que al final siempre consigue ir en la dirección correcta. En esta ocasión avanza de forma lenta, mucho más despacio de lo que le gustaría, pero progresa, que es lo que importa. Cada una de sus acciones, de sus comportamientos, tenían un motivo. No da puntada sin hilo. No existen los pasos en falso en la forma que emplea para conseguir información.

Solo una mente privilegiada como la suya puede entender y saborear el proceso de la investigación que está llevando a cabo. Por eso, no puede compartir todo lo que pasa por su cabeza con Marc. Su compañero gana cualidades día tras día en su compañía, y se ha

convertido en pieza indispensable en su equipo, pero todavía está a años luz de él. No entendería la mayoría de las conclusiones a las que llega, al igual que no comparte muchas de las cosas que realiza durante sus interrogatorios. Solo hay que ver la cara que muestra en ciertas ocasiones. No está a su altura. No obstante, pretende seguir instruyéndolo en el oficio, pues ha visto cualidades en él.

Blake piensa que todas las capacidades del investigador son mejorables y que con un buen entrenamiento se puede depurar al máximo la aptitud de cualquiera que posea ciertas capacidades, que por suerte, su compañero tiene. En ocasiones le habla sobre inteligencia intuitiva, esa misma habilidad que ayer lo llevó a intuir que no debía seguir buscando ciertos factores que relacionen a las víctimas del caso de los cerebros inservibles entre sí, sino otro factor que conecte las muertes.

A pesar de que los escenarios vistos hasta el momento han sido preparados al detalle para contar una historia diferente a la que podrían contar las víctimas si se hubiera podido realizar el copiado de sus cerebros, Blake sabe que, si vuelca todo su esfuerzo y experiencia, puede leer partes reales de la historia. Por ejemplo, cada una de las acciones que llevaron a cabo los responsables, para colocar los cuerpos y los elementos encontrados en las escenas de los crímenes.

Que se trate de profesionales no significa que no hayan cometido fallos. En el último asesinato, por alguna razón, el cadáver perdió su frescura. Para cuando ellos llegaron ya había pasado demasiado tiempo. Algo que los artífices del macabro juego contra ellos cuidaron en las anteriores muertes. De alguna manera se preocuparon en que llegaran sin demora a los diferentes lugares que habían preparado.

El aprendiz de detective vuelve su atención al interior del habitáculo.

—He pensado mucho en todo esto.

—¿En el caso? —pregunta Blake intuyendo que su compañero piensa en lo mismo que él.

—Tenemos claro que buscamos a un grupo de individuos que está en contra de las funciones del DCI. He estado investigando en la stay web y he visitado espacios de multitudes que están en contra de *Inmemorian* desde sus inicios, para ver si había algo destacable.

—Y no has encontrado nada —adivina el detective. Lo ve en sus ojos.

—No —responde Marc.

—Buscar eso en la stay web es perder el tiempo. Allí se puede encontrar de todo.

—La cuestión es que, mientras buscaba, me he acordado del caso con el que nos estrenamos. ¿Te acuerdas?

—Sí. Claro. ¿Adónde quieres llegar? ¿No creerás que ese pringado

está detrás de esto? ¿Cómo se llamaba?

—Adrián Rufó.

—Venga, Marc. Tómate esto en serio, por favor. Ese mamarracho nunca sería capaz de organizar un plan tan sofisticado como este.

—Juró que se vengaría de nosotros cuando detuvimos a su hermana por el asesinato de la vecina cantante. Quizá se ha puesto en contacto con otros que… —especula el aprendiz de detective—. Hay mucha gente que odia *Inmemorian* y el nuevo departamento.

—Marc, tú mismo lo has dicho. Hay mucha gente que está en contra. Que no pueda contigo la desesperación. Una sola deducción errónea, un solo paso en falso, y se romperá la cadena que nos conduce hacia la verdad.

—Rufó creía que *Inmemorian* era el gran engaño del siglo. Por eso no aceptó ni creyó que su hermana era una asesina cuando hablamos con la víctima. —Marc insiste—. Nos culpó a nosotros de todo y prometió venganza. Piénsalo.

—Paparruchas. Que ese tío sea un desequilibrado mental no significa nada. Estás yendo por el camino equivocado.

—Yo no aseguro que sea cosa suya. Solo que, ante la falta de pruebas, podríamos hacerle una visita. A ver qué ha sido de él. ¡Estamos sin nada!

Desde que recibe instrucción de su compañero sobre razonamiento intuitivo aplicado al campo de la investigación, a veces se le ocurren ese tipo de cosas. Una voz en su interior le dice que tal persona es sospechosa o culpable de algún acto que investigan. Cuando comparte con Blake sus teorías, este casi siempre le recrimina que todavía no está preparado, que su cabeza está llena de pájaros y prejuicios. En consecuencia, Marc duda de si eso que cree percibir en su interior es lo que su compañero llama intuición deductiva.

—Marc, tienes que observar más.

—Pero… Creo que se trata de una intuición.

Blake niega varias veces con la cabeza.

—Ni intuición ni leches. No tienes nada de eso ni sabes lo que es. En todo este tiempo no has entendido nada. La intuición deductiva no sirve si no se tienen otros conocimientos. Solo si te has formado en anatomía, química, biología, leyes y tienes un gran recorrido en el campo de la investigación puedes dejarte guiar por tus deducciones —dice con aires de superioridad—. Y en esa fase te encuentras con los cursos intensivos que ha preparado *Inmemorian* para ti. Todavía es muy pronto para que puedas hablar de deducciones tan complejas.

—¿Tú te has formado en todo eso que dices? —pregunta Marc.

Silencio. Durante unos segundos, Blake parece desconectar de allí.

—Sí. Hace mucho tiempo —contesta de forma lenta y pausada, recordando esa etapa de su vida con cierta extrañeza—. Observación,

memoria y un amplio conocimiento. —Da varios toques con su dedo índice sobre su sombrero—. Hasta entonces, mucho cuidado con dejarte guiar por conclusiones contaminadas o vacías de significado.

Marc se siente minúsculo a su lado. Incapaz de todo.

—¿Sugieres que nos quedemos de brazos cruzados? —pregunta a la defensiva.

—No desesperes. Compartiré contigo algo que he averiguado, en parte, gracias a ti. —Utiliza un tono más suave para intentar animarle.

—¿Gracias a mí?

—Bueno, no. Eso es exagerar. —Blake ríe—. Me refiero a que todos los asesinatos se llevaran a cabo en los barrios de North End, West End y en Downtown, en el centro de Boston. Tú hiciste esa observación. Y aunque reconozco que me pillaste fuera de juego con algo tan obvio, minutos después yo mismo lo hubiera visto. A raíz de esa conclusión y tras horas y horas de minuciosa exploración a través de los datos policiales que nos facilita la consola que controla Marge, he dado con un dato muy revelador. ¿Por cuánto tiempo podrías moverte por la ciudad de Boston sin ser grabado por una cámara de seguridad fija?

—No podría, ¿no? —responde Marc sin estar seguro—. ¿A qué viene esa pregunta?

—Solo quiero argumentar mi hallazgo. Todo está plagado de cámaras de tráfico, de comercios, de seguridad… Y qué decir de los lugares más altos. Casi todo el mundo dispone de estos dispositivos de captura de imágenes particulares en sus recibidores aéreos. Si añadimos las helicámaras policiales que vigilan constantemente desde las alturas, no podrías moverte sin ser visto durante mucho tiempo.

»La respuesta a mi pregunta es que sí que podrías moverte durante algún tiempo sin ser grabado si sabes hacerlo. Pero solo en puntos muy concretos. Ayer estudié en el archivo policial, con detenimiento, más de veinte planos de tráfico y seguridad del centro de la ciudad y encontré veintiocho puntos muertos que no son registrados por ninguna cámara. ¿Y a que no sabes qué?

—Imagino que estarán de alguna forma relacionados con… —especula Marc, indeciso.

—Que seis de esos veintiocho corresponden a las entradas de los edificios donde se han perpetrado las muertes. Y todavía hay más. Este, el séptimo escenario al que nos dirigimos, también es uno de ellos. ¿Entiendes la importancia del hallazgo?

—Eh… ¿que seguiremos sin poder verles? —Marc anda todavía un poco perdido.

—Joder, Marc. Con esto quiero decir que, si siguen actuando dentro de North End, West End o Downtown y con este patrón, hemos dado con una pieza clave. Podemos adelantarnos a los próximos asesinatos, pues se producirán en el interior de alguno de los edificios restantes

de esa lista de portales que no son grabados por ninguna cámara.

—Eso es una excelente noticia. —Marc recupera el ánimo.

Capítulo 28

U
E C

El recibidor aéreo de la sexta planta del 292 de North Street está demasiado concurrido para la llegada de los detectives de *Inmemorian*. Es utilizado de manera habitual por los clientes de la peluquería Hair Strong, ubicada en esa misma planta. Aunque hay bastantes huecos libres, quieren evitar cruzarse con algún cliente del local de estética. Por ello, y porque no hay demasiados escalones que subir, ascienden a pie por las escaleras del edificio.

El murmullo de gente hablando en el interior de la peluquería se escucha desde cualquiera de las zonas comunes del edificio. No quedan muchos negocios como ese, ubicados en bloques de viviendas, pero alguno perdura. «¿Tendrá alguna relación con que se haya cometido allí el crimen? ¿Se relacionará de algún modo con la peluquería?», se pregunta el detective. Casualmente la entrada del local de estética está situada en la misma planta del apartamento en el que se ha perpetrado el asesinato. Con un poco de suerte, alguien habrá oído o escuchado algo inusual en relación con el suceso.

Marc y Blake llegan a la sexta planta. Ahora que saben que los asesinos utilizan las entradas principales de los bloques de viviendas en los que actúan, prestan más atención al entorno.

Se cruzan con un hombre. El volumen de su peinado indica que sale de la peluquería. El sonido que escapa del local ya no se escucha como un murmullo. Un barullo de diferentes voces llena las zonas comunes. El cartel luminoso de Hair Strong Company confiere a las paredes y al suelo de la planta por la que caminan un intenso color púrpura. Avanzan fijándose en cada una de las letras de las puertas por las que pasan. C, D, E, F… Al final, donde se encuentra la peluquería, el pasillo gira noventa grados a la izquierda. El resto de apartamentos están allí. Bajo la letra H, Thomas, el compañero de Garret, hace guardia.

—¿Qué tenemos? —pregunta Blake.

—¡Uf! Difícil de explicar. Al parecer en esta ocasión llevaban algo de prisa. Entra y verás.

—¿Algo que deba saber antes de pasar?

—No me gustaría errar con mis conjeturas. Mejor que lo veas por ti mismo.

—¿Quiénes han sido los encargados de ver el lugar antes de nuestra llegada?

—Nosotros. Yo y Garret.

—¿Y dónde está ese pajarraco? No sé cómo lo aguantas.

—Acaba de marcharse a comisaría.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—Poco, unos veinte minutos. En cuanto llegamos y vimos que se trataba de otra muerte relacionada con vuestro caso, dimos parte para que os llamaran.

—¿Habéis visto algo raro en la planta? ¿Algún cliente de la peluquería, o alguien por las escaleras que te haya llamado la atención?

—Nada.

—Quiero que permanezcas con los ojos bien abiertos mientras estoy ahí dentro.

—Eso está hecho —responde Thomas.

Más allá de las palabras del agente, Blake adivina en su mirada que dentro hay algo distinto.

En esta ocasión, se encuentran con la víctima nada más entrar. Blake confirma sus sospechas: que los errores cometidos por parte de los responsables en el anterior asesinato siguen presentes en este escenario. Ahora se convence que el anterior crimen marca un antes y un después. Con la sexta muerte, cometieron algún tipo de imprudencia que originó que los detectives tardaran más de la cuenta en acudir al lugar. Cuando lo hicieron, se encontraron con un cuerpo podrido y una escenografía desfasada que ya no destacaba por la cuidadosa preparación de todos sus elementos, incluidos los trazos artísticos de las letras inscritas en el pecho de la víctima. El detective solo necesita dos segundos para cerciorarse de que los autores del delito han cometido unos cuantos errores en la escena que tiene delante.

—¿Qué demonios? ¿Qué narices ha pasado aquí? —pregunta Marc.

El fallecido está en el centro del salón.

—Otro lugar preparado exclusivamente para nosotros que dista mucho de cómo murió en realidad este hombre. Canta mucho —explica el detective a su compañero.

—Ni que lo digas.

Blake no sabe si Marc ve la escena desde su punto de vista o

simplemente le sigue la corriente. Ambos se acercan para contemplar el macabro panorama y cada uno de los elementos.

—Cuidado donde pisas. Aquí puede haber muchas pistas.

Los detectives enseguida captan el símil del asesinato con la peluquería. Los artífices siguen jugando. Un hombre de mediana edad permanece sentado en una silla giratoria de peluquería, frente a un espejo apuntalado para que permanezca frente a él. De cuello para abajo va tapado con una manta ignífuga colocada como si se tratara de una capa de peluquería, aunque puede apreciarse en ella que presenta una herida a la altura del estómago.

—¿Le han prendido fuego a la cabeza? —apunta Marc. El rostro está irreconocible.

—Afirmativo, esta gente no para de reinventarse. Y han cubierto su cuerpo con esta manta ignífuga para proteger las letras que debe llevar en el… aunque… —El detective deja de señalar el pecho de la víctima al reparar que en el suelo hay tres grandes letras que intentan conformar un triángulo—. ¿Qué coño es esto? —Ahora es Blake el sorprendido.

Las letras denotan estar hechas con desgana y de un solo trazo. No guardan proporción entre ellas.

—¿Esto es uno de nuestros triángulos? —pregunta Marc, que se acerca de forma cauta. Debido a los diferentes tamaños de cada una de las letras le cuesta distinguir la figura geométrica.

—Sin lugar a dudas. Y denotan que han sido pintadas con mucha prisa.

Muy cerca encuentran también la pluma estilográfica y su rastro. Un hilo de salpicaduras les dirige hasta donde se halla el pequeño bote con tinta derramada, por primera vez dejado en la escena del crimen.

Aunque el detective sigue teniendo sus dudas, pues no es muy lógico que los dos últimos escenarios estén tan marcados por el descontrol y los errores después de lo meticulosos que los asesinos han sido hasta ahora, intuye algo positivo:

—Quizá no todo esté colocado al detalle —dice con una expresión de victoria en su rostro—. Seguro que hoy va a ser nuestro día de suerte.

—Pues creo que sí, y por partida doble. Porque podremos realizar el copiado. A pesar de que han intentado quemarle el cerebro, no lo han conseguido —señala Marc, que lleva unos segundos examinando de cerca la cabeza del difunto. Aunque… parece que también tiene una herida aquí. —Se refiere a un arañazo profundo que ha encontrado en la sien.

—¡Joder! ¡No puede ser! Ese arañazo ha sido causado por un disparo. ¡Por fin una investigación decente! —Blake lo celebra al tiempo que se aproxima a ver lo que le indica su compañero—. Y aquí

también. —Señala el abdomen del fallecido. En pocos segundos saca varias conclusiones. Después aproxima su forearmphone al antebrazo del cadáver para comprobar su identidad.

—¿Cómo se llama? —pregunta Marc al ver el movimiento de su compañero.

—Seth Browm Smith.

Ambos reparan en la sangre viscosa que ha empapado la manta ignífuga y ha chorreado hasta el suelo. Sin perder un instante, la levanta para ver si las letras del pecho coinciden con las que ha encontrado pintadas en el suelo. Otra sorpresa más. No han llegado a terminarlas. El fallecido solo presenta la U que culmina el triángulo en la parte de arriba. En ese mismo momento, se forma una idea de lo que ha podido ocurrir. A diferencia de los casos anteriores, por su cabeza pasa una serie de diapositivas de lo que allí ha ocurrido.

—¿Ves como tenía razón? Marc, aunque todavía nos queda mucho trabajo que realizar aquí, estamos de suerte. Creo que, por primera vez, los asesinos han tenido que improvisar. Algo les hizo tener que abandonar el escenario que estaban preparando para nosotros mucho antes de tenerlo terminado. Yo diría que justo en el momento en que nuestro dibujante zurdo comenzaba a pintar las letras de la víctima en el pecho, algo debió interrumpirles, o asustarles. Por algún motivo se quedaron sin tiempo. Le quemaron la cabeza, es algo que ya tenían planeado, de ahí lo de la manta ignífuga, pero al ver que el fuego no actuaba con la rapidez que precisaban, le dispararon dos veces con una pistola antigua.

—¿Con una pistola has dicho?

—Sí. Lo que quiere decir que no soy el único descerebrado que las usa todavía. Esto se pone interesante. —Blake se frota las manos. En muy pocas ocasiones Marc lo ha visto tan extasiado. Disfruta del momento como si fuera el artífice de todo aquello.

—¿Por qué dos veces, si con un disparo hubiera bastado? —pregunta Marc.

—No lo sé, habrá que investigar eso. Aunque… Fíjate. —Blake invita a su compañero a ver de cerca la herida de la cabeza—. Como tú dices, es solo un rasguño. La bala solo le rozó la cabeza.

—¿Seguro que es otro disparo?

—¿Me tomas el pelo? Pues claro. Es obvio. —El detective está especialmente motivado—. Ahora discúlpame —dice justo antes de sacar su lupa y ponerse a escudriñar los alrededores del cuerpo.

Hace mucho tiempo que no se encuentra tan embriagado por los elementos que lo rodean. Por eso le resulta imposible permanecer en silencio mientras trabaja.

—Como te iba diciendo, al parecer el grupo de asesinos que perseguimos tuvieron que abandonar con prisas y antes de lo que

tenían previsto. Y dedicaron los últimos segundos en pintar de cualquier manera las letras que tocaba. —Blake pasa la lupa por encima de los trazos—. Deben de ser importantes. Piezas clave en todo. Por eso, a pesar de las circunstancias que les sorprendieron para huir de la manera que retrata todo esto, no se fueron sin pintarlas de cualquier forma. —Saca su pequeño bloc de notas y las apunta.

En este caso se trata de una U arriba del todo. Una E en la parte izquierda. Una C a la derecha completa la base del deformado triángulo.

—¿Por qué dices que son tan importantes las balas? —pregunta Marc al verlo tan contento. Cree que algo se le escapa.

—Las balas que encontremos serán el primer indicio que nos conducirá hasta los asesinos. La que se alojó en su estómago es cosa de Scott. La que le rozó la cabeza tiene que estar por aquí cerca, en algún lugar. Tenemos que encontrarla. Y también los restos del cartucho.

—¿Qué es un cartucho?

—El cartucho o casquillo es lo que contiene el conjunto de elementos de una bala antes de ser disparada. El cartucho o la bala, cualquiera de las dos cosas, nos dirán qué arma fue utilizada.

Marc y Blake lo buscan con insistencia durante unos minutos. Después, el detective lo anima a desistir.

—Deben de haberlo cogido. Encontraremos la bala. —Blake se coloca frente al fallecido. Le coloca la cabeza erguida para intentar averiguar la posición desde donde se produjo el disparo. Se mueve un poco más a la derecha. Cierra un ojo, hace como que apunta.

—Crees que lo trajeron vivo aquí —pregunta Marc mientras tanto.

—Claro. Si no… ¿por qué le dispararon? Además, ¿no crees que traer a alguien muerto hasta aquí, y recorrer este transitado bloque de viviendas con él, no es arriesgarse mucho?

Por esa parte Marc le da la razón. Los interiores del edificio no son como cualquier otro.

Blake sigue con sus extraños movimientos. Cambia varias veces de posición. Mira el cuerpo desde diferentes ángulos. Para meterse en el papel, saca su Parabellum. Apunta con un solo ojo, comprueba las perspectivas, simula que dispara.

—Bum, bum. —Marc no da crédito a lo que ve. Su compañero parece un niño que juega en virtual.

Varios minutos más tarde, da con la dirección.

—Ha debido salir hacia allí.

Blake insta a su compañero a que lo acompañe. Ambos se ponen a escudriñar la pared. El detective incluso la palpa.

—Aquí no hay nada —apunta Marc.

—¿Cómo que no? ¿Y esto qué es? —señala Blake un orificio creado en la parte alta del tabique en el que buscaban. Está incrustada. Hay

que abrir para dar con ella.

Blake golpea repetidas veces en la zona con la culata de su pistola. Marc utiliza un jarrón metálico que ha encontrado para romper la pared.

—¡Marc! Podría haber huellas ahí. Deberías ser más cuidadoso. Trae. —A pesar de la reprimenda, Blake utiliza el objeto para abrir una brecha alrededor del orificio con mucha más efectividad que con su arma—. Aquí está.

Entre el socavón creado en el tabique reluce el color metálico de la bala. Silencio. Estupefacción. Blake no puede creer lo que ve. En su mano queda una bala 9 x 19 mm de una Parabellum como la suya.

—Marc, rápido. Prepara todo para el copiado de consciencia. —Sigue sin quitar ojo a lo que acaba de encontrar.

Algo le dice que a pesar de haber hallado un cerebro útil, deberá seguir haciendo uso de sus antiguas dotes detectivescas. Intuye que el escenario esconde mucho más de lo que desvela. Se lo cuenta cada objeto que ha encontrado allí, cada rincón de la vivienda. Su intuición deductiva le dice que no va a resultar tan sencillo.

Marc rapa el escaso pelo que ha quedado sin quemar sobre la cabellera del difunto. Después limpia todo lo que puede el cuero cabelludo para poder adherir los electrodos. Al lado del taburete instala la pequeña máquina de grabado, intrigado y deseoso de conocer lo que tiene que decir esa víctima tan poco común.

Capítulo 29

Blake avanza sin detenerse ante nada ni nadie, obviando los saludos de los agentes con los que se cruza por los pasillos de la comisaría New Sudbury. Solo tiene un nombre en mente: Harry Horn. A pesar de que han pasado unos días, no ha olvidado la reprimenda que tiene guardada para él. Aunque no es ese el único motivo de su visita. También tiene pensado contarle lo que acaba de descubrir en el escenario del último asesinato. Los robots policía no reparan en él. En cambio, todo trabajador de carne y hueso que le ve pasar capta el enfado con el que se dirige hacia el despacho de Horn. Algunos se temen lo peor.

De forma violenta y sin avisar empuja la puerta del despacho, que rebota tan rápido y fuerte contra el tope del tabique que tiene que volver a golpearla para entrar. A pesar de su sobrepeso, Horn pega un bote sobre su asiento. El corazón del comisario se acelera. Blake llega con furia, se apoya en su mesa y se inclina sobre él como si lo quisiera hacer muy pequeño.

—¡No te bastaba con hacer públicos los detalles del caso de los cerebros inservibles, sino que tenías que hablar también del caso de Mike! ¡¿Has visto la que has liado?!

—¡Joder, Blake! ¿Quieres matarme de un infarto?

—¡Estás hecho un dormilón sinvergüenza! Si te dedicaras a hacer tu trabajo en vez de pasar las horas muertas aquí repantigado, no tendrías tiempo de ir con gilipolleces a la prensa.

—Cálmate, Blake. Lo que ocurre es que tienes celos porque estás pasado de moda. A la prensa ya no le importas.

—¿Eso crees? ¿Quieres ver cómo te vuelo la cabeza y vuelvo a importarles? —En lo que dura un pestañeo, Blake apunta con su Parabellum a la cabeza del comisario. Solo durante dos segundos, para intimidarle. Después la guarda en su lugar—. ¡Eres un insensato holgazán! Deberías dimitir por negligencia. Has causado el caos. La gente está asustada por si se convierten en las próximas víctimas.

—Conoces el oficio, sabes que siempre viene bien un poco de difusión para decirles a los autores que ya estamos ahí. —Horn se defiende.

—¿Y por eso desvelas también los detalles de la muerte de Mike? ¡Y

un cuerno para ti! ¡Para que te lo metas por el…! ¡Y dile a todos esos perritos falderos que permanecen tras la puerta que se vayan! —Blake decide serenarse porque no merece la pena. Visita al comisario por otros asuntos más importantes—. ¿Te crees que no siento que están ahí, preocupados por papaíto? No te voy a hacer nada. Solo he venido a recordarte que el caso de Mike no es tuyo. Lo llevan en la comisaría Meridian Police Center. ¿Qué derecho tenías? Si vuelves a hablar de la muerte de Patterson o del caso de los cerebros inservibles, del cual yo me encargo, la próxima vez que me veas por aquí no será de este modo.

—¿Me estás amenazando?

—¿Acaso no te das cuenta que lo estoy haciendo desde que he entrado por la puerta?

—Ja, ja, ja.

—¿Te hace gracia?

—Mira que creía que te habías ablandado, pero no. Sigues en tu línea. Anda, siéntate.

Blake se acomoda en una silla al otro lado de la mesa, frente al comisario.

—Si has venido a echarme el puro ya no voy a convencerte de nada. Lo hice y punto.

—¿Por qué motivo?

—Porque New Sudbury es la comisaría central, y yo soy quien dirige y supervisa toda la policía de Boston. Y porque me apeteció. Te recuerdo que aunque tú goces de ciertos privilegios sobre el cuerpo policial, cosa que estarás disfrutando mucho, yo soy el que manda aquí dentro, y si decido que tengo que hablar con la prensa sobre algo, no vas a venir tú a impedírmelo.

—Tranquilo, que te apunto esta con la de la cárcel. —Lo mira desafiante.

—Qué pena que me das cuando veo en lo que te has convertido… Eras el mejor de mis hombres. —Horn se acomoda sobre su asiento y se alisa la corbata con ambas manos para hacer alarde de su cargo—. Si no tienes nada más que decir, te agradecería que volvieras por donde has entrado. Me gustaría retomar lo que has interrumpido con tu berrinche.

—Je, je, je. Estás hecho polvo, Horn, y no porque hayas cambiado. Tú nunca has valido ni para echarte a los perros. —Blake activa su forearmphone para proyectar frente al comisario la imagen holográfica de la escena el crimen del 292 de North End—. Me parece que vas a tener que posponer la siesta.

Horn no tiene más remedio que prestar atención al detective.

—Fíjate —dice Blake refiriéndose al salón, al hombre con el pelo calcinado y a todos los elementos que flotan sobre la mesa del

comisario—. Caos. Todo les salió mal. En el último aviso, nos hemos encontrado con una escena del crimen diferente, improvisada diría yo, y abandonada con prisas por algún motivo.

—Ya veo.

—Para empezar, las letras no están inscritas en el pecho de la víctima, como en las anteriores. Son líneas rápidas, finas e imprecisas y están dibujadas en el suelo. Algo que se sale totalmente de la regla, dado el detalle y precisión de las otras.

—Exceptuando el de la trituradora —puntualiza Horn con tal de llevarle la contra.

—Sí. Pero el mal estado de esas letras no fue culpa de ellos, sino del paso de los días. Las vimos cuando el cuerpo ya estaba en estado de putrefacción.

—¿Por qué crees que algo les hizo abandonar el lugar con prisa? —se interesa el comisario.

—Por la evidente improvisación. Por ejemplo, cuando me asomé bajo la manta ignífuga que le envuelve el cuerpo, vi que nuestro artista había dejado a medias su trabajo. Solo le dio tiempo a escribir en el pecho de la víctima una de las letras. Algo hizo que desistiera y que las escribiera de cualquier forma antes de huir. Y el resultado es este. —Blake aumenta la zona capturada del suelo—. Unas letras en triángulo mal definidas y hechas a la ligera.

—¿Nuestro artista? ¿No dices estar seguro de que se trata de un grupo de hombres?

—Sí. Pero el que escribe las letras es siempre el mismo.

—Ja. ¿Y cómo puedes saber eso?

—Porque es zurdo.

Horn se queda perplejo.

—Déjame continuar, que no he acabado. Como te digo, faltos de tiempo, grabaron las letras de cualquier modo. Para ellos debe de ser muy importante que me lleguen todas. Pero esto no es lo único que indica que se dejaron la faena a medias, de que de pronto le entraron las prisas de salir de allí. Al comprobar que el pelo no ardía lo suficientemente rápido como para matarle y dejar inservible el cerebro, le dispararon.

—¿Le dispararon y murió? —pregunta extrañado, pues ninguna de las armas paralizadoras conocidas provocan la muerte.

—Sí, querido Horn. —Blake deja la bala encontrada sobre la mesa, al lado de su Parabellum—. Con una como esta.

—¿No te estarás quedando conmigo?

—¿Me ves cara de estar de broma? No te imaginas las ganas que tengo de conocer al pirado que sigue llevando una como la mía, y el motivo por el que salieron de allí como un rayo dejando el trabajo a medias.

—¿Me estás queriendo decir que el cerebro estaba útil? —pregunta el comisario.

—Afirmativo. Y ya hemos realizado la copia de consciencia.

Capítulo 30

Lunes, 17 de enero de 2095

No saben ni entienden cómo Harry Horn se las ha ideado para que un agente de su plantilla los acompañe durante el interrogatorio en el cubo de Cicerone. Tampoco el motivo por el que lo ha solicitado directamente a la cúpula de Fisher Dantakis. Blake se arrepiente de haberle dado la información el día anterior. Todo ha sucedido muy rápido, mientras ha permanecido ocupado, sumido en los casos que investiga. La noticia le ha cogido de improvisto. Lo único que tiene claro es que no le queda más remedio que tragarse sus opiniones por esta vez y aceptar una situación inédita hasta el momento, pues *Inmemorian* ha dado el consentimiento.

A Blake no le inspira confianza el asunto. Los interrogatorios en virtual que se realizan en el cubo de Cicerone son algo exclusivo del departamento, y meter a alguien con ellos no le parece buena idea. Además, ¿con qué motivo?

Los detectives de *Inmemorian*, junto al agente Thomas, caminan por el pasillo de la planta donde se ubica el DCI.

—Bastantes interrogantes y dificultades tiene ya el caso como para que la pifies. Así que, boquita cerrada —le ordena al policía que los acompaña—. Nosotros somos los investigadores y tú el que mira. ¿De acuerdo?

Silencio.

—¿Estoy hablando con la pared? —Blake se detiene en seco.

—Eh… no. Sí. No diré nada.

—Supongo que tú tampoco me vas a decir para qué coño te han enviado aquí.

Silencio otra vez.

—Me parece que Thomas es de pocas palabras —añade Marc.

—Eso es lo que queremos. Entonces nos vendrá bien. Por cierto, le dices a tu jefe el gordinflón que no necesitamos a nadie más. Que no vuelva a solicitar algo parecido. Que si lo hace, iré a patearle ese tremendo pandero que tiene —dice en tono acusador mientras le mira de arriba abajo—. Además, para acompañarnos, como mínimo debes

llevar uno de estos. —El detective abre ambas alas de su chaquetón—. Qué falta de respeto.

—Hola, Marge. ¿Qué tal estás? —pregunta Marc nada más poner un pie en la sala de trabajo.

—Hola, Marc, Blake… ¡Qué grata sorpresa, traéis un rostro nuevo! ¿De quién se trata? —pregunta Margaret al mismo tiempo que pone en funcionamiento todos los sistemas de trabajo.

—Soy Thomas. —el policía se aproxima intrigado hacia la esfera holográfica que fluctúa en el centro de la sala—. Así que tú eres la famosa Margaret…

—¡Que no hables con ella ni con nadie, te he dicho! —Blake interrumpe su avance agarrándole de la parte trasera del pescuezo.

—Blake, por favor. Esa no es forma de tratar a nuestros invitados. Le harás grande el cuello de la chaqueta —dice Margaret—. Por cierto, ¿qué hace aquí?

—Nos lo han encasquetado para que nos acompañe en el interrogatorio. Pero no sabemos muy bien por qué —le aclara su sobrino.

—Vaya. Esto se pone interesante. Pues yo estoy lista, y la ficha ya está preparada. Así que… Cuando queráis.

—Sí. Hagámoslo rápido para sacar pronto a este de aquí.

Marc recoge de su puesto la ficha y la introduce en el panel exterior del cubo. La puerta se abre. Margaret procesa los datos mientras Blake, Marc y Thomas entran en el cubo de Cicerone. Desde las paredes todavía visibles, Margaret reproduce sus últimas palabras antes de dar paso a la reproducción virtual. Conexión en tres, dos, uno… Estamos dentro.

Las paredes del cubo recrean el interior de una habitación de hospital. Seth Browm ocupa la cama como paciente. Su mente no muestra el mobiliario ni los detalles del entorno; solo el gotero que le suministra algún medicamento. Las paredes presentan un aspecto difuso. Blake, Marc y Thomas aparecen de pronto frente a él como si fueran tres amigos o familiares que han acudido a verle, preocupados por su situación. La gran diferencia es que no conocen a ese hombre de nada, ni están interesados por su estado.

—Hola, Seth, ¿por qué llevas las manos vendadas? —pregunta el detective.

—Me las he quemado.

—¿Cómo ha sucedido?

—En la cocina.

Las paredes del cubo recrean la voz de una mujer que tararea una canción desconocida.

—¿Cómo está mi madre? ¿Sois médicos?

—¿Tu madre? ¿Qué le ha pasado? —Blake le sigue el juego—. ¿Es la que canta?

—Le gusta cantar mientras cocina. —Sin previo aviso, Seth se convierte en un niño. Su cuerpo disminuye bajo las sábanas. Su rostro rejuvenece. Ahora debe tener unos siete años—. Estaba jugando en el salón, cuando de pronto… Mi madre salió ardiendo de la cocina.

—¡Vaya! ¿Fue ahí donde te quemaste las manos?

—Sí. Intenté apagarla, pero no pude. —La habitación de hospital se transforma en otro lugar.

—¿Qué significa esto? —pregunta Marc extrañado.

—Debe de ser el salón de la casa donde vivía de niño.

En un abrir y cerrar de ojos, Seth vuelve a cambiar de apariencia. Ya no está en el salón de su casa. Ya no tiene vendajes. Ahora salta, corre y patea un balón que no existe con un casco de realidad virtual en su cabeza. Parece que corretea por algún lugar al aire libre.

—¿Y ahora? —pregunta Marc.

En el mundo de los recuerdos de Seth, tres figuras intrusas miran alrededor, tratando de reconocer el entorno cambiante, ahora iluminado de forma intensa por los rayos de un día soleado.

—Ni idea. ¿Qué demonios le pasará al cubo últimamente con los niños? —Blake se acuerda de su encuentro con la consciencia de Mike en ese tétrico parque infantil con columpios—. ¡Seth! —intenta llamar su atención.

—Quítale el casco, que no te oye —dice Thomas, que no se contiene.

El detective le dedica la peor de sus miradas.

—Quítaselo tú, listillo.

El policía se acerca al niño con decisión, mientras este sigue dentro de ese juego de fútbol virtual. Cuando va a ponerle las manos encima, lo traspasa.

—¿En qué mundo vives? Estamos en virtual, pardillo. —El detective le insulta.

Marc no puede evitar reír.

—No te mereces ni que te llame novato. Patético.

Thomas se avergüenza.

—Como vuelvas a decir algo, abandono el interrogatorio y te saco a patadas de *Inmemorian*.

Después de unos segundos de movimientos intensos, Seth se desprende del casco. Parece haber escuchado algo. Blake, Marc y Thomas también lo oyen. El entorno cambia otra vez. Vuelven a estar en el salón de la casa en la que pasó su niñez. El sonido resuena a través de las paredes recreativas del cubo de Cicerone. Son gritos de dolor.

—¡Mamá! —El niño corre hacia la cocina. La puerta se abre y una

lengua de fuego le hace retroceder—.

¡¿Qué hacéis ahí parados?! —Seth los mira con desesperación e histeria—. ¡Ayudadme! ¡Es mi madre!

Saben que no pueden hacer nada, que solo están en calidad de espectadores, presenciando un recuerdo que se convirtió en un trauma para Seth y que la copia de su consciencia vuelve a recrear para ellos. Aun así, se acercan para ver a través de la puerta. Todo está en llamas, incluida la mujer que se revuelve y que, de forma violenta, se estrella contra las paredes para librarse de las llamas. Sigue golpeándose una y otra vez para acabar lo antes posible con su sufrimiento. De repente, la puerta se cierra de un portazo.

Se hace el silencio. La iluminación cambia.

—¿Dónde está el niño? —pregunta Thomas asustado, por puro instinto, sin recordar la amenaza del detective.

Ron Blake está tan metido en la peculiaridad de la escena que ni se percata. El entorno se vuelve oscuro y siniestro.

—¡Joder! ¡Está ahí! —señala Marc.

Seth aparece lejos de ellos, en el otro lado de la estancia. Vuelve a ser adulto. Los mira desde un rincón. Pero lo más llamativo es que permanece sentado en la misma silla de peluquería en la que lo encontraron, y que de cuello para abajo una manta ignífuga le cubre todo el cuerpo mientras su cabeza arde intensamente. Sus recuerdos ahora reproducen lo que le ocurrió a la perfección.

—¿Quiénes sois vosotros? —pregunta ajeno a todos sus males, sin recordar nada de lo que acaba de recrear el cubo.

—¡Madre mía! Vamos a acabar mal de la cabeza si seguimos cargando a gente con traumas en el cubo —dice Blake intentando recuperar la compostura. Hasta él ha quedado desubicado por un momento. No obstante, decide tomar las riendas—. Seth, somos los detectives de *Inmemorian*. Estás muerto.

—¿Y quién es ese? —A Seth parece no preocuparle mucho su estado. Le importa más quién es el hombre que les acompaña.

—No es nadie.

Seth lo acepta, pues Blake ha zanjado la cuestión. Esas son las ventajas del cubo, que no hay que aclarar las cosas que no se quieren explicar.

—Estamos investigando las causas de tu muerte para intentar cazar a los responsables.

La madre vuelve a cantar de fondo. Ahora parece estar mucho más lejos, como en otra dimensión. Seguramente lo esté.

—Sabéis… mi madre era una estupenda cocinera…

—Seth, siento lo que te voy a decir, pero estás muerto y de poco sirve nuestra cháchara. No tenemos mucho tiempo, así que me gustaría centrarme en los momentos previos a tu muerte. ¿Cómo

acabaste en esa silla?

Bajo el fuego que arde sobre su cabeza, parece que se esfuerza en hacer memoria.

—Solo recuerdo que sonó el holoportero, y que abrí… Después…

—¿Qué pasó después?

—Entraron dos hombres con el rostro tapado y actitud amenazante. Entonces supe que algo iba mal, que iban a por mí. Me metí dentro, pero me alcanzaron y ataron. No recuerdo mucho más. Enseguida me quitaron la camiseta, me pusieron en esta silla y empezaron a hacer cosas raras por el salón.

—¿Cosas raras?

—Sí. Me colocaron enfrente de un espejo, me pusieron esto por encima, uno empezó a pintarme el pecho.

—Creemos, por lo que hemos encontrado en tu salón, que por algún motivo, esos hombres salieron corriendo de allí. ¿Qué sucedió? ¿Viste algo?

—Ah, sí. Entró un tercer hombre. —Seth dedica una extraña mirada a Blake. Le observa de arriba abajo con incertidumbre.

—¿Un tercer hombre?

—Exacto. Cuando entró, todo se precipitó. Uno de los encapuchados se puso a hablar con él mientras el otro me prendió el pelo. ¡Qué dolor sentí! ¡Nooo! ¡Quítamelo, quítamelo! —dice echándose las manos a la cabeza, a pesar de que el fuego lleva un rato encendido.

—Pero ahora no te duele, así que cálmate —le demanda Blake.

—Es verdad. —Parece sorprenderse.

—Continúa. ¿Qué pasó luego?

—Las llamas no me dejaban ver muy bien lo que sucedía a mi alrededor, pero no duraron mucho. El fuego se apagó y lo vi pintar unas extrañas letras en el suelo.

—¿A quién?

—A ese tercer hombre.

—¿Y qué pasó después? —Marc no puede estar más intrigado.

—Que el tercer hombre me sujetó la cabeza con una mano y con la otra me disparó.

—¿Que el intruso te disparó? —A pesar de que ya lo sabía, Blake no da crédito a lo que escucha.

—Exacto. Con un arma de fuego. Luego retrocedió un par de pasos y volvió a dispararme. Ese fogonazo fue lo último que vi.

—¿Recuerdas cómo te agarró la cabeza? Necesito detalles, puede ser importante —se interesa Blake.

—Sí, claro. Estaba frente a mí, y me agarró la parte izquierda del rostro. Como os digo, con la otra terminó la acción. Aunque apoyó el cañón de su arma en mi frente de forma extraña, estaba como de lado.

—¿Puedes describirnos algo de ese extraño, o también llevaba la cara tapada?

—No, no la llevaba tapada. Vestía con un chaquetón y un gorro como el tuyo. Era de alto como… como tú… ¡Espera! ¡Fuiste tú!

Blake ordena a Marge que desconecte la sesión. Ya ha escuchado todo lo que tenía que escuchar. El relato de los hechos constata de manera flagrante que él es el motivo principal del ataque que están llevando a cabo contra *Inmemorian*. No se trata de un escenario abandonado a la carrera, sino que ha sido preparado con más detalle que los anteriores si cabe, para contar una historia que lo culpa a él directamente de la muerte de Seth, y que le coloca el cartel de cabecilla del grupo de hombres que está dejando los cerebros inservibles.

Marc no puede creer hasta dónde ha llegado todo. Quiere creer que es una artimaña que forma parte del claro ataque que está sufriendo el DCI, pero por otro lado, no logra olvidar que ayer su compañero le dio la tarde libre y le perdió la pista. De todas formas, se muestra cauto y confiado ante el detective.

Blake parece preocupado como nunca antes. Cuando todo parecía ir por el camino correcto, aparece una gran losa en el camino. Le disgusta haber caído en la trampa. Ahora lo ve todo tan claro… ¿Qué pintaba un cerebro que copiar en esa sucesión de muertes con cerebros inservibles? Aquello le confirma una vez más que los hombres que están llevando a cabo ese macabro ataque contra él y el departamento lo tienen todo medido. ¿Qué será lo siguiente?

—Blake, me temo que te voy a pedir que me acompañes a comisaría para que prestes declaración sobre lo que acabamos de presenciar. —Las palabras del agente Thomas rompen el silencio.

—¿Estarás de broma, no? ¿No habrás creído lo que ha dicho? —se defiende Blake.

—Vosotros sois los que defendéis este procedimiento y habéis demostrado que las consciencias con las que contactáis nunca mienten, no yo.

—¡No me refiero a eso, joder! Sino a que el tercer hombre no era yo. Alguien se ha hecho pasar por mí para inculparme.

—De todas formas, lo más conveniente es que me acompañes. Será fácil demostrar que no fuiste tú, si no lo has sido. Seguramente estarías en otro lugar demostrable.

Blake se acuerda de su incursión en el cementerio y no está dispuesto a confesarla.

—Si quieres que te suelte un par de hostias vuelve a decir que te acompañe a comisaría. ¿Estás insinuando que me vas a detener de una manera dulce? —El detective se levanta contra el agente. Marc sale a

su encuentro y se coloca delante para obstaculizarle el paso. En muchas ocasiones ha visto a su compañero al límite, pero nunca con esa mirada. Es muy diferente a cuando interpreta sus shows. Por primera vez, cree estar ante una situación real que le ha sacado de sus casillas—. ¡Ya te estás largando de aquí! Y si quieres, le cuentas a tu jefecito la historia y que me he negado a acompañarte.

Thomas guarda la compostura. Después, abandona la sala sin decir nada. Blake, al contrario, se queda unos minutos más despotricando contra el agente.

—¡Será cabrón!

Capítulo 31

Muchas cosas se han agolpado hoy en su cabeza. Por eso mismo, ha acabado rendido. Es de ese tipo de personas que desconecta muy bien de lo sucedido durante el día, por muy complicado que este haya sido. Aprendió a hacerlo de niño. Fue cuestión de pura supervivencia para evadirse de los problemas derivados de la relación de su padre con el alcohol. La configuración especial de los paneles recreativos de su dormitorio también ha influido. Marc duerme plácidamente al igual que la mayoría de los bostonianos. Son horas para eso. Solo un grupo minoritario de gente permanece despierta debido a motivos laborales, problemas, preocupaciones, o algún tipo de causa relacionada con el insomnio.

El día ha sido todavía más duro para Blake, ya que el testimonio de Seth lo ha señalado directamente. Su cabeza es un hervidero de ideas desde que ha conocido su historia. No ha parado de darle vueltas al asunto, dejando incluso varado el caso de la muerte de Mike. Para él es cuestión de prioridad. Por su insistencia ha obtenido varias conclusiones. La última de ellas, que aunque sea muy tarde, un asunto tan delicado no puede esperar. Debe atenderse a la hora que sea. Por eso ha decidido establecer contacto directo con Fisher Dantakis. Tiene que exponerle todos los detalles que ha contado la consciencia del último hombre asesinado. En cuestión de horas le llegará la información por otras vías, y quiere ser él quien se la cuente. Harry Horn debe tener preparada para primera hora del día una llamada a los medios de prensa o a la cúpula de Dantakis, para alertar de lo que ha presenciado el agente Thomas y comunicarle la negativa del detective para acompañarle a comisaría, que se ha convertido un prófugo de la justicia.

El presidente de *Inmemorian* duerme al lado de su mujer, Bianca. Aunque se ha especulado mucho sobre la ubicación de su hogar, nada se sabe, aparte de que está en el término de Boston, algo en lo que Dantakis ha puesto mucho empeño para garantizar su seguridad.

Las vibraciones de su forearmphone lo despiertan. Con el dedo, dibuja sobre la piel de su antebrazo el patrón de desbloqueo, y sobre las sábanas aparece la imagen del detective. No solo se ha quitado el

borsalino para contactarle, sino que su rostro muestra especial preocupación. Algo va mal. El presidente de *Inmemorian* intuye que se trata de algo importante, pues nunca antes Ron Blake lo ha sacado de la cama.

—Un momento —dice en voz baja mientras se libera de las sábanas para evitar despertar a su mujer. Se pone su extravagante bata y sale fuera de la habitación—. ¿Qué ocurre? —pregunta mientras baja las amplias escaleras acristaladas en dirección al vestíbulo principal.

—Van a llegarte noticias de que he matado a un hombre.

—¿Y lo has hecho? —pregunta Dantakis con toda la calma del mundo. Uno de sus robots domésticos sale a su encuentro y le sirve un vaso de agua sobre una bandeja. Bebe un trago y se sienta en su sillón favorito—. Perdona, voy durmiendo todavía. —Se restriega los ojos.

—No lo he hecho. Pero soy presa de una trampa bien elaborada que no solo me coloca como asesino de la última víctima del caso de los cerebros inservibles, sino como integrante del grupo que está llevando a cabo todo esto. Lo han estudiado al milímetro para colocarme como principal artífice de este ataque contra el DCI.

—¿Cómo?

—Sí. Como si yo hubiera orquestado el ataque desde dentro, ¿comprendes?

—Pues así de pronto, no. Tendrás que explicarme lo que ha ocurrido.

El detective dedica los siguientes minutos en contarle con todo lujo de detalles lo que encontraron en el último crimen, para después continuar con lo que vieron y escucharon dentro del cubo de Cicerone.

—Como en los crímenes anteriores, colocaron cada elemento para nosotros, aunque esta vez de forma distinta y con un desorden destacable si lo comparamos con el cuidado que se tomaron para poner cada cosa en los anteriores escenarios. Todo para simular, para hacernos creer que habían tenido que abandonar el lugar de los hechos a la carrera por algún motivo y que, producto de las prisas, quedó el cerebro apto para el copiado. Algo premeditado, para que la propia víctima nos contara que vio cómo le disparaban. Más bien, cómo yo le disparaba. Según Seth, fui yo quien estuvo allí en colaboración con esos hombres, y quien acabó con su vida. Me reconoció haciéndolo.

—A ti no se te confunde con otro tan fácil.

—Fue alguien vestido como yo.

—Si se trata de un ataque al nuevo departamento, tiene sentido que vayan a por ti. Eres nuestra insignia, nuestro pilar principal —reconoce Dantakis.

—Estoy convencido de que mañana saldrá en el noticiero a primera hora, por eso te llamo a estas horas.

—¿Por qué lo crees?

—Ese maldito Thomas no me inspira confianza, y Horn… ya conoces su relación con la prensa.

—Bueno… no la conozco. Pero después de escucharte, yo también lo pienso. —Dantakis vuelve a restregarse la cara—. Imagino que ya no podemos hacer nada para que no llegue esa información a Horn, ¿verdad?

—Demasiado tarde. Si hubieras visto cómo salió de allí Thomas, si hubieras visto su mirada… Además… —Blake le envía los datos de seguimiento de la posición de Thomas en tiempo real.

—¿No me digas que sigues pegando sobre la gente esos botones de seguimiento a diestro y a siniestro? —Dantakis suelta una carcajada.

—La verdad es que he colocado unos cuantos durante los últimos días. No te imaginas lo efectivos que pueden llegar a ser en ocasiones. Esto me dice que Thomas fue directo a contárselo a Horn —le explica accediendo al historial de movimientos—. ¡Intentó llevarme detenido!

—¿Intentó?

—Pero no se atrevió.

Otra pequeña carcajada de Dantakis.

—¿Has pensado algo? ¿Qué vas a hacer? —pregunta el presidente de *Inmemorian*,

—Seguir investigando, creo estar cada vez más cerca. Los últimos acontecimientos han abierto mi campo de visión. Lo veo desde otra perspectiva.

—Blake, me sorprende tu capacidad de reacción y tu astucia. A pesar de haber recibido este duro ataque, tu mente sigue trabajando como acostumbra. Estoy intrigado por conocer cómo resolverás este entuerto, porque sabrás que, en cuanto la policía redacte la orden de detención contra ti y todo esto se haga público, tendré que protegerte, apartarte del caso aunque sigas trabajando extraoficialmente en él.

—Pues eso ten por seguro que pasará mañana.

—Sí. Seguro que pasará mañana. Por el bien del departamento y de la empresa, no podré llevar la contra a la policía hasta que tú no consigas las pruebas que demuestren que todo se trata de una artimaña. No me gustaría que afectara de algún modo a mis otros servicios. No es cuestión baladí. Alguien nos está atacando con toda su artillería. ¿Lo entiendes?

—Entiendo que no me queda otra —reconoce el detective—. ¿Cómo vas a protegerme?

—Pondré a los servicios especiales de *Inmemorian* a trabajar, y desconectaré la localización de tu forearmphone. ¿Estás de acuerdo?

—Supongo.

—Bien. Ahora me gustaría conocer esa nueva perspectiva que ha tomado el caso según tú —dice Dantakis.

—Me temo que antes tengo que hacerte una pregunta. —Blake se coloca su borsalino.

—Así estás mejor —matiza Dantakis—. Adelante.

—¿Cómo consiguió Horn que aprobaras su petición para que uno de sus hombres nos acompañara en el cubo de Cicerone?

—Veo que caminas por la senda correcta, y que has llegado a la misma conclusión que llegué yo cuando me encontré con esa petición. Verás… Es más complejo de lo que parece. Necesitaré un poco de agua. Se me está secando la boca —El robot de servicio que permanece a su lado se flexiona y pone a su alcance la bandeja con el vaso. Dantakis bebe un poco y se toma unos segundos—. ¿Cómo empezar? Cuando el comisario Horn solicitó a uno de mis secretarios que uno de sus agentes estuviera presente durante el interrogatorio que ibais a realizar hoy en el cubo de Cicerone, le pedimos que nos explicara los motivos por los que lo pedía. Nos comunicó que, desde hace unos días, habían procedido a investigar el caso de forma paralela, porque habían encontrado ciertas irregularidades. El motivo que remarcaron para que autorizáramos la presencia de uno de sus agentes durante el interrogatorio fue que tenían varias pruebas que te colocaban como colaborador de esa muerte y de la preparación de ese escenario.

—¿Varias pruebas? Que yo sepa solo los disparos.

—También nos contaron que tenían el testimonio de uno de los peluqueros, que afirma que te habías cortado el pelo allí esa misma mañana, antes de que todo el mundo escuchara los disparos.

—Si yo nunca me he cortado el pelo.

—Ya lo sé, Blake. Como también sé por causas internas de *Inmemorian*, que no te contaré, que tú no has matado a nadie ni colaborado con quien está detrás de esto. Puedo dudar de otras cosas en esta vida, sobre si enfermaré, sobre qué comeré mañana, si mi mujer me engañará, sobre cuánto dinero ganaré en el futuro, si tendré un accidente… Pero de ti y tus acciones no puedo dudar. Tus labores en la vida son las que son, aunque en ocasiones uses esas prácticas peculiares, tan poco ortodoxas, tan tuyas. Y no hay más.

»En cuanto Horn nos realizó esa extravagante petición aportando todos esos motivos, no me pude negar y yo mismo lo autoricé. Entonces, lo tuve claro. Comprendí que la presencia de uno de sus hombres en el cubo era esencial para el desarrollo de los acontecimientos. Por algún motivo, los autores del caso habían orquestado todo para que la policía te considerara sospechoso principal y querían que alguien más conociera lo que la consciencia de ese hombre muerto iba a contar. Y tenía que ser algo importante. Perdóname, Blake, pero tenías que pasar por ello. Era la única forma de avanzar en el caso. Aunque nunca pude imaginar que se tratara de

algo parecido a lo que me has contado. Que la propia víctima te culpara. Al conocer tu relato, todo cuadra, ¿verdad?

Blake se limita a no responder.

—Aunque imagino que nos encontramos en el mismo punto los dos, te cedo los honores. ¿Me vas a contar ya esa nueva perspectiva? Me tienes intrigado.

—Está claro. La presencia de Thomas en el cubo de Cicerone es clave para sacar la historia de allí y provocar lo que va a suceder en cuanto amanezca. Es pieza clave de todo y, casualmente, también es compañero de Garret. Un policía que no me puede ver, que me atacó con insistencia cuando llegué a la policía y que sigue teniendo una cuenta conmigo. Por lo tanto, Garret y Thomas están en el ajo. Desconozco cómo se las ingeniaron para convencer a Horn de estar en el cubo, pero lo hicieron. Lo que sí sé es que Thomas acudió porque la presencia de Garret habría sido demasiado evidente para mí tras conocer el testimonio de Seth; aparte de que yo nunca le hubiera permitido poner un pie aquí, en nuestra casa.

El comentario del detective despierta del todo a Dantakis.

—Me vuelves a sorprender, Blake. No creía que fueras a ser tan preciso. Yo solo me refería a que, cuando el comisario expuso todo aquello, supe que tenía que haber algún agente de su plantilla engañado por alguno de los autores de los crímenes o, como mucho, colaborando con ellos. Ni por asomo podría haberte dado nombres completos.

—Estoy seguro de que esos dos colaboran de algún modo con los autores de los crímenes, solo para hacerme daño a mí.

—¿Por qué dices que ese tal Garret sigue teniendo una cuenta pendiente contigo?

—Nunca aceptó que llegara alguien mejor y más resolutivo que él al departamento, por eso me atacaba. Cuando expuse ante Horn las mentiras que utilizaba para resolver de manera fraudulenta los casos que investigaba y su adicción a la dragotina para librarme de él, lo destituyeron como detective. Lo mandaron a casa. Al tiempo regresó al cuerpo como un simple policía. Desde entonces todo han sido desavenencias entre los dos. Cada vez que me cruzaba con él, me daba la impresión de que intentaría devolverme el golpe. Y creo que está en ello.

Capítulo 32

Martes, 18 de enero de 2095

Se siente el helor de la madrugada. A esas horas tempranas se agradece el calor de la comisaría de New Sudbury, concretamente la confortable temperatura que está adquiriendo el despacho del comisario Harry Horn. La calefacción funciona a pleno rendimiento en todo el edificio.

Repantigado en el sillón del comisario, y con los pies sobre la mesa, Blake espera su llegada. Ha aprovechado que durante la noche el número de agentes es menor para colarse en el lugar. La conversación con Horn solo puede ser a primera hora, antes de que empiece el trabajo en comisaría. Cuando se ponga todo a rodar, será demasiado tarde. Presiente que le espera un día complicado.

Ha acudido sin grandes expectativas, pues intuye que no va a digerir fácilmente lo que va a contarle. Pero tiene que defenderse antes de que la tormenta descargue sobre él. Gracias al botón de seguimiento que le puso a Thomas, sabe que ya conoce lo que ha sucedido en el cubo. No obstante, tiene que intentarlo por su propio bien, por el del departamento de criminalística, y para hacer justicia en la que considera su ciudad. De la reacción del comisario depende que se agilice la caza de los asesinos o que el caso adquiera un nivel mayor de complejidad, ya que el detective cree que Garret y Thomas son colaboradores directos de los hombres a los que persiguen y que, a partir de ahí, puede tirar del hilo.

—Vaya vida que te mamas en este sillón, compadre —dice Blake nada más verle entrar al despacho. Horn viste ridículamente un traje policial hecho a medida, debido a su sobrepeso.

—¡¿Qué diantres haces aquí?! ¿Cómo has entrado? —pregunta fatigado mientras busca un punto de apoyo para descansar. Sus piernas no aguantan.

—No seas tan melodramático, que podía haber entrado cualquiera. Menuda mierda de seguridad nocturna tenéis aquí —responde Blake al mismo tiempo que señala la silla al otro lado de la mesa—. Anda, coge aire y siéntate, que tenemos que hablar. Por cierto, ¿qué traes en la

bolsa? Hueles a bollos.

El comisario hace oídos sordos. Deja la bolsa sobre la mesa y se acomoda en la silla frente al detective. Resopla.

—Tú dirás. ¿A qué has venido? —pregunta al detective con cara de pocos amigos—. ¿Quieres dejar mi bolsa en paz? No tengo todo el día.

El detective deja de mirarla.

—¿Qué opinas sobre el giro que ha dado el caso?

—¿Te refieres a lo que ha desvelado la consciencia de la última víctima?

—Pues claro, no te hagas el despistado. Me consta que Thomas te lo ha contado todo.

—¿Te consta? —pregunta algo confundido.

—Pues claro.

—Pues a mí me consta que están redactando una orden para detenerte. Así que pienso que lo tienes complicado. —El comisario se alisa la corbata con los dedos—. Quizá ni salgas de aquí.

Blake ríe.

—Sé perfectamente lo que va a ocurrir hoy, al igual que tú deberías saber que yo no he matado a ese hombre, ni he hecho nada. Piénsalo. No tendría mucho sentido que ahora atacara lo que siempre he defendido. Durante los últimos años me has visto luchar en contra de todos para demostrar que había que tener en cuenta los testimonios de las personas fallecidas. Cosa que trajo muchos problemas entre nosotros, ¿recuerdas? ¿Cómo voy a atacar ahora desde dentro el DCI?

—No me vengas con cuentos, Blake.

—Vamos. ¿Qué crees? Que yo he matado a ese hombre, ¿no?

—No es a mí a quien le corresponde creer una cosa u otra. Ese no es mi trabajo. Será cosa del juez. De momento, lo que sé es que te has opuesto a colaborar con la policía siendo un claro sospechoso. Te has negado a ser detenido y eso también es delito.

—Me he negado porque yo no soy ese que la consciencia de Seth dijo ver en su casa.

—Pues vosotros mismos sois los que defendéis que las consciencias no pueden mentir. A ver si os aclaráis —dice Horn con media sonrisa.

—¡Joder! ¡Otro igual! Otro corto de mollera. ¿Qué os dan de desayunar aquí? Me refiero a que el hombre que vio era alguien haciéndose pasar por mí. ¿No te das cuenta que todo forma parte de una trampa?

—Ese hombre te vio hasta dispararle con un arma ilegal tuya —insiste Horn poco convencido.

—Ahora es legal. Te recuerdo que ya no dependo de las absurdas leyes policiales. —Saca la Parabellum a pasear y se la muestra con chulería.

—Hazme un favor y no saques eso aquí.

—Bueno… que sepas que demostraré que esta arma no disparó a ese hombre.

—Lo que tú digas. ¿Algo más? Tengo trabajo.

—¿Confías en todos tus hombres? —pregunta Blake a bocajarro.

—¿A qué viene esa pregunta ahora, Blake? ¿Qué estás tramando?

—Mira… Voy a ser claro y directo. Si he venido a verte, cosa que no me resulta de agrado por lo evidente —le señala y le dedica una cutre reverencia—, es para exponerte lo que he descubierto. Y voy a darte nombres.

—¿Ah, sí? —le mira fijamente.

—Thomas y Garret.

—¿Qué pasa con ellos?

—Colaboran directamente con los hombres que buscamos.

—No digas tonterías.

—Garret y Thomas realizaron la inspección ocular antes de nuestra llegada en la escena del hombre podrido. Estaban en la del hombre atravesado por la barra y también en esta última muerte. Apuesto a que no son los únicos escenarios en los que estuvieron antes que nosotros.

»Thomas se quedó custodiando el cuerpo de Seth, esperándonos. Y para colmo, él mismo entró con nosotros al cubo para que la historia transcendiera fuera. Así que el desarrollo de los acontecimientos me obliga a concluir que colaboran directamente con los hombres que están atacando el nuevo departamento de *Inmemorian*.

—¿Esto no será parte de tu lucha permanente con Garret?

—Pero ¿de qué lucha hablas? Conoces muy bien la historia y lo que siempre ha ocurrido. Sabes que no hay lucha, solo un hombre corroído por la envidia que ha aprovechado cualquier cosa para atacarme.

—Continúa. Te repito que tengo cosas que hacer —añade el comisario. Blake y su discurso le aburren.

—Los asesinos pusieron pruebas falsas para que dudaras de mí y para que realizaras la petición de meter a un hombre con nosotros en el cubo, para que este sacara a la calle la versión que sabían que Seth iba a contar. Dime una cosa: ¿de quién surgió la idea?

—Esa información es confidencial.

—No hace falta que respondas. Fue uno de ellos dos. Garret, casi seguro —dice Blake señalándose la sien, haciendo alarde de su intelecto.

—Estás mal de la cabeza.

El detective hace caso omiso y continúa con su explicación:

—También sé que alguien se hizo pasar por mí y le disparó con un arma igualita a esta. —Blake vuelve a mostrársela—. Y sabes… Me está dando envidia. Como la situación siga por estos derroteros, va a llegar un momento que me va a apetecer mucho usarla.

Harry Horn resopla y cambia de postura. Esa no es su silla y comienza a estar molesto. Intenta acomodarse.

—¿Sabes, Blake?… No he conocido a nadie como tú. Podrías ser el mejor detective de… de toda América, diría yo, si no te dejaras llevar por los delirios que te hacen actuar y decidir por libre al margen de todo, y pisoteando la ley. Aun así, reconozco que eres muy bueno. Pero… mírate. Por tu cabeza pasan tantos delirios como ideas brillantes. Cometes tantos fallos como aciertos, y eso no te lo puedes permitir siendo investigador. Te comportas como un crío. Juegas a ser detective sin tener en cuenta las consecuencias. Por eso se agotó mi paciencia y terminó nuestra confianza.

—¿Nuestra? Habla por ti.

—Como por ejemplo, cuando me dijiste que sabías dónde estaba Patty Alonso.

—¡Yo sabía dónde estaba el cuerpo de Patty Alonso! —Blake se pone en pie y golpea con la palma de su mano abierta sobre la mesa. Ese tema le afecta bastante y pierde los papeles—. ¡Si me hubieras respaldado lo hubiéramos encontrado! Pero, por culpa tuya, por no hacerme caso, se llevaron el cadáver.

Horn ni se inmuta.

—El problema es que no sé cuándo estás jugando o dejas de jugar para conseguir tus objetivos. Si pretendes que crea esta vez que Garret, uno de los agentes más veteranos en el cuerpo, y su compañero Thomas están involucrados en este feo asunto, lo tienes complicado. ¿Dispones de pruebas? Si es así te pido que saques toda la artillería para convencerme. Sorpréndeme.

Blake vuelve a sentarse.

—Ninguna, pero las tendré en cuanto hable con ellos.

—Por ahí no paso, Blake. No voy a jugar a tus polémicos juegos. Me da igual en qué te hayas convertido, el mando que te confiere *Inmemorian* sobre mí, y todo lo demás. No apoyaré más tus locuras. ¿Qué esperabas de mí con esta visita? ¿Que redactara una orden de investigación contra dos de mis hombres solo porque necesitas echarle el muerto a otro? ¿Cómo tienes la cara tan dura? Tú eres el que está de mierda hasta los ojos.

—Nunca te pediría una orden. Sabes que puedo enviarles una citación para interrogarles cuando quiera, y que tendrían que cumplir con ella. E incluso puedo detenerte a ti si interfieres en mi trabajo.

—¿En la situación en la que te encuentras? Lo dudo mucho. —Horn mira su forearmphone—. Como sigas ahí sentado mucho tiempo… acabarás quedándote aquí. La orden de detención contra ti estará a punto de emitirse.

—Así que con esas estamos, entre amenazas… —Blake se levanta—. Tranquilo, que no soy tan estúpido de malgastar más tiempo aquí. Ya

me voy. No serás tú quién me encierre dos veces.

—Eso, márchate, pero no muy lejos. Nos vemos luego —dice Horn risueño.

—Qué pronto te has olvidado de quién es Garret realmente, de sus problemas con la dragotina y de todo el daño que hizo a este cuerpo de policía mal resolviendo casos para intentar ser mejor que yo.

—Y tú qué pena que me das. Atacas a un compañero a pesar del tiempo transcurrido, de lo mal que lo pasó, y de que sabes que está limpio. Garret se arrepintió, pidió perdón y ha demostrado durante todos estos años ser un profesional. Ese golpe bajo te retrata.

—El odio y la envidia que me tiene no ha cambiado, te lo aseguro. Es la misma. Y reza para que no me lo encuentre al salir, que voy caliente.

—¿Sabes?… Si evalúo en lo que te has convertido, creo que eres culpable de todo. Y pagarás por ello más pronto que tarde.

—Que te vaya bien el día, Horn.

—Por favor, cierra al salir —le responde en el mismo tono burlón.

Pero a Blake le gusta tener siempre la última palabra:

—En unos días tendrás el informe del caso cerrado sobre la mesa, y te verás obligado a retractarte de forma pública.

La puerta queda abierta de par en par.

Capítulo 33

En un par de horas el día va a dejar de ser soleado, eso anuncia su forearmphone. Si el pronóstico se cumple, el tiempo se complicará pronto. También su situación lo hará. Blake se percata del paralelismo. De eso mismo le habla a Marc mientras el Ford Saturn los lleva hacia el apartamento de Marta. Comparte con su compañero las conversaciones que ha mantenido con Horn y Dantakis antes de iniciar la jornada. Le avisa de lo que hoy va a ocurrir. Después llega el silencio. Marc no encuentra recursos para afrontarlo que vaticina el detective por mucho que se esfuerza. El asunto se ha complicado demasiado.

Al mismo tiempo, Marc reordena en su cabeza una y otra vez los datos que tiene de la muerte de Patterson para enfrentarse con garantías al nuevo encuentro con Marta. Sobre todo sigue dando vueltas a uno de los comentarios que hizo su compañero:

—¿A qué te referías cuando dijiste que quizá no fuera la Easia que Marta y Mike conocían?

—A que quizá alguien o algo se hizo pasar por ella, al igual que se han hecho pasar por mí en el otro caso que investigamos. Es otra solución. No solo coinciden Marta y Mike en que presentó un comportamiento diferente, sino que te recuerdo que, según Slender Robotics, Easia permaneció en el recibidor aéreo toda la tarde. Puede ser que alguien acudiera en un helivehículo al apartamento, que entrara por ese mismo lugar haciéndose pasar por la sexpartner, y que después volviera a escapar por el recibidor mientras que la verdadera Easia permanecía en todo momento en el exterior del apartamento.

La explicación hace sospechar a Marc que quizá su compañero tenga más datos que no ha compartido con él. Solo de ese modo comprendería que se moviera en esas teorías tan avanzadas e inalcanzables para su mente. De lo contrario, el detective estaría imaginando demasiado a partir de muy poco. No obstante, no es quién para dudar de él, no olvida que se trata del inigualable Ron Blake.

—¿De verdad eso pudo pasar? —pregunta incrédulo y sorprendido al mismo tiempo.

—Marta pudo ver a una persona caracterizada como Easia. O, como te he dicho, que no fuera alguien, sino algo.

—¿A qué te refieres? —pregunta Marc, ahora todavía más convencido de que su compañero se guarda información.

—Puede que esto haya sido obra de un realbot.

—¿Un realbot con la apariencia de Easia?

—Solo digo que podría ser. No afirmo que lo haya sido.

—¿Podría existir un realbot con su aspecto?

—Sí. Podría. Pero de ser así, se complicarían mucho las cosas. Estaríamos ante un asesinato de proporciones épicas con la única intención de acabar con el prestigio de los sexpartners de Slender Robotics, y quizá con la empresa.

—Cosa que casi ha sucedido —puntualiza Marc.

—Sí. Tienes razón. Pero solo es una teoría sin demostrar. Esto que estamos haciendo es de lo que te hablo: inteligencia o deducción intuitiva, partiendo de una serie de indicios y de una observación profunda de las reacciones y elementos que hemos visto sin dar por hecho que sean así —le explica el detective—. Solo contemplo teorías plausibles que han surgido de una buena recopilación de datos —señala su forearmphone—. Si existe un realbot idéntico a Easia, se abre ante nosotros un abanico de posibilidades, pues solo puede significar una cosa: que una de las empresas fabricantes de realbots ha copiado la apariencia de la sexpartner para cargarse a la competencia. Estaríamos ante el inicio de una guerra empresarial de las gordas.

—No entiendo lo del abanico de posibilidades.

—Es simple. Ninguna de las empresas robóticas existentes ha hecho pública la producción de realbots, ya que el tema se encuentra en un peculiar vacío legal bastante peculiar. Pero todo el mundo sabe que *Inmemorian* vende las consciencias que algún día fueron abandonadas por sus familiares, a terceros para sus realbots y, por lo tanto, que alguien produce estos… seres, casi humanos.

—¿Seres casi humanos? —Marc cree que a su compañero se le ha ido la olla.

—Bueno… quizá me he pasado un poco. La cuestión es que, de ser así, cualquier empresa robótica podría estar detrás de esto.

—¿Cuántas corporaciones de este tipo existen? —pregunta Marc.

—Si te refieres a grandes, que se puedan considerar competidoras de Slender Robotics en América, y con la tecnología necesaria para fabricar realbots: cuatro. Aparte de Slender Robotics: Fintec Seals, Garamound Factory e *Inmemorian*. Si es cosa de un realbot, cualquiera de ellas podría estar detrás del crimen, boicot, o como lo quieras llamar. Y cuando digo todas, hablo de todas incluyendo a la propia Slender Robotics. Incluso puede tratarse de un ataque encubierto desde el interior de la propia empresa. Esas son las múltiples posibilidades de las que te hablo.

Marc recuerda la imagen de Easia, golpeada y retorcida sobre el

recibidor aéreo. Imagina cómo debía de ser su aspecto en perfectas condiciones. Si existe otra como ella y logran atraparla, será el primer realbot que ve en su vida. Todo el mundo sabe que existen, pero pocos los que tienen constancia de haber estado ante uno, haber compartido palabras con ellos o incluso algún tipo de contacto, aunque lo hayan hecho en más de una ocasión sin saberlo.

—Pero… —A Marc está a punto de estallarle la cabeza—. Esto es solo una posibilidad, ¿no?

—Claro, solo te he contado una lista de posibilidades. Ahora depende de nosotros elegir el camino correcto para avanzar. Si seguirlas o no. Y para ello, ahora que hemos apartado la posibilidad de que Easia haya cometido realmente el crimen, lo primero que tenemos que hacer es descartar que Marta esté relacionada con el asunto.

—¿Qué crees más probable? —pregunta Marc.

—¿Más probable de qué?

—¿Que haya sido cosa de un realbot o una persona caracterizada? —le aclara.

—No me decanto por ninguna de ellas, al igual que no afirmo que una de estas dos posibilidades sea la correcta. Solo pongo la maquinaria a trabajar —dice señalándose la cabeza—. La verdad puede estar muy alejada de estas suposiciones, incluso puede ser que Marta esté metida en el asunto.

—¿Entonces? —Marc no entiende nada.

—Pues recibiremos lo que venga con los brazos abiertos. Solo tenemos que mantener la mente despierta. Y si se trata de Marta, pues pasará una temporada a la sombra, y nosotros habremos resuelto el caso. Así de sencillo.

Blake acciona el despliegue de las hélices para abandonar la concurrida vía magnética y pasar a una paralela con menos tráfico. Para ello ataja sobre una senda exclusiva para bicicletas gravitatorias entre las paredes de dos bloques de edificios que conforman un estrecho callejón que se tiñe de azul con su paso. Realiza la maniobra con especial destreza y, como resultado se incorpora a la amplia vía US Hwy1. El holograma de a bordo le indica que acaba de ahorrar doce minutos de tráfico lento.

Capítulo 34

El Ford Saturn abandona la vía magnética de Savoy Street y asciende por la pared del rascacielos donde se ubica el apartamento de Marta. Los detectives de *Inmemorian* utilizan el recibidor aéreo de la vivienda. Blake maniobra para posar con suavidad el vehículo sobre el centro de la plataforma.

—Parece que no hay nadie en casa —observa Blake.

No ven luz a través de los cristales. La iluminación en el exterior también es escasa. Solo el fulgor de los azulados neones del Ford les permite ver el interior de la vivienda. Las mismas luces que llaman la atención de Marta, que al contrario de lo que creen los detectives, sí se encuentra en casa. En ese momento, la IA del apartamento le avisa de que un vehículo ha llegado al recibidor aéreo. Al aproximarse al ventanal para ver qué ocurre, se encuentra con los detectives.

—Abrir puertas correderas —le demanda a la IA del apartamento para ofrecerles paso.

—¿Por qué tienes todo tan apagado? —pregunta Blake antes de saludar.

—Nira me ha recomendado hacer relajación negra, me ha dicho que me iría bien, y en eso estaba. Anda, pasad. —Las luces del apartamento se encienden—. ¿Qué queréis ahora?

—Estábamos dando una vuelta y nos hemos dicho: «Vamos a saludar a una amiga».

Marta se queda fuera de juego.

—¿Tú qué crees? Seguimos investigando. —Algo llama la atención del detective. Se despista—. ¿Esa es tu instructora de relajación negra? —pregunta señalando a la holovisión, que permanece encendida.

—Sí. ¿Por qué?

—Me dan ganas de practicar a mí también —dice al mismo tiempo que se deja caer sobre el sofá.

Marc se avergüenza del comentario.

—Espero que hayáis avanzado en el asunto y que ya no penséis que yo…

—O sea, que según tú, avanzar en el asunto tiene que hacerme cambiar de opinión. Interesante. —Blake la tantea una vez más.

—He querido decir… que ya tendréis pruebas que me exculpen.

—Pues no te creas. No hemos avanzado mucho, estamos a tope. Otro asunto nos roba la mayor parte del tiempo. Pero no te preocupes, todo llegará. Mientras tanto, he pensado firmar un tratado de paz entre nosotros. —Blake le ofrece un sitio a su lado con un gesto amable. Quiere allanar el camino para pedirle que les permita entrar en el cubo de realidad virtual que utilizó Mike justo antes de morir, aunque el motivo principal de su visita sea otro distinto—. Venga, toma asiento. Hablemos. Estás en tu casa —bromea.

—Muy gracioso.

Marta observa durante unos segundos. Ha visto actuar al detective de varias formas diferentes desde que lo conoce, y duda de si se trata de algún juego. Al final, acepta.

—¿Puedes bajar el volumen de eso? —Blake señala la holovisión, que ha empezado a emitir el noticiero.

—Bajar volumen cuatro puntos —demanda Marta al apartamento.

La IA cumple con la demanda.

Marc también toma asiento sin que nadie le invite a hacerlo.

—¿Dónde está Sonia? —pregunta Blake mirando a todas partes—. Me gustaría que estuviera presente.

—¿Para qué? ¿Qué tiene que ver ella? —dice Marta.

—En realidad nada. ¿Está por aquí?

—No. No está. Ha salido.

—¿Adónde?

—No te importa. ¿Podéis ir al grano y decirme a qué habéis venido ya que me habéis interrumpido? —Marta mira a ambos.

—En realidad, no se debe a nada muy importante. —Blake le quita hierro al asunto—. Solo que hemos descubierto que Sonia y tú estáis enrolladas, y que trabaja contigo en Maniac Corporation.

—Sí, ¿y qué?

—Que como no nos dijisteis nada… Os presentasteis como amigas nada más.

—No nos preguntasteis.

—Ya, pero…

—¡Oye! ¿Qué diablos os pasa conmigo?

—Nada, mujer. Solo que tu marido ha sido asesinado aparentemente por un sexpartner, que se supone que es técnicamente imposible que esto ocurra, y que tú tienes una amante. No sé. Tendrás que permitirme que dude de si me estás contando toda la verdad.

—¿Otra vez? ¿Cómo te atreves a acosarme de este modo?

—Encima trabajáis en la competencia directa de Slender Robotics. ¿Recursos Robóticos, si recuerdo bien?

—Sí. Y puedes hablar con quien quieras de allí si crees que estoy involucrada en algún tipo de loca conspiración. ¿Será posible? ¿Dónde está la eficacia esa de la que hacéis alarde en *Inmemorian*? ¿Cuándo

vais a dejarme en paz y dar algún paso en la dirección correcta? Mi marido ha muerto en manos de Easia y vosotros miráis a otro lado, ¿no os dais cuenta?

Blake no dice nada, espera. Intuye que Marta se va a seguir desahogando. Ha perdido la compostura.

—¿Y si Sonia fuera ajena a todo y solo ha sido cosa mía? —Se burla ella misma de la teoría que acaba de escuchar.

—También cabe la posibilidad —responde Blake.

—¡Joder! Os habéis empeñado en hacerme culpable como sea. ¿No os dais cuenta? —busca el apoyo de Marc con la mirada. Al no recibir nada de él los insulta—. Estáis locos. ¿De esto trata el acuerdo de paz que me has ofrecido?

—Marta, yo estoy tranquilo. Solo quiero hablar un rato —le vacila.

—Hablar de tonterías. Eso es lo que has venido a hacer aquí. —Se levanta nerviosa—. Si tan seguro estás de que he matado a mi marido, ¿por qué no me detienes aquí y ahora?

—Porque no lo estoy. Eres tú quien lo ha dicho, no yo. Venga, vuelve a sentarte.

—Entonces, ¿por qué me tratas así? —Se defiende con los ojos vidriosos—. Aunque Sonia y yo nos enrollábamos, yo quería mucho a mi Mike. —Marta se derrumba.

—¿Ya no lo hacéis?

—¿El qué?

—Enrollaros. Como has hablado en pasado…

—¿A ti qué te importa?

—Va, Marta, tranquila —interviene Marc—. ¿Cuánto tiempo hace desde que Sonia y tú…?

—Al principio solo eran encuentros esporádicos. Desde hace un par de años, nos vemos más. ¿Cómo os habéis enterado?

—Marta, ¿no habrás olvidado que soy Ron Blake?

—Ah, sí, es verdad. El prestigioso detective que no sabe hacer la o con un canuto. Se me había olvidado.

Marc no puede evitar reír.

—Nos ha salido chistosa la tía. —Blake se lo toma también a risa—. Bueno, voy a hacerte unas preguntas. Si tantas ganas tienes de que cerremos el caso, responde la verdad. Mike, tú, o ambos, ¿consumíais dragotina? —pregunta de golpe.

—¡No! ¿Qué tiene que ver eso ahora?

—¿Algún tipo de sustancia ilegal? ¿Os colocabais con algo?

—No. Nada. ¿Por qué me preguntas eso?

Blake decide no responder a esa cuestión por el momento. Sigue a la espera de que Scott pueda dar con algo en los exámenes de Runciter y, además, que le diga qué contienen las ampollas que le ha enviado.

—Cuando nos dijiste que viste en Easia un comportamiento

extraño, ¿a qué te referías?

—El movimiento con el que se apartó de él, una sensación extraña… No lo sé con exactitud. Ten en cuenta que estaba como a tres o cuatro metros de mí. —Marta se levanta—. Mira, yo estaba aquí, y ellos donde estáis vosotros.

—¿Eso son tres o cuatro metros? Por lo menos son seis —corrige el detective.

La holovisión sigue retransmitiendo las noticias del día sin que Blake, Marta ni Marc le presten la menor atención, hasta que, de forma automática, el volumen vuelve a elevarse por la importancia de la noticia.

«Les informamos de que tenemos una noticia de última hora: la comisaría de New Sudbury Street acaba de hacer públicas nuevas informaciones sobre el caso de los cerebros inservibles. El comisario Harry Horn ha informado mediante un comunicado oficial que el reputado detective Ron Blake, emblema del nuevo departamento de criminalística, y quien supuestamente investiga el caso, es sospechoso de formar parte del grupo de responsables de los crímenes que se han producido en Boston durante las últimas jornadas. En la nota de prensa ha especificado que la policía tuvo que llevar a cabo una investigación paralela a la del DCI a partir del hallazgo de varias pruebas que inculpaban al detective.

»Hoy, 15 de enero, nos alertan de que varias pruebas obtenidas por la policía colocan al famoso y polémico Ron Blake como supuesto colaborador directo de estos crímenes, y que con ellos ataca desde dentro el nuevo método de investigación criminal que él mismo lidera, por motivos que todavía se desconocen. Se ha redactado una orden de busca y captura. Se pide colaboración ciudadana para dar con él, ya que de alguna manera ha conseguido desactivar la localización de su forearmphone. La stay web de New Sudbury Street ha abierto una sala de visita para que cualquiera que lo desee pueda informar sobre el paradero de Blake. Se pide también que se extremen las precauciones si se le ve.

»Esperamos poder darles pronto más información sobre el resto de integrantes del grupo que siembra el caos en nuestra ciudad.

»Seguimos con las noticias más relevantes del día: Robert Duglas inaugura hoy el inicio de la construcción del muro de Roxbury Low. Se espera que las obras terminen…».

Blake mira a Marc, que se ha quedado helado.

—Socio, ya ha ocurrido.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunta Marc en voz baja.

—Yo de ti no haría eso —le dice Blake a Marta al verla desbloquear su forearmphone—. Yo no he matado a nadie, ni colaboro con esos asesinos. Me han tendido una trampa.

—¿Y pretendes que te crea?

—Hace rato tú intentabas lo mismo —se defiende Blake.

—Pero… Esto es diferente. En el noticiero han dicho que puedes ser peligroso. Tengo que avisar a… —dice Marta separándose de los detectives de forma lenta camino de su dormitorio.

—Marta, detente. No lo hagas. Piensa. Si hubiera sido yo, te mataría para que no me delatases, y no lo voy a hacer. No soy un asesino. Puedo parecer histérico en ciertas ocasiones, conflictivo incluso, pero siempre lo tengo todo controlado. Nunca he perdido los papeles realmente. Tienes que confiar en mí.

—¿Tú confías en mí? —Le paga con la misma moneda. Lo sigue mirando asustada.

—Cada vez más.

—¿Cada vez más? —responde indignada. Sus ganas de conectar con la stay web que ha facilitado la policía para alertar del paradero del detective aumentan.

—Pero no se trata solo de eso: si me detienen, asignarán la investigación de la muerte de tu marido a cualquier departamentucho de policía, y, con las informaciones que se tienen hasta el momento, no tardarán mucho en detenerte a ti también, hayas o no cometido el crimen. Yo soy tu única esperanza si no has matado a Mike, el único que llegará hasta el final.

—Impresionante, cómo te has suavizado de pronto. —Ahora es ella quien le vacila.

Marc permanece callado. Por un lado asimila la nueva situación en la que se encuentran. ¿Qué pasará cuando salgan a la calle? ¿Pueden hacerlo con garantías? Y por otro lado, no da crédito a la reacción del detective. Es la primera vez que lo ve doblegarse ante alguien, perder la batalla durante un intercambio de palabras.

Blake está casi derrotado. El golpe ha sido certero. Por alguna razón, Marta desecha la intención de comunicar la presencia del detective a la policía. Ella tampoco puede saber a ciencia cierta si le está mintiendo. No obstante, decide aprovecharse de la situación, de su debilidad y jugar sus cartas.

—Venga, animad esas caras —dice Marta—. Pediré café para levantar los ánimos. Todo irá bien, ya veréis. Lo único que no tiene solución es la muerte —dice mirando el portaescenas que hay sobre uno de los muebles, que acaba de cambiar de imagen, y muestra a Mike sonriendo.

Blake decide seguir con lo que han ido hacer allí:

—No queremos café. Si no te importa, mi compañero echará un vistazo en el interior del cubo. La consciencia de Mike nos contó que Easia lo abordó nada más salir de impartir sus clases virtuales.

—¿Lo abordó, dices? ¿Le atacó?

—Lo siento Marta, de momento no puedo compartir los detalles contigo.

—No. No me importa. Podéis ver lo que queráis ahí dentro —Marta lo entiende—. Prepara café para mí —le demanda a la IA del hogar.

Capítulo 35

El universo entero y mucho más, dentro de una recreación virtual. En ese otro lugar, todo lo que se ha imaginado o desarrollado es posible.

Marc entra en la cabina como si se tratara de su propio cubo de realidad virtual. Lo hace como algo a lo que está más que acostumbrado. A pesar de las conexiones por trabajo en el cubo de Cicerone, sigue utilizando a diario el que tiene en el apartamento. Los días que más ocupado está, al menos entra una vez para evitar sufrir los síntomas de la virtnea. Los ha padecido en unas cuantas ocasiones en las que no ha podido pasar las horas necesarias en virtual, las horas a las que está acostumbrado, y no le resulta nada agradable.

Como él, casi todo el mundo dispone de una de estas cabinas en su hogar. La gran mayoría la utilizan para trabajar, realizar compras, viajes virtuales, conectar con personas que viven lejos, pasearse por la stay web… Marc solo le da una utilidad. No ha dejado de jugar desde que, de niño, encontró refugio entre esos cuatro paneles de grafeak, lejos de la desgraciada niñez y mala vida que le daba su padre. No efectúa ninguna otra acción con ella, pues para comprar y realizar cualquier tipo de gestiones prefiere utilizar su forearmphone. No es de pasearse por la stay web.

Blake la sigue. No sabe qué hacer, por dónde empezar. Hay poco que examinar allí. Tan solo son cuatro paredes, así que echa mano de su lupa. A través del cristal de aumento examina al detalle centímetro a centímetro los tabiques del cubo. Encontrar algún tipo de fibra, mancha, o pelo que no correspondiera a ninguno de los usuarios habituales sería algo sensacional; sin lugar a dudas, la mejor noticia para ellos. Aunque sabe que eso no va a pasar, observa su entorno minuciosamente. Si alguien más ha pasado por allí, habrá sido cuidadoso.

—Imagino que tú también utilizabas el cubo para tus cosas, ¿no? —dice Blake a Marta, que no ha llegado a entrar con ellos, dado el reducido espacio. Ella les habla desde la puerta:

—Sí, claro. Para entrar a la stay web, ir de compras… Lo habitual. Pero ¿por qué hablas en pasado?

—Huele a cerrado. —Blake olfatea el ambiente—. De al menos

catorce días.

—No le hagas caso a mi compañero —interviene Marc—. Se está haciendo el graciosillo contigo. Sabemos que no ha entrado nadie desde el día de lo de Mike, porque lo indica el marcador —señala el pequeño cuadrado desde el que se inician las recreaciones y el vínculo con los forearmphones.

—Sí, eso es cierto. Desde entonces no lo he usado. Qué torpe soy con estas cosas. Era él quien se encargaba de su mantenimiento. No me gusta dedicarle mucho tiempo a esto. Lo utilizo cuando me hace falta y ya está.

El detective se lanza al suelo de manera estrepitosa y se arrodilla para escudriñar de cerca el suelo.

—No creo que encontréis gran cosa, mi Mike lo mantenía muy limpio.

—Aparte de para impartir sus clases, ¿lo usaba para otras cosas? —pregunta Marc mientras conecta su dispositivo al cubo y comprueba varias cosas, entre ellas el historial de recreaciones.

—No. Solo con sus alumnos. Por eso cuidaba tanto el cubo. Era su herramienta de trabajo.

Marc comprueba que Marta dice la verdad. Las conexiones coinciden con el horario de clases que Mike les contó que tenía, y fuera de ellas no hay ninguna actividad. Casualmente, también repara en que el último día que estuvo allí fue el único en años que abandonó la clase veinte minutos antes de acabar.

—Aquí no hay nada que ver. —Blake se levanta de manera enérgica y ágil—. ¿Tú encuentras algo?

—Sí. Patterson abandonó antes sus clases —responde manipulando el holograma sobre su forearphone.

—¿Algo que indique el porqué?

—¿Te piensas que esto es una bola de cristal mágica o algo por el estilo? Esto tiene sus limitaciones.

—Vale, vale. Perdona por interrumpir. Te dejo un rato ahí, que sé que te gustan estos trastos. —Blake invita a Marta a seguirle—. ¿Sabes? Mi compañero es un friki de estas cosas. Habrá pasado más tiempo en virtual que en la vida real.

Marta asiente sin mucho interés.

—¿Dónde vamos? —pregunta ella.

—Al recibidor aéreo. Me gustaría comprobar algo. Es un lugar clave, pues supuestamente Easia huyó de ti por esa puerta cuando llegaste a casa —Blake señala la cristalera que da afuera. Decide no compartir con ella el verdadero motivo por el que le interesa volver al recibidor en busca de pruebas. Si se trata de alguien que se hizo pasar por Easia, o de un realbot idéntico a ella, la plataforma del recibidor fue lo último que pisó antes de subir al supuesto helivehículo que la

recogió; por lo tanto, quiere ver con detenimiento el recibidor para intentar recrear en su mente lo que pudo ocurrir. Quizá se convenza sobre el terreno de que está o no en el camino correcto.

Antes de abandonar el salón, la puerta del cubo se cierra con Marc en su interior. El detective se vuelve. La luz exterior indica que su compañero ya está en algún entorno virtual.

Ron Blake pasea lento y pensativo por la plataforma del recibidor aéreo como si nadie le siguiera, mientras Marta le observa con atención. El detective parece estar en su propio mundo, incluso más lejos del lugar donde debe estar Marc en estos momentos. Imagina que las luces azules del Ford Saturn no existen, que tampoco se encuentra allí el vehículo en el que ha llegado. Su mente hace que vea su entorno despejado. Casi seis metros que correr antes de subir al hipotético vehículo que esperaba o pasaba por allí para recoger a la Easia impostora, pues de otro modo, no cree que llegase a posarse si ocurrió así. La casa habría notificado a Marta la llegada de un vehículo. La acción resulta demasiado arriesgada, a no ser, que ella estuviera involucrada y los hechos hubieran ocurrido de diferente manera.

Camina hasta el borde del recibidor aéreo. Se asoma. Miles de ventanas de edificios cercanos y lejanos, las mismas que hoy parecen observarle, podrían haber estado mirando en ese momento aquel día, pero sin saber de verdad lo que estaba ocurriendo en una ciudad hiperacelerada y colapsada de todo tipo de actividad.

Mira hacia abajo. Hay una gran caída. Los gases que emanan de los conductos de residuos de las plantas inferiores crean una bruma que le impide ver la vía magnética de Savoy Street.

En su mente ya ha recreado una de las teorías que pudo ocurrir, al mismo tiempo que ha analizado las probabilidades de que sea plausible. No llega a una clara conclusión. Alguien o algo pudo hacerse pasar por Easia, pero la forma y disposición del recibidor no invita al acercamiento de ningún vehículo si no es para posarse. Al caminar por el lugar repara en ese detalle. La disposición de cuatro gruesos cables que forman parte del sistema de tráfico inteligente, cuya función es proteger las edificaciones ante cualquier pérdida de control aéreo, dificulta en demasía que un helivehículo se aproxime a la plataforma del recibidor aéreo desde un lateral sin posarse en ella. La única forma sería que el vehículo esperara un par de metros por debajo del nivel de la planta, y que la doble de Easia, si realmente existe, se dejara caer entre el hueco del borde de la plataforma y la ubicación del primero de los cables. Algo muy complicado de realizar incluso para el detective.

Blake permanece de espaldas a Marta, al borde del precipicio. Decide jugar su siguiente baza, ponerla a prueba. La mente del

detective no para de inventar cosas extrañas. Si ella es la asesina, o tiene alguna relación con el caso, sabe que cuanto más tiempo pase de pie al borde de la muerte, mirando al vacío, más ganas sentirá ella de deshacerse de él de esa manera tan fácil. Y más ahora que Marc no está presente. Si es culpable se sentirá acorralada. Sobre todo, por una nueva visita de los detectives de *Inmemorian*.

Durante unos segundos, escucha cómo se le acerca por la espalda. Ya no está tan lejos. Y camina despacio, lo que le hace pensar que pueda estar en lo cierto. A pesar de que se encuentra en una situación bastante vulnerable, en la que no es fácil evitar o repeler un empujón de espaldas, justo en el borde, a una altura de ochenta plantas, Blake se siente seguro de sus capacidades. Lo tiene todo controlado y decide seguir jugando. Cree que si lo intenta, él será más rápido y esquivará el envite. Desea con todas sus fuerzas que Marta lo haga. Eso significaría que el caso estaría cerrado y que podría dedicarse exclusivamente al otro asunto que le trae de cabeza. Se disiparían las dudas que sigue teniendo sobre ella. Cada paso que avanza a sus espaldas es melodía para sus oídos. Le encanta encontrarse en esa situación. Disfruta del momento de incertidumbre, de inquietud. Ya casi escucha la respiración de Marta junto a su nuca. Pronto saldrá de dudas. «Vamos Marta, acaba con ese detective pirado que no soportas». Piensa Blake. ¿Sopesará ella lo mismo? La espera se eterniza al borde del precipicio.

Capítulo 36

Martes, 18 de enero de 2095 (tres minutos antes)

Marc sigue explorando las configuraciones del cubo mediante la conectividad de su forearmphone, pero, por mucho que busca, no encuentra nada fuera de lo común. El historial de conexiones sigue un patrón muy definido. Mike se conectaba todos los días de manera puntual para impartir sus clases, y se desconectaba al finalizarlas siempre a la misma hora. Le llama la atención que el acceso a las clases siga estando disponible. Nadie ha cerrado el enlace y, ahora mismo, hay una entrada activa, pues si Mike no hubiera muerto, a estas horas debería estar impartiendo matemáticas de segundo grado en el Wentworth Institute of Technology.

Si quisiera utilizar el enlace podría hacerlo, y aparecería ante los alumnos de Patterson. Al menos, eso es lo esperado. Por un momento la idea se instaura en su cabeza, pero enseguida desecha el pensamiento y sigue paseándose por el sistema. ¿Quién es él para utilizar una conexión que no es suya? Con su mano derecha manipula el holograma de control hasta que se mira todo el historial. El acceso activo vuelve a llamar su atención, le tienta. ¿Y si encontrara algo inusual dentro? ¿Y si está buscando en el lugar incorrecto y tiene delante de sus narices la vía correcta? ¿Y si deja pasar la oportunidad de descubrir algo que solo puede verse allí dentro? ¿Y si la clave de todo está ahí? Por un momento se imagina llevándose la gloria de la resolución del caso y demostrando a su compañero su valía. Eso le motiva, le anima. Y cae bajo el influjo del mundo virtual que le llama.

La puerta del cubo se cierra de manera automática al establecer conexión con la entrada «Clase matinal de matemáticas de segundo grado». Los paneles se iluminan poco a poco. Luego un flash. Y, de pronto, un anfiteatro repleto de alumnos de más de veinte niveles de altura se alza frente a su posición. Marc ha surgido delante de ellos entre una interferencia anómala, para quedarse. No están acostumbrados a que aparezca nadie de esa manera en mitad de una clase. La profesora que sustituye a Mike Patterson también se ve

sorprendida. Los números y algoritmos que ha dibujado en el aire para apoyar sus explicaciones se disuelven. Se hace un silencio sepulcral. Todos observan al recién llegado.

—Buenas, soy Marcus, detective de *Inmemorian*. —Voces de asombro—. Perdonad que irrumpa de este modo. No es común que entremos a investigar así de repente en lugares en los que no hemos sido invitados… Bueno, mi compañero Blake, sí. Supongo que habréis oído hablar de él.

El alumnado ríe. Todos conocen al famoso detective. El virtualshow de Fox Fox Amazing del que fueron protagonistas, y que documentó los primeros casos tras la creación del DCI, se vendió especialmente bien entre los jóvenes.

—Me refería a que no nos vamos colando en espacios virtuales así porque sí. Hace nada me encontraba examinando el cubo de vuestro anterior profesor, Patterson, desde el que se conectaba para daros clase; el acceso estaba abierto y he decidido que era una buena oportunidad para que me contarais alguna cosa sobre él. —Marc incluye a la profesora con la mirada, que lo mira sin saber qué decir ni cómo actuar—. Por cierto, siento mucho su pérdida. Imagino que muchos de vosotros le guardabais estima.

—Hola, detective. Soy la profesora Winta Khalo. Atenderemos tu visita. ¿Qué necesitas saber? —dice con amabilidad la mujer de pelo blanquecino y tez radiante. Marc duda de si su aspecto es real o es un avatar.

La noticia de la presencia de Marc ha corrido como la pólvora entre los forearmphones de los alumnos y, más de treinta que se habían desconectado de la clase, dejando sus asientos vacíos, se han reincorporado. El anfiteatro vuelve a estar al completo.

—Me gustaría conocer mejor a Mike, cómo realizaba sus clases, cómo era su relación con vosotros, si os hablaba de cosas de fuera…

Winta toma la palabra:

—Si te parece, empezaré yo; después daremos paso a cualquiera que quiera hablar. —Se acerca a Marc apartando varios hologramas que todavía flotan en el ambiente, restos de problemas matemáticos resueltos durante la primera parte de la lección—. No lo conocía mucho. Llevo poco tiempo en Wentworth Institute, pero puedo decir que era muy atento con todos ellos. Y buena persona.

—¿Qué contacto mantenías con Mike?

—En realidad, no hablamos nunca. Hace unos quince días que me llamaron para hacer mi primera suplencia. Pero casi puedo decir que lo conozco de tanto que me han hablado de él. —Señala a los alumnos.

—¿Quién me puede contar más cosas sobre Patterson? —pregunta dirigiéndose a la grada. Un alumno musculoso y con un tupé azul

repeinado hacia un lado, sentado en la tercera fila, alza la mano y Marc le da paso—. Adelante…

—Mike se preocupaba de que todos comprendiéramos sus explicaciones y de que supiéramos hacer un ejercicio antes de pasar al siguiente.

—Una buena fórmula para que nadie se descuelgue —añade Marc.

—Algo que se ve reflejado en los exámenes —apunta Winta—. Es la asignatura que menos suspensos tiene, y no por ser la más fácil, te lo aseguro.

Casi arriba del todo, cerca de la última fila, una mujer de mediana edad con el pelo rizado quiere hablar.

—Adelante. —Marc le da el turno.

—Hola, soy Tania. —Se pone en pie.

—Hola, Tania. —Marc es cortés con ella.

—Soy de las más veteranas en este instituto, he acabado siete carreras, y cinco de ellas gracias a Mike. A ese hombre le gustaba enseñar de verdad. No como la mayoría de… Quiero decir… Sin desprestigiar a Winta, claro. Pero es la realidad. Incluso ayudaba a sus alumnos en las materias que impartían otros profesores ajenos a lo que él enseñaba aquí. A mí me caía muy bien, y le cogí mucho cariño. Solo quería decir eso.

—¿Alguien más?

Dos alumnos levantan la mano casi al mismo tiempo.

—Mike habló en una ocasión de programar un día de convivencia. Nos explicó lo que era, que antiguamente se realizaban este tipo de encuentros reales para compartir hábitos sociales, comer y pasarlo bien con compañeros de trabajo, de clase o de diferentes colectivos. Dijo que eso haría piña. Todos nos reímos, a veces hablaba raro. —Se escucha un murmullo. Muchos de los allí presentes rememoran ese momento—, pero enseguida nos explicaba de qué se trataba. Y la verdad es que nos pareció muy buena idea.

—¿Piña? ¿Como la fruta? —pregunta Marc.

—Al parecer solo él conocía esas palabras tan raras —explica Winta.

—Qué bueno. ¿Llegasteis a hacer ese día de convivencia? ¿Hicisteis piña?

El alumnado ríe.

—No. No se llegó a hacer —responde el mismo chico.

—Yo quería decir que Patterson fue el que me animó a matricularme en sus clases, justo en el momento en el que perdí a mis padres —confiesa otro chico con rostro derrotado—. Y se convirtió en mi amigo.

—Áanimo, chaval. Ya verás como gracias a él serás un gran matemático. —Marc cambia de tercio—. ¿Alguien destacaría de Mike

algo negativo? Por lo que veo, era un gran profesional.

—Más que eso —interviene una chica pelirroja que le recuerda a Creta—. Fue el mejor maestro.

Nadie añade nada más. Ninguna mano se levanta.

—¿Conocíais algo de su vida privada?

Casi todos responden negando con la cabeza.

—Quizá tú —señala al chico que acaba de definir a Mike como un amigo.

—No mucho. Conozco el nombre de su mujer, el barrio donde vive, y que era un aficionado a la magia.

—¿A la magia? Eso es nuevo para mí.

—Sí, siempre estaba haciendo sus trucos de magia por aquí —dice un chico que se ha injertado piel de lagarto en las sienes y bajo los ojos siguiendo la moda artgreen.

—Los utilizaba para llamar la atención de los que enseguida os aburrís con las matemáticas —responde otra.

—Oye, guapa, te aburrirás tú —le responde el chico.

—¡A mí no me llames guapa, cara escamada!

Otro alumno, dos filas más arriba, que también tiene esos injertos en el rostro, se levanta de su asiento.

—¿Qué te sucede a ti con nosotros?

—Que sois unos monstruos.

—Chicos, chicos, relajad esos ánimos. Marc no ha venido aquí para que os peleéis. —Winta pone orden—.

Las rivalidades están a la orden del día —matiza con un tono sutil, bastante cerca de Marc.

—Iré al dato que más ha llamado mi atención. Espero que me podáis ayudar. Estáis siendo de gran ayuda, chicos. —Marc se aproxima todavía más a ellos—. Resulta que Mike Patterson abandonó esta clase veinte minutos antes de que acabara, algo que no había hecho en todos los años que lleva como profesor aquí. Imagino que lo recordáis —recibe la confirmación del alumnado—. ¿Sabéis por qué tuvo que irse?

Más de una veintena de alumnos alzan sus manos al mismo tiempo que muchos otros. Todos responden al mismo tiempo y Marc no entiende nada.

—Por favor, de uno en uno. ¿Quién me lo aclara?

Siguen hablando todos a la vez.

—A ver, tú, que pareces tenerlo bastante claro. ¿Cómo te llamas? —Señala a una chica delgada con un vestido de diminutas luces de color rosa y hombreras puntiagudas que permanece sentada en la primera fila.

—Me llamo Siria Payes. Nada más empezar la clase, Mike nos dijo que se encontraba indispuesto, que le perdonáramos si por algún

motivo tenía que abandonar la sesión.

—Y yo recibí el aviso para sustituirle, pero en ese momento estaba preparando otra conexión y no pude. Acabó la clase la jefa de estudios Mauthausen —añade la profesora.

—Así que Mike estaba enfermo. —Marc reflexiona en voz alta—. ¿Estáis seguros? ¿Le visteis mala cara?

La opinión del graderío se divide. Unos matizan que no parecía muy enfermo y otros que ese día la piel de Patterson estaba pálida como la pared.

Marc sabe que eso cambia algo las cosas. ¿Pudo morir Mike a causa de su malestar mientras practicaba sexo con Easia a pesar de que, en un principio, también es técnicamente imposible? Dados a coleccionar imposibilidades, esta es otra a tener en cuenta.

Antes de poder añadir algo más ante los alumnos, Marc se esfuma de la escena sin avisar y sin haberlo solicitado. De pronto, se ve en el salón del apartamento. Pero él no ha finalizado la conexión. Sabe que eso no funciona así y que, de algún modo, sigue en virtual. Las horas y horas que suma a sus espaldas le hacen diferenciar los entornos reales de los que no lo son. Se fija en el estado del nuevo escenario: el salón de Marta. La iluminación es muy diferente a la que había antes de entrar al cubo y Easia está frente a él, esperándolo. Cree saber lo que va a pasar, pero antes de dejarse llevar pausa la recreación desde su dispositivo. Los paneles de grafeak se apagan. En efecto, se encuentra todavía dentro del cubo. Se fija en que son las 11:40. A Mike le debió ocurrir algo parecido. Por algún motivo se cortó la conexión veinte minutos antes de finalizar sus clases y se inició esta otra, la que Marc está a punto de retomar. Una escena que cree conocer, pues ya la ha escuchado antes.

En efecto, todo sucede del mismo modo que narró Mike Patterson desde el cubo de Cicerone. Con la diferencia de que Mike no es ahora el protagonista. Easia se contonea e insinúa para él. Lo mira con deseo, se le acerca. Aunque todo parece muy real, nada lo es. Marc permanece muy tranquilo, sabe que no hay nadie con él en el cubo. De otra manera, no se dejaría llevar por la recreación. Cree que puede ser un modo de descubrir lo que sucedió realmente.

Easia lo aborda, juega con él, le besa, acaricia su cuello con manos y lengua hasta poseerle, mientras su subconsciente, le trae la imagen de Creta y hace que se imagine que está con ella. «¿Por qué no es Xanna la que se cuela sin permiso en su mente? ¿Por qué en su cabeza queda espacio para su sexpartner después del pasional encuentro que mantuvo con Xanna?» se pregunta Marc. Del mismo modo que se culpa por creer que engaña a Creta cada vez que se ve con su nueva amiga, ahora se siente mal por no ser dueño de su mente. Marc necesita autoconvencerse que el motivo de que Xanna haya quedado

relegada a un segundo plano en ese momento, solo se debe a los numerosos encuentros que ha mantenido con Creta, y que por eso la ha visualizado de repente. En ningún momento acepta que signifique que la desea menos que a su sexpartner. No se sentiría bien si descubriera que esa es la realidad. No sería justo. Nadie ha entrado a su vida más fuerte que Xanna.

La recreación continúa. Easia lo lleva al sofá y todo transcurre de la misma manera en la que lo vivió Mike, exceptuando que la pastilla que Easia le mete en la boca no hace efecto, porque en realidad no le introduce nada. Justo en ese momento, la conexión se cierra y Marc vuelve a ver las paredes del cubo. Son las 12 en punto, la hora en la que debería haber acabado la clase de Mike Patterson, ahora impartida por Winta Khalo.

Al mismo tiempo que comprende algo más lo que pudo suceder, le surgen mil preguntas. Pasea su lengua por el interior de su boca para volver a comprobar que no tiene restos de nada. Algo está claro: lo que Mike contó sobre su muerte en el cubo de Cicerone fue lo que le ha mostrado a Marc esa recreación virtual. Una escenografía preparada para distorsionar, o camuflar, la realidad de su muerte. Marc ha descubierto el engaño, gracias a su decisión de utilizar el enlace de las clases de Mike que todavía permanecía activo. Con ello ha avanzado. Pero ahora se acumulan otras muchas incógnitas. ¿Quién ha programado el cubo para que Mike entendiera su muerte de ese modo? ¿Cómo murió realmente Patterson? ¿Tuvo algo que ver el malestar que padecía y que han relatado sus alumnos?

Marc ha quedado más descolocado que antes, si cabe. Sale del cubo con ganas de compartir la información recién adquirida con su compañero, y con la necesidad verse de nuevo con Xanna. Se siente en deuda con ella.

Capítulo 37

Marta no ha actuado como Blake esperaba. Permanece a su lado en silencio, observando las diferentes luminiscencias del tráfico aéreo.

—La cosa se ha puesto fea para los sexpartners.

El detective no responde.

—Y para vosotros —insiste

—No te creas. —Blake le quita hierro al asunto—. En peores me he visto. Hace poco me encerraron en la cárcel sin este —se toca el ala de su borsalino—. ¿Te imaginas? Y mira, aquí estoy.

—Estás como una cabra.

Marc sale al exterior y se une a ellos en el recibidor.

—Blake, tenemos que hablar en privado —le dice imperante en cuanto está junto a él, consternado por lo que ha vivido dentro del cubo. Desea compartir con él la información cuanto antes. Sabe que la acelerada mente de su compañero encauzará su testimonio hacia la dirección correcta en cuando la conozca, y dará respuesta a la mayoría de preguntas que se arremolinan en su cabeza; de ser así, quizá estén más cerca de saber lo que ocurrió con Mike.

El detective percibe en su mirada la importancia del asunto.

—¿Qué hacías en virtual? ¿Dónde has estado?

—Blake, aquí ya está todo visto. Vámonos y te lo cuento. —Se dirige hacia el vehículo con prisa. No quiere que le siga preguntando delante de Marta. Está seguro de que esa información es oro en paño y que debe ser tratada, de momento, solo por ellos.

Marta se preocupa.

Marc vuelve a hacer otro gesto a su compañero para que le acompañe, sin perder ni un solo instante más.

En ese preciso momento, un vehículo especial de *Inmemorian*, réplica exacta del Ford Saturn en el que han llegado, se aproxima de forma brusca a la plataforma del recibidor aéreo y toma contacto.

—Pero ¿qué coño? —Blake y Marta se hacen a un lado para evitar ser aplastados, y Marc, que permanecía ya dentro del otro Ford, asoma medio cuerpo para observar la irrupción de ese segundo aparato. Dos agentes de los servicios especiales de *Inmemorian* bajan del vehículo.

—Ron Blake, Marcus Duval. —Uno de ellos los llama—. Dantakis nos envía a buscaros. Tenéis que acompañarnos, os encontráis en

peligro.

—¿Es por lo que ha salido en prensa? —pregunta Blake.

—En efecto. La policía va detrás de vosotros. También medios de comunicación de todo tipo. Hay que evitar que cualquiera de ellos os encuentre. Rápido, no tenemos tiempo —dice el agente más veterano.

—¿Me he perdido algo? —pregunta Marc.

—Enhorabuena. Ya eres famoso otra vez. Ha salido todo en la prensa —contesta Blake.

—¡Joder! —exclama Marc—. ¿Y ahora qué?

—Si Dantakis ha enviado a estos hombres a por nosotros, significa que tiene algo preparado. Así que no queda más remedio que ir con ellos. Configura el Ford para que se recoja en piloto automático y entra aquí conmigo —demanda Blake mientras se acerca al vehículo que ha llegado a recogerlos.

Marta observa estupefacta. No quiere ni imaginar qué pasará en su recibidor si llega la prensa o la policía, y mucho menos si los detectives son interceptados allí mismo durante su huida.

—Marta, volveremos a vernos pronto —dice el detective a través de la puerta abierta mientras se acomoda en el asiento.

—¿Dónde? ¿Seguirás investigando? —pregunta ella.

—Por supuesto. Recibirás noticias mías.

El Ford Saturn de los detectives abandona la plataforma aérea sin ningún ocupante en su interior y emprende el regreso al DCI. Antes de reunirse con su compañero en el otro vehículo, Marc se asegura de haber establecido la ruta correcta mediante la telemetría de su forearmphone. Segundos más tarde, se despide de Marta con un leve movimiento de cabeza y se reúne con Blake.

—La cosa debe estar muy fea para que vengáis con estas prisas —dice Marc al ver la velocidad con la que alza el vuelo y se incorpora al tráfico aéreo el nuevo Ford que les da cobijo.

—Sí, bastante fea. El jefe os espera para daros instrucciones.

—Y tú, ¿qué coño has descubierto para salir con ese careto de susto del cubo? —pregunta Blake a su compañero.

—Tenemos que hablar de ello en privado —dice Marc sin quitar ojo a los hombres que los acompañan.

—¿Acaso te crees que disponemos de todo el tiempo del mundo, o que tendremos un momento de tranquilidad a partir de ahora? ¡Venga! Te estoy esperando.

Marc comparte con él toda la información que ha recabado de Winta Khalo y de los alumnos con todo detalle. Le recrea las conversaciones que tuvo con ellos, las cosas buenas en las que coincidían sobre Patterson, en cómo retrataban su personalidad, su forma de tratarlos…

—Ese día Mike dijo en clase que se encontraba indispuesto, e

incluso avisó de que le tendrían que disculpar si en algún momento le tocaba abandonar la sesión virtual —sigue relatando Marc—. Lo que más me llama la atención es que salió de la clase a las 11:40, según el historial de conexiones, justo cuando la recreación me sacó a mí también y se inició la segunda parte.

—¿De qué segunda parte hablas? —pregunta el detective.

—Aunque la actividad en el cubo parecía haber finalizado, no fue así. Pude comprobarlo pausando la segunda recreación, la que me mostraba saliendo del cubo, aunque en realidad no lo estaba haciendo ¿Y a que no adivinas qué? Que Easia me esperaba insinuante, del mismo modo en el que Mike nos contó que lo esperó a él.

—¡No me jodas!

—Sí. Y luego el cubo siguió recreando todo lo que nos contó Mike, pero conmigo de protagonista.

—Entonces… ¿te lo montaste con Easia?

—Se puede decir que sí. Sabía que me encontraba en virtual, que no podría pasarme nada malo, y simplemente me dejé llevar por el bien de la investigación.

—Claro, por el bien de la investigación. —Blake muestra una media sonrisa—. Me parece que te estás espabilando demasiado rápido.

—Y al final me introdujo esa extraña pastilla contra mi voluntad. Pero no fue real —explica Marc abriendo la boca de par en par con sus dedos.

El detective reflexiona:

—Eso significa que alguien programó el cubo para sacarlo a la fuerza de sus clases y que creyera estar viviendo un encuentro real con Easia, cuando en realidad seguía siendo una recreación, para que cuando hablásemos con la copia de su consciencia nos contara lo último que creyó ver antes de morir.

—¡Sí! ¡Eso es!

—Pero no me cuadra lo de su malestar —dice Blake.

—Pero… ¿crees que pudo morir de otra manera? No debemos olvidar que ese día a Mike ya le ocurría algo. Se encontraba mal —recuerda Marc.

—Si murió por otro motivo… ¿Por qué alguien se tomó la molestia de hacerle ver en virtual que Easia le introducía una pastilla en la boca? —pregunta para sí mismo Blake.

—Tú lo acabas de decir, para que nos contara eso. Aunque, ahora mismo, eso no tiene sentido alguno para nosotros —especula Marc.

—Quizá alguien lo envenenó mucho antes, y por eso se encontraba mal. —El detective sigue con sus elucubraciones.

—Pues es verdad, no lo había pensado. —Va a remolque de las deducciones de su compañero.

—O quizá, el verdadero asesino esperó dentro del cubo con un traje

de Fierto Tai, de esos que te hacen invisible en entornos virtuales, para introducir la sustancia tóxica que sabía a maguey en la boca de Mike en el momento exacto, cuando él veía a la Easia virtual haciendo lo mismo.

Otra nueva deducción que deja con la boca abierta al aprendiz de detective.

Ron Blake no suele desvelar el camino que toma su mente, las operaciones que realiza para llegar a teorizar una u otra cosa, pero el porcentaje de acierto le avala. Sus métodos de intuición deductiva, de los que tanto alardea, son efectivos. Por eso, Marc no descarta que su compañero pueda estar en lo cierto a pesar de que la acción que acaba de describir forme parte de su colección de teorías más rocambolescas. Aunque lo que ha contado crea muchas otras incógnitas, resulta algo plausible. No tiene razones para dudar de él. El detective está hecho de otra pasta. Su mente es especial. Lo ve cada día.

Blake continúa divagando:

—Y si eso resulta ser cierto, todo cobraría algo de sentido, ya que la textura y el sabor no se captan en virtual. Eso fue real para Mike.

—De ese modo, alguien estaría interesado en hacernos creer a todos que Easia asesinó a su usuario envenenándolo —teoriza Marc.

—Sí. Como ataque directo a los sexpartners de Slender Robotics. Veo que vas aprendiendo. Así se refuerza mi teoría de que detrás de esto se encuentra alguna de las competidoras que quieren boicotear la empresa.

—¿Y cómo encajaría Marta en esto? —pregunta Marc.

—¿Te refieres a su versión?

—Sí, claro. Ella nos contó que vio a Easia encima de Patterson al llegar del trabajo.

—Pues, para tu asombro, creo que he acertado otra vez. Podríamos estar frente a una combinación de ambas versiones. Que Marta viera a una doble de Easia acabar el trabajo fuera del cubo, justo después de que la supuesta persona vestida con el traje de Fierto Tai le envenenara antes de su llegada. —Le guiña un ojo.

—O que siga mintiendo —añade Marc para intentar hacerle dudar. No le gusta cuando su compañero adquiere esos aires de suficiencia con él.

—Bueno… No tenemos ninguna prueba ni de una cosa ni de otra, pero no descartes que esté en lo cierto.

—Todavía contemplamos todas las posibilidades, ¿no? —Marc se la deja caer. Le ataca con su misma filosofía.

Mientras Blake y Marc continúan sumidos en su particular guerra dialéctica, los agentes especiales que los acompañan permanecen en silencio, atentos al tráfico aéreo que muestran las cámaras exteriores y concentrados en el itinerario establecido. Solo les importa cumplir con

la misión que les ha encargado la cúpula de Dantakis, la cual ya está trabajando en un plan para proteger a los detectives durante una temporada y librar a Blake de que sea detenido por la policía.

El tráfico de helicámaras policiales se ha intensificado. Los medios de comunicación también han sacado todo su arsenal para tratar de conseguir las primeras imágenes de Blake. Durante la vuelta al DCI se encuentran con alguna de ellas. Por suerte, no reparan en la posibilidad de que la pareja de detectives vaya dentro de ese Ford. Eso los mantiene a salvo. Los agentes especiales de *Inmemorian* creen que no será necesario realizar ninguna maniobra aérea de despiste, así que dirigen el Ford Saturn hacia la vía magnética. El vehículo se mezcla con los demás vehículos magnéticos y sus azuladas estelas entre las calles más coloridas del Chinatown Gate.

Capítulo 38

Varias de las helicámaras que se han puesto a trabajar dan con el Ford Saturn que regresa a *Inmemorian* de vacío por orden de Marc. La numeración identificativa ha sido la responsable. Los periodistas, que desde sus asientos, muy lejos de allí, las manejan por control remoto, las ponen a grabar y a perseguirlo. Piensan que ya tienen la exclusiva. En cambio, la pareja de detectives llega a su lugar de trabajo mucho antes de ser vista.

En pocos minutos, decenas de medios de comunicación se amontonan en los alrededores del monolito negro que reina en el centro de la ciudad para emitir en directo sus imágenes. Que después de todo lo acontecido, *Inmemorian* otorgue protección a Blake, ha provocado cierto revuelo social.

El carismático detective colecciona una gran masa de fans, pero también muchos detractores que no olvidan los métodos y prácticas que empleó para resolver los primeros casos tras la creación de DCI. Esa gente no lo puede ver. Siempre que tienen la ocasión, se unen a los movimientos de protesta contra él y el departamento. Muchos de ellos vienen de la corriente de pensamiento instaurada en la ciudad desde años atrás, en contra de que *Inmemorian* juegue a revivir a los muertos.

Más de doscientas personas se agolpan y proyectan sus hologramas de protesta frente a la puerta de *Inmemorian*. Con ello dificultan la entrada de los usuarios habituales del día. Algunos incluso los increpan. El ambiente se caldea. Los gritos van en aumento. Los más violentos se desahogan con el mobiliario urbano de la explanada que rodea el rascacielos, mientras que la gente que acude allí para conectar con algún ser querido y consigue traspasar el tumulto, tiene que refugiarse rápido dentro de las instalaciones. El buen comportamiento nunca ha sido el fuerte de la gente que aprovecha la mínima ocasión para protestar contra el copiado y la recuperación de consciencias de personas que perdieron la vida.

Casi todos los canales de holovisión emiten las imágenes que graban sus helicámaras en directo. Los programas más populares, incluso han preparado sus propios aparatos voladores para alcanzar la altura de la planta donde se ubica el departamento de criminalística,

donde ningún otro vehículo además de los Ford Saturn tiene capacidad para llegar. Los que lo consiguen tienen mayor audiencia, se reparten el visionado de más de la mitad de la población, que ha parado sus actividades cotidianas con la esperanza de ver en algún momento a Blake aparecer para dar explicaciones.

Desde hace mucho tiempo, los cuerpos y fuerzas de seguridad están obligados a actuar como subordinados de *Inmemorian*, algo que choca ahora mismo con sus intenciones. Si los detectives están siendo protegidos por la empresa y por sus intocables agentes especiales, no hay nada que hacer. No obstante, una veintena de agentes del cuerpo policial de Sudbury Street, junto a varias patrullas de refuerzo de otras comisarías, también rodean el edificio. Ahí están, aunque mantienen muy pocas esperanzas de poder actuar.

Algo está cambiando. Por primera vez desde que se recuerda, la policía planta cara a Fisher Dantakis con el objetivo de poder colocar a Blake ante un juez. La comisaría de New Sudbury ha iniciado una investigación paralela a consecuencia de las informaciones que colocan al detective como miembro del grupo de asesinos que siembra el terror en la ciudad.

Marc no puede creer la situación en la que se encuentran. Nunca habría imaginado que escucharía decir a Fisher Dantakis lo que les ha transmitido durante el encuentro privado que han mantenido con él nada más llegar. La situación es la siguiente: dado el revuelo que se ha originado en la calle y a la intensa vigilancia que llevan a cabo los medios y la policía, deben resguardarse en el edificio durante una temporada. Al menos unos días, hasta que la prensa se relaje un poco y la policía retome sus rutinas.

La cúpula de Dantakis ha creado un plan de actuación que tiene como principal objetivo proteger a los detectives mientras estos siguen investigando para intentar resolver el caso y lavar así la imagen del departamento. El plan incluye que Blake debe olvidarse durante un tiempo de su preciado y característico atuendo. Él y Marc deberán llevar otras ropas para pasar desapercibidos. Saldrán por separado y solo para lo fundamental, con objetivos muy marcados y precisos. Las investigaciones fuera de *Inmemorian* serán breves, directas y, de momento, irán custodiados por grupos de agentes especiales de incógnito que cuidarán de ellos en la distancia, por si algo se tuerce, o por si la policía se lanza a detenerlos.

Mientras la cúpula de Dantakis no dé el visto bueno para realizar algunas de estas incursiones fuera de la sala del departamento, Marc y Blake deben permanecer confinados, consultando datos e investigando desde sus respectivos puestos de trabajo. No les queda otra.

Pero ese no es el único frente que altera el día en Boston. En la

extensa área peatonal, bajo las columnas que sustentan la enorme vía magnética de US Hwy1, se lleva a cabo una manifestación contra los sexpartners. El llamamiento que los ha congregado allí está siendo muy seguido. No para de llegar gente. Ya son varios miles los que pretenden recorrer el trayecto que los separa de la empresa productora de sexpartner para pedir que se interrumpa su fabricación hasta que se dé con el fallo que ha provocado que Easia asesine a Mike Patterson.

Desde que el suceso se ha hecho público, el miedo se ha instalado en muchos hogares. Se disparan los testimonios que aseguran comportamientos extraños de sus compañeros sexuales. Algo que contrasta con el tiempo anterior a la muerte de Patterson, cuando todo eran palabras positivas y halagos hacia ellos. Un gran porcentaje de la población ha dejado de confiar en sus sexpartners.

Blake y Marc se reparten el trabajo. Mientras el detective repasa y ordena las últimas informaciones sobre el caso de los cerebros inservibles, Marc sigue en directo, mediante varios hologramas desplegados a su alrededor, las retransmisiones que apuntan hacia el monolito que les da cobijo, y las que siguen la protesta que se ha iniciado en US Hwy1. Al mismo tiempo, ordena en su pantalla las últimas averiguaciones que ha obtenido durante su incursión en virtual en el cubo de Mike.

Margaret suministra a la pareja de detectives todo lo que le solicitan y necesitan. Accede al sistema para responder algunas preguntas que le realizan, la mayoría referentes a estadísticas y datos del archivo policial. Sabe que sus compañeros se encuentran en una situación crítica. Sobre todo el detective.

El siguiente paso es visitar la peluquería Hair Strong. Así lo solicita Blake a Dantakis, a pesar de la que hay montada fuera. No quiere perder ni un instante. Si Horn le transmitió a Dantakis, que uno de los peluqueros les contó que le cortó el pelo para conseguir que Thomas entrara al cubo con ellos, tiene que entrevistarse cuanto antes con esa persona que dice haberle cortado el pelo.

Obtener el testimonio de ese peluquero es primordial para Blake, pues el individuo que lo suplantó fue quien disparó a Seth dos veces. Completó su jugada dejándose ver por allí. ¿Qué mejor que cortarse el pelo en Hair Strong para relacionarlo una vez más con el crimen?

Pero la petición de Blake no da resultado. Fisher Dantakis entiende la trascendencia de lo que le solicita el detective, pero desecha de momento cualquier salida al exterior, ya que sería imposible realizarla con mínimas garantías debido a la multitud congregada en las inmediaciones del edificio. Eso sin contar a los medios, que siguen al acecho de lo que pueda ocurrir. Les guste o no, por ahora la pareja de

detectives está obligada a esperar a que todo se calme un poco. No tienen más remedio que investigar desde dentro del departamento con los recursos de los que disponen.

Capítulo 39

Miércoles, 19 de enero de 2095

Algunas de las copias cargadas en el cubo de Cicerone aguantan más de una sesión. No obstante, Blake tiene sus dudas sobre si pueden volver a usar la ficha que guarda la consciencia de Mike.

La primera vez que hablaron con Patterson, apareció columpiándose en el entorno difuso de un parque infantil, donde la oscuridad los confinaba más y más conforme transcurrían los minutos. El estado de la recreación no era el más óptimo. La escena parpadeaba y los elementos se esfumaban. La forma en la que terminó el contacto es lo que más hace dudar a Blake. Cuando la imagen de la persona simula que se desvanece de algún modo, significa que a la información que contiene la ficha le ha ocurrido algo parecido. En esos casos, la posibilidad de tener una segunda oportunidad con él es remota. Lo ha aprendido después de muchos contactos de este tipo. No obstante, ante la imposibilidad de seguir investigando fuera cualquiera de los dos casos, decide intentar un nuevo contacto con la copia de la consciencia de Mike. No tiene nada mejor que hacer, y por probar no pierde nada.

Después de revisar una y otra vez el archivo policial, de releer los detalles de la muerte de Patterson y de repasar los hallazgos que ha realizado hoy su compañero frente a los alumnos del profesor de matemáticas, se siente impotente. Está aburrido y cansado de embarcarse en hipotéticas especulaciones que no le llevan a ninguna parte y que le empiezan a resultar meras divagaciones. Por ese motivo, comparte con Marc y Margaret sus nuevas intenciones.

Ahora tienen mucha más información que al principio. No le gustaría quedarse con las ganas de preguntarle a Patterson por lo que le hacía sentirse indispuesto ese día antes de entrar a sus clases, o por el motivo por el que no le comentó nada de ello cuando le preguntó si había notado algo raro durante los días anteriores a su muerte. «¿Sucedió algo fuera de lo habitual en tu vida durante los días previos?», recuerda que le dijo. ¿Por qué no le habló de que ese día se encontraba mal?

También le gustaría informarle de que lo que creyó ver antes de morir no fue real, sino virtual, para testar su reacción. Aunque su fuerte no sea la delicadeza, está pensando la manera de ser cauto, de decírselo sin ser demasiado brusco. Todo esto en el caso de que pueda establecerse un nuevo contacto. Incluso está deseando preguntarle por los Vernard y el tipo de relación que tuvo con ellos. Ahora que los ha conocido y que tiene varias informaciones sobre la mesa, le interesa contrastar testimonios.

—Ha habido suerte. Ya está todo listo —informa Margaret.

El detective lo celebra.

Marc y Blake abandonan sus respectivos puestos de trabajo y se dirigen hacia la puerta del cubo de Cicerone, instalado en el centro de la sala, justo al lado del holograma de Margaret.

—He hecho lo que me has recomendado. —Margaret se dirige a Blake—. He reciclado los archivos huérfanos y restaurado la base de datos que grabamos en mi memoria cuando realizamos el copiado. Si funciona, no recordará nada del anterior contacto. Será como la primera vez. —La esfera de luz fluctúa al compás de su voz.

—Buen trabajo, nos parece genial —responde Marc a su tía.

—Eso es, bien hecho —repite el detective.

—Blake, no te hagas ilusiones, que te conozco. Puede no funcionar.

—Menos cháchara y probemos —dice entrando en el cubo.

—Una última cosa —alerta Margaret. Su voz se transfiere de pronto al interior de los paneles de grafeak que revisten el cubo por dentro. Marc también entra—. Si funciona, dispondréis de mucho menos tiempo que la primera vez. He encontrado archivos dañados que afectan al núcleo de tiempo. Tendréis que ser rápidos.

—¿De cuánto tiempo hablas? —pregunta el detective.

—No se puede saber con certeza. La conexión podría cortarse en cualquier momento. Pero si va bien, tenéis entre cuatro y ocho minutos.

—¡Joder! —se queja Blake—. Eso es muy poco.

—Bueno… Intentaremos hacer lo que se pueda. —Marc trata de motivar a su compañero.

El detective recapacita rápido:

—Bueno, menos es nada. Intentémoslo, a ver qué sale de aquí. —Cierra la puerta de manera manual.

Desde las paredes todavía visibles, Margaret reproduce sus últimas palabras antes de desconectarse de la retransmisión. Conexión en tres, dos, uno… Estamos dentro.

Aparece un niño arrodillado sobre un césped mustio. Está triste, cansado y abatido. Al lado, el columpio de cadenas oxidadas que Marc y Blake ya conocen mantiene un suave vaivén. La consciencia de

Patterson vuelve a recrear ese borroso y siniestro parque infantil, en el que no hay un terreno definido para pisar. La pareja de detectives permanece en otra especie de isla de hierba marchita a varios metros de él. No hay nada más entre ellos. Tampoco pájaros ni otros elementos. En esta ocasión, ni árboles. Solo la oscuridad y unas extrañas interferencias los acompañan.

—¿Te has caído del columpio? —pregunta Marc al niño.

—No lo sé. —Patterson levanta la cabeza para dirigirse a ellos. Después mira el armatoste de hierro oxidado.

—¿Por qué abandonaste la clase antes el día de tu muerte? —pregunta el detective a bocajarro. Tiene muy presente que no puede perder ni un instante.

El niño lo mira extrañado. No ha entendido la pregunta.

—¡Oye! ¡Espabila, reacciona! —Blake chasquea los dedos—. Tus alumnos nos han informado de que ese día te encontrabas indispuesto. ¿Estabas enfermo o algo por el estilo? —Tiene prisa por conseguir respuestas.

—No lo recuerdo.

—¿Por qué saliste antes de tus clases?

—¿Mis clases? No sé de qué me hablas. —Patterson permanece arrodillado sobre la hierba, como si no tuviera energía. La oscuridad se adueña poco a poco de él.

—¿Puedes levantarte? —pregunta el detective para intentar reavivar el sistema.

—No. No puedo.

—¡Joder! Nos harías un gran favor si te esforzaras en recordar. ¿Cómo te llamas? —le pregunta para al menos asegurarse de que recuerda lo más básico de él.

—Mike Patterson.

—¿Qué más recuerdas de tu vida?

—Que estoy muerto y…

Silencio.

—¿Y? —insiste.

La imagen de Mike parpadea.

—¡Mierda, se nos va!

—Tiene pinta de no recordar nada de nada —añade Marc.

—¿No me digas? —responde Blake con enfado—. Recuerdas tu encuentro con Easia, ¿o tampoco?

—Quién es Easia, ¿quiénes sois vosotros?

—Tócate las narices. ¡Marge! ¿Qué coño le has hecho a la consciencia de Mike?

—Te he avisado de que podría no funcionar. —Margaret interviene en la recreación.

—Este inútil no nos sirve de nada.

—¿De dónde surge la voz? ¿Quién es esa mujer que habla? —pregunta el niño mirando hacia todos lados.

—Ni te molestes —dice Blake a su compañero mientras abre la puerta en mitad de la sesión. La luz del exterior se cuela en el cubo de Cicerone y barre la recreación virtual. Lo último que quedaba de Mike Patterson ha pasado a la historia. Ni su voz ni su imagen, ni tan siquiera el triste y desamparado niño que se han encontrado, volverán a conectar con el mundo al que un día pertenecieron.

Capítulo 40

Viernes. 21 de enero de 2095

La evolución que experimentan los casos, en concreto el inesperado giro de guion que los ha obligado a confinarse en *Inmemorian*, mantienen a Marc apartado de Xanna justo cuando más necesita encontrarse con ella para deshacerse de sus remordimientos. Desde que la imagen de Creta apareció en su subconsciente mientras se dejaba llevar por la recreación del cubo de Mike Patterson, se ha instaurado en él una falta de aire persistente, que se acentúa cuando dedica tiempo a pensar en Xanna y en lo que experimentaron hace días. También cuando habla con ella vía forearmphone.

La echa de menos. La espera se está haciendo larga. El contacto que mantienen a diario mediante sus dispositivos, siempre a horas intempestivas, es insuficiente, no sacia su deseo. Tampoco el de ella. Ambos esperan que todo se arregle cuanto antes para volver a compartir cosas juntos. Necesitan mirarse a la cara sin tecnología de por medio, tocarse, tenerse cerca, disfrutar del mundo mágico que el amor ha construido para ellos.

Después de tres días sin salir de *Inmemorian* y seis sin verla, ha solicitado a la cúpula de Dantakis la posibilidad de tener una cita con Xanna. No obstante, dada la situación en la que se encuentran, es demasiado arriesgado llevar a cabo un encuentro en algún lugar de la ciudad. El propio Dantakis se muestra reticente en un primer momento.

La cúpula del presidente de *Inmemorian* tampoco ve conveniente, ni primordial, responder a las necesidades amorosas de Marc invitando a Xanna al departamento, como ha propuesto él mismo en segunda instancia. Después de la intromisión de Thomas, han determinado proteger al máximo la sala de trabajo de los detectives y mantener bajo el más estricto secreto lo que sucede allí a partir de ahora. Si hay algo de lo que Fisher Dantakis se preocupa al máximo, es de garantizar la seguridad de cada uno de los lugares bajo su competencia y de sellar las vulnerabilidades que surgen en ellos.

Otra cosa de la que se preocupa Dantakis es del bienestar de las

personas que trabajan para él. En especial, le importa que sus socios y operarios favoritos se sientan cómodos y a gusto desempeñando sus funciones. En ese sentido, Blake y Marc se llevan el premio gordo. Forman parte de su nuevo y recién estrenado juguete: el DCI. Por eso, sigue pensando en cómo satisfacer la necesidad de Marc.

La cita se llevará a cabo en el Coffe Fitt, dentro de las instalaciones de *Inmemorian*. La cafetería para clientes está ubicada en la zona norte del amplio entresuelo, justo detrás de una de las cuatro columnas que soportan el peso del voluminoso rascacielos. Cada mañana, el local se encarga de servir desayunos y todo tipo de bebidas a los clientes, antes o después de su cita en el querytorium.

Cuando los informativos dijeron que Blake estaba implicado en los asesinatos, Xanna presionó a Marc todo lo que pudo y más para que le contara todos los detalles de lo ocurrido. Aunque ella intuía que eso no podía ser cierto, necesitaba quedarse tranquila, saber que ambos estaban bien y que no ocurriría nada malo. Marc no tuvo más opción que hablarle sobre el tema. La insistencia de Xanna hizo el resto. Ahora conoce los motivos por los que la pareja de detectives tiene que permanecer confinada y casi todos los pormenores del caso de los cerebros inservibles. Por otro lado, Xana también ha sido informada de los condicionantes de la cita para garantizar la seguridad.

Aunque no está conforme con la situación que los mantiene separados, ni con el tiempo que el oficio de Marc les roba para estar juntos últimamente, en ningún momento la cuestiona, sino todo lo contrario, se interesa por las investigaciones y la acepta. Xanna pertenece a ese grupo de personas curiosas con afán de explorar e investigar cualquier cosa. Quizá por eso, vive de manera intensa todo lo que sucede.

Tras un encuentro de lo más sentido y un puñado de besos y abrazos, toman asiento. Marc y Xanna disfrutan de la intimidad que le ofrece el local, que a esas horas está casi vacío. Solo los acompañan tres empleados, que toman un refrigerio unas mesas más allá, y un agente especial de los servicios de *Inmemorian*, que vela por la seguridad del aprendiz de detective.

Un robot con forma humana de cintura para arriba, vestido con chaqueta y camisa con el logotipo de la cafetería, se aproxima a toda velocidad sobre unas ruedas diminutas. Su detallada vestimenta y el tosco bloque estructural que le da sustento contrastan como la noche y el día.

—Bienvenidos al Coffe Fitt. ¿Qué queréis tomar? —pregunta el robot de servicio.

—Un par de cafés media distancia —responde Xanna por los dos.

El robot se retira igual de rápido que ha llegado y, un par de minutos más tarde, regresa con las dos tazas.

—Cuéntame, ¿qué pasó con Mike en el cubo? —pregunta Xanna.

—No funcionó. Marge intentó depurar los datos de la ficha para el contacto, pero lo que quedaba de la consciencia de Patterson no pudo recordar nada.

—¿Nada de nada?

—No, ni siquiera recordaba su encuentro con Easia.

—Au. Pues qué rollo. Podría haber resultado útil.

—Encontraremos respuestas por otra vía. Seguro.

—Guaau. Te encuentro bastante animado —responde Xanna, que no está acostumbrada a escucharle hablar con tanta confianza y positividad—. Empiezo a creer que te ha sentado bien estar sin mí —bromea.

—No digas tonterías —Marc se inclina sobre la mesa para regalarle un beso.

Xanna lo siente como el primero, está totalmente entregada. Todavía no se ha acostumbrado a esos gestos de Marc que durante tanto tiempo ha esperado.

—Hoy Blake visita la peluquería Hair Strong para hablar con los peluqueros sobre su supuesta visita.

—Au. Quieres decir… ¿del hombre que se disfrazó de él?

—Sí, claro. Tiene intención de interrogar al peluquero que le cortó el pelo. Quizá encuentre alguna pista o pueda conseguir descripciones que nos lleven hasta ese hombre.

—¿Pensáis que forma parte del grupo que está jugando con vosotros y que lleva a cabo los asesinatos?

—Sí. Claro. No hay duda.

—¿Cuándo regresará?

—¿Quién?

—¿Quién va a ser? Blake.

—No lo sé. Cuando termine, o cuando a él le parezca. Ya sabes lo impredecible que es.

—¿Crees que podré conocerlo?

Marc frunce el ceño.

—Ya te he dicho que no es como te imaginas. Te desilusionarías. La imagen que se ha construido en holovisión difiere mucho de…

—Eso ya me lo has dicho, pero es que quiero saber cómo es en persona. Se trata de tu compañero.

—No creo que sea buena idea.

—Au. ¿Por qué?

—Porque no se mueve bien en las distancias cortas.

—Seguro que exageras.

—Si luego no te cae bien, o no lo soportas, quiero estar libre de responsabilidades.

—Trato hecho. —Xanna le extiende la mano para cerrar el acuerdo.

En vez de aceptarla, Marc se levanta con energía, la abraza y la besa con pasión. Xanna sigue sin creer el cambio que ha experimentado Marc. Lo quiere, lo ama.

—¿Será hoy cuando lo conozca? —pregunta entre besos y risas.

Marc le hace cosquillas.

Al término de la cita, Marc acompaña a Xanna a la salida. El agente que vela por la seguridad del aprendiz de detective camina tras ellos desde cierta distancia, al mismo tiempo que informa a la cúpula de Dantakis de que el encuentro ha llegado a su fin.

Todo ha salido bien. Ninguno de los clientes de *Inmemorian* ha mostrado movimientos sospechosos durante la cita. Ni siquiera el agente, que ha permanecido muy atento, ha percibido ninguna mirada indiscreta. Eso favorece a Marc, que sabe que en caso de que no se solucione todo pronto, al menos podrá tener más encuentros con Xanna. Todavía no se han despedido y ya espera con ansia el próximo encuentro.

La prensa colapsa las inmediaciones. Cada vez más periodistas de carne y hueso se suman al despliegue de helicámaras y de aparatos de todo tipo que apuntan sus objetivos hacia el monolito. El gentío hace que Xanna se sienta vulnerable al abandonar las instalaciones, mientras camina por la explanada descendente hacia su vehículo magnético. Puede estar siendo el centro de algunas miradas sin saberlo, incluso que alguien haya descubierto que acaba de verse con Marc. Espera que no sea así, pues teme la posibilidad de ser abordada en cualquier momento por algún periodista o helicámara. En cambio, eso no sucede. Su visita ha pasado totalmente desapercibida, como si fuera un usuario más de *Inmemorian*.

Xanna camina por la colorida vía para peatones que la lleva hasta el parking donde ha dejado su Ion Pirineo, ajena a que alguien, que no tiene nada que ver con los medios de comunicación, observa todos sus movimientos. Una figura masculina, que tapa su rostro con una capucha, camina tras ella en la distancia. Simula que viene de *Inmemorian*, como ella, cuando en realidad ni ha entrado, ha permanecido todo el rato esperándola.

Capítulo 41

Ajeno a lo que está a punto de ocurrir en su negocio, Aldoux Gun retira los pelos que quedan en la nuca de uno de sus clientes. Le está cogiendo el gusto a eso de rapar a saco las largas cabelleras, algo que está solicitando mucho la gente últimamente. Cuando le toca realizar ese cambio de look se libera de la tensión acumulada durante su jornada de trabajo.

Su compañero corta el pelo a tijera a otro cliente en el puesto de al lado. Los viernes al mediodía no tienen mucha faena. Por eso, son los dos únicos peluqueros que cubren el turno.

De repente, cinco hombres vestidos con trajes negros y gafas del mismo color irrumpen en Hair Stong con prisas y exigencias.

—¡Servicios especiales de *Inmemorian*! ¡Todos los forearmphones desconectados y manos arriba! —ordena uno para evitar que se filtre fuera lo que va a suceder allí. Tres armas paralizantes los apuntan.

Peluqueros y clientes obedecen sin pestañear.

—Pero ¿qué pasa? ¿Por qué estáis aquí? ¿Y tú por dónde has entrado? —pregunta asustado al sexto agente que aparece a sus espaldas, y que proviene del pasillo que da a los baños.

—Y fuera todos estos hologramas —prosigue el agente que dirige el operativo mientras se pasea por el salón de estética y cierra dos imágenes virtuales de entretenimiento que flotan en el ambiente, y una tercera que anuncia los servicios y productos que ofrecen—. ¿Dónde está la consola principal?

—Allí. —Temeroso de lo que puedan ser capaces, Aldoux señala la consola sobre el mostrador del recibidor.

Uno de los agentes la alcanza y la desconecta. Todos los aparatos se apagan. También la iluminación general. En su lugar, se encienden las tenues luces de emergencia.

—Quiero que os coloquéis todos aquí. —El agente señala un amplio sofá rinconera de diseño.

—Pero ¿esto de qué va?

—Ahora mismo lo sabrás. Venga, andando. Adelante, fase dos —dice el agente para su forearmphone.

La puerta se abre de nuevo y entran en escena cuatro agentes especiales más. Protegen a un quinto hombre que viste diferente a

ellos, con un conjunto verde formado por una camisa trad de raceno, unos pantalones básicos y un cubrecuellos.

El grupo de agentes especiales se distribuye por el local para vigilar a través de las ventanas y la puerta. Al mismo tiempo, otro dispositivo de incógnito se encuentra patrullando por las inmediaciones del edificio, preparado para dar la alarma y evacuar si se produce algo destacable que ponga en riesgo la seguridad del detective.

—Hola, soy Ron Blake, detective de *Inmemorian*. He venido para haceros unas preguntas.

—Ron Blake estuvo aquí el jueves pasado, y tú no eres él. Además, él no viste como tú. —Aldoux le mira de arriba abajo.

—Yo me atrevería a decir que es más corpulento —lo apoya tímidamente uno de los clientes, que no se perdió ni uno de los programas de holovisión que lo retrataron.

—¿Necesitáis más pruebas que esta? —El detective señala a sus acompañantes.

—No te pareces al Ron Blake que yo conocí. Tu cara… No es la misma —insiste Aldoux, que a pesar de estar en penumbra intenta fijarse bien.

—No me parezco porque ese hombre que estuvo aquí no era quien decía ser. Estoy siendo víctima de un ataque sin precedentes, por eso tengo que presentarme con estas pintas y con este despliegue de seguridad mientras intento dar con los verdaderos asesinos del caso que investigo, y con el hombre que se ha hecho pasar por mí. Habréis oído por ahí, que la policía quiere atraparme. He venido a hablar con vosotros dos sobre el asunto —les dice a los peluqueros. A continuación se dirige a los clientes—. Imagino que vosotros dos no estabais aquí ese día. ¿Me equivoco?

Los dos niegan al mismo tiempo.

—Pues entonces no interrumpáis. Oíd y callad.

—¿No podemos irnos? —pregunta uno.

—No hasta que termine. ¿Quién atendió al hombre que se hacía pasar por mí?

—Yo —responde Aldoux.

—Supongo que no tendrás problema en describirlo, pues lo verías de muy cerca.

—Vestía un largo chaquetón negro… y un sombrero gris como el que sueles llevar.

—¡Eh, eh! Cuidado con lo que dices. Como mi borsalino no hay otro. Cualquiera que se le parezca es una imitación barata. ¿Cómo era físicamente?

—De alto era más o menos como tú, pero su pelo era algo más claro, la piel de su cara era blanquecina, y no sé qué más decirte.

—Pues piensa. Cualquier cosa me servirá.

—Ah, sí. Sus cejas estaban bien pobladas. Le pregunté si se las retocaba, pero no respondió.

—¿Tú también lo viste? —pregunta Blake al otro peluquero.

—Sí, también. La expectación que creó aquí tu visita… Digo, la visita de ese hombre haciéndose pasar por ti… Imagínate, Ron Blake en nuestra peluquería. Prestábamos más atención a lo que nos contaba que a las cabezas que teníamos delante cada uno en ese momento.

—¿Mi imitador llegó solo?

—Sí.

—¿Estabais solo vosotros o había más testigos ese día?

—¿Te refieres trabajando?

—Sí, claro.

—De normal somos cuatro. Los viernes por la mañana, en cambio, estamos Andrew y yo solos. Es el día en que menos faena tenemos.

—Hablamos de que ese hombre estuvo aquí el domingo pasado, el mismo día en que los asesinos a los que persigo actuaron aquí al lado —recuerda el detective—. ¿Es habitual que abráis la peluquería todos los domingos?

—Sí, claro. El negocio no pasa por su mejor etapa, y hay que seguir pagando impuestos.

A pesar de la aclaración, a Blake le sigue extrañando.

—¿Habló algo con los demás, o lo visteis en algún momento a solas con alguno de vuestros compañeros?

—Nada de eso. Solo que… nos causó un gran impacto que el famoso detective entrara aquí de pronto, ya sabes a qué me refiero.

—Eso ya lo habéis dicho. Pues ahora no os veo especialmente ilusionados.

—Joder, ¿qué quieres, entrando aquí de esa manera? —replica Aldoux—. Nos habéis asustado.

—Es broma. Soy consciente de que el vestuario hace mucho, y este en concreto… En fin. —El detective muestra la desilusión por ir vestido así—. Sigamos. ¿Cómo era su voz?

—Normal.

—¿Cómo es normal? ¿Como la mía?

—Más o menos. Algo más grave.

—¿De qué hablaba mientras le cortabais el pelo? Porque tengo entendido que le realizasteis ese servicio, ¿no?

—Sí. Le cortamos el pelo estilo coward pool.

—¿Y eso qué coño es?

—Patillas afeitadas y flequillo muy corto.

—Joder con los nombres que hay que aprenderse para ser moderno.

—Repitió varias veces que tenía que guardar en secreto los detalles de las dos investigaciones en las que se encontraba trabajando, nos habló de su fama, de lo buen detective que era… Más o menos a lo

que tú nos tienes acostumbrados. No podíamos dudar de que fueras tú.

—Vaya caradura eres. —Ron Blake ríe—. ¿Eso significa que alguno de vosotros le preguntó por sus investigaciones?

—Casi todos. Pero no soltó prenda.

—¿Destacáis alguna cosas más de su visita? —pregunta mirando cada vez a uno—. ¿Nada?

Segundos de incertidumbre entre los peluqueros.

—Bueno, sí —se atreve a decir el compañero de Aldoux—. Dejó su sombrero por ahí encima y se le manchó de espuma de afeitar de ese bote —dice señalando hacia el lugar.

Blake se echa la mano a la cabeza.

—¿Lo véis? —se vuelve hacia los hombres que lo custodian—. Se trata de un friki, un aficionado.

—Bueno, ahora que lo dices, no sé si te servirá de algo, pero se sentó en ese puesto de ahí. Siempre limpiamos bien las sillas, pero puede quedar algún pelo entre las costuras y los pliegues.

—Ven, acércate —le demanda Blake a Aldoux—. Vayamos a ver el asiento.

El dueño del negocio se muestra reticente.

—¡Vamos, que no puedo estar mucho más tiempo aquí! —Consulta la hora en su forearmphone. Blake y Aldoux caminan hasta la silla.

Uno de los agentes les sigue de cerca. Los demás vigilan a los otros tres hombres.

El peluquero gira el respaldo del asiento y aplasta el cuero cerca de los recovecos para buscar entre ellos. Encuentra varios pelos oscuros. Algunos de otro color.

—Mira —le indica al detective.

Blake saca su lupa de uno de los bolsillos interiores de su camisa y observa la zona que le señala Aldoux.

—No estoy seguro, pero creo que ninguno de ellos tiene el tono del hombre que estuvo aquí. El color exacto creo que estaría entre este y este de aquí —dice mientras Blake le muestra a través del cristal de la lupa los pelos a los que se refiere.

—Muy bien. Nos llevamos la silla —indica el detective a sus acompañantes.

—¿Cómo? No puedes hacer eso.

—No te empeñes. Sí que puedo.

—¿Durante cuánto tiempo?

—No lo sé. A lo mejor ni te la devuelvo.

—Si te la llevas, facturaré un veinticinco por ciento menos hasta que la recupere.

—También te ahorrarás pagar el sueldo del peluquero que trabaja en ella.

—¡Sí, hombre! ¿Cómo pretend…?

—¡Sí, hombre! Pues compra otra silla —dice imitando los gestos de reproche del peluquero, que le han hecho gracia—. Venga, ya no hay nada que hacer aquí. Nos vamos.

Ocho de los agentes abandonan la peluquería protegiendo a Blake como si de un gobernante nacional se tratara, y lo ponen a buen recaudo en el interior de uno de los vehículos en los que han llegado. El despliegue de incógnito enseguida se disuelve. Nada indica que Blake ha pasado por allí, excepto los dos agentes que esperan en la peluquería para asegurarse de que ninguno de los presentes llame a las autoridades antes de que Blake se encuentre de nuevo dentro de *Inmemorian*. La incursión ha sido rápida y limpia. Minutos más tarde, un Ford Saturn llega en piloto automático y se posa en la plataforma correspondiente a la peluquería. Los dos hombres de negro cargan con la silla hasta el recibidor aéreo.

Capítulo 42

La manifestación que se inició bajo las columnas que sustentan la vía magnética de US Hwy1 en el kilómetro 53, ha llegado a las puertas de Slender Robotics. Más de veinte mil personas se congregan en torno a la empresa robótica más solvente de la Costa Este, la única que produce y comercializa los sexpartners.

El movimiento ha ganado volumen y se ha alargado ya tres días. En consecuencia, se ha distanciado en demasía de lo que empezó siendo. A un gran número de asistentes incluso parece no importarle nada la intención principal de la protesta, simplemente están allí para apoyar el desorden público con destrozos de mobiliario urbano y paneles publicitarios. Su intención: avanzar hasta invadir las instalaciones de Slender Robotics. Son de ese tipo de personas que se apuntan a todo lo que vaya contra cualquier organismo de poder. Se apropian de la bandera del progreso, cuando en realidad están en contra de cualquier avance, del tipo que sea, siempre y cuando no coincida con sus propios ideales. Una masa que siempre está muy presente en cualquier tema o problema social, que estuvo en el pasado, y existirá siempre que el mundo se estructure bajo una sociedad. Por suerte, ese grupo de manifestantes es minoritario entre la masa que ha convertido la quedada en una macrofiesta. Un porcentaje muy bajo sigue allí por las intenciones iniciales de la protesta. Lo que empezó siendo una reivindicación contra la muerte de un hombre en manos de su sexpartner y la denuncia del miedo de gran parte de la sociedad ante el hecho, ha derivado en un festival ante las puertas de la empresa que posee el monopolio robótico.

No para de unirse más y más gente ataviada con disfraces de cualquier índole. Incluso la empresa de sonido Tom Sounds ha instalado un escenario improvisado, donde una serie de grupos de música electrónica locales están actuando para los asistentes. Cada vez se proyectan menos hologramas de protesta en el aire. Algunos, ni se acuerdan del supuesto asesinato que lo desencadenó todo. Simplemente están allí para pasárselo bien.

Para que el movimiento no se descontrole, las helicámaras de la policía patrullan sobre la masa de gente que se agolpa en las inmediaciones de la famosa empresa. Dentro de cierta desorganización

espontánea, en las calles sigue imperando el orden. Los actos vandálicos son mínimos. Los más radicales se han contagiado pronto del buen rollo de los que han ido a pasárselo bien. Parece que la música les ha hecho olvidar que están enfadados con la sociedad. Ahora bailan, cantan y se emborrachan como la gran mayoría.

La prensa también está muy presente en el lugar. Una helicámara de Press Nius Boston busca a la siguiente persona que entrevistar. Se cuida de no ser abatida. No es la primera que cae ante los manifestantes más violentos o desfasados, que descargan su estupidez contra cualquier cosa con tal de desahogar su inconformismo general.

Una mujer con un voluminoso moño rubio, que permanece algo apartada del gentío, llama la atención de un periodista que, desde su despacho, controla la helicámara. Este aprovecha el espacio a su alrededor y dirige el aparato hacia ella.

—Hola, ¿con quién hablo?

—Me llamo Sendy Aguilar —responde mientras se recoloca el bulto de pelo sobre su cabeza.

—¿Me permites unas preguntas? ¡Será breve!

—¿Estamos en directo?

—No, ahora no.

—¿Cuándo sale esto?

—En el noticiero de las dos. Yo te ilumino, te pregunto y comenzamos.

—De acuerdo.

Un potente foco la deslumbra, pero pronto sus ojos se habitúan. Esa luz emite algo especial sobre ella. Su rostro resalta sobre todo lo demás. Un piloto rojo se enciende. El periodista empieza hablar a través de la helicámara:

—Más de veinte mil personas han llegado a las puertas de Slenders Robotic reclamando el dinero que pagaron por sus sexpartner. Desde Nius Press Boston hablamos con Sendy. Aquí hay gente muy enfadada, otros no tanto, y gente que se lo está pasando muy bien. Sendy, ¿qué te ha traído a ti hasta aquí? ¿Cómo estás viviendo esto?

—He venido para que me devuelvan el dinero —dice cabreada.

—Entiendo, entonces, que eres propietaria de un sexpartner.

—Lo era. Me deshice de él hace días.

—¿Podemos saber cómo lo hiciste? —pregunta el periodista.

—Lo lancé desde una planta cincuenta.

—Vaya. ¿Por qué hiciste eso? ¿Acaso intentó hacerte daño?

—No, qué va. Pero de un día para otro comenzó a hablar más de la cuenta.

—¿A qué te refieres?

—Empezó a decirme cosas bonitas mientras… Ya sabes, mientras lo pasaba bien con él. Nunca antes me había hablado así.

Un grupo de jóvenes disfrazados desfila a su lado mostrando al aire los brazos, piernas y otras piezas de sus sexpartners. Sendy tiene que alzar la voz para que se le escuche bien.

Durante un par de segundos la helicámara deja de enfocar a Sendy para enfocar al grupo de personas. Enseguida vuelve a capturar la imagen de la mujer.

—¿Dices que comenzó a decirte cosas bonitas? ¿A qué te refieres? —insiste el periodista.

—Sí. De repente… que si estaba muy guapa, que si le encantaba tocarme, que me quería… Cosas así, como si fuera una persona. —La mujer muestra cierto desagrado—. Comenzó a actuar de forma diferente.

—Intuyo que no te gustaba que te piropeara.

—¡Claro que no!

—Entonces, ¿por qué crees que te decía todo eso, si se supone que los sexpartners solo actúan y dicen lo que queremos escuchar?

—Pues no lo sé.

—La verdad es que eso que dices asusta —añade el periodista para alimentar la polémica que tantas horas de emisión está dando a su cadena.

—Pues ya te digo. Siempre he mantenido sexo con él en silencio. La verdad es que escucharle hablar así me dio que pensar. Y después de ver lo que esa sexpartner le hizo a ese hombre…

—¿Tuviste miedo?

—Sí. Me dio miedo y acabé con él.

—¿Eras de esas personas que mantienen encendidos a sus sexpartner la mayoría del tiempo?

—No. Para nada.

—Imagino que eres consciente de que mucha gente no creerá tus palabras, ya que técnicamente eso que dices no puede suceder.

—Me da igual. Yo sé lo que he visto y escuchado, y por eso estoy aquí.

De repente, al fondo de la imagen, a varias decenas de metros a las espaldas de Sendy, se produce una explosión. Un grupo de radicales ha lanzado algún artefacto pirotécnico contra la verja exterior de la empresa productora de sexpartners. La helicámara apunta instintivamente al lugar, dejando a la mujer entrevistada al margen, y hace zoom. Sin despedirse de ella, se eleva y acelera hacia el lugar. Llega a las inmediaciones. Los jóvenes que han desfilado cerca de Sendy hace escasos minutos, son los autores del ataque. Gritan alrededor de las llamas. Animan a la multitud que se congrega alrededor de ellos a arrojar más y más extremidades sintéticas al fuego de la explosión. Las llamas ganan altura. Una columna de humo negro crece rápido hacia el cielo. La música del festival enmudece. Ahora el

epicentro de todo está allí. La gente se amontona alrededor.

Un amplio número de asistentes intenta salir de la aglomeración cuanto antes, aunque para algunos ya es demasiado tarde, no es fácil moverse entre tantos individuos. Los que tan solo disfrutaban de la fiesta conocen muy bien lo que está a punto de ocurrir. Han visto muchas veces lo que sucede cuando se cruza la línea en este tipo de situaciones. En unos minutos, acudirán los servicios de extinción de incendios y, con ellos, los antidisturbios. Entonces se iniciarán los altercados. La gente comienza a ponerse nerviosa. Las voces de protesta y los actos vandálicos aumentan.

Capítulo 43

Sábado, 22 de enero de 2095

No han pasado tantos días entre ninguno de los asesinatos como los que han transcurrido desde el último. Si a eso le suma lo que ha significado para él todo lo relacionado con la séptima víctima, Blake empieza a sospechar que el juego ha terminado, que los hombres a los que busca ya han obtenido lo que querían y que ya no tienen previsto volver a asesinar; que ya ha visto y sido presa de la última jugada contra él y el DCI.

Eso significaría que el mensaje, acertijo, o lo que quiera que sean las letras halladas en el pecho de cada una de las víctimas, también ha terminado. El detective ha invertido toda la mañana en intentar resolverlo sin resultado alguno. «¿Por qué están escritas en triángulo?», se pregunta una y otra vez. Antes de admitir que no es capaz de descifrarlo, de averiguar la intención que esconden esas letras misteriosas, prefiere convencerse de que no significan nada realmente, de que solo están puestas para despistar. Algo que no tiene sentido si lo compara con lo detallistas que han sido en cada uno de los escenarios. No obstante, también dispone de una gran capacidad para autoconvencerse en momentos como ese. Prefiere enmascarar de algún modo su frustración, ya que, después de diecinueve días de investigaciones, sigue yendo por detrás. Se encuentra bloqueado. Nada de lo que han intentado durante los últimos días arroja luz al asunto.

Siempre que el detective se atasca con algún caso, empieza a idear en otras direcciones, inventa algo nuevo. A veces se trata de algo que resulta brillante para su compañero, en otras, no tiene ni pies ni cabeza. Sea de una u otra manera, es como si su cabeza estuviera programada para encontrar caminos alternativos por los que seguir investigando cuando llega a momentos límite como en el que se encuentra. Cree que es el momento de contarle a su compañero un nuevo plan.

—Si hacemos creer a todo el mundo que hemos cerrado el caso, seguro que vuelven a actuar —comienza a explicar el detective.

—¿Y cómo pretendes hacer eso?

—Detendremos a un falso autor de los crímenes y engañaremos a la prensa para que se haga eco de la noticia. Nada les va a enfadar más que ver cómo salgo indemne del maquiavélico plan que han urdido contra nosotros, y encima apuntándome una victoria más al resolver el caso.

—Cuando dices que van a actuar, ¿te refieres a que van a volver a matar?

—Volverán a asesinar a alguien, o al menos lo intentarán, pues nosotros los estaremos esperando.

—¿Dónde los vamos a esperar? —Marc empieza a asustarse.

—Todos los asesinatos han sido en North End, West End o en Downtown. Y sabemos también que los hombres que buscamos han actuado en puntos muy concretos, solo en edificios cuya entrada principal no está siendo grabada por ninguna de las cámaras que conforman la red de vigilancia de seguridad de Boston. ¿Recuerdas? Tan solo veintiocho puntos. Han actuado en siete. Si siguen el patrón, nos quedan veintiún posibles lugares donde volverían a asesinar si los provocamos.

—Tú mismo lo has dicho, si siguen el patrón. Quizá, si los forzamos a improvisar, los estemos obligando también a romper la línea que han llevado hasta ahora —teoriza Marc—. Además, veintiún edificios plagados de apartamentos son demasiadas posibilidades. ¿Cómo pretendes que estemos en todos lados?

—No tantas. Son suficientes para atraparlos. Es hora de adelantarnos a ellos. Ahora nos toca a nosotros mover ficha. Solo tenemos que esconder helicámaras en cada uno de los lugares indicados y desplegar un gran número de agentes en las inmediaciones de cada uno de los bloques de apartamentos en los que posiblemente actúen.

—¿Y no crees que serán cautos al ver a tantos agentes por la zona?

—Irán de incógnito. Para poder atraparlos y evitar la próxima muerte, los camuflaremos en las inmediaciones para que lleguen a tiempo.

—¿Y si algo sale mal? ¿Estás dispuesto a cargar con la culpa si vuelve a morir alguien? —pregunta Marc—. Porque yo, no.

—Con esa mentalidad nunca llegarás a ser un buen detective. En ocasiones hay que correr ciertos riesgos —le regaña Blake—. Y no te preocupes, que no cargarás con ninguna culpa, ya que esto es idea mía.

Marc arruga el semblante. Las palabras de su compañero generan un escalofrío en el inicio de su espalda que le asciende hasta la nuca. ¿Cómo ha acabado trabajando junto a alguien que piensa así?

—Incluso, con un poco de suerte, pillaremos a mi doble infraganti, y quizá me haga hasta una foto con él —continúa el detective—. Estoy

seguro de que esos desgraciados aprovecharán la ocasión para preparar algo que me vuelva a inculpar. ¿Cómo lo ves, Marge? ¿Qué opinas?

—Me parece que es una gran idea —contesta.

—¿Y a quién pretendes detener? —pregunta Marc.

—Tiene que ser alguien que la gente reconozca porque en alguna ocasión haya hecho público su malestar contra el departamento.

—Y seguro que ya has pensado en alguien. Sorpréndeme.

—Rufó. Me diste una gran idea cuando el otro día hablaste de él.

—Pero no puedes dar la orden de detención a ninguna comisaría en las circunstancias en las que te encuentras. ¿Cómo vas a detenerlo si es a ti a quien quieren ver entre rejas? ¿Piensas utilizar otra vez a tu amigo Cinteno?

—Esta vez no, podría perjudicarle. Será la primera detención que llevaremos a cabo directamente desde *Inmemorian*, sin intermediarios. Ya es hora de que utilicemos todas las funciones que la ley nos confiere. Voy a hablar ahora mismo con Dantakis para exponerle la idea y mi plan. —Blake se ajusta el sombrero—. ¿Te apuntas?

Dantakis da luz verde para que se lleve a cabo la falsa detención de Rufó a pesar de que sabe que la presión de la policía y de la opinión pública aumentará. Está conforme con todo lo que Blake le ha contado. Aunque conoce muy bien las prestaciones de la mente del detective, se sorprende de la fuerza que saca para sobreponerse a las adversidades.

Momentos previos de que un grupo de agentes especiales acuda al domicilio de Rufó, *Inmemorian* informa de la operación al Nius Press Boston para que estén presentes.

Encuentran a Rufó en casa. La detención se realiza con éxito. La noticia corre como la pólvora. Los noticieros repiten una y otra vez la detención a la espera de nuevas informaciones. Aunque por todos sitios y en todos los canales de holovisión se habla de que Blake y Marc han dado con el cabecilla del caso de los cerebros inservibles, todavía quedan muchas cosas en el aire que desconciertan a la gran mayoría, pues esas nuevas informaciones entran en conflicto con las que la policía hizo públicas hace días, y que colocaban a Ron Blake como miembro del grupo de asesinos. Además, Nius Press no ha podido dar muchos detalles.

La sociedad, en general, siempre ha confiado plenamente en *Inmemorian* y en el famoso detective. No obstante, las contradicciones y el halo de rareza que envuelve al asunto han hecho que se instaure, por primera vez, cierta sensación de incredulidad en la población. Sin embargo, Blake espera que la repercusión que está teniendo la detención de Rufó sirva para algo más que exponer su inocencia ante

el público.

La policía quiere conocer toda la información que ha originado la detención de Rufó. Avisan de que no retirarán la orden de captura contra Blake si no reciben las explicaciones pertinentes. Por motivos obvios, no reciben información alguna. Blake, Marc y la cúpula de Dantakis hacen oídos sordos mientras preparan la estrategia ideada por el detective.

El silencio aumenta las dudas de Harry Horn, que se anima a compartir, una vez más con los medios de comunicación, su particular punto de vista sobre lo que está pasando y que la detención solo es una treta para salvar a Blake. El debate sobre la inocencia o culpabilidad del detective está servido. Sobre todo en los medios más sensacionalistas, que aprovechan para poner en entredicho los movimientos faltos de transparencia de *Inmemorian*.

Marc desciende por uno de los ascensores hasta la planta menos diez. Allí, entre la galería de difuntos, se ha improvisado como calabozo la antigua sala forense de su amigo Scott. El lugar ha quedado vacío desde que trabaja para el DCI. Un agente especial de los servicios de *Inmemorian* permanece junto al detenido a la espera de la llegada del aprendiz de detective. Blake ha dejado que sea Marc quien trate de convencer a Rufó. Conoce las virtudes de su compañero.

—Rufó, debes de estar tranquilo. Sabemos que eres inocente —le confiesa—, y así lo vamos a hacer constar a las autoridades cuando llegue el momento. No dudes de ello.

El detenido borra la mirada de odio. Suspira aliviado y, a continuación, resopla con fuerza. Se libera de la tensión que ha acumulado.

—Lo sé, lo sé —continúa Marc. Le da dos golpecitos sobre el hombro para intentar animarlo y suavizar lo que viene—. Ahora es necesario que cojas fuerzas y aguantes.

—¿Que aguante qué? —El reo sube la mirada rápido.

—Que aguantes aquí. Será por poco tiempo.

—¿Cómo? —No puede creer lo que escucha—. ¿No dices que soy inocente?

—Y lo eres.

—¿Entonces?

—Te explico: sabemos que no tienes nada que ver con los asesinatos. Reconocemos que nos hemos equivocado contigo. —Marc miente. Está aprendiendo del mejor—. Y sentimos mucho esos moratones. Pero si ahora te soltamos, el verdadero culpable se imaginará que hemos llegado a la conclusión de que eres inocente porque estamos sobre su pista. Y no queremos que piense eso. Nos

enfrentamos a alguien inteligente, de mente retorcida y calculadora. —Habla como si solo se tratara de un individuo—. Por eso necesitamos que seas un buen actor y que hagas un pequeño esfuerzo, que sigas aquí unos días.

—¿Unos días? ¿Un pequeño esfuerzo? ¿Mantenerme encerrado? ¡Ninguna de esas ideas me gusta! —protesta.

—Vamos, esto no está tan mal. —Marc mira a su alrededor y a la camilla en la que Rufó permanece sentado—. Ni siquiera estás en un calabozo de verdad. Ni te llevaremos a la cárcel. Hablaré con los compañeros para que te traten bien, haremos que se parezca a la estancia de un hotel.

—¿Te estás escuchando? ¿Un hotel, esto? —protesta indignado, mirando las mesas de autopsias y las compuertas de las cámaras frigoríficas de la pared—. ¡De un hotel se puede entrar y salir!

—Si no te gustan las vistas mandaré que las cubran con algo. Me encargaré de que te traigan buena comida, entretenimiento, lo que necesites. ¿Fumas?

—Sí. Pero… —Rufó no está nada satisfecho.

—Se te traerá el mejor tabaco —le interrumpe Marc justo cuando intuye que está a punto de llevarle la contra. Para evitarlo, añade:— Pide lo que necesites. Yo mismo me encargaré también de que te traigan compañía cada noche. Ya me entiendes… Y te proporcionaremos intimidad, no te preocupes. Lo que no puedo asegurarte es de qué material serán las amigas que vendrán a visitarte.

Rufó lo mira con extrañeza.

—¿No creerás lo que están diciendo de los sexpartners últimamente?

No sabe qué responder. Tampoco sabe cómo ha acabado allí. La situación le parece surrealista.

—Luego me dices cómo te gustan. —Marc le guiña el ojo. Ante el cambio de semblante del detenido, Marc sonríe satisfecho. Cree haberlo conseguido—. Así que, ten paciencia. No haríamos todo esto si no te necesitáramos aquí.

—¿Para engañar al verdadero asesino?

—Exacto. Como sabes, no estamos pasando por un buen momento, pero la situación mejorará pronto y tú te convertirás en un héroe colaborador del DCI si sacrificas unos días de libertad.

—¡Y una mierda! ¡A mí no me relacionaréis con vosotros!

—Bueno, pues míralo por el otro lado. Evitarás que muera más gente. Participarás en un bien común.

—¿Cuánto tiempo?

—Ahora hablamos el mismo idioma. No te puedo concretar. Dos, tres días… —dice al ver que Rufó comienza a poner mala cara.

—Bueno, me vendrá bien pasar una temporada lejos de Rebecca.

Estos últimos días está que no se aguanta ni ella misma.

—¿Lo ves? Esa es la actitud. Te lo agradecemos y te compensaremos por esto.

Capítulo 44

Martes, 25 de enero de 2095

Todas las helicámaras enviadas han ocupado su lugar. La plantilla de agentes especiales está al completo. Se prepara para la primera macrooperación conjunta. Los miembros que estaban de descanso también han sido requeridos. Permanecen en el interior de *Inmemorian* a la espera de órdenes mientras sus compañeros ya están en la calle. El DCI los avisará a la mínima sospecha de que algo ocurre.

A pesar de la respuesta que le ha dado a su compañero, para Blake no sería de agrado que alguien muriera, a pesar del amplio despliegue de medios. Mucho menos, que los asesinos escaparan.

Marc no tiene claras las intenciones del detective. No sabe si es buena o mala señal que, de nuevo, lleve puesto su sombrero y su largo chaquetón. De él puede esperar cualquier cosa. Ha llegado el momento de preguntarle por ello:

—Si ocurre algo, ¿vas a salir a la calle vestido así? ¿Es seguro? —Marc prefiere seguir con su ropa de incógnito.

—Existen muchas posibilidades de que mi doble vuelva a actuar. Y si nos encontramos con él, no quiero ser yo quien esté en desventaja. —Se coloca el borsalino mejor.

Llevan dos días y dos noches sin apartarse de sus respectivos paneles holográficos. En ellos se reproducen en tiempo real las imágenes que captan las helicámaras que se han escondido estratégicamente por North End, West End y Downtown. Pero no están solos, el visionado de tantos cuadrantes precisa de ayuda. Nunca antes han estado tan acompañados en la sala de trabajo del DCI. Una decena de hombres de la más estrecha confianza de Fisher Dantakis,

relacionados con la dirección de *Inmemorian* (miembros de su cúpula), ocupan los asientos que se han instalado allí para ellos. Detrás de los puestos de los detectives, quienes poseen un lugar privilegiado en primera fila frente a sus mesas de trabajo, varios pares de ojos supervisan con ellos las grabaciones. A diferencia de Marc, Blake y Margaret, que también los ayuda, el equipo que colabora con ellos en el visionado es relevado cada dos horas por otro, para dedicar una mayor atención a las imágenes.

Demasiado tiempo mirando lo mismo sin que ocurra nada. Marc comienza a perder la esperanza de que algo suceda. En cambio, Blake está convencido de que se encuentran cada vez más cerca. Sin embargo, le preocupa el grado de discreción con el que van a actuar los asesinos. Cabe la posibilidad de que puedan pasar desapercibidos. Hasta el momento han actuado sin ser vistos, sin dejar rastro. Han demostrado ser cautos y meticulosos, estar bien preparados. ¿Volverán a conseguirlo? Quizá, incluso hayan dado ya sus primeros pasos sin ser descubiertos. Por eso mismo se han tomado tan en serio el trabajo de observación y sumado tantos ojos a él. Según Blake, la clave del éxito está allí, en saber interpretar y hallar a tiempo los movimientos previos que están a punto de realizar los hombres a los que persiguen.

Lo fácil, lo que todos están deseando que suceda es que, de pronto, alguna de las cámaras capte a alguien con ropa similar a la del detective. Sería una seña irrevocable e inconfundible de que se encuentran frente a lo que buscan. Suficiente para ordenar al gran número de agentes que esperan repartidos por North End, que actúen de inmediato. No obstante, ambos saben que eso no va a pasar. No encajaría con la sigilosa manera de actuar de los asesinos. Tendrán que fijarse en otro tipo de movimientos que se dan en la calle; ojalá supieran en qué, pues no tienen otra opción que vigilar sin más, a la espera de que algo de lo que sucede en algún lugar de todos los que observan, despierte en ellos la sospecha. Todo el mundo está preparado. Cualquier mínimo movimiento fuera de lo habitual, cualquier viandante, puede desencadenar el inicio del protocolo establecido.

Una llamada vía forearmphone rompe la concentración del detective. Es su amiga Soda, propietaria del Brenda Pink Cabaret. Blake desbloquea el dispositivo:

—Hola, Soda. ¿Qué tal estás? ¿Ocurre algo?

—No, nada. Solo quería saludar a mi guaperas favorito, y darte la enhorabuena. En la holovisión dicen que has encerrado al asesino del caso que investigas.

—Bueno… sí. —Entiende que no es el momento oportuno para darle más explicaciones—. Me pillas un poco ocupado. Te lo cuento todo otro día.

—Blake, después de un caso tan complicado deberías descansar. Tienes voz de estar agotado.

—No te preocupes. Oye, Soda, te tengo que dejar.

—¿Es que estás con ese otro caso? ¿Cómo lo llevas? —insiste.

—En realidad, todavía estoy trabajando en los dos casos. Ya te contaré. Ahora tengo que deja…

—¿Cómo sabías que te iba a llamar? ¿Qué haces aquí? —le interrumpe.

—¿Cómo dices? —pregunta el detective.

—Que sepas que eres muy malo dando sorpresas. Te he pillado.

—¿Por qué dices eso?

—Te estoy viendo a través de la cámara del parking del local. ¿Dónde has dejado el vehículo para que no lo vea? ¿Vienes a regalarme algo? Sabes que no me gustan mucho las sorpresas.

—¡¿Pero qué coño dices?! ¿Qué estás viendo? —Blake se percata de que acaba de perder el control de la situación. Teme por su amiga.

—¡Eh, tranquilo! No hace falta que te pongas así, que si quieres me hago la sorprendida cuando cruces la puerta. Aquí te espero, bombón. —Soda le lanza un beso.

—Soda, escucha con atención —Blake se levanta y alza la voz para que le escuchen todos los que trabajan junto a él en la sala—. ¡Ese no soy yo, es alguien que se hace pasar por mí! ¡Corres peligro! ¡Sal de ahí ya! —A continuación, activa las comunicaciones con los agentes especiales que esperan sobre el terreno—. ¡Todos al Brenda Pink Cabaret! ¡Están allí!

Blake y Marc salen a la carrera acompañados por una decena de agentes. A Marc le cuesta seguir el ritmo del detective por los pasillos de *Inmemorian*. Nunca antes lo ha visto correr así. Un pelotón de Ford Saturn negros avanza por US Hwy1 a gran velocidad hacia el lugar, con los neones de emergencia activados. A pesar de la amplitud de la vía, no dejan espacio para otros vehículos. El grupo es tan voluminoso que las luminarias que los acompañan tiñen de color los bloques de apartamentos más cercanos. Los recibidores aéreos y las ventanas se llenan de gente que cree que algo grave sucede al verlos pasar.

El fulgor rosa fucsia del cartel del Brenda Pink Cabaret contrasta con las luces de los más de veinte vehículos especiales de *Inmemorian*. Las fachadas anexas reciben un extraño baño de irrealidad. También las negras carrocerías de los Ford Saturn. Las diferentes tonalidades en conjunción provocan que parezca un lugar diferente. Sin embargo, algo permanece igual que siempre. O, al menos, como casi siempre. El parking del local está desierto. Parece como si nadie hubiera pasado por allí. Pero la realidad es muy distinta. Blake teme por su amiga.

El Ford Saturn en el que van los detectives pasa bajo el voluminoso cartel y se posa al lado de cuatro vehículos que han podido estacionar

próximos a la entrada. El espacio restante ha sido reservado para ellos. Blake abandona el Ford sin esperar a Marc y corre hacia el primer grupo de hombres que se disponen a entrar.

Mientras tanto, los demás agentes cortan el tráfico de las vías cercanas. Al cruzarse con el amplio despliegue, varios grupos de policías se unen con urgencia al operativo, pues desconocen lo que sucede. Como subordinados, ayudan a proteger la zona ante todo tipo de curiosos, y se preparan para la llegada de los medios de comunicación. Otros tantos agentes de *Inmemorian* sobrevuelan las inmediaciones en sus Ford Saturn.

Arma en mano, el primer agente se abre paso entre cientos de minirrelojes que penden de finas cadenas doradas en las paredes del vestíbulo del Brenda Pink. Por seguridad, Blake va detrás de él. Tras ellos camina el séquito de hombres. El detective apunta con su Parabellum por encima del hombro del compañero hacia la segunda puerta justo cuando el primero la abre.

Vacío y oscuro, el salón del Brenda Pink queda ante ellos. Diferente a como Blake lo conoce. Toda la decoración parpadea. Por primera vez, ve las paredes de grafeak y las piezas que unen los paneles inteligentes. El suelo ya no es de madera ni cruje al pisar. El lugar ha sido destrozado. El sistema virtual se ha caído y con ello todos los elementos que hacen que ese lugar fuera único. Interferencias por todos lados. Sin embargo, alguien saluda al detective desde detrás de la barra:

—¡Hola, Ron Blake! ¡Qué afortunados son mis ojos! —Es Brenda.

El detective se aproxima rápido hasta ella obviando las recomendaciones de los miembros de seguridad que lo acompañan.

—¡Soda! ¿Dónde estás? —intenta hablarle a su amiga a través de la figura holográfica de lo que queda de la camarera virtual, que también sufre los efectos de la falla del sistema. Su imagen parpadea.

—¡Hola, Ron Blake! ¡Qué afortunados son mis ojos! ¡Hola, Ron Blake! ¡Qué afor…! ¡Qué afor…! ¡Qué afor…! ¡Qué afor…! —Brenda entra en bucle. También sus movimientos y gestos. No deja de repetir lo mismo todo el rato mientras lucha contra las interferencias.

—Blake, mira eso. —Uno de los agentes lo llama y le indica que la puerta de detrás de la barra, la que conduce al lugar donde Soda controla el local, está abierta—. Todos apuntan sus armas hacia allí.

A Blake se le revuelve el estómago. Se apoya sobre la barra, toma impulso y la salta para pasar al otro lado.

—¡Qué afor…! ¡Qué afor…! ¡Qué afor…! —El holograma de la camarera continúa atascado.

—Con cuidado —le recomienda el agente que lo sigue de cerca.

El resto del grupo se aproxima por detrás. Toda la atención se concentra allí.

Blake se adentra, pistola en mano, y lo que encuentra lo deja helado.

Soda yace muerta sobre un charco en el suelo, embadurnada en su propia sangre. El gran número de destrozos y las manchas de sangre distribuidas por todos lados indican que su amiga ha sucumbido tras un violento forcejeo.

Al ver su imagen, Blake siente como si le clavaran cientos de cuchillos. No recuerda haber sufrido tanto dolor. Quiere gritar, romper cosas, echarlo todo abajo, pero respira profundo. Deja pasar los segundos. Se contiene. Controla su estado anímico. Está capacitado para dominar la pena que lo embarga y mucho más. Evita mostrar sus debilidades ante los hombres que lo acompañan. La realidad deja ver lo que allí ha ocurrido. Han perdido la batalla frente a los hombres a los que se enfrentan. Soda es una víctima inocente.

Detrás de Blake, todo el mundo permanece en silencio. Intuyen que la conocía.

Ante todo, no hay duda de que su amiga ha sido víctima de los hombres que él mismo ha incitado a matar. Un duro golpe. Su cerebro está inservible a causa de un fuerte golpe que le ha aplastado media cabeza. Aunque no hay pluma estilográfica a la vista, un triángulo ha sido dibujado en su torso desnudo. Recorre sus pechos y su prominente abdomen. La gran diferencia respecto a las anteriores muertes, es que el triángulo solo está formado por líneas imperfectas y descuidadas. No presenta letra alguna. Lo que reafirma las sospechas del detective de que el juego había terminado con la séptima víctima.

Un fragmento de la carcasa de la consola principal del local se ha desprendido a causa de un golpe con algo romo. Está abierta, y sus circuitos permanecen al aire. Varios cables arrancados con fuerza y los paneles de control han acabado en el suelo. Ni rastro de ninguna de las cámaras de vigilancia, ni del sistema de almacenamiento de imágenes. Se lo han llevado todo. El aspecto que mantiene el salón del cabaret, como el que presenta la habitación del crimen, muestra que por allí ha tenido que pasar más de un hombre. Han tenido que trabajar rápido para realizar todos esos destrozos en el negocio que su amiga ha mantenido en funcionamiento más de veinte años.

A pesar de la rabia que lo ahoga oprimiéndole el pecho, sigue manteniendo la compostura. Se acerca al cuerpo. Se arrodilla. Observa fríamente el rostro deformado de Soda. Su aspecto no distorsiona sus recuerdos, los buenos momentos junto a ella. Pasan algunos por su cabeza. El día que entró por primera vez al local, las risas entre ellos, la primera vez que Soda intentó ligar con él y muchas otras cosas más. De repente, un rostro que le resulta conocido aparece en su cabeza y se esfuma con la misma rapidez. Blake se extraña. A pesar de que ha sucedido en una fracción de tiempo muy pequeña y que ni siquiera

sabe muy bien cómo interpretar lo que se acaba de colar en su mente, consigue retener lo que ha visto. ¿Quién era esa mujer? Parece estar entrando en algún tipo de shock. Se esfuerza por volver a la realidad. Vuelve la atención sobre el cuerpo de su amiga. La echará de menos. Le acaricia el rostro como signo de despedida, el último contacto entre ellos. Sus dedos se impregnan de sangre.

Justo en ese momento, cree distinguir algo. En el interior de su boca haya un pequeño fragmento de papel enrollado. Otro elemento de otro tiempo junto a un cadáver. Sabe que es algo para él. Lo coge y lo despliega para leer la nota:

«Cómo he disfrutado. Estaba deseando improvisar. Cuando resuelvas el caso, yo ya no estaré. Púdrete en el infierno, Ron Blake».

Marc se hace hueco entre el grupo de agentes e irrumpe en la habitación. La escena lo sorprende, le hace comprender la gravedad de la situación. Solo estuvo con Soda en una ocasión, cuando tuvo que ir a hablar con ella porque su compañero fue encerrado en prisión durante el caso de Margaret. No tuvo tiempo de conocerla bien en ese momento, pero acabó sabiendo muchas cosas de ella y de su negocio. Factor que no puede pasar por alto en este momento. Siente lástima por ella, y también por su compañero. Lo conoce lo suficiente para saber que por dentro se encuentra abatido. Durante los últimos meses le ha escuchado hablar sobre ella en numerosas ocasiones. Conoce la relación de amistad que tenía con Soda. Ver a su compañero estático, como ido, mirando la nada junto al cuerpo, le trasmite un mal presagio. Se acerca por la espalda del detective y apoya la mano sobre su hombro.

—Cuidado, las pruebas —le advierte Blake, abatido. A pesar de todo, sigue concentrado en el trabajo.

Marc toma precauciones necesarias para no pisar nada. Retrocede un paso.

—Vaya… Lo siento, Blake.

Silencio. El detective intenta ocultar su rostro inclinando hacia bajo el ala de su sombrero.

—¿La conocías? —pregunta uno de los agentes al presenciar la escena.

—Era una amiga.

—Lo siento —repite el agente.

—Venga, todos fuera. Ya nos encargamos nosotros, hay que preservar las pruebas.

—Yo me quedo —dice el agente que lo ha acompañado de cerca en todo momento.

—No. Prefiero que salgas. —insiste Blake—. Aquí ya no hay nadie que pueda hacernos daño. Lo que querían hacer aquí, ya está hecho. Estableced un perímetro de seguridad en el exterior.

El agente obedece de inmediato. Para más intimidad, Blake cierra la puerta.

El detective vuelve a ponerse en cuclillas junto al cuerpo. No tiene reparo en acariciar de nuevo el rostro de su amiga. Es más, lo hace a propósito para intentar ver de nuevo la cara de esa mujer desconocida que se ha colado sin permiso en sus recuerdos. Marc lo mira extrañado, preocupado porque su compañero esté sufriendo algún tipo de shock a causa de la pérdida.

Blake deja la mente en blanco y consigue su propósito. Algo en su interior le decía que sucedería. Entre los recuerdos de Soda, a su cabeza llegan imágenes de otra persona asesinada. No la recuerda, pero sí lo que sufrió por su muerte. Ahora surgen nuevas preguntas. Tuvo que tratarse de otra gran pérdida para él, un fragmento de su pasado que regresa sin saber por qué. Últimamente su subconsciente se marcha a otro lado con frecuencia, a otra época. Alguien llora en su ensoñación. La sombra de un hombre con capucha aparece por la puerta. Al escucharle hablar se pone tenso. Aunque no logra entender lo que dice su voz le resulta familiar. Un escalofrío recorre su cuerpo ante su actitud amenazante. Se siente vulnerable ante él. «¿Quién es ese hombre que tanto le intimida? ¿Y quién es esa mujer asesinada que ocupa el lugar de Soda?», se pregunta. En esa misma dirección, junto a la entrada, ve su borsalino colgando sobre una percha de columna. Su color es más intenso. Reluce. Es nuevo.

—¡Blake! —Marc zarandea a su compañero—. ¿Estás bien?

La imagen se disuelve y regresa ante Soda.

—¿Eh? —Está desorientado.

—¿Por qué te tocas la cabeza? ¿Te sucede algo?

El detective termina de quitarse el sombrero y se fija en él. Lo compara con el que acaba de ver. Está desgastado, ha perdido su color, pero el sombrero es el mismo, de eso está seguro. Y también de que conocía ese lugar. Le ha parecido tan real…

—Blake, me estás preocupando.

—Tranquilo, estoy bien. La echaré de menos. Durante mucho tiempo, fue mi único apoyo. Si al menos hubieran dejado su cerebro útil… Menudo estropicio.

—Te entiendo. Mucho ánimo, compañero —le dice Marc.

—No creo que lo entiendas. Tú pudiste hacer el copiado de Marge.

—Pasaron ocho años hasta que lo hice. Pero con mi madre no fue así. Me refería a ella —aclara Marc.

—Calculo que perdió el sentido al instante y se desangró rápido. Esta cuchillada afectó a la vena porta —Blake señala el lugar sin realizar la menor muestra de agradecimiento a Marc por su apoyo—, y esta otra a la hepática.

Marc no sabe qué más decir.

—Pero antes debió ser una situación muy comprometida para ella. Como ves, se vio enzarzada en una dura pelea. Aunque pasaron varios por aquí, le atacó un solo hombre, mientras los demás destrozaron lo que hemos visto ahí fuera.

—¿Podemos estar seguros de eso?

—Si hubieran sido más, Soda no hubiera tenido las oportunidades de lucha que presenta este cuarto. Puede que algo de esa sangre no sea de ella. Bueno… Esta sí, innegablemente. —Señala el charco principal, resultado del desangramiento—. Pero es posible que Soda haya herido a su agresor.

—Vestido como tú. —Marc recuerda las últimas palabras del detective alertando a su amiga vía forearmphone.

—Exacto. Y se las haré pagar a ese hijo de puta.

Marc puede distinguir el ansia de venganza también en sus ojos, no solo en sus palabras. Y eso lo asusta. Sabe que su compañero es capaz de todo en situaciones normales. ¿Qué será capaz de hacer después de lo que le han hecho a su amiga? Han sobrepasado la línea. Quizá hayan tocado la tecla equivocada, pues una mente como la de Ron Blake enfadada y con ansia de venganza, es lo peor con lo que se pueden encontrar los artífices de los asesinatos.

Cualquier otro cargaría con el peso de la muerte de su amiga, se creería responsable de los acontecimientos por haber incitado a los asesinos a actuar de nuevo. No obstante, la frialdad del detective juega a su favor. Cree que era algo que iba a suceder de todos modos, que ya lo tenían preparado como colofón. El más doloroso para él. ¿O no? Esta reflexión le hace temer por la seguridad del resto de la gente a la que aprecia, incluso por la de Marc.

Por otra parte, el mensaje que ha encontrado en el interior de la boca de Soda, significa que hay alguien liderando el grupo de hombres que actúan en cada asesinato. Alguien con muchos recursos a su alcance e inteligente. Apostaría cualquier cosa a que no ha pisado ni uno de los escenarios.

El caso acaba de ganar complejidad. Por el momento, Blake ordena proteger al máximo el Brenda Pink Cabaret para que nadie interfiera con las pruebas.

Capítulo 45

Miércoles, 26 de enero de 2095

La noticia del asesinato de Soda ha llegado a la comisaría de New Sudbury y, como siempre que eso sucede, a la prensa. No obstante, no ha tenido mucha repercusión, porque en ningún momento se ha relacionado con el caso de los cerebros inservibles. El DCI se ha encargado de que así sea.

La comisaría de New Sudbury sigue demandando a *Inmemorian* explicaciones sobre la detención de Rufó. Quieren tener la misma información que ellos manejan y, sobre todo, solicitan saber en qué se basan para seguir dando protección a Blake después de que la última de las víctimas le viera dispararle con su arma. El tono de las conversaciones que mantiene la comisaría central de Boston con el departamento de criminalística se eleva.

Creen que ha pasado algo gordo, que *Inmemorian* está ocultando para salvar la imagen y prestigio de su empresa, y quieren demostrarlo. De momento, Horn se encarga de sembrar esa creencia en la sociedad mediante la prensa. Y lo está consiguiendo. Cada vez más gente desconfía del DCI, del detective y de la marca *Inmemorian*.

Blake y Marc siguen sin poder pisar la calle a sus anchas. Solo lo hacen si la situación lo requiere, para recabar datos importantes, y siempre bajo supervisión de la escolta que se les ha asignado. El resto del tiempo permanecen confinados, trabajando desde el departamento.

Llevan toda la mañana centrados en lo mismo. Frente al panel de trabajo de Blake intentan descifrar el mensaje. Observan cada triángulo con detenimiento. Buscan la relación de cada una de las letras con la persona en las que fueron grabadas, con los datos de cada muerte, con los apartamentos… La desesperación hace acto de presencia e intentan relacionarlas casi a la fuerza con infinidad de cosas. Pero por más informaciones que contrastan, no consiguen averiguar qué se esconde tras los misteriosos triángulos.

De pronto, el forearmphone de Blake le avisa de que tiene una llamada entrante. Consulta la identidad de quien le contacta. Es Scott. El rostro del detective se ilumina. Su llamada solo puede significar que

ha encontrado algo referente a uno de los casos. Deja a Marc trabajando en el mensaje y activa el holograma:

—Scotty, ¿has encontrado restos de lo que buscamos en el informe de Runciter? —pregunta. Se refiere a la mezcla de dragotina con paraquat.

—Ni rastro de esas dos sustancias. Por cierto, lo siento por lo de tu amiga, la del cabaret. Me he enterado esta mañana de lo que ha pasado. Sé que no te servirá de consuelo en estos momentos, pero te traigo dos buenas noticias que igual te levantan el ánimo. Dos avances, diría yo.

—Percibo en tu mirada que me traes algo bueno. Estamos deseando escucharlas. —Blake transfiere la imagen a su panel de trabajo, sobre los triángulos y las letras que hasta hace un momento quebraban su cabeza, para que su compañero lo vea en grande—. Adelante.

—Ah, Marc, estás ahí. ¿Qué tal? —se interesa Scott.

—Muy bien. Esperando eso que nos tienes que contar.

—No fue complicado que Runciter me diera permiso para supervisar los resultados de los exámenes que le hizo al cuerpo de Mike. Me llevo bien con él, es un tío amable y humilde. Hace unos años le ayudé con un temario, y el chaval aún se acuerda. Me los transfirió enseguida vía forearmphone. ¿Y a que no sabéis qué he descubierto? Que existe un marcador en sangre que anuncia la presencia de Escitalopram, un antidepresivo que es un inhibidor selectivo de la recaptación de serotonina. Se suele tomar para aumentar las concentraciones de serotonina y mantener el equilibrio mental.

—¿Y por qué no lo ha notificado Runciter? —pregunta Blake.

—No lo ha visto. No es fácil reconocer la presencia de estos valores. Le falta experiencia. Pero hay más. Cuando amplié los parámetros relacionados con esta ingesta, encontré también valores muy altos de adelfa, una planta que es tóxica y que su consumición es capaz de provocar el paro cardiaco entre otras cosas. Así que estamos con seguridad ante las sustancias que conformaron esa pastilla que decís que le metieron en la boca.

—Buen trabajo, Scotty —celebra Blake—. Aunque por el momento no sé en qué nos ayuda conocer este dato.

—Tengo una idea aproximada de a qué nos enfrentamos, pero antes quiero examinar a fondo los efectos que puede producir esta combinación, porque es de lo más extraña. Y quiero también examinar el historial médico de Patterson.

—Perfecto. Ahora estamos preparados para escuchar el segundo avance que nos traes —el detective se impacienta.

—¡Ah! Este es en relación al caso de los cerebros inservibles, en el que sigo trabajando horas y horas cada día. Te pondrá muy contento

conocer lo que he descubierto.

—Dispara, Scotty. No me hagas sufrir más.

—He encontrado una huella en el interior del vaso de la trituradora que me mandaste.

—¡Pero si yo no vi nada con mi lupa!

—Blake… No quiero que te desilusiones con ella, pero tu lupa no tiene nada que ver con los aparatos que tengo aquí. Además, tuve que vaciar el caldo apestoso de cerebro que contenía. Y una vez limpiada a conciencia para no borrar posibles huellas o marcas, la encontré. Así que, me parece que ya tienes a uno de tus hombres.

—¿Y a qué esperas para enviarme la huella?

—Ya lo he hecho.

—Ah. Es verdad. —Blake se percata al consultar su dispositivo—. ¿Tienes algo más para mí?

—¿Ya quieres darme puerta? —Scott sonríe—. No te preocupes, lo entiendo. Estarás deseando conocer la identidad del asesino. Te dejo trabajar.

Capítulo 46

La huella corresponde a Therry Wolf. El detective ha encontrado enseguida la información en el archivo policial. Según el mismo, posee licencia para vender en Willow Square, el último mercado de toda América.

Los agentes especiales que lo acompañan han quedado atrás para que no sea reconocido. Para pasar desapercibido entre la gente, se ha puesto de nuevo la ropa que le han dado en el DCI. A la camisa trad de raceno, los pantalones y el cubrecuellos, ha sumado un gorro de lana verde aguacate que combina muy bien con el conjunto, por ser del mismo color. Todas las precauciones son pocas, pues hacia donde camina hay mucha, mucha gente.

Tras cruzar un par de bocacalles, Blake aparece en una gran plaza entre edificios, colmada de comercios de lo más variopintos y rudimentarios. Establecimientos que exponen sus productos en la calle como antiguamente, los últimos de su especie.

La extensa aglomeración de neones y de llamativos hologramas en movimiento hace que Willow Square sea único en el mundo. La plaza está abarrotada. Miles de clientes se mueven rápido de un tenderete a otro. Buscan esos objetos que son difíciles de encontrar, o que no se pueden comprar en otro lado. Artículos antiguos, especiales, de colección, ilegales o de cualquier índole.

Blake camina en la misma dirección en la que se desplaza la mayoría de la gente. Aun así, le resulta difícil avanzar. Los roces y los empujones con los demás son algo normal allí. Las primeras calles son las más estrechas. Marc estaría agobiado entre tantas personas. Por suerte, no lo acompaña. Estaría quejándose todo el rato. Además, si llegan a ir juntos hubieran sido descubiertos. Aunque la figura del detective es la más famosa, el rostro de su compañero es más reconocido. Muy poca gente repararía en el detective por su cara. Esto se debe a que las altas solapas de su chaquetón y la forma de llevar su sombrero dificultan que la gente con la que se cruza a diario pueda ver lo que hay debajo. No obstante, se abre camino lo más rápido que puede entre los viandantes de la plaza, intentando no mirar a nadie de forma directa.

Con cierta cautela, avanza hacia donde Therry Wolf tiene

contratado el espacio para su stand. De vez en cuando, consulta su ubicación en su forearmphone. La calle gana anchura. Cada vez que una bicicleta magnética pasa sobre la vía que hay sobre su cabeza, muy cerca de los techos de los tenderetes, la calle se tiñe de azul cobalto a consecuencia de las estelas de iones.

Llega al lugar. A pesar de no disponer de un solo neón, la tienda de Therry Wolf resalta entre las demás. Aparenta ser la más cuidada y renovada. La cubierta de telas marrones, ocres y amarillas que la cubren, algunas con flecos, parece ser de buena calidad. A juego con los artículos que se exponen en su interior, parece ser de otro tiempo. Los objetos expuestos llaman la atención de todo tipo de clientes, que se amontonan y hacen cola frente al mostrador principal.

Blake se hace hueco entre los más rezagados, personas que tan solo curiosean en las inmediaciones, y logra ver la primera línea de la tienda y parte del interior. La mayoría desconocen la funcionalidad de los objetos que se llevan, por lo que tampoco les importa que ya no puedan utilizarse o no funcionen. Simplemente los compran como piezas de decoración, de colección y reliquias de otro tiempo. Por las formas en que emplean y manipulan cada objeto, ninguno de ellos es historiador. Blake padece por cada uno de los artículos que se mueven de aquí para allá sin cuidado.

El lugar cautiva al detective, que disfruta embelesado con los objetos expuestos en cada una de las estanterías, sobre cada mesa… ¿Por qué no ha conocido antes ese lugar? Cree haber malgastado parte de su existencia. Se lamenta por ello. Piensa comprar muchas cosas allí a partir de ahora. Por un momento, olvida su objetivo principal. Hasta que observa a las dos personas que están atendiendo al otro lado del mostrador. Uno de ellos, entrado en años, larga barba blanca y una bufanda negra, es Therry Wolf. Su imagen es como la que ha encontrado en el archivo policial.

El detective sabe que ese hombre no forma parte del grupo de asesinos y que nada tiene que ver con el caso que investiga. Solo hay que verlo caminar. Su deterioro corporal es patente. Se ha encontrado su huella en el interior del vaso de la trituradora por motivos obvios. Antes de pasar a manos de los culpables, debió estar en su tienda. Debió vender él ese electrodoméstico. Eso pretende confirmar entrevistando a Wolf y, con suerte, dar también con el comprador.

El tendero permanece ocupado por la aglomeración de clientes. Blake puede esperar, y desea hacerlo. Quiere hablar con él con la máxima tranquilidad. Aprovecha para pasearse por la otra parte de la tienda, que permanece abierta para que cualquiera pueda ojear. Reconoce los nombres y la utilidad de todo lo que ve. Un saxofón colgado. A su derecha, sobre una mesa mediana, un acordeón, una cinta de casete envuelta en un plástico protector, un violín… A su

izquierda, libros antiguos cubiertos de polvo y una partitura de John Williams expuesta sobre un atril sin protección alguna. Con casi toda seguridad, el objeto más valioso de toda la tienda. «¿Qué coño hace esto aquí?», piensa. No solo se trata de papel de verdad y está en la calle, sino que nada lo protege contra el polvo, el frío o las manos de los curiosos. Una pieza así debería estar bajo custodia en algún museo. Therry Wolf podría tener serios problemas por el alto valor de esa pieza.

No puede apartarse de ella. Se acerca para verla mejor. Respira muy cerca de sus emborronados pentagramas, de la firma del antiguo compositor de música para cine. La disfruta. Casi puede olerla.

—¡Oye! ¿Estás pensando en robarme? —le acusa Therry Wolf, quien ha dejado a su hija al cargo de la atención de los clientes.

—No. Ni mucho menos. Solo que…

—Pues no te acerques tanto. Ese papel es delicado.

—¿Por qué no proteges esta pieza? Es más, pienso que es un sacrilegio que esté aquí.

—Te ha llamado la atención, ¿eh? Pues tengo más —dice con una sonrisa de oreja a oreja—. ¿Te atrae el pasado? ¿Qué sabes de la música de John Williams?

—Lo suficiente para sorprenderme muchísimo al ver una de sus partituras aquí. ¿En serio tienes más?

—Ja, ja, ja. Tranquilo hombre, se trata de una réplica. Las hace un buen amigo mío —dice al mismo tiempo que la agarra para enseñársela a Blake—. Toma, anda, tócala y verás…

Blake casi se ve obligado a cogerla. El tacto es diferente a todo lo que ha tocado hasta el momento. Se avergüenza de no haberla reconocido.

—Mi amigo es muy bueno haciendo estas cosas. Trae. —Se la quita de las manos—. ¿Buscas algo? —pregunta. Sigue desconfiado. Las pintas del detective no le hacen pensar nada bueno de él. Tampoco que pueda pagar ni siquiera el artículo más barato de todos los que vende.

—Sí, soy investigador. —Blake se lanza a la aventura.

—¿Historiador? Pues no tienes tú pintas de historiador. —Le mira inquisitivo, de arriba abajo.

—No, no. Investigador privado. Ya sabes, de casos matrimoniales, estafas, pequeños hurtos, laborales…

—¿No vendrás por algo relacionado con mi tienda? Todo está en orden.

—Tranquilo, no es nada de eso. Solo que una de mis investigaciones me ha traído hasta aquí, y estaba mirando.

—Pues ya no puedes mirar más. Dime qué buscas —responde tajante.

—Una trituradora —improvisa.

—¿Una de comida?

—Exacto.

—¿Para comprarla? —Lo mira otra vez de arriba abajo.

—Podría comprarla. Incluso junto a muchos objetos de los que vendes. Aunque te resulte extraño, tengo dinero, y me gustan mucho estas cosas. Pero no voy…

—Entonces, ¿qué quieres? —le interrumpe.

—Voy a ser sincero. Busco información sobre una trituradora en concreto que se vendió aquí.

—No he vendido muchas últimamente.

—Mejor, así seguro que podrás ayudarme. ¿Cuándo vendiste las últimas?

—Hace dos semanas. Una Bosch de dos litros, con cinco velocidades, doble hoja, y de tres mil revoluciones. Me acuerdo perfectamente porque hacía más de diez años que no vendía una trituradora. Me impresionó incluso que ese hombre y esa mujer la quisieran. Las he tenido en la tienda más de decoración que otra cosa.

Al detective le encanta haber recibido esa respuesta. Además, con la descripción Therry Wolf le acaba de confirmar que le habla de la misma.

—¿Me podrías hablar del hombre y la mujer que la compraron?

—¿Qué pasa con ellos?

—Nada importante. Ya sabes… Temas matrimoniales seguramente.

—Voy a ayudarte, pero espero que no les hables de mí. No quiero líos con nadie.

—Descuida —responde Blake sin dar importancia a su propia palabra—. ¿Eran pareja?

—Se los veía muy enamorados. Actuaban como dos tortolitos.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace tres semanas.

—¿Dijeron algo que llamara tu atención?

—Sin que yo preguntara, me dijeron que se habían casado recientemente. Lo iban pregonando, casi alardeaban de eso para que todos nos enteráramos.

—Curioso.

—¿Cómo dices?

—Más bien me refiero a si te dijeron algo sobre la utilidad que le iban a dar al aparato.

—Para triturar alimentos está claro que no —dice el tendero—. Estas cosas ya no funcionan en ningún hogar.

—¿Los escuchaste decir algo al respecto, sí o no?

—No. Y tampoco es que me importe. —Therry Wolf frunce el ceño ante la exigencia del detective—. La gente con mentalidad más

conservadora compra aquí para decorar algún espacio. De vez en cuando también compran para museos.

—¿Este podría ser el caso?

—No. Sé reconocer la actitud de cada clase de comprador. Son muchos años aquí. Ahora que lo recuerdo… Se llevaron algo más. Mira… —Se abren paso entre los clientes. Wolf lleva al detective hacia otra mesa alargada en la que hay objetos pequeños. Entre ellos, varios tipos de utensilios relacionados con la escritura antigua. Sobre la mesa, expuestas y colocadas al centímetro, doce plumas estilográficas idénticas a las que se han encontrado junto a cada cadáver—. Se vieron atraídos por estas plumas. Se llevaron más de la mitad del lote que tenía, y varios botes de tinta. —Señala los pequeños frascos expuestos al lado. Son iguales al que encontró en el último de los escenarios.

Blake sabe que acaba de dar el paso más significativo desde que trabaja en el caso.

—¿Cuánto vale el lote?

Wolf no se esperaba tener que responder a esa pregunta. Dedica unos segundos para realizar el cálculo mental. Al final decide redondear.

—Ocho mil reis.

—Me las llevo todas. —Blake se enamoró de ellas desde que vio la primera en el crimen que abrió el caso de los cerebros inservibles. Ahora que tiene tantas delante, a su disposición, ni se lo piensa. Las compra para él, también con la esperanza de poder encontrar más huellas en ellas. Quizá los que se llevaron el resto toquetearon alguna de las que han quedado allí.

—¿Lo dices en serio?

—Por supuesto. Te dije que tenía dinero para comprar lo que fuera.

El tendero se sorprende. Al mismo tiempo, no logra disimular la alegría que le produce obtener esa cantidad de dinero en tan solo una venta. Está deseando contárselo a su hija. Sabe que se pondrá igual de contenta que él.

—¿Cómo eran? ¿Puedes describírmelos?

—¿A quién? —Ensimismado por la gran suma de dinero que acaba recibir mediante una transferencia vía forearmphone, ha perdido el hilo de la conversación que ha mantenido con Blake momentos previos a que se animara a comprar.

—¿Cómo que quién? Pues los compradores de la trituradora.

—Mira… Todo esto me parece muy raro —dice Wolf asustado—. Ya me lo pareció en su día, cuando esos de los que hablamos pagaron medio lote de plumas estilográficas, junto a la suma de la trituradora. Ahora tú vienes preguntando por ellos y compras el resto. Así, sin pensártelo. No quiero meterme en líos. Creo que ya te he ayudado

suficiente.

Blake echa de menos no poder hacer uso de su autoridad como detective de *Inmemorian*. Podría obligarle a describir el aspecto del hombre y la mujer que compraron hace tres semanas allí, acusándolo de obstrucción a la justicia. Pero sabe que en esta ocasión eso está fuera de su alcance, si quiere seguir oculto entre tanta gente casi en el epicentro de ese gran mercado. La noticia podría correr como la pólvora entre los forearmphones antes de que se pudiera escabullir y resultaría muy peligroso para él. Por eso, no le queda más remedio que resignarse. No le resulta fácil contenerse, pero decide no presionar al tendero y actuar con inteligencia.

Se consuela esperanzado de que alguna de las cámaras fijas que rodean y vigilan el perímetro y cada entrada y salida de Willow Square le descubra la identidad de la pareja que compró hace tres semanas la trituradora. Lo primero que va a hacer cuando regrese al departamento es solicitar las grabaciones de todos esos puntos de captura de imágenes a la comisaría de Sudbury Street, que es quien controla la red de vigilancia en Boston como coordinadora de todo el entramado policial. Sabe que su situación no es la mejor para hacerlo, y mucho menos para conseguirlo. Sigue siendo un prófugo de la justicia para ellos. No obstante, está convencido de que, dentro de unos minutos, habrá dado con la solución que le permita tener acceso a esas grabaciones. A partir de ahí, comenzará un visionado concienzudo y meticuloso de las imágenes grabadas ese día.

Capítulo 47

Domingo, 30 de enero de 2095

Un buen número de agentes especiales de *Inmemorian* custodian el exterior de la sala que Blake ha preparado para el espectáculo. La función final, como él la llama. El recibidor aéreo de la planta dieciséis se ha habilitado para la llegada de las personas a las que ha citado en *Inmemorian*. También se ha acondicionado la entrada principal y los pasillos por los que van a pasar los invitados, para que no haya ningún problema en relación a la protección que la pareja de detectives sigue recibiendo. La orden de detención contra Blake sigue vigente, y por eso tantas medidas, para evitar que alguno de los policías invitados, incluido el comisario Harry Horn, se vean tentados a detenerlo en su mismo puesto de trabajo.

Todo el mundo está pendiente de la reunión que ha concertado el detective para comunicar algo importante. Todo apunta a que serán nuevas informaciones sobre el caso de la muerte de Mike Patterson. La prensa se arremolina alrededor del oscuro monolito que reina en el centro de la ciudad.

Por primera vez en la historia, se han desalojado las instalaciones de *Inmemorian* y cerrado al público. El objetivo: garantizar que nadie actúe contra el detective durante su conferencia. Cada uno de los citados para el evento es recibido por un robot de bienvenida. Luego, un pequeño grupo de agentes de los servicios especiales los acompañan al puesto que tienen asignado en la sala. Poco a poco, se van completando las filas de asientos. El esperado Ron Blake está a punto de aparecer.

Por motivos también de seguridad, el detective ha decidido mantener en secreto que el pretexto principal del encuentro es que se dispone a resolver los entresijos de uno de los casos. Dispone de pruebas sólidas para poner sobre la mesa el motivo de la muerte de Mike Patterson, «el Rubio». No obstante, sabe que muchos, aunque no puedan asegurarlo, imaginarán el asunto del encuentro. Los medios de prensa no han dejado de especular sobre ello desde que se ha filtrado que se va a llevar a cabo la reunión. Sin embargo, nadie puede

asegurarlo. Todo el mundo sabe que Ron Blake es una caja de sorpresas.

El detective aparece en escena. Luce su borsalino y chaquetón con chulería desmedida, por todos los días que no ha podido llevarlos. Más de la mitad de los asistentes son policías de la comisaría de Meridian Police Center, que fue la encargada de recibir y derivar la investigación al DCI tras la llamada de Sonia anunciando la muerte de su marido. El comisario y amigo de Blake, Peter Cinteno, ocupa un lugar privilegiado en primera fila, al lado de Marc. Harry Horn acaba de sentarse. Le acompaña su perrito faldero Grec Sandler. Con la excusa de que se trata del dirigente de la comisaría central de Boston, ha decidido citarlo. No quiere dejar pasar la oportunidad de lucirse en su presencia, de hacer alarde una vez más de sus cualidades y restregarle lo bueno que es. Tenerlo enfrente en cada una de sus funciones finales lo motiva especialmente.

Poco a poco va llegando el resto de invitados, acompañados por hombres vestidos de negro que entran y salen. Una decena de agentes más vela por la seguridad de Blake y de los demás miembros de la cúpula de Dantakis, que van a estar presentes apoyando la resolución del caso. El presidente no puede asistir, otros temas lo mantienen ocupado.

No falta nadie. Blake espera con ansia el pistoletazo de salida, sobre todo desea conocer las reacciones de los asistentes cuando comparta con ellos los detalles de su exposición. Varios miembros de la cúpula de Dantakis han sido los últimos en llegar. En el grupo también se encuentran Marta y Sonia, que permanecen varias filas más atrás; los miembros del equipo de Slender Robotics a los que entrevistó al principio de la investigación; y los forenses Scott y Runciter. El primero, por haber sido pieza clave en las últimas averiguaciones que han permitido a Blake resolver el caso, y, el segundo, por ser el forense al que se le asignó examinar el cuerpo de Mike. También está el notario de *Inmemorian* quien, por ley, no puede faltar cuando Blake se dispone a cerrar un caso. Su registro es la pieza de unión que exigen los juzgados. Los que lo han visto al fondo de la sala, ya han salido de dudas respecto a lo que están a punto de presenciar.

Uno de los tabiques recreativos ha sido preparado para reproducir la esfera holográfica de Margaret. Solo falta que ella aparezca en él.

Medio minuto más tarde, lo hace. Una esfera de luz azulada, compuesta de tenues brillos y destellos en movimiento sobresale de la pared.

—Ahora sí. Ya estamos todos —anuncia el detective—. Ella es Marge. Muchos ya la conocéis.

Y con una sonrisa de oreja a oreja que anuncia su triunfo, Ron Blake empieza su discurso:

—Bienvenidos a *Inmemorian*. ¿Os imagináis por qué os he convocado?

—Habrás resuelto el caso de la muerte de Mike —interviene Cinteno, que ya ha sido avisado de ello, aunque desconoce los detalles.

—Exacto. Estáis a punto de conocer los detalles de la muerte de Mike a manos de su sexpartner. Por cierto, veo que algunos repetís. Se ve que le habéis cogido el gustillo a estos espectáculos gratuitos que os ofrezco —bromea para romper el hielo. De forma casi instantánea, se pone serio e interpreta su papel más profesional—. Desde el primer momento hemos estado analizando el enigma de la muerte de Mike desde otro punto de vista. Pues, ¿quién nos iba a decir que íbamos a copiar la consciencia de una persona viva? —Este comentario va dirigido a Marc, quien se ve sorprendido por lo que acaba de escuchar. La primera información rompe todos sus esquemas. ¿Por qué su compañero hace eso? ¿Por qué le oculta cosas?

Los asistentes murmullan, hablan entre ellos. Algunos, incluso lanzan las primeras preguntas. El ambiente se caldea.

—Tranquilos. Así de pronto, entiendo que os sorprendáis. Recapitulemos. —Blake da dos pasos al frente para estar más cerca de su público—. El pasado 4 de enero, Marta, la mujer de Mike Patterson, llamó al Meridian Police Center alertando de que, al llegar a casa, se había encontrado a su marido muerto a manos de su sexpartner. Aparentemente, estábamos ante el crimen de un hombre que había muerto mientras mantenía sexo con su asistente sexual, y la incomprensión de que esto pudiera suceder. Pero la extrañeza del asunto aumentó cuando la copia de la consciencia de Mike, con la que Marc y yo nos entrevistamos en el cubo de Cicerone, nos contó que al salir de sus clases se encontró contra toda lógica a su sexpartner activada, pues él no la había puesto en funcionamiento. Tampoco la había llamado, ni le apetecía tener un encuentro con ella. Pero esta le esperaba con actitud insinuante. Algo que, como todos sabemos, también es técnicamente imposible. Un sexpartner no se puede encender por sí solo.

»A pesar de que asegura que algo le hizo detectar un comportamiento diferente en su sexpartner, se dejó llevar. Tuvo sexo con ella hasta que, a mitad del acto, Easia le introdujo en la boca algún tipo de pastilla que se deshizo al primer contacto con su saliva, y que no pudo escupir. El propio Mike afirmó que aquello sabía a harina de maguey.

»A la historia hay que sumarle que la mañana en la que sucedió todo, Mike salió antes de lo previsto de sus clases virtuales. El historial de conexiones del cubo indica que siempre acababan a las 12 en punto, y que ese día algo las interrumpió a las 11:40. Mi compañero

Marc, varios días después, mientras registrábamos la vivienda y el interior del cubo de realidad virtual, conectó con las clases por accidente y pudo hablar con los alumnos de Patterson. Estos le contaron que esa mañana, Mike ya les había avisado de que se encontraba indispuesto y que quizá tendría que abandonar el aula virtual. Por eso, cuando sucedió, no les sorprendió. Pero mi compañero no solo descubrió eso, sino que alguien había programado el cubo con el propósito de sacar a Mike antes de tiempo de sus clases y para que siguiera recreando para él que mantenía sexo con Easia, tal y como nos había contado.

»¿Cómo sabemos esto? Cuando la programación de la conexión con las aulas de Mike sacó a mi compañero de la conexión virtual a las 11:40, tal y como le sucedió a Patterson, se encontró ante la misma situación que nos había relatado en el cubo de Cicerone. Easia lo esperaba insinuante. Marc era consciente de que seguía en virtual, y se dejó llevar como buen investigador que es. —Le guiña el ojo—. Y sucedió ante él lo mismo que Mike nos había contado sobre sus últimos minutos de vida. Tuvo sexo virtual con aquella copia recreada de Easia hasta que, de pronto, la sexpartner le introdujo a la fuerza algo en la boca. En esta ocasión, a diferencia de lo ocurrido con Patterson, no tuvo ningún efecto en mi compañero, ni sabía a maguey. En realidad, ni siquiera tomó nada, solo era parte de la recreación.

»Aquí nos enfrentamos al primer dilema. A pesar de haber pasado por lo mismo, de conocer de primera mano los últimos acontecimientos que llevaron a la muerte a Mike Patterson, había un ingrediente diferente. La sustancia que Marc no recibió. Si hablamos de que Patterson experimentó tan solo una visión virtual, ¿cómo aseguraba que había sido envenenado por algo que sabía a maguey?

»En ese momento lo creí tener claro. Solo podría haber sucedido así. Alguien con un traje de Fierto Tai, de esos que te hacen invisible en un entorno virtual, permitió al verdadero asesino esperar dentro del cubo para introducir alguna sustancia tóxica en la boca de Mike en el momento exacto, mientras este solo veía a la Easia virtual realizando la misma acción. Pero todo cambió hace dos días, cuando el forense Scott, presente en esta reunión, me comunicó que había encontrado unas extrañas sustancias para nada esperadas en los exámenes efectuados por Runciter. —El detective se dirige a él—. Aquí tengo que agradecer al joven Runciter, el forense al cargo, que accediera a compartir sus resultados con Scott de tan buen agrado. A pesar de que, seguramente, ha sido el primer análisis forense que has realizado a una persona viva, nos ha resultado muy útil tu trabajo y colaboración. No te preocupes por este hecho y por no haber detectado tú mismo la presencia de estas sustancias, reconozco que debe de ser complicado. Tu humildad te llevará lejos, y serás un gran

profesional.

El joven forense le dedica un gesto de agradecimiento, ante la mirada de varios asistentes de las filas delanteras que se han vuelto para mirarlo.

—Antes de seguir, me gustaría haceros una pregunta: ¿alguien sabe que es la catalepsia?

Uno de los policías de Cinteno levanta la mano.

—Adelante —El detective le da voz.

—Ataques repentinos de sueño, que te hacen dormirte de repente y sin aviso.

—No. —El detective ríe—. Eso se llama narcolepsia. Yo hablo de la catalepsia. ¿Alguien más se atreve?

A pesar de que algunos saben de qué se trata, y otros tienen una ligera idea, prefieren esperar a que sea el detective quien lo explique.

—Existe una enfermedad rara que produce un fenómeno similar a la muerte aparente, que se llama catalepsia. Esta enfermedad se conoce desde tiempos tan antiguos como los míos. —Blake se queda unos segundos en silencio. Él mismo se sorprende de lo que acaba de decir. Por un momento, pierde la noción de quién es. Mira sus brazos, sus piernas. No se reconoce. Su postura corporal alerta a los asistentes.

—Definitivamente está como una cabra —susurra Horn a su acompañante.

—Blake, ¿estás bien? —se preocupa Marc.

—Eh… Sí. Claro. —El detective se rehace—. La catalepsia, eso es. Esta enfermedad provoca ataques en los que el enfermo queda inmóvil, sin respirar, sin pulso, como si estuviera muerto. —Recupera la energía y convicción que parecía haberlo abandonado por un momento—. Son muchos los casos conocidos a lo largo de la historia en los que se ha enterrado a alguien que era cataléptico al creer que había muerto, produciéndole entonces una muerte real de lo más horrible y claustrofóbica.

»Mientras investigaba el origen de la sustancia que le había provocado la muerte de manera tan rápida, y la posibilidad de que se tratara de una mezcla de dragotina y dicloruro de paraquat a partes iguales, la cual produce pérdida de consciencia en pocos segundos y posteriormente la muerte, y que además sabe a maguey por razones obvias, una serie de casualidades hizo que nos topáramos con otra cosa. Más bien fue Scott quien lo descubrió. —El detective dedica otra mirada cómplice a su amigo el forense. Marc lo escucha sin saber de qué habla. Entiende que el detective ha recorrido en solitario mucho más de lo que él creía. Algo que le molesta. ¿Cuánta información le ha ocultado? ¿Desde qué día? Tiene muchas preguntas que hacerle, pero no es el momento. Prefiere dejar que siga hablando.

—¿Qué tiene que ver eso con la catalepsia? —pregunta un agente

de Cinteno.

—¿Mike padecía esa enfermedad? —pregunta el joven Runciter, contrariado.

—¡A mi marido no le pasaba nada de eso! —La voz de Marta se oye en mitad de la sala.

—Mike había sufrido episodios catalépticos, Marta, y tú lo sabías.

—¡Mentira!

—Por favor, Marta, siéntate. Y no vuelvas a levantarte. Si no mis hombres te detendrán.

La bomba que Blake acaba de soltar se ve reflejada en los rostros de cada uno de los asistentes. Incluso el notario sentado al fondo de la sala, quien no ha levantado todavía la mirada del holograma que tiene delante, deja de tomar anotaciones.

Blake sigue a lo suyo:

—Entiendo vuestros rostros de incomprensión. Me hubiera gustado dejar a Marta al margen hasta el final de esta explicación, pero tranquilos, que quedan más sorpresas.

»Continúo: en el análisis de sangre se halló un marcador que anuncia la presencia de Escitalopram. Este medicamento es un antidepresivo que es un inhibidor selectivo de la recaptación de serotonina. Se suele tomar para aumentar las concentraciones de esta sustancia y mantener la mente en su sitio. Si me permitís, quiero presentaros a alguien. Vuelvo enseguida. —El detective sale un momento de la sala ante la inquieta mirada de Marta. Su acción causa incertidumbre en los presentes. En el pasillo, uno de los agentes que hacen guardia ha preparado la sorpresa. El detective maniobra con la silla de ruedas y la introduce a la reunión.

Los asistentes hablan entre sí, se preguntan quién es ese hombre al que mantienen privado de libertad con manimanes en las muñecas. ¿Qué relación puede tener con Mike o su sexpartner?

—¿Quién es? ¿El asesino? —pregunta Peter Cinteno.

—No. Qué va. Se llama Osman Santaolalla. —Hace una reverencia para presentarlo formalmente a sus invitados—. Es el médico de Patterson, el que le recetaba el Escitalopram.

El reo parece abatido. No se atreve a levantar la vista ni a mirar a ninguno de los asistentes.

—Scott amplió los parámetros relacionados con el marcador que anunciaba la presencia de este fármaco y encontró también valores muy altos de adelfa, una planta tóxica cuya ingesta es capaz de provocar un paro cardiaco entre otras cosas. ¿Qué hacían esas dos sustancias en el organismo de Mike? Todo era muy raro. Al acceder al historial médico de Patterson en busca de respuestas, descubrimos que los pedidos se los recetaba Osman, pues coincidían con las citas periódicas a su consulta. Fui a ver al médico, registré su lugar de

trabajo, copié la información de su forearmphone y encontré lo que me faltaba. Los apuntes que almacenaba en una carpeta nombrada Mike Patterson indicaban que estas dos sustancias juntas pueden ser utilizadas para inducir ataques de catalepsia a gente que ya padece esta enfermedad, y que le estaba ayudando a autoinducirse estos ataques de duración más o menos controlada. Mike y el médico llevaron a cabo una serie de pruebas con dosis crecientes hasta dar con el efecto deseado. A eso se dedicaban en sus encuentros.

»También averigüé que las tardes en que se veían, Osman Santaolalla cancelaba todas sus demás citas y preparaba la sala con todos los aparatos necesarios para monitorizar la sesión. Provocar estados catalépticos en un cuerpo humano es muy delicado y peligroso. Conlleva un gran riesgo. Es jugar al borde de la muerte. Solo estudiando esto muy bien, se puede llegar al nivel de control que alcanzaron sin provocar un paro cardiaco real. En este sentido, Osman Santaolalla es un doctor que no deja nada al azar. Tengo que reconocer que es muy bueno. Me quito el sombrero ante él. —Acompaña el comentario con su borsalino en la mano—. ¿No es así, Santaolalla?

El detenido asiente con la cabeza gacha. Está totalmente derrotado. Sabe que ya no puede hacer nada contra la justicia.

—Sin duda alguna, estamos frente a un trabajo muy profesional.

—Gracias —responde débil y sin mirarlo.

—Gracias, dice. —Blake se ríe—. Una vez conseguido, ajustaron la dosis para que el ataque durara más, o menos, y para que Mike pudiera inducirse sin ayuda estados catalépticos seguros cuando él quisiera. Y así sucedió: muy pronto Mike Patterson llevó a su hogar esta solución ya preparada. ¿Cómo puedo demostrarlo? Mirad. —Blake proyecta un holograma en el aire—. Esta imagen la tomé en un registro de la casa. Encontré estas ampollas en el cuarto de baño. También una extraña gota reseca en el sofá en el que encontramos el cuerpo. Ambas son Deprenol, como Osman llamó a la droga resultante de la mezcla de estas dos soluciones.

»Cuando ayer Scott me contó, cuáles eran los efectos de esta combinación, la misma que contenían las ampollas que le mandé y la mancha del sofá, y que Patterson era cataléptico según el historial médico, supe que eso quería decir que la recreación virtual estaba preparada por él mismo para hacerse creer que moría a manos de su sexpartner, para engañar a su consciencia. Fue previsor, pues sabía de antemano que haríamos la copia de su consciencia para hablar con ella. Si recordáis, él mismo avisó a sus alumnos de que quizá tendría que abandonar sus clases porque se sentía indispuesto. Lo tenía todo previsto. Se preparó muy bien para hablar con nosotros. Se autoengañó para luego poder engañarnos. Este hombre era muy listo.

De nuevo murmullos y comentarios. Preguntas al aire. El tono, esta vez, es más alto. Blake mantiene a todo el mundo enganchado a su historia.

—Lo que quiero decir es que, cuando llegamos al lugar de la muerte, nos encontramos a un hombre que solo aparentaba estar muerto —añade el detective—. Y realizamos el primer copiado de consciencia a una persona viva.

—¿Se puede copiar un cerebro vivo? —pregunta un policía.

—Sí, ¿qué os parece?

—Inquietante.

—¡¿Quieres decir que mi marido sigue vivo?! ¡Eso es imposible! —Marta se levanta eufórica de su asiento—. Yo misma lo vi sin…

El detective frena sus palabras en seco con un gesto contundente. A continuación realiza una pregunta:

—¿Cómo podía un sexpartner asesinar a su propietario? Señores… amigos, y asistentes no tan amigos… —dice dedicando una mirada pasajera a Horn—. Me temo que eso no es posible. No tuve dudas en ningún momento de que todo esto tendría otra explicación. Compañeros, detened a estas dos mujeres cómplices.

Capítulo 48

Todos se vuelven hacia donde están sentadas. Marta y Sonia han sido ubicadas en el extremo de una de las filas de asientos para facilitar la detención. En cuestión de segundos, un par de agentes se hacen con ellas.

—Marta nos mintió llamando a la policía y confesando que se encontró a su marido tieso en el sofá al llegar del trabajo, cuando en realidad sabía que se había provocado un estado de catalepsia. Fue ella quien llevó el cuerpo inmóvil del cubo al sofá y preparó la escena para nuestra llegada. Por otro lado, Easia no pisó en toda la tarde el interior del apartamento. La pasó entera en el recibidor aéreo, tal y como indica la localización del producto que nos facilitaron los responsables de Slender Robotics. Marta se encargó de destrozarla antes de nuestra llegada para tener coartada y dejó ese bate de beisbol bien a la vista para asegurarse de que le preguntáramos por ello.

—Pero… ¿tanto tiempo dura el efecto de esa droga? —pregunta Marc—. Yo lo vi sin vida a través de las ventanas del vehículo funerario.

—Eso es una pregunta que debe responder Scott. Amigo… —El detective le ofrece la palabra.

—Todavía no sabemos la duración. Lo estamos investigando. Pero llegaron a controlar de tal modo los estados de catalepsia, que no me extraña que llevara consigo en todo momento más ampollas de Deprenol, y que las tomara en varias ocasiones de manera estratégica, cuando no lo veía nadie. Eso sería posible.

—Gracias, Scott. —El detective retoma su discurso—. Antes de ser enterrado, debió escapar, pues su cuerpo nunca llegó a ser depositado en la fosa común número 73, que es la que se encuentra en proceso de llenado en este momento. Lo sé de muy buena mano. Mike Patterson nos engañó a todos muy bien. A mí el primero. A la policía científica, al forense Runciter, incluso a los de la funeraria. Debió de tener la jugada muy bien estudiada en su cabeza. No me cabe duda de que investigó al milímetro los desplazamientos que haría su cuerpo cuando aparentara estar muerto. No obstante, corrió un gran riesgo. Sin un poco de suerte, no hubiera podido pasar desapercibido hasta el final. Los movimientos que hizo en cada momento, los detalles restantes de

los efectos del Deprenol y su duración, como ha explicado el forense, son cosas que aún están por investigar. Esperemos que el propio Mike colabore y nos ayude a despejar estas incógnitas.

—¿Dónde está? —pregunta uno.

—¿Entonces sigue vivo? —quiere saber Horn.

—¿Acaso no te has enterado de nada de lo que he dicho? —le responde Blake—. Claro que está vivo.

—¿Se conoce su paradero? —interviene Peter Cinteno.

—Sí. Verás… La psicóloga de oficio que atendió a Marta tuvo la deferencia de alojarla en su casa durante dos días mientras la policía científica analizaba el apartamento en busca de pruebas. Nos dijo que Marta le pidió que la dejara ir al aeropuerto a recoger a Nicolás, hijo que se inventó para Mike. La pillamos pronto en esa mentira. Aunque más tarde se excusó explicando que solo le mintió para poder volver a la comodidad de su casa en ese momento tan delicado por el que estaba pasando. A mí nunca me convenció.

»Da la casualidad de que, debido al fuerte temporal que azotaba la ciudad por aquel entonces, la mayoría de los vuelos de ese día estaban cancelados, y ninguno llegaba a Boston. El único avión que levantaba el vuelo alrededor de las horas en las que Marta quiso salir de casa de la psicóloga era el M-Ultra 370 con destino a Madrid (España). —Blake se acerca a Cinteno—. Por eso te pedí ayer acceso a la base de datos que la aerolínea comparte con la policía. Gracias a las autoridades españolas que investigaron la llegada del avión y dónde se encontraba cada uno de los ocupantes del vuelo debido a mi llamada, sabemos que Mike iba a bordo con el nombre de Juan Navarro Noriega. Ya ha sido detenido en la comisaría de policía Madrid-Chamartín Pío XII. En unos días será repatriado para el juicio y, después, estoy seguro de que ingresará en Thompson Island.

—No lo entiendo. ¿Por qué todo esto? ¿Por qué Mike quería parecer muerto? —pregunta Marc.

—Iba a contarlo enseguida. No obstante, a estas alturas tendrías que tenerlo más que claro.

Las palabras de Blake provocan frustración en Marc. Las recientes revelaciones del detective, lejos de aclararle las cosas, lo mantienen fuera de juego.

—Ingresará en la cárcel de Thompson Island, y no lo hará solo, pues la verdadera interesada y artífice de todo esto es Lubna —explica Blake.

—¿La cuñada? —Marc se sorprende al escuchar su nombre.

—¿Es que no te diste cuenta de cómo defendía a Marta cuando insinué que era sospechosa de la muerte de su marido? Sus nervios la traicionaron. Fue algo más que evidente. Nos persiguió nerviosa, perdida, hasta que salimos de su casa. Defendía con insistencia la

inocencia de su cuñada, a pesar de que nos habían vendido los problemas familiares que tenían y que no querían saber nada de ella. ¿Es que ni siquiera te pareció raro?

—En ese momento, no mucho… —responde Marc en voz baja, un poco avergonzado.

—Pues debería haberte marcado. Como a mí. —El detective se acerca al panel holográfico—. Tras estas averiguaciones, tenía que cerrar todos los cabos sueltos. ¿Por qué Mike nos engañó simulando su propia muerte? ¿Qué lo motivó a hacer todo eso? ¿Era un ataque a Slender Robotics y a sus sexpartner como siempre he creído? Me quedaban algunas cosas que investigar. La familia Vernard era una de ellas. Y cuando lo hice, todo estuvo muy claro para mí.

—¿Y qué tiene que ver Lubna en todo esto? —insiste Marc.

—¿Quién es Lubna? —pregunta Cinteno entre medias.

El detective hace aparecer una instantánea de ella en el panel.

—Lubna es la mujer de Gregory, el hermano de Marta. Mi compañero la conoció en las puertas del cementerio junto a su hijo. Ante la ausencia de Gregory en el cementerio, Marc vio oportuno citarse con ellos para que nos dieran una razón de por qué no había estado allí. Cuando fuimos a su casa, nos contaron que por asuntos familiares vivían enemistados con Marta desde hacía tiempo. Además Marta los acusaba de ser antiyouving. Pero ellos defendían que no lo eran y que la raíz del problema era otra. Lo que viene siendo un típico problema familiar. Un jaleo.

»Lo curioso es que, a pesar de ello, y según nos explicaron, Marta y Mike comenzaron su relación mucho después de ese distanciamiento familiar. En cambio, parecía no haber consuelo para Lubna tras la muerte de Mike. ¿Cómo era posible que le guardara tanto aprecio a su cuñado si se supone que no lo conocía? Al realizarle esta pregunta, nos dijo que Mike creó una casa de encuentro virtual en la stay web para intentar unir a Marta con ellos, aunque la idea no funcionó. En virtual fue donde Mike inició una relación intensa con la familia Vernard, concretamente con Lubna, con quien desarrolló un vínculo especial. Ella nos contó que pasaban horas y horas hablando.

»Cuando nos entrevistamos con esa mujer, me dio la impresión de que iba improvisando sobre la marcha, que sabía lo que quería contarnos desde el primer momento pero no cómo hacerlo. Su mayor estratagema: fingir que estaba destrozada por la muerte de Patterson cuando en realidad sabía muy bien que seguía vivo.

»Al defender a Marta con tanto ahínco, sospeché que quizá no se llevaban tan mal. Que podían ser cómplices. Reconozco que muchos de vosotros podéis pensar que también he ido improvisando durante mi investigación, que me he ido adaptando y dando sentido a las cosas después. Incluso mi propio compañero puede pensarlo. Pero tengo que

deciros que no ha sido así. Sí es cierto que la complejidad de este caso me llegó a pesar durante una de las fases. Por otra parte, está el asunto de los cerebros inservibles, que también me ha apretado bastante. Pero en cuanto conocí a los Vernard, sabía que la solución pasaba de alguna forma por ellos. Y Lubna, por su actitud, se convirtió en el epicentro.

»En cuanto me enteré de que Marta engañaba a su marido con Sonia y que ambas trabajaban en Maniac Corporation, también supe que la empresa de la competencia tendría algo que ver. Demasiadas casualidades juntas. Lo complicado era unir todas las piezas del puzzle que ya conocíamos para armar una historia.

»Lubna es la segunda mayor accionista de Maniac Corporation. Una empresa que lleva sufriendo mucho durante los últimos años a consecuencia del auge de sus empresas competidoras. En concreto, por el crecimiento de Slender Robotics gracias a su producto estrella: los sexpartners. Sonia, Marta y, en última instancia Mike, son las piezas de ajedrez que Lubna ha movido para llevar a cabo un ataque sin precedentes contra Slender Robotics.

»Marta fue el primer eslabón. Esta utilizó a su marido, un cornudo consentido, para aparentar que había sido asesinado por Easia. Seguro que les ofreció a ambos una gran cantidad de dinero a cambio.

—¿Qué pruebas hay contra Lubna? —pregunta Runciter.

—Todo el historial de su forearmphone la inculpa. Copié su dispositivo sin que se diera cuenta durante nuestra visita. El problema era, que para atar el asunto necesitaba los resultados de Scott.

—¿Podemos echarle un ojo?

—Sí, en él encontraréis todas las conversaciones que mantenía con Mike, Marta, Sonia, Osman y el controlador del vehículo funerario en esa especie de casa de encuentro virtual que Mike había creado supuestamente para tratar de arreglar las desavenencias familiares que nos vendieron. Nos dijeron eso para que no entráramos a investigar en ella en caso de descubrirla. Todo mentiras.

La frustración de Marc aumenta, se convierte en rabia y desconfianza. No logra entender el motivo por el que su compañero le ha ocultado que manejaba mucha más información.

—¿Gregory sabía algo? —pregunta un agente del Meridian Police Center.

—Gregory no sabía nada. Es la única persona sincera en este entuerto. Sus problemas con Marta son reales. En cambio, Lubna solo se aprovechó de ellos para llevar a cabo la operación sin que este se enterara cuando Gregory dejó de visitar la casa virtual que ellos seguían frecuentando. En estos mismos momentos se estará quedando a cuadros. —Blake consulta su forearmphone—. Lubna acaba de ser detenida. Es más, de haberlo sabido, o si lo hubiera descubierto, no sé

lo que hubiera pasado entre ellos. Gregory también tiene un gran número de acciones en el sector robótico y, en su caso, a diferencia de su mujer, donde más dinero tiene metido es en Slender Robotics. Si no recuerdo mal, en el treinta y cinco, su padre pagó más de quinientos millones de reis para la ampliación de la fundición. Apuesto a que Gregory ni siquiera sabe dónde tiene acciones su mujer.

—Si son tan ricos… ¿por qué Lubna se tomó las molestias de llevar a cabo todo esto? ¿Para qué arriesgarse tanto para mover unas cuantas acciones? —pregunta Cinteno.

—Primero, no hablamos de unas cuantas acciones. Y, lo segundo, el verdadero billonario es Gregory. En comparación con él, ella no tiene nada. El ansia de competir con su marido, de querer más… Eso no tiene fin, amigo.

—¿Y qué me dices de Patterson? —interviene Horn—. Al parecer no era tan listo.

—No te confundas. Para llevar a cabo esta operación tiene que serlo. Mucho más que tú, me atrevería a decir —ríe. Disfruta dejándolo en evidencia—. El problema aquí es el amor. Patterson quería tanto a Marta que habría hecho cualquier cosa que esta arpía de mujer le hubiera pedido. La muestra: que seguía con ella a pesar de saber que lo engañaba con Sonia.

Marta se revuelve en los brazos del agente. Sabe que ya nada la libra de la cárcel. El detective ha acertado en todo. Sonia se empeña en pedir clemencia a los hombres que la sujetan. Las lágrimas bañan su rostro.

—Sacad a esas mujeres de aquí. Están demasiado nerviosas —ordena Blake.

—¡Sonia no tiene nada que ver en esto! ¡Es inocente! —alerta Marta justo antes de abandonar la sala.

—Y encerradlas por separado.

Los miembros de Slender Robotics celebran las palabras del detective.

Al término del acto, los mismos agentes que han ayudado a la celebración del discurso de Blake y han estado presentes, acompañan a cada uno de los asistentes a la salida. Una hora más tarde, *Inmemorian* recupera su funcionamiento habitual. Vuelve a abrir sus puertas al público.

La pareja de detectives se encuentra de nuevo en su centro de operaciones.

—¿Por qué no me habías contado toda esa información extra que tenías? —le reprocha Marc con preocupación y enfado.

—Nada de información extra. Ambos nos hemos encontrado ante las mismas pruebas. Sería más idóneo que dijeras que no has sabido

extraer las piezas importantes. —El detective intenta excusarse.

—Sabes a lo que me refiero. ¿Por qué no has compartido conmigo la información del historial de Lubna ni los resultados de Scott?

—Ha sido esta mañana cuando he entrado a ver los movimientos bancarios de Lubna, tras mi visita a la consulta de Osman. Luego, me he puesto con el tema de la reunión, y ya no he tenido mucho tiempo de…

—¿En serio?

—No. La verdad es que me he obsesionado tanto con la preparación del acto que me he olvidado hablar contigo.

—Estas son las cosas que me hacen dudar. A veces pienso qué hago yo aquí, contigo. Mi mente no es como la tuya. Si me ocultas información encima que carezco de experiencia para…

—Bueno, la casualidad nos ha colocado a ambos aquí y no deberíamos contradecir las decisiones del destino.

—Pero tú ya eras detective. El mejor de todos ellos. En cambio yo era un simple ciudadano que trabajaba de controlador en Force 4.

—Un simple ciudadano que me ayudó a derogar la ley del silencio al no humano resolviendo el asesinato de tu tía, y que se está preparando para ser un buen investigador. Si no llega a ser por tu insistencia, ninguno de los dos estaríamos aquí. Así que solo tú te mereces el puesto de detective segundo de *Inmemorian*. Lo demás, lo de la experiencia lo irán arreglando el tiempo y las instrucciones que estás siguiendo en virtual.

—Pero a veces pienso que por eso mismo me ocultas ciertas cosas. Por mi falta de experiencia.

—No voy a negarte que lo he hecho alguna vez, para no ralentizar la investigación. Para comprender ciertas reacciones, ciertos mecanismos, hay que tener ciertas nociones, que reconozco que te faltan. Pero en esta ocasión no ha sido por eso, sino por la falta de tiempo y mi precipitación. ¿Aceptas mis disculpas?

Para Marc, esa forma de hablar del detective es nueva.

—No me gustaría que volviera a suceder. —Aprovecha la ventaja del momento.

—No te prometo nada. —Blake le guiña el ojo.

—¿No te vendría mejor un compañero habituado al oficio?

—No lo creo. Reconozco que estás muy verde, pero, desde que te conozco, he aprendido a sacarte rendimiento. —El detective ríe—. En ciertas ocasiones me has demostrado ser muy útil.

—¿En serio? Ponme un ejemplo.

—Prefiero no contaminar tu inocencia. Podrías volverte como yo, y no me gustaría. Además, dos Ron Blakes no serían más efectivos que tú y yo. Tu particular punto de vista de las cosas está resultando ser muy interesante. Solo te falta adquirir inteligencia intuitiva.

—¿Y cómo voy a aprender a eso? —pregunta Marc, desilusionado por escuchar de nuevo el concepto en boca de su compañero. Últimamente le habla de ello siempre que tiene ocasión.

—Solo si te has formado en anatomía, química, biología, y cuentas con un gran recorrido en el campo de la investigación, puedes optar a explotarla. ¿Tú tienes algo de eso?

—Sabes que no.

—No era una pregunta para que respondieras. Mi intención no es infravalorarte, sino todo lo contrario: motivarte. Eso a mi lado lo conseguirás antes de tiempo. Veo futuro en ti. Si quieres llegar a ser un buen detective, tienes que trabajar la estructura de tu mente, conocerla y también la de los demás para saber el motivo de sus actos. Solo tienes que estar dispuesto a ello. De lo contrario, no lo alcanzarás, aunque pasaras mil vidas conmigo.

—¿Y cómo se hace eso? ¿Por dónde empiezo?

—Recuerda. Todo se resume en estas tres cosas: observación, memoria y un amplio conocimiento.

Capítulo 49

Martes, 1 de febrero de 2095

La cúpula de Fisher Dantakis se ha puesto en contacto con el alcalde Donovan Shapiro para entregarle un breve adelanto de las pruebas que eximen al detective de cualquier tipo de participación en los asesinatos. El objetivo: que interrumpa la orden de detención que recae sobre Ron Blake, para que pueda pisar la comisaría de New Sudbury con todas las garantías. Quiere exponer parte de la resolución del caso de los cerebros inservibles allí.

Nada más conocer la noticia de que han logrado el propósito, el detective empieza a idear cómo quiere que sea el acto. Imagina las reacciones, la cara que se le quedará a Harry Horn al confirmar, una vez más ante sus narices, que ningún caso se le resiste por enrevesado que sea. Y, ese, lo ha sido. Nunca antes los propios criminales le han atacado de ese modo. Primero, ante la opinión pública y las autoridades poniéndolo como culpable y, luego, asesinando a su mejor amiga.

Aunque le gustaría cobrarse venganza cuanto antes, la exposición sobre el caso está prevista para mañana. No tiene más remedio que esperar. Por eso, mantiene su idea de ir al Brenda Pink Cabaret.

Blake ataja por un estrecho callejón no apto para viandantes, cerca de gruesos cables de alta tensión y una red de tuberías de aire limpio. Con su ropa de incógnito, pasa por un hombre cualquiera. El numeroso grupo de agentes especiales que lo acompañaba se ha retirado al conocer la cancelación de la orden de captura contra el detective. Solo una pareja de ellos permanece en las cercanías, monitorizando su posición por si precisara ayuda de cualquier tipo. Todavía está todo muy reciente.

El atajo le hace aparecer justo bajo el cartel del Brenda Pink Cabaret. El resplandor de las letras debería conferir a toda la calle su característico fulgor rosáceo que ha tenido desde hace mucho. Pero no es así. Es la primera vez que las encuentra apagadas. La avenida está triste, de luto. Como él.

El detective asciende por la pasarela que bordea el muro hasta el

parking del establecimiento. Encuentra un Ford Saturn en la puerta. Tal y como ordenó, dos agentes especiales protegen el local y el software que todavía mantiene en semiactividad a la camarera virtual. Se acerca a ellos.

—¿Todo en orden?

—Aquí no se ha acercado nadie.

—Bien… —Blake mira su forearmphone. Luego alza la vista. El paquete de Sheldon debe de estar a punto de llegar.

En efecto, la cápsula de flying home aparece entre el tráfico aéreo y desciende hasta colocarse a su lado. La trampilla se abre y Blake recoge la ficha. La mira, la protege como hubiera hecho con su amiga momentos previos a su muerte. Ahora tiene una segunda oportunidad de hacerlo. Blake siempre ha criticado a su compañero Marc por tener esos pensamientos tan optimistas sobre la capacidad de sentir de ciertas IAs avanzadas; sin embargo, él es el primero al que le cuesta diferenciar los sentimientos reales de los simulados por esas programaciones. Por eso, lo que está a punto de hacer, aunque no devolverá la vida a su amiga, sí saldará la deuda que mantiene consigo mismo.

Empuja la puerta. Nada más entrar se siente como en casa. Quizá sea el último local de toda América que mantiene todas las sensaciones que le agradan. Avanza entre los dos tabiques cubiertos de cientos de minirrelojes que penden de finas cadenas doradas y el voluminoso reloj de columna de aspecto victoriano que tanto le gusta. Cada vez que lo contempla, cree regresar a su mundo. Abre la segunda puerta. Ante él, el amplio salón como nunca antes lo ha visto. Las paredes están desnudas. Está vacío. Falto de elementos.

Echa en falta el saludo que acostumbraba a recibir de la extravagante Brenda. En vez de eso, la encuentra envuelta en interferencias y convulsiones. Movimientos que repite una y otra vez.

—¡Qué afor…! ¡Qué afor…! ¡Qué afor…! —Brenda sigue repitiendo en bucle, tras la barra del bar, los mismos sonidos y movimientos de la última vez que la vio.

Camina hacia ella. Y al hacerlo, se percata de que el suelo es diferente. Ya no simula ser de madera, ya no cruje. Ahora es real. Por primera vez, se fija en lo rudimentario que es.

Coloca uno de los taburetes y se sienta frente a la imagen de Brenda Pink. Se compadece de ella. La observa de cerca. Sigue guardando la esencia de su amiga. Soda le dio la apariencia que le hubiera gustado tener. Por eso la vistió con los complementos y ropa que, por su sobrepeso, nunca se pudo poner. El pelo de tono rosa fucsia, el color de las uñas y el sombrero que a veces vestía eran las únicas cosas que podía copiar de ella, la mujer perfecta para regentar su local de copas.

—Brenda, tranquila. He venido a reiniciarte —le susurra. Le

muestra la ficha—. Perdí a Soda, pero no estoy dispuesto a perderte a ti. Con esto, volverás a ser la misma de siempre. Incluso te parecerá que es como el primer día. ¿Recuerdas cuántos años hace?

No percibe ninguna reacción por parte de ella que le haga sospechar que le ha escuchado. Solo silencio.

Soda instaló un programa en su local para que, en caso de que se ausentara por algún motivo, el bar siguiera funcionando con total normalidad. Con lo que no contaba era con perder la vida en manos de un asesino que atacara también la consola principal de su local. Ahora, gracias a la ayuda que ha recibido de su amigo Sheldon Barbrow (el hacker Iceman), quien ha rescatado los archivos dañados del programa de reinicio del local, Blake dispone de una oportunidad para devolver la vida al Brenda Pink.

Se acerca un poco más. Se inclina hacia ella.

—Hasta así eres bonita. —La contempla de cerca. Luego extiende la mano. Traspasa el haz de luz de la camarera—. No te preocupes, tengo un plan nuevo para el Brenda Pink. Últimamente no venía mucha gente, y tus clientes decorativos dejaban mucho que desear. ¿Qué tal si convertimos esto en un hotel para Inteligencias Artificiales? No hablo de consciencias recuperadas, ni de personas de carne y hueso (esa gente no es fiel y solo traen problemas), sino de IAs abandonadas, extraviadas o desconfiguradas.

A pesar de los múltiples errores que presenta el programa que la mantiene activa, Brenda entiende lo que el detective le transmite, y se esfuerza en salir de su estado para responderle:

—¡Qué afor…! ¡Qué afor…! ¡Me parece estupendo! ¡Pendo…! ¡Pendo…! ¡Me parece…! ¡Pendo…! ¡Pendo…! —Lo consigue a duras penas.

Blake se alegra de que le guste su idea.

—Sí, creo que será lo mejor —se contesta él solo—. Lo mejor para ti, y para mantener este encantador lugar. ¡Joder! Mírate, si ni siquiera me ofreces algo para beber.

Brenda sigue presa de su bucle de movimientos. A Blake le desagrada verla así. Para él es como si su amiga siguiera agonizando.

—No te preocupes, bonita, muy pronto el Brenda Pink Hostal empezará a funcionar. Ya tengo pensado quiénes pueden ser esos primeros huéspedes.

Blake entra en la pequeña habitación desde la que Soda observaba y controlaba todo lo que ocurría en el salón de su local. Frente a todos esos monitores apagados pasaba la mayor parte del día, y allí sucumbió también a la muerte. El detective introduce, tal y como le ha especificado Sheldon, la ficha en el módulo de la consola principal para proceder al reinicio del sistema. Devolver la apariencia al Brenda Pink y reactivar a la camarera será lo más parecido a traer de vuelta a

su amiga Soda, pues el estado de su cerebro no ha permitido realizar el copiado de su consciencia en *Inmemorian*.

Su forearmphone vibra justo en el momento en el que activa el holograma de configuración. Se trata de Margaret. Paraliza la operación por un momento para atender la llamada.

—Marge, ¿qué ocurre? Me pillas algo ocupado.

—¿Qué es ese antro? ¿Dónde estás? —pregunta al ver el basto enlucido de las paredes de la antigua habitación en la que se encuentra.

—En ningún sitio. Ya te contaré.

—Bueno… Tú sabrás. Acabo de recibir un mensaje urgente. —La imagen de un sobre flotante aparece junto a los hologramas que el detective tiene abiertos para reiniciar el cabaret.

Blake pasa la mano sobre él para abrirlo y lo lee en voz alta:

> «Fecha: 26 de enero de 2095.
>
> »Con la presente notificación, informo al detective primero de Inmemorian, Ron Blake, que no está en situación de solicitar nada en relación con el caso de los cerebros inservibles, ni de cualquier otra investigación que esté llevando la policía de Boston. No se nos han trasladado los motivos ni la información por los que el alcalde Donovan Shapiro ha levantado la orden de detención contra él, por lo tanto, para nosotros sigue siendo sospechoso.
>
> »De esta forma, y por la potestad que me ha sido conferida para decidir sobre los órganos bajo mi control, queda denegada la petición de acceso a las grabaciones de las cámaras fijas situadas en Allstate Road, 193 Frontage Road, el puente de Southampton Street, District Avenue, y las de Jan Karski Way, que apuntan hacia las entradas y salidas del mercado de Willow Square».

El comunicado que acaba de leer no parece enfadarlo.

—¿Y ahora qué pretendes hacer? —pregunta Margaret.

—No te preocupes. Imaginaba algo similar. Es más, lo estaba esperando. Aunque no lo creas, lo he provocado yo —dice satisfecho. Todo está bien.

A pesar de que el sistema que controla está dotado de una alta inteligencia, Margaret no llega a entender al detective ni a lo que hace referencia. Puede almacenar información casi sin límites, resolver inmensos cálculos matemáticos, predecir acontecimientos analizando estadísticas de todo tipo, acceder a un sinfín de datos, ordenar parámetros… Aun así, en ocasiones le resulta imposible seguir el

ritmo con que trabaja la mente del detective.

Capítulo 50

Siempre ocurre lo mismo. Si el acontecimiento es de gran calado, el conjunto de medios de comunicación se congrega. Después, conforme avanzan las jornadas, el ambiente se descongestiona. Tras diez días de exhaustiva vigilancia alrededor del oscuro rascacielos de *Inmemorian*, algunos medios se han ido a cubrir otras noticias. Sin embargo, siguen siendo muchos objetivos los que escudriñan todo lo que ocurre en las inmediaciones, y en cada uno de los accesos. Las principales cadenas de holovisión siguen al pie del cañón, en primera línea, sin desmontar sus aparatos. Un gran número de helicámaras y periodistas particulares todavía compiten por conseguir la primera imagen y los primeros testimonios del detective, desde que recayó sobre él la orden de detención. Y entre ellos, en las inmediaciones de la explanada que rodea al rascacielos, una figura, que cubre su rostro con una capucha cerrada, observa a Xanna avanzar hacia la entrada principal de *Inmemorian*. No le quita ojo a cada una de sus acciones

Ante la insistencia de Marc y confiado en que la anterior cita se llevó a cabo de forma segura, Fisher Dantakis ha autorizado otro encuentro con Xanna, en el mismo lugar y de forma idéntica al de hace ocho días. Aquel acercamiento recompuso el ánimo del aprendiz de detective. Con ello, pretende darle ese momento de esparcimiento, de desahogo sentimental, para que recupere fuerzas.

Marc aligera el paso en cuanto ve a su amiga, que le espera próxima a una de las mesas del Coffe Fitt. La agarra por detrás para fundirse con ella en un cálido abrazo. Xanna se lleva un pequeño sobresalto, pues no lo ha visto llegar. Acto seguido, se vuelve hacia él. Se produce un beso de película. Se le eriza la piel. Otro abrazo sentido. Más caricias. No hace mucho que han hablado; por eso, más que palabras, son sus cuerpos los que necesitan tocarse, formar un solo individuo. El amor ha llegado con fuerza para quedarse en sus corazones. Ambos quieren que la normalidad vuelva pronto, la necesitan para estar juntos.

Son los únicos clientes del Coffe Fitt. Antes de elegir mesa, invierten un par de minutos más en el emotivo encuentro. Un agente especial vela por la seguridad de Marc a escasos metros.

Tras unos minutos en los que comparten cómo han sido para cada

uno los días que han pasado separados, toman asiento.

—¿Cómo está Roy? —se interesa Marc.

—No ha cambiado mucho. Se le ve desmotivado. Sigue sin querer participar en las actividades. Creo que deberías visitarlo.

—Mientras dure esto, no puedo. Seguimos confinados.

—Pues en cuanto puedas. —Xanna lo deja ahí. Sabe que el bajón que está experimentando Roy coincide con la disminución de las visitas de Marc, pero no quiere hacerlo sentir culpable. Simplemente lo anima a ir a verlo.

Visualizar la figura de su padre nubla por un segundo su rostro, hasta que mira de nuevo los ojos de Xanna. Estos le devuelven la luz a su vida. El robot de servicio toma nota y les sirve los cafés.

La conversación ahora toma otros derroteros. Xanna saca el tema de las investigaciones. El trabajo de Marc le parece mucho más interesante que sus monótonos turnos de cuidados en la residencia Jarre First. Después de Marc, es lo que más le interesa, pues el avance de las investigaciones también le está afectando directamente a ella. Desea que todo acabe cuanto antes para volver a tenerlo cerca, para poder disfrutar de esos momentos íntimos que tanto necesitan, y con los que fantasea cada noche antes de desahogarse con Poe.

Marc comparte con ella todo lo que Blake contó anteayer durante la exposición de la resolución del caso de Mike. También las novedades que les han llegado desde entonces.

—El avión que entrega a Patterson llega esta tarde. Blake está deseando entrevistarlo. Esperamos averiguar unas cuantas cosas que continúan en el aire, como cuántas veces tuvo que inducirse estados catalépticos durante su engaño, si recibió ayuda directa de alguien más mientras aparentaba estar muerto…

—De Marta, imagino —deduce Xanna.

—Sabes… No logro borrar de mi cabeza la imagen de Mike a través de la mampara del vehículo fúnebre. Me fastidia dudar de lo que vi.

—¿A qué te refieres?

—Hemos estado investigando y no hay registros anteriores de que, por causas meteorológicas o de mal estado del terreno de la necrocampa, se haya dejado a los familiares y asistentes de un entierro a las puertas del cementerio, tal y como sucedió.

—Au. Tampoco antes había nevado tanto.

—Se hizo a propósito para que lo viéramos. Imaginaban que íbamos a asistir.

—Lo mejor es esperar a que Mike cante —dice Xanna.

—Sí, esperaremos a ver qué nos cuenta, porque Marta no dice mucho y Lubna es una tumba. Al parecer su equipo de abogados le ha recomendado que no diga ni una palabra.

—¿Sabes que Lubna canceló las transacciones de dinero que le hizo

a Marta, Mike, Sonia y al controlador del vehículo funerario justo cuando vio a los servicios especiales de *Inmemorian* en la puerta de su casa?

—¿Cuánto dinero les pagó a cada uno?

—No lo sabemos con certeza, solo hay un movimiento de trece mil reis.

—Au. Pues no es tanto. Y mucho menos si hay que repartir.

Xanna lleva minutos acariciando con su pie desnudo la pierna de Marc, por debajo de la mesa, mientras lo escucha con atención.

—¿Sabes? Estaba pensando que quizá haya algún lugar por aquí cerca para nosotros —dice con tono picarón. Hace como que busca a su alrededor.

—¿Con ese armario vigilándome? —Marc señala al agente especial que permanece estático, próximo a la línea que delimita el área de la cafetería—. No creo que podamos.

—¡Te juro que ni lo había visto! —Xanna ríe al percatarse de su presencia—. Hace ascender la punta de sus dedos para acariciarle más arriba.

Marc se pone tenso.

—Xanna. Vas a acabar haciendo que me cali… —De repente pierde el habla.

Su amiga llega al lugar que se proponía y deja su pequeño pie allí. Después, hace pequeños circulitos sobre un bulto que comienza a adquirir dureza.

—¿Seguro que no hay algún lugar al que podamos ir? —Xanna sigue jugando con él. Se muerde el labio.

Marc agarra su pie. Frena los movimientos que están a punto de hacerle perder el control.

—Se me ocurre algo. —Pasa su antebrazo por el lector de la mesa para efectuar el pago de los cafés y se levanta. Invita a su amiga a seguirlo—. Vamos.

Aunque las alas de su chaquetón ocultan su erección, Xanna ha estado más rápida y la ha visto.

—Quiero eso para mí —le susurra al oído mientras caminan.

Como un animal llevado por su instinto, abandona a paso ligero el espacio de la cafetería tirando de la mano de Xanna, que ríe sin parar. El agente especial que vela por su seguridad se mueve en paralelo a su protegido y le manda una notificación vía forearmphone. Marc la lee:

—¿Dónde vais?

—Voy a enseñarle el departamento —responde él.

Le ha mentido, pues en realidad se dirige a un almacén anexo que no es utilizado por nadie. Allí pretende dar rienda suelta a la pasión que los embarga.

A pesar de que el agente sabe que el detective segundo está a punto de incumplir una de las nuevas medidas impuestas recientemente, nadie del exterior, ni siquiera la policía, puede entrar en la sala del DCI, sabe que no tiene potestad suficiente para impedírselo. Además, no se va a molestar en recomendarle que no es buena idea, pues percibe en el comportamiento de la pareja el motivo por el que se dirigen hacia allí. Prefiere quedarse al margen. Cuando los ve entrar al ascensor se retira e informa a la cúpula de Dantakis que la cita de Marc ha terminado.

Entre juegos y besos, Marc y Xanna salen del ascensor.

—Pero… ¿dónde me llevas? —La chica sigue risueña.

—Estamos llegando —señala al final del corredor—. Vuelve a tirar de ella. Con el ajetreo del ascensor y las incontrolables manos de su amiga, las alas de su chaquetón permanecen abiertas. Ya no ocultan la zona de su cuerpo que ha tomado el control. Recorren en solitario las pasarelas que los conectan con el pasillo principal. Aceleran el paso por el iluminado pasillo hasta que, de repente, a falta de pocos metros para alcanzar la entrada al almacén, el acceso a la sala del DCI se abre para dejar salir a Blake.

—¿Qué coño hacéis?

Marc y Xanna se quedan descolocados. Él más que ella, que no sabe dónde meterse ni qué decir.

La postura corporal de ambos, las últimas risas que ha escuchado y, sobre todo, el escote desbocado de Xanna y el prominente bulto en el pantalón de su compañero, le hacen reconocer la raíz de la situación.

Marc se percata y vuelve a cerrar su chaquetón.

—¿No me digas que pretendías…? Un poco de consideración, que ahí dentro está tu tía, además de que se trata de nuestro lugar de trabajo —le recrimina entre risas—. No tienes vergüenza ninguna.

—No es lo que parece. —Marc trata de defenderse, pues su destino no era la sala del departamento.

—¿Que no es lo que parece? Menuda pillada os he hecho. Normal que se os haya quedado esa cara. Sobre todo a ti. —Se refiere a Marc.

Silencio.

—¿No decís nada?

—Te presento a Xanna. —A Marc no se le ocurre otra cosa para romper el hielo.

—Hola, Chana. —Le estrecha la mano.

—Xanna, mi nombre es Xanna —le corrige.

Blake ríe.

—Qué graciosa.

—Estaba deseando conocerte —le dice ella.

—Yo también he oído mucho tu nombre últimamente, aunque te imaginaba más… —Blake hace un gesto en el que estiliza su figura de

arriba abajo.

Xanna frunce el ceño. No han pasado ni dos minutos desde que se ha encontrado con el reputado detective y ya ha sentido la desilusión que Marc le avisó que experimentaría si lo conocía. Para ella, acaba de perder todos sus encantos. Sin embargo, se queda satisfecha.

—Bueno, ya nos vamos. —Marc da media vuelta, no quiere alargar mucho el extraño encuentro.

—Espera. —Blake se aproxima a su compañero para decirle algo al oído—. Al mirador, subid al mirador de la cúspide de *Inmemorian*. Allí no va nadie.

Se ha cansado de esperar a Xanna frente a las puertas del monolito. Ha pasado demasiado tiempo si lo compara con el de la primera cita. Piensa que habrá salido por otra puerta. El desconocido decide echar un vistazo en el hall de *Inmemorian*.

Nada más entrar, lo recibe un robot con forma humana de cintura para arriba, vestido con chaqueta y camisa de azafato de la empresa.

—Bienvenido a *Inmemorian*. ¿Tienes cita en el querytorium, en información?

—No, nada de eso. —Su voz es ronca y quebradiza—. Venía a hacer unas compras —miente.

—Lo siento, pero si no tienes cita en alguno de nuestros servicios, no puedes visitar nuestras tiendas.

Nunca ha estado allí ni entrado en las instalaciones. Desde su posición, observa que el espacio que se abre a las espaldas del robot es diáfano y que el vestíbulo abarca casi toda la planta baja. Hay cuatro gruesas columnas en el centro y el lugar posee una colorida decoración holográfica. Imposible ver a Xanna entre tanta gente. Sabe que, si no consigue pasar, perderá su rastro, aunque si lo logra, nada le garantiza encontrarla. Estudia con inteligencia sus posibilidades y, de pronto, tiene claro lo que debe hacer.

—¿Has comprendido lo que te he dicho? —El robot continúa hablando—. Si no tienes cita en alguno de nuestros servicios, no puedes visitar nuestras tiendas. ¿En qué otra cosa puedo ayudarte?

Sin decir nada, el extraño se da media vuelta y deshace el camino que lo ha llevado hasta allí. Tiene que encontrarla cuanto antes.

Capítulo 51

El aeropuerto internacional Logan de Boston ha reservado uno de los túneles de embarque para recibir a Mike Patterson, alias «el Rubio». La pareja de detectives empieza a impacientarse. Sobre todo Blake, que tras reiniciar con éxito el Brenda Pink Cabaret y reencontrarse con su camarera favorita, ha dejado a medias la configuración que acabará transformando el local en un peculiar hostal. El detective ha tenido que posponer el proceso al ser avisado de que Mike llegaba antes de lo previsto.

—¿Es ese? —pregunta Marc.

Un aeroplano supersónico de medianas dimensiones aparece en el cielo. A través de la cristalera, observan cómo aumenta su tamaño conforme se acerca a la pista. El avión pierde su larga cola de tonos plateados y púrpuras cuando despliega el tren de aterrizaje y apaga sus propulsores.

—Madrid Ibérica —dice Blake al leer las letras del fuselaje—. Sí, ahí viene nuestro hombre.

Casi quince minutos más tarde siguen esperando en el mismo lugar, hasta que un robot de estructura tosca, que guarda fisonomía humana de cintura para arriba y que se desplaza sobre unas ruedas diminutas, llega hasta ellos con un mensaje.

—Debido a la llegada del vuelo MV-480 Air Líquide Massachusetts, ha tenido que redirigirse el aterrizaje de Mike Patterson hacia el túnel de embarque 48 Norte. Por favor, acompañadme a la sala que se ha preparado para el interrogatorio.

Blake y Marc siguen al robot, que ahora avanza al mismo ritmo que sus acompañantes. Una vez en la sala, piden a los agentes de la interpol que han custodiado a Mike desde España que los dejen solos.

—¡Joder! ¡Menuda diferencia con los otros dos Patterson que hemos conocido! —dice Blake nada más entrar por la puerta—. Que sepas que tu versión juvenil da algo de grima.

Mike desconoce de qué habla, pues nunca antes se ha encontrado con ellos. Aun así, hace gala de su atrevimiento y le contesta:

—Tú tampoco tienes buen aspecto. No eres como el detective que se muestra en holovisión. —Mike ha sido informado de que el detective lo esperaba. De lo contrario, no lo hubiera reconocido,

ataviado con la rudimentaria vestimenta con la que se presenta.

—Últimamente me obligan a llevar esta mierda encima. En cambio, tú… Pero mira qué elegancia, qué porte. Sin duda eres la mejor versión de Patterson que hemos conocido —insiste—. ¿Qué tal por España? Dicen que es bonita.

Justo cuando va a pronunciarse, el detective lo interrumpe:

—Ay, lo olvidaba. Como has estado en los calabozos, no te ha dado tiempo a ver mucho. ¿Qué tal te han tratado mis amigos de Chamartín Pío XII?

—¿Qué quieres que te diga, que son muy majos?

—Je, je, je —ríe al apreciar las marcas que presenta en su rostro y el tono violáceo de su ojo derecho—. Veo que te han dado de lo lindo. Luego dicen que si alguna de mis prácticas…

—Sí, tus amigos de España son muy simpáticos. —Patterson le sigue el juego.

—Estos españoles siempre tan civilizados. Así me gusta, empleando métodos modernos —dice Blake. Marc es incapaz de disimular su risa —. En fin… Creo que me lo pasaría pipa hablando contigo, tienes un humor pegadizo, pero creo que es otro asunto el que nos concierne.

—Mira… Reconozco que ya nada me libra de pasar un tiempo en la cárcel. —Mike ha sido informado de todas las averiguaciones que ha hecho el detective—. No me queda otra que asumir que has desmontado nuestro plan. Así que me he propuesto colaborar para intentar reducir la pena todo lo que pueda. Responderé con sinceridad a todas tus preguntas.

—Ya era hora de que alguien nos lo pusiera fácil —dice mirando a Marc—. Pues empecemos. La primera pregunta te la hará mi compañero. —Blake le da la palabra a Marc.

—¿Qué hiciste cuando llegaste a Madrid? ¿Dónde te dirigiste? ¿Te esperaba alguien?

—Me dirigí al hotel Cinemoon, del que solo salía para comer y cenar. Ese era el plan hasta que llegara Marta. Allí me encontraría con ella.

—Así que te integraste bien… —Blake se percata de que su compañero pone cara de no entender lo que acaba de contar—. Marc, allí no es como aquí. La mayoría come siempre fuera de casa, en bares. Los hay por todas partes.

—Un poco estrafalaria la comida, pero se puede comer —añade Mike.

—No deja de asombrarme el sosiego con el que nos hablas. Parece como si te diera igual ir a la cárcel.

—No es eso. Solo que… intento mantener siempre la compostura y la elegancia.

—Lo dice un hombre que nos ha engañado a todos fingiendo que

estaba muerto. Sin duda, eres alguien especial. Una lástima que hayas dejado a tus alumnos colgados, pues vas a pasar una temporada a la sombra. Nos consta que te cogieron mucho aprecio.

Ese comentario reblandece a Mike. Marc se da cuenta de ello. Le asombra cómo Blake ha sabido tocar su moral, la capacidad que demuestra para llevar a su terreno a cualquiera.

—¿Cuánto os pagó Lubna a cada uno? —pregunta Blake.

—Al final no nos pagó nada.

—Entiende la pregunta: ¿cuánto os hubiera pagado?

—Diez mil reis.

—¿A cada uno? —interviene Marc al ver que no cuadra con la información que manejan.

—No, para los dos —aclara Mike.

—¡Será rácana! —interviene Blake—. Eso es calderilla para ella. ¿Y a Sonia?

—Mil quinientos.

—¿Sonia tenía pensado volar con Marta hasta España?

—No. Ella no sabía que Marta se iba a fugar para volver a estar conmigo. Por lo visto, últimamente tenían problemas.

—Parecían muy enamoradas como para que, de pronto, Marta quisiera dejarlo todo para irse con él —recapacita Marc.

—Mike te dirá que su mujer se ha dado cuenta de que le quiere a él, bla, bla, bla… —Blake habla del detenido como si no estuviera presente—. El dinero, Marc. El motivo es el dinero.

A Mike Patterson no le agrada este punto de vista, ya que está convencido justo de lo que acaba de explicar el detective.

—¿Y por qué no compartió su parte con ella? Hubiera podido escaparse con Sonia a otro lado si tan enamoradas estaban. Y seguro que Mike no hubiera puesto objeción —especula Marc.

—¿Y repartir los cinco mil que le tocaban a ella con otra persona cuando podía quedarse los diez mil si los sumaba a los de Patterson? No, me parece que Marta es demasiado inteligente como para perder pasta por amor.

—Os recuerdo que estoy aquí —dice Patterson saludando de forma cómica, y con otro tono de voz—. Si respondéis vosotros solos a las preguntas…

—Este tío es la caña. Me da pena encerrarlo —Blake se mofa de él —. Y tú… ¿por qué accediste? ¿Solo por el dinero?

—Más que por dinero, para recuperar a mi mujer. Ahora reconozco que ha sido un error.

—Lo sabía. —Blake celebra su acierto—. Sabía que ella era el motivo.

—Debías quererla mucho —dice Marc, que intenta ponerse en su lugar. El amor que acaba de descubrir es el que lo lleva a realizar ese

comentario, el mismo que le provoca tanta incertidumbre. ¿Le puede llevar a él a hacer algo parecido en el futuro?

Mike Patterson no contesta, pues sabe que ambos conocen la respuesta. Es algo más que evidente.

—¿Cuánto iba a cobrar el controlador del vehículo funerario?

—Otros mil quinientos. Como Sonia. Su papel no era el mismo que el nuestro.

—¡Joder! Debería estar desesperado ese hombre. No sabe en el jaleo que se ha metido por esa miseria.

—Esa gente no tiene un sueldo muy alto —dice Patterson—. Fue pieza clave en el engaño. Me sacó de allí, y me llevó al aeropuerto. Estaba todo calculado para llegar a tiempo a nuestro vuelo.

—¿De qué forma te ayudó Marta?

—De ninguna. Ella solo me motivaba a hacerlo.

—¿Fue ella quien te colocó en el sofá para preparar la escena cuando nosotros llegamos?

—Sí. Así fue. Yo me refería a que no participó de ninguna otra forma el día en que simulé mi muerte. En otras ocasiones sí lo hizo, supervisando la duración de los primeros estados catalépticos que empecé a provocarme yo mismo en casa. —Mike se alisa el pelo con la mano—. Tengo que reconocer que sois muy buenos en lo vuestro. Extremadamente buenos.

—No hace falta que nos lo recuerdes, lo sabemos —dice Blake.

—En algún momento tuve dudas de que algo pudiera salir mal, pero nunca creí que pudierais descubrir el entramado al completo. ¿Cómo ibais a averiguar que seguía vivo después de hablar con la copia de mi consciencia supuestamente muerta? Además, me fui del país.

—Te olvidaste de que te enfrentabas a Ron Blake. Para la próxima, acuérdate. —El detective le guiña el ojo.

—No creo que haya próxima —ríe Marc—. Me parece que este va directo a Thompson Island.

—Pues es una pena, porque me cae bien. —Blake alarga la broma —. ¿Recibiste ayuda de alguien más?

—De Osman.

—Sí, del médico. Eso ya lo sabemos. ¿De alguien más?

—De nadie más.

—¿Estás seguro? —insiste.

—Sí. Estoy seguro. Ya os he dicho que estoy aquí para contároslo todo.

—¿Cómo llevabas que tu mujer mantuviera una relación paralela a la vuestra? —continúa Marc.

—Entiendo que la pasión es algo que se acaba. Por mucho que compartiera momentos con Sonia, al final siempre terminaba el día en

casa, conmigo. Gracias a ello, nuestro matrimonio seguía adelante. No lo veo muy diferente a tener un sexpartner.

La respuesta de Mike hace reflexionar a Marc sobre su propia situación. Quizá no tenga que sentirse culpable por necesitar a Xanna y al mismo tiempo la compañía de Creta.

El detective interviene:

—Marta no contestó lo mismo cuando le preguntamos si te compartiría con otra persona.

—Ella no es tan abierta como yo. Además, Sonia es un encanto.

—Te sonará raro lo que te voy a decir, pero sabemos que eres de mecha rápida. —La frase hace que Marc recuerde el episodio durante el interrogatorio en el cubo de Cicerone, lo que le provoca que no pueda evitar reír—. ¿No estarás insinuando que te venía bien que Sonia estuviera por en medio para…? Ya sabes…

—¡¿De qué diantres hablas?! ¡Sonia nunca iba a casa! ¿Y qué es eso de mecha rápida?

—Que te enciendes enseguida. Como sabes, hemos hablado con la copia de tu consciencia. Así que te conocemos bien. —El detective se ve interrumpido por la risa de su compañero—. ¿Marc? ¿Estás bien? Te vas a ahogar.

—Sí, sí —intenta recuperarse—. Continúa.

—Sigo sin entender el chiste —dice Mike serio.

—No es nada. Vamos a seguir con cosas que nos interesan. ¿Cuántos estados catalépticos te provocaste?

—¿Te refieres el día en que simulé mi muerte?

—Sí, claro.

—Dos.

—¿Solo dos? —Marc se ve sorprendido.

Patterson continúa:

—El primero, dentro del cubo mientras se reproducía la recreación virtual de Easia y, el segundo, durante mi traslado a *Inmemorian*. Justo antes de que el vehículo me dejara en la sala forense desperté dentro en el reducido habitáculo. Supe que ese era el momento para hacerlo otra vez. Y doblé la dosis.

—¡Pero si ibas desnudo! ¿Dónde guardaste la ampolla de Deprenol? —pregunta Blake.

—¡Oh, no! —exclama Marc, esperando lo peor.

La expresión de Marc contagia a al detective.

—No me digas que te la guardaste en… —Se señala atrás.

—Sí.

—Pues para ser un tío al que le gusta mantener la compostura y la elegancia…

Marc toma la palabra:

—Entonces… Cuando vi tu cuerpo al día siguiente a las puertas del

cementerio, ¿todavía te duraba el efecto de la segunda dosis?

—No. Nunca hemos logrado superar las tres horas y media de duración de forma segura para mi organismo. Simplemente me viste con los ojos cerrados. Cuando el controlador del vehículo funerario me avisó de que iba a abrir las cortinas, me hice el muerto. Antes de eso, abrí un resquicio y os vi a todos allí, incluso el vehículo de *Inmemorian*. Estuve a punto de inducirme un nuevo estado de catalepsia, pero si lo hacía, corría el riesgo de que alguien me enterrara de verdad al pasar a la necrocampa. El plan consistía en que el controlador tenía que sacarme de allí con la misma templanza con la que entramos, y lo antes posible para que nadie nos viera.

—Bueno… Ahora la policía de Meridian Police Center te llevará a comisaría para ponerte a disposición del juez. Mientras tanto, haremos pasar a los agentes que te han acompañado desde España. Si recuerdas algo más que quieras contarme, llámame —le dice ofreciéndole su antebrazo para el intercambio de sus contactos—. Ahora tenemos que irnos a preparar lo de mañana —Blake busca la mirada cómplice de su compañero—. No será una función final como la que yo hubiera deseado, ya que todavía quedan algunas incógnitas que resolver, pero por fin vamos a poner los puntos sobre las íes a uno de los casos más complejos a los que me he enfrentado.

La pareja de detectives se despide de Patterson y deshace el camino que los ha llevado allí por el interior de las instalaciones. Varios agentes especiales del servicio de *Inmemorian* los esperan junto a dos Ford Saturn para llevarlos de vuelta a la sala del DCI.

Capítulo 52

Miércoles, 2 de febrero de 2095

Algo tan importante y que ha causado tanto revuelo no puede esperar. En la comisaría de New Sudbury está todo preparado. La sala que Blake va a utilizar para la exposición de los hechos no es tan grande como la que se preparó en *Inmemorian* hace unos días para la resolución del caso de la muerte de Mike; sin embargo, su tamaño es acorde para lo que el detective pretende llevar a cabo.

Blake y Marc son los últimos en llegar. El alcalde de Boston, Donovan Shapiro, ocupa un lugar privilegiado en primera línea junto a dos hombres encargados de su protección. Al lado de ellos está Marc. Detrás de ellos, el resto de asistentes ocupa sus respectivos puestos. Como siempre, al lado de Harry Horn se encuentra Grec Sandler. También han sido citados cada uno de los policías que han tenido algún tipo de contacto con los escenarios de las muertes. A pesar de encontrarse en la comisaría de New Sudbury, ha sido Blake quien ha confeccionado la lista de citados.

Al lado del compañero del comisario se sienta David Rupert y William Sac. Detrás de ellos, Zoe y Angus, Garret y Thomas, y Óscar, el joven policía que encontraron custodiando el escenario de la sexta muerte en su primer día de servicio. Un periodista, que puede considerarse el más afortunado de la ciudad por haber sido el encargado de trasladar lo que está a punto de presenciar allí, completa la fila de asientos. Blake conoce la importancia de que siempre haya alguien de prensa en esos momentos clave, sobre todo para escuchar su nombre en todos lados durante los días siguientes. En este caso, también para ordenar las cosas y librarse de las falsas pruebas que lo han colocado como colaborador de los crímenes. Por parte de *Inmemorian* vuelve a estar presente Scott, quien se ha encargado de examinar los cadáveres y cada una de las pruebas recogidas. También está el notario de *Inmemorian*, indispensable su figura para recoger las informaciones que expide la justicia norteamericana después de este tipo de actos. Las últimas están ocupadas por diferente personal de la policía.

Aunque la orden de detención contra Blake ha sido retirada por el alcalde para que se pueda celebrar el encuentro, un amplio equipo de agentes especiales acompaña a los detectives para garantizar que nada extraño ocurra. Sin embargo, no entran dentro de la comisaría. Ni siquiera se han mostrado ante los policías que allí trabajan. Esperan fuera de manera cauta y discreta, en los alrededores del edificio policial.

Garret no se toma en serio el encuentro. Bromea junto a su compañero Thomas. El detective se percata, pero decide hacer caso omiso. Le va mejor si lo ignora. Hace tiempo que aprendió eso. Prefiere centrarse en lo que ha ido a hacer allí.

Horn parece enfadado. Es obvio que está en desacuerdo con la decisión del alcalde, con que esté a punto de celebrarse esa reunión allí, y de esa manera. Se siente como un cero a la izquierda que no ha podido poner objeción alguna, ni siquiera dar su opinión. No le gusta que Blake tome el protagonismo absoluto en la que para él es su casa, su área de trabajo. «¿De qué artimaña se habrá valido esta vez para conseguir que Donovan Shapiro se ponga de su parte? ¿Qué le habrá contado?», se pregunta el comisario. No se fía de él. También le intriga qué se dispone a contar. Sabe que el detective es capaz de cualquier cosa para alcanzar sus objetivos y para ridiculizarlo. Una parte de él se siente vulnerable en su presencia. Desde que lo ha visto entrar por la puerta de la comisaría, parece enérgico y poderoso, convencido. Evita mirarlo directamente a los ojos.

Está claro que desde hace tiempo compiten en una guerra de egos, y que hoy el comisario no se encuentra en su mejor día. Tanto esfuerzo para nada, para que Blake esté paseándose tranquilamente frente a un cuarto del personal del departamento policial a su cargo, cuando debería estar detenido y puesto a disposición judicial. No tiene más remedio que tragarse su orgullo…

Poco a poco se hace el silencio, a la espera de que Ron Blake empiece a hablar. Cuando reina la tranquilidad, el detective se anima. Antes de nada tiene que dar acceso a dos asistentes que van a estar presentes a través de la tecnología. Mediante su forearmphone, en primer lugar hace aparecer la misma esfera holográfica que los acompaña en la sala del departamento de criminalística.

—Hola, Blake. ¿Preparado?

—Os presento a Margaret. Debe de estar presente, porque además de ser parte de nuestro equipo y pieza fundamental del departamento, ha jugado un papel especial en el caso.

A continuación, activa el panel inteligente que hay a sus espaldas, y vuelve hacer uso de su forearmphone para que aparezca en él Fisher Dantakis. La repercusión del caso y el ataque directo que ha sufrido el DCI (su apreciadísimo nuevo juguete) han hecho que quiera estar

presente. No obstante, su abultada agenda no le permite acudir en persona.

Su aparición provoca un pequeño revuelo. Murmullos. Intercambio de comentarios entre algunos asistentes. Miradas de asombro de quienes ven al magnate por primera vez.

—Sobran las presentaciones —dice el detective, mientras señala la pantalla—. Bienvenido, jefe. Espero que disfrutes del espectáculo que estás a punto de presenciar.

El acto que los ha reunido no supone la resolución del caso como tal, pero Blake se lo toma como una de sus funciones finales, por todo lo que significa y por lo que está a punto de dejar atrás. Le hubiera gustado tener a todos los responsables que han urdido el plan contra él, haber descubierto también la identidad del artífice principal que ha movido los hilos, pero, de momento, ha de conformarse con lo que tiene, que no es poco, pues tras la reunión, caerá toda la trama.

Más de la mitad de los asistentes parecen estar especialmente tensos. Muchos piensan que es un error que el detective esté allí. No obstante, esperan con ansia el comienzo del discurso.

Blake recupera la seriedad. Se muestra frío, firme y con cara de pocos amigos. Horn se incomoda y pide algo a su acompañante. La silla no es la más adecuada para las dimensiones de su trasero. Tampoco para su peso. Sandler se levanta a por otra a última hora. «Como siempre, el gordo dando la nota», piensa Blake, que aguarda a que el comisario y su perrito faldero vuelvan a tomar asiento.

—Ya estamos todos —dice mientras se luce en el espacio que ha quedado para él—. Bien… Os he citado aquí para aclarar los detalles referentes al caso de los cerebros inservibles. Reconozco que ha sido uno de los casos más peliagudos a los que me he enfrentado últimamente. Dicho esto, no sé cómo no lo vi antes.

—¿Qué has averiguado de Rufó, el hombre que tenéis detenido? ¿Qué papel jugó en los asesinatos? —se atreve a preguntar Thomas.

Blake lo mira desafiante. No le gusta que le haya interrumpido el hombre que osó intentar llevarlo a comisaría en calidad de detenido. No obstante, para no perder el hilo de la exposición que con tanto mimo ha preparado, se contiene en su respuesta:

—No voy a hablar nada de ese hombre. Es inocente.

—¿Cómo? —insiste Thomas al mismo tiempo que un gran número de policías impactados formulan la misma pregunta.

—Calmad esos ánimos. Sí. Me equivoqué —miente—. Está en su casa desde hace algún tiempo. En su día tuvimos nuestras discrepancias, nunca ha estado a favor de *Inmemorian* ni de la derogación de la ley del silencio al no humano, pero es un buen hombre. Le pedimos perdón y ya está.

—¿Y ya está? —se queja Horn—. Qué casualidad que fuera

detenido por vosotros justo cuando la última víctima cantó tu nombre.

—Conociéndolo, seguro que lo amenazó o algo peor —acusa Garret al detective con tono despectivo.

—Lo que tú digas. —A Blake parece no afectarle—. Si no te importa, vuelve a sentarte.

Marc no da crédito a la serenidad de su compañero ante el comentario acusador de Garret, aun habiendo rencillas entre ellos. No lo reconoce. Debe de estar haciendo un esfuerzo sobrehumano para contenerse. A diferencia del caso de Mike, conoce muy bien cada uno de los detalles de lo que va a contar y el giro que está a punto de dar todo. Espera con impaciencia las caras y reacciones que provocará entre los asistentes la clarificación del caso.

—Comisario, deberíamos impedir que este hombre goce de tantos privilegios. Seth lo vio dispararle —sigue replicando Garret.

Horn hace un pequeño gesto para que su agente sea paciente y se siente.

—Hazle caso a tu jefe, creo que sabe lo que se hace —le dice Blake.

El policía aprieta los puños, echa chispas.

—Bueno… No perderé tiempo narrando los acontecimientos y los detalles del caso que todos conocemos. Muchos de vosotros estuvisteis en alguna de las muertes. Enseguida pudimos comprobar que alguien estaba jugando con nosotros mientras ponía a prueba al departamento de criminalística de *Inmemorian*, dejando cerebros inservibles. Por eso se nos llamó a pesar de no haber nada que copiar. Más que una prueba, era un ataque, en el que también han acabado ensañándose conmigo.

»En el último escenario encontramos unos impactos de bala que anunciaban que se habían hecho con una pistola como esta —dice mostrando su brillante Parabellum—, y un cerebro servible, contra todo pronóstico, cuya consciencia aseguró que yo le disparé a bocajarro. Como he defendido y ahora explicaré, ese no era yo, sino alguien haciéndose pasar por mí, que dejó a propósito el cerebro de ese hombre intacto. Formaba parte del plan.

»Desde mi visita virtual a los escenarios de las primeras muertes me di cuenta de que los elementos de cada uno estaban colocados al detalle para contarnos historias ficticias en relación a cómo habían muerto realmente. Incluso en uno de ellos había sangre de vaca. Las víctimas debieron morir de manera muy diferente a la que se mostraba, y me atrevo a decir que en otros lugares. Luego fueron colocados en sus respectivas viviendas.

»Para recrear esos entornos, o para atravesar con una barra el cráneo de una persona y colgarla a cierta altura, se precisa de ayuda. Por lo tanto, tenía que tratarse de varios individuos que estaban muy bien preparados para llevar a cabo todo esto. Que disponían de

recursos o, como mínimo, que eran ayudados por alguien con muchos recursos. Para que me entendáis: por alguien que viste de azul marino. —Blake los señala refiriéndose al traje policial. Los asistentes reciben la indirecta. Se miran entre sí. En esta ocasión, algo más que murmullos llena la sala. Reproches. El público de Blake se pone nervioso.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Horn aparentando tranquilidad. Como máximo dirigente de la comisaría toma la palabra.

—Tú ya lo sabes. Te hablé de ello y pasaste.

—¿Crees que es buena idea acusar aquí a algunos de mis hombres sin pruebas?

—Al principio creí que Garret era el individuo que colaboraba con ellos. Tenía el perfil, por ese rencor despiadado que siente por mí desde que desvelé sus malas prácticas dentro y fuera del trabajo. Que te echaran del cuerpo de detectives de la policía debió ser un mazazo. —Blake sonríe hacia el implicado—. Pero no tuve más remedio que hacerlo para librarme de tus ataques, constantes y sin sentido, que recibí desde que ingresé en el cuerpo.

—Eres un desgraciado engreído. —Garret está a punto de explotar —. Y no sabes lo que dices.

—Y tú, un mal perdedor.

—Si no tienes pruebas, no estás en posición de acusar a nadie — interrumpe Horn que recuerda que la vez en la que le habló de lo mismo en privado estaba falto de ellas.

Blake sigue a la suya, sin hacer mucho caso al comisario.

—Dejadme continuar, por favor —dice con aires de superioridad—. El hombre que escribía las letras sobre los cuerpos era siempre el mismo y era zurdo. Esto lo descubrí al principio de la investigación. Fue algo bastante obvio. Muy visual. Con mi lupa encontré manchas en el entorno próximo solo de las letras situadas abajo a la izquierda en cada uno de los triángulos. Las demás letras estaban impolutas. Este patrón se repitió en cada una de las cinco primeras víctimas.

»Manchas imperceptibles a simple vista, pero visibles para mi lupa, que provocó el autor a causa del apoyo de su mano. La obsesión por ser tan meticuloso a la hora de hacer los trazos fue lo que le obligó a apoyar su mano. La zona en la que están nos desvela que solo pudieron ser provocadas por una mano zurda. Un diestro que no hubiera llevado cuidado también podría haber ocasionado manchas similares, pero estarían en la parte opuesta de la letra inferior de la derecha. Aunque lo más seguro es que no hubiéramos encontrado estas señales, pues cuando un diestro escribe de izquierda a derecha, por la posición, primero pasa la mano y luego la pluma. Esto coincide con el hombre que disparó a la última víctima. También era zurdo.

»Del testimonio que nos dio Seth en el cubo de Cicerone, podemos

extraer algo más que el simple hecho de que alguien vestido como yo le disparase. Hablo de cómo le apuntaron en la cabeza. Solo un disparo medido y desde muy cerca puede rozar de ese modo el cráneo sin afectar a la masa cerebral. A ver… Es algo que puede pasar entre miles de posibilidades, pero hablamos de un acto premeditado. Los artífices del plan necesitaban que el cerebro quedara disponible para su copiado y para que la consciencia pudiera culparme. Por lo tanto, no entraba en su plan destrozarlo.

»Seth nos contó que su agresor le cogió con una mano la parte izquierda de su rostro y que le disparó con la otra. Esto quiere decir que si el que empuñaba el arma estaba frente a él, solo pudo hacerlo de una manera. —Se aproxima hacia la fila en la que se encuentra Garret, saca de nuevo su Parabellum y lo encañona de la misma forma con la que acaba de describir la acción.

La sala entera reacciona poniéndose en pie.

—¿Qué coño haces? —El policía se asusta.

Marc también se tensa. Su compañero ya ha empezado con sus numeritos.

—Tranquilo. —Luego mira al resto de asistentes—. Tranquilos, no le haré nada. Seth también nos contó que ese hombre apoyó el cañón de su arma de lado. Prueba de que ni tenía previsto matarle con ese disparo, ni quería dejar su cerebro inservible. Acabó con su vida con el segundo proyectil que impactó en su abdomen.

El detective se guarda el arma bajo su chaquetón y guiña el ojo. Garret se queda sin habla y más pálido que la pared. Una mancha oscura se extiende rápido por su pierna. El detective saborea como nunca ese momento. La acción lo motiva, y continúa. Decide recuperar la seriedad.

—Por lo tanto, disparó con la izquierda. Un disparo medido, tuvo que hacerlo alguien con su mano buena. Un zurdo. Y yo no soy zurdo. Primer dato que no encaja. Segundo. Pensad: en un mundo que ya nadie mata al descubierto, yo, el detective primero de *Inmemorian*, disparo de frente y dejándome ver. ¿Tiene eso algún sentido?

Capítulo 53

Se le ha prohibido capturar imágenes de lo que sucede allí. Sin embargo, el periodista presente en la sala trabaja sin pausa en el holograma que mantiene abierto sobre sus rodillas. Sabe que, cuantos más detalles registre, más le pagarán por la exclusiva.

—Cuando comprendí que yo podía ser el centro de todos los ataques, también porque estuvieran utilizando y dejando objetos antiguos junto a los cadáveres, como las plumas estilográficas o la trituradora, contemplé la posibilidad de que Garret fuera colaborador. Tenía el perfil. Aparte del amor que me tiene, me consta que no le hizo gracia la derogación de la ley del silencio al no humano. Pero cuando Thomas consiguió entrar con nosotros al cubo de Cicerone por empeño de Horn y quiso llevarme detenido tras la historia que contó la copia de la consciencia de Seth, empecé a sospechar. Lo importante era tener a un policía presente que registrara lo que ya sabías que Seth iba a contar. ¿No es así, Horn?

—¿Ahora me acusas a mí? —replica el comisario con una sonrisa fingida—. Estás loco.

—Así es. Pero no solo a ti. David Rupert y William Sac mintieron a mi compañero al confirmarle que se habían entrevistado con todos los vecinos de cada bloque de viviendas donde se perpetraron las muertes. No es que los hombres que buscamos hubieran sido ultrasigilosos y, por eso, nadie escuchó ni vio nada, sino que no se entrevistaron con nadie más.

»Cuando até cabos empecé a contemplar que había más agentes implicados, hasta que descubrí todo el pastel. Todos los aquí presentes colaborasteis en una conspiración de proporciones épicas contra el DCI y, para ello, me atacasteis a mí también. Y ahora voy a argumentar y exponer las pruebas que tengo.

—¿Pero te estás escuchando? ¿Acaso has perdido la cabeza? —replica Horn—. ¿Nos culpas de haber colaborado con esos asesinos? ¿He escuchado bien? Porque, si es así voy a emprender acciones legales contra ti y contra quien haga falta.

—Creo que no se me ha entendido bien. No. Vosotros no colaborasteis con nadie. Vosotros sois los asesinos.

—¡Ya está bien de oír las estupideces de este macarra! La reunión ha terminado, nos vamos —dice buscando la complicidad de Greg para levantarse.

El alcalde, conocedor de los entresijos del resto de la información, mira a Ron Blake preocupado. La mayoría se están levantando de sus asientos. El revuelo es considerable.

—¿Cómo pretendes contener aquí a todos estos hombres? —le pregunta Donovan Shapiro sin alzar mucho la voz.

—No te preocupes. ¡Estos hombres no pueden ir a ningún lado! —pronuncia en voz alta para que todos le oigan—. Sus propios compañeros tienen orden de detener a todo el que salga y, además, tengo el edificio rodeado de agentes del servicio de *Inmemorian*. —Blake se da la vuelta y le hace un gesto cómplice a Dantakis, que observa sin perder detalle lo que sucede en la sala. Blake da la orden y cuatro policías entran con sus armas paralizantes preparadas.

—Yo de vosotros volvería a vuestros asientos —dice el propio Dantakis a través del panel que muestra su imagen.

Tras las palabras del magnate se hace el silencio absoluto. El propio Blake se sorprende de la intervención del presidente. Los policías obedecen ante la recomendación del hombre más poderoso de Boston. En la cabeza de cada uno, aún quedan esperanzas de poder salir airoso por algún motivo. Lo que no saben es que todos están allí por algo.

—Como iba diciendo, Horn necesitaba que uno de sus hombres estuviera con nosotros en el cubo de Cicerone para cuando la víctima me acusara. El encargado de hacerlo fue Thomas y, aunque me planteó de forma sutil y educada que lo acompañara a comisaría, su intención no era detenerme, sino sacar la información y mi negación a ser detenido para tener herramientas legales para activar la orden de búsqueda y captura, y así provocar en la calle esa campaña contra mí. Gracias a eso hemos aprendido la lección y nadie más entrará a nuestro lugar de trabajo.

Horn empieza a sudar. Thomas resopla. Garret parece pensar rápido, mira continuamente hacia todos lados.

—Hasta este momento, todo lo que os he contado solo era fruto de mi intuición. Bueno… Tampoco hay que ser un genio para encajar las piezas. A lo que vengo a referirme es que carecía de pruebas. Hasta que mi gran amigo Scott, el forense encargado del caso, encontró una prueba en el interior del vaso de la trituradora que encontramos en el escenario de la sexta víctima. Tras limpiar el amasijo cerebral de su interior con la máxima delicadeza, encontró una huella que nos llevó a Willow Square. Correspondía a Therry Wolf, un tendero de toda la vida que se gana la vida vendiendo objetos antiguos en el mercadillo, con el que tuve el placer de entrevistarme. Me contó que hacía años que no vendía una trituradora, y que por eso se acordaba

perfectamente de quién la compró. Fue una pareja de enamorados que proclamaba a los cuatro vientos su amor. No solo se besaban continuamente y actuaban para vender su actuación amorosa, sino que llegaron a contarle que estaban recién casados. Todo para despistar. Pero cometieron un par de errores. Acudir juntos y comprar allí mismo las plumas estilográficas. —Blake saca una del interior de su chaqueta y la exhibe. Se la reserva para utilizarla en el momento oportuno. Tiene algo preparado—. De no ser por eso, me habría resultado casi imposible reconocer quiénes eran.

»El tendero no quiso darme detalles de sus clientes, aunque apuesto que, aun habiéndolos tenido, no me hubieran servido de mucho, pues la pareja iba caracterizada. Lo comprobé en las grabaciones. Sí, lo sé —dice mirando a Horn—. Desestimaste mi petición para acceder a las grabaciones de las cámaras perimetrales del mercado, pero soy Ron Blake y tengo mis contactos. Un buen amigo me dio acceso. ¿Y a que no sabéis a quiénes me encontré? A los agentes de policía Zoe y Angus, que ya ni se daban mimitos ni nada.

»Tras un par de horas de visualizaciones, di con la pareja de policías que portaba la trituradora. Ya que os pusisteis, podríais haber aprovechado para… —Blake hace un gesto obsceno. Marc se avergüenza. No sabe dónde esconderse. Atrás de todo se escucha la risa del periodista, que no puede contenerse. Le está quedando una crónica de lo más entretenida.

Angus y Zoe se miran. ¿Cómo han podido ser descubiertos? Zoe se arrepiente de haber jugado con fuego. En realidad no tenía necesidad alguna de hacerlo. Siempre tuvo dudas de participar en el plan, pues conoce las extraordinarias facultades del detective e intuía que por mucho que cambiaran sus aspectos para entrar en Willow Square, o por mucha delicadeza con la que trataran los objetos que luego dejarían junto a los cadáveres, existía el riesgo de que Blake encontrara un camino hacia ellos.

—Me da pena que estés involucrada en esto, Zoe —dice Blake—. Nunca lo habría esperado de ti. Pero así son las cosas. Irás a la cárcel junto a los demás.

Palabras malsonantes. Insultos. Revuelo entre los asistentes. Angus se levanta e intenta huir. Antes de alcanzar la puerta es abatido por uno de los policías que han entrado para ayudar a mantener el orden. El agente tiembla, padece espasmos, permanece paralizado por la descarga de iones.

Blake se pone en cuclillas junto a él. Le coge la cabeza para que pueda verle de cerca.

—Cuando puedas levantarte, pórtate bien y regresa a tu asiento. —Le da una cachetada.

Nadie mueve un ápice. El detective tiene todo el control y retoma

su discurso:

—Cualquiera que lleve tiempo en esto, y a mí no me ganáis ninguno, sabe que nadie deja a un policía en su primer día de servicio vigilando la escena de un crimen. Y menos aún, de un caso tan peliagudo. Con lo detallistas que fuisteis para unas cosas y luego… ¡Eso es sospechoso de cojones! —El detective se centra en Óscar—. Sabía que tu presencia en el recibidor aéreo de la sexta muerte no era lógica. Así que te coloqué uno de mis botones de seguimiento. —En ese preciso momento, Marc recuerda cómo su compañero apoyó su mano sobre el hombro del joven policía simulando complicidad. Desconocía ese dato—. Botón que, por cierto, aún emite señal —dice mirando su forearmphone.

El agente busca sobre su hombro sin resultado alguno. Blake no puede evitar reír.

—Pero ¿qué haces? Hoy no llevas la misma ropa que ese día. Esto marca la posición de tu casa. En cambio, el día que matasteis a Soda tu puntito se encontraba allí. Fuiste uno de los que participó en los destrozos del local. Decidme una cosa: ¿cuántos estuvisteis allí? Y tú, Garret… ¿disfrutaste mucho de esos momentos haciéndote pasar por mí? —lo desafía.

—¡¿Pero qué dices?! ¡Yo no soy zurdo! —Garret se pone en pie.

El momento que espera el detective ha llegado. Sin previo aviso, Blake le lanza a Garret la pluma estilográfica que se reservaba en la mano, sin mucha energía para que tenga tiempo de cogerla pero con la intención de darle. El objeto vuela sobre la cabeza de varios asistentes. Casi sin tiempo para reaccionar, el policía se cubre y logra detenerla con su mano izquierda en un acto reflejo.

—¿Ah, no? Tú eres la persona zurda que escribía las letras y quien se hizo pasar por mí. Haz el favor de sentarte y no hagas el ridículo. —El detective se contiene. Si fuera decisión suya, acabaría con él en ese mismo instante. Pagaría con su vida lo que le ha hecho a su amiga y el daño que ha provocado en él—. Voy a poner todo mi empeño en que no salgas nunca de la cárcel.

Marc le dedica una mirada a su compañero con la intención de que se calme. Blake capta el mensaje y asiente. Inspira y espira varias veces para serenarse. Continúa:

—Mi compañero Scott encontró pelos tuyos en la silla de la peluquería Hair Strong, por la que pasaste para dejar el testimonio de que yo había estado allí el día del asesinato, y también tu sangre en el Brenda Pink Cabaret. ¿Dónde te hirió mi amiga? Debería haberte matado ella —dice con fuego en los ojos—. Así que no te resistas, ya nadie te libra de la cárcel.

»Reconozco que fue inteligente perpetrar todas las muertes en North End, West End y Downtown, las áreas controladas por esta

comisaría. Así os asegurasteis que ningún otro departamento policial entrara en escena. Pero eso también os acorraló. Pronto descubrí, con la ayuda de Margaret y Marc, los lugares clave donde volveríais a actuar si os incitábamos a ello. Cuando las muertes cesaron, decidí montar el pequeño numerito que ya conocéis. En realidad, no me equivoqué deteniendo a Rufó, sino que fue una jugada para llamar vuestra atención e incitaros a volver a matar. Y pusimos vigilancia. Pero, algo falló y os cobrasteis venganza. Volvisteis a atacarme asesinando a mi amiga Soda. Pagaréis por eso, os lo aseguro. —Blake extrae de nuevo su Parabellum—. De momento, estáis todos detenidos. Si alguien hace algún movimiento sospechoso a partir de ahora, valoraré la opción de volaros la tapa de los sesos. Y me vendrá de perlas, pues necesito descargar tensiones. Así que no me pongáis a prueba.

Con la aprobación de Donovan Shapiro y Fisher Dantakis, Blake da la orden. Un amplio grupo de agentes especiales entra en el edificio para colaborar con los policías que no están relacionados con el suceso en la detención de los asesinos. A Marc le sorprende la profesionalidad de algunos, que ni pestañean antes de agarrar y dirigir al comisario a los vehículos carcelarios que esperan en Sudbury Street, pues no hay suficientes calabozos para todos en la misma comisaría. La calle se ha cortado para facilitar la operación. Varias helicámaras de diferentes medios de comunicación captan las primeras imágenes desde el exterior.

Entre todas las incógnitas que circundan la mente de Blake en relación al hombre que orquestó toda la operación contra él, y que escribió el mensaje que encontró en el cuerpo de su amiga, destaca una cuestión. ¿Quién informó a la policía de que permanecían a la espera, de que vigilaban cada uno de los posibles lugares donde volverían a actuar? ¿Quién filtró que ese nuevo movimiento por parte del DCI era una trampa? ¿Fue el mismo hombre que todavía anda suelto y se mofa de las desgracias que vierte contra el detective?

Aunque todavía queda un individuo al que identificar, encontrar y dar caza, Blake se quita un gran peso de encima demostrando ante todo el mundo que un extenso número de policías fueron las piezas, brazos y manos que alguien utilizó para atacarle. No recuerda haberse encontrado antes con un caso tan complejo, ni a nadie que se haya atrevido a amenazarle con esa seguridad y contundencia. No logra olvidarse del contenido de la nota:

«Cómo he disfrutado. Estaba deseando improvisar. Cuando resuelvas el caso, yo ya no estaré. Púdrete en el infierno, Ron Blake».

Rememorándolo una y otra vez, la mente de Blake queda en blanco. De pronto, se ve presa de otra de esas alucinaciones que ha

experimentado durante los últimos días. La expresión «púdrete en el infierno, Ron Blake» le hace acordarse de alguien, pero no de su nombre ni de su aspecto. Cree haber escuchado esas palabras amenazantes y malsonantes antes, pronunciadas por una voz ronca otras tantas veces en el pasado. De repente, imágenes de una época muy anterior, y una figura difusa caminando por los pasillos de un oscuro pasillo hacia él. Aunque conoce la estancia que recrea su mente, el empapelado de las paredes, las marcas que quedaron en las puertas, no entiende nada de todo lo que ve últimamente.

Capítulo 54

Viernes, 4 de febrero de 2095

Amanece en la residencia Jarre First. Los parasoles de los pasillos y de las zonas comunes se repliegan para dejar pasar los primeros rayos de sol. El personal del centro despierta uno a uno a los residentes para su aseo personal. Si no fuera por la atención que les prestan, alguno prescindiría del agua y del jabón durante mucho tiempo. Hay quienes se acostumbraron tanto a la mugre de la calle, que prefieren no ducharse. Para corregir esto y velar por la higiene de todos, están los cuidadores, profesionales de carne y hueso hechos de otra pasta, a los que la vida nunca podrá compensarles por sus grandes labores.

Gracias a Xanna, Roy ha estado enterado de lo que su hijo se ha ido encontrando desde que empezaron las investigaciones de ambos casos. Las mismas informaciones que ha ido recibiendo ella de Marc, las ha ido compartiendo con él en cada momento. La holovisión de la sala recreativa en la que pasa la mayor parte del tiempo también le ha ayudado. Cada noche, antes de irse a dormir, mira con atención el noticiero con esperanzas de que hablen de su hijo, de *Inmemorian* o de alguna información relacionada con la pareja de detectives.

Xanna lo ha organizado todo para que Roy pueda ver la rueda de prensa que ha anunciado el alcalde Donovan Shapiro. En ella va a informar sobre los detalles de la resolución del caso de los cerebros inservibles. Marc ha avisado a Xanna que justo después de las palabras del alcalde, aparecerán ellos en escena para recibir una condecoración de parte de las instituciones de la ciudad.

Hoy ha llegado al trabajo feliz, especialmente contenta. Desde que todo ha acabado, respira con tranquilidad. Marc y ella están recuperando el tiempo perdido. Pero no solo se trata de eso: no puede disimular la especial ilusión que le produce enseñarle a Roy la distinción que Marc está a punto de recibir.

A pesar de que Roy nunca ha intercambiado una palabra con ella ni con nadie desde que ingresó, Xanna siempre le dedica la mejor de sus miradas. No obstante, hoy detecta en su cuidadora un brillo especial. Ha entrado a despertarlo antes de tiempo con una sonrisa de mayores

proporciones que las habituales. Por eso intuye que la jornada va a ser diferente.

Roy se detiene a pensar en su comportamiento pasado. Busca respuestas en lo más profundo de su ser. Desde que tiene controlado su deseo de beber, se ha dado cuenta de todo lo que ha hecho mal. No solo se dañó a sí mismo, sino que marcó la vida de su hijo para siempre. Lo lamenta cada día. Al igual que Marc, en todo ello encuentra rotos irreparables. La relación cada vez es más fría entre ellos.

Nunca podrá reparar el daño cometido. Padre e hijo separados para siempre por pura insensatez. ¿Quién le puso la bebida delante? ¿Cómo apareció ante él la primera botella? ¿Qué sintió con el primer trago para tomar un segundo? Los logros de los últimos meses solo son un parche que ni siquiera tapa parte de la herida que presenta su hijo. Una herida que está cerrada, pero no curada. Cicatrizó de cualquier forma y, a día de hoy, permanece a la vista

A pesar de ello, vive obsesionado con la próxima vez que lo verá, y con las novedades que quizá le cuente sobre su nueva vida. Para él, el sustituto de la bebida es cualquier cosa que tenga relación con Marc. «¿Vendrá hoy Marc a verme después de tanto tiempo? Ojalá el estado de ánimo de Xanna signifique eso», piensa. Contagiado por la actitud de la cuidadora y de varios miembros del personal, que parecen más animados que de costumbre. Se ducha más rápido de lo normal. En consecuencia, lleva más de siete minutos esperando a que alguien venga a por él.

Donovan Shapiro habla desde su despacho para toda la Costa Este de los Estados Unidos. El caso de los cerebros inservibles ha transcendido fuera de Boston dada su complejidad. El ataque despiadado a un detective que es conocido por casi todos los residentes del continente americano, también ha influido. Tras más de veinte minutos explicando los detalles que ha recibido del informe de *Inmemorian*, y rememorando algunos de los detalles que contó el propio Blake durante su exposición, pasa a informar a la población del dictamen de la jueza Mary Pear.

Gracias a Marc y Blake se ha demostrado que los agentes Rupert, William, Zoe, Angus, Garret, Thomas, Óscar, Sandler y el comisario Harry Horn han sido los responsables de cada una de las muertes. Por los asesinatos en serie y por el ataque que llevaron a cabo contra *Inmemorian*, ninguno de ellos pasará entre rejas menos de veintidós años. Pero sus nombres no son los únicos que se han destapado. Más de una treintena de policías de la comisaría de New Sudbury, un tercio de la plantilla, son destituidos de su cargo y sancionados por su implicación directa o indirecta con el caso. Alguno de ellos también

pisará durante un tiempo el centro penitenciario de Thompson Island. En consecuencia, la comisaría ha quedado falta de personal.

Tras su discurso, Shapiro alaba la importancia del nuevo DCI y la figura de los detectives. Sobre todo, dedica unos minutos a limpiar el nombre de Ron Blake, incluso a hacer sentir culpable a todo aquel que haya dudado de su inocencia. «El detective Ron Blake hace nuestra ciudad más segura. Lo necesitamos, los necesitamos», afirma Shapiro para referirse a la pareja de detectives, al mismo tiempo que un agente de protocolo les indica que deben colocarse frente al atril al lado del alcalde. «Boston amanece más segura con ellos».

Blake y Marc reciben la condecoración vía forearmphone. El alcalde los anima a que la proyecten orgullosos en el aire para la instantánea. En ese preciso momento, el grupo de periodistas se congrega frente de los detectives. Marc recuerda los peores días, aquellos en que sufrió la insistente persecución de la prensa. Espera que solo sea un acontecimiento puntual. Mientras tanto, mira de soslayo a su compañero, quien disfruta y parece olvidar por un momento que el máximo artífice del caso de los cerebros inservibles sigue suelto.

La emisión termina y comienza el noticiero. Una lágrima resbala por la mejilla de Roy. Xanna se percata y siente pena por él. En su rostro percibe lo injusto que puede ser el caprichoso azar. ¿Por qué la vida eligió marcarle con la pérdida de su mujer? ¿Por qué encontró consuelo en la bebida? No a todo el mundo le ocurre. ¿Por qué se dejó llevar por las tinieblas que han destrozado su porvenir? Xanna lo aprecia mucho más que a cualquier otro residente por ser parte de su historia de amor con Marc. Por eso, de momento, intenta darle un poco más que a los demás, cubrir lo que su hijo ya no puede darle. Quizá, el tiempo sea el único factor que juegue a favor de ambos.

Capítulo 55

Es la segunda vez que sube allí esta semana. En la cúspide de *Inmemorian* las vistas son asombrosas. La iluminada vía US Hwy1 destaca como arteria principal en la noche. Desde allí parece todo irreal, una maqueta inanimada de luces multicolores. Y entre ese póster homogéneo colapsado de edificios y avenidas, se fija en el contraste de varias zonas: el barrio de Roxbury Low perfectamente definido, el barrio de Charles con sus inmensas zonas verdes, el área apagada del cementerio Joe Moakley, la fina línea negra del Río Charles, y varias zonas empresariales. Incluso si se mira con detalle, pueden distinguirse los edificios pulmón más prominentes. Más allá, entre la oscuridad del horizonte, se adivina la actividad de los campos de cultivo, en los que se trabaja como nunca para recuperar las pérdidas que han sufrido las últimas semanas.

Muy pocas personas han subido a la azotea, pues no está hecha para ser visitada. No hay nada que hacer allí. A pesar de ello, un pequeño quitamiedos da un mínimo de seguridad a los operarios que, muy de vez en cuando, suben a realizar el mantenimiento del enjambre de antenas y de los distintos conductos de ventilación. Al lado del grueso mástil, que con su envergadura confiere al rascacielos sus setecientos veinticuatro metros de altura, un cobertizo acristalado de cuarenta metros cuadrados protege el acceso a los ascensores.

Después de caminar de forma atrevida cerca del borde para disfrutar de las vistas, Marc regresa al cobertizo junto a ella. El vaivén del edificio causado por el viento, hace que sea peligroso permanecer fuera. Un frío húmedo que cala los huesos lo hace arriesgado por partida doble.

Llevan consigo un fino colchón enrollable, mantas y ropa de abrigo, aunque saben que acabarán sin ella. Ha preparado un mantel de camping, cena y una botella de vino. Todo lo necesario para disfrutar de una velada romántica mientras contemplan las estrellas. El martes pasado, cuando él y Xanna subieron allí para calmar sus instintos más primarios aprendió la lección. El frío fue un impedimento que los obligó a abandonar pronto. Hoy no es ella quien le acompaña, sino Creta.

Desde que se entregó a Xanna siente su alma entre las nubes, su

corazón en un limbo, y eso le hace sentir vértigo. Miedo a caer desde tan alto, pues nunca se ha visto tan arriba. Aunque vuelve a tener una persona a su lado, que piensa y se preocupa por él las veinticuatro horas del día, se siente desprotegido ante las adversidades. Sabe que la vida va cargada de improvistos que te quitan las cosas con la misma rapidez con la que vienen. Le ha pasado antes. Esa extraña sensación le aprieta las entrañas cada vez que la mira, la toca o la besa, le satisface y perturba a partes iguales. Por eso, no termina de decidirse por Xanna. Se ha vuelto vulnerable desde que la conoce. Teme al destino, y con Creta eso no le pasa.

Le asusta el giro que ha dado su vida. En pocos meses ha pasado de encontrarse solo, a tener cerca dos figuras que necesita, que lo completan. Ya nada sería igual si una de ellas le faltara. «¿Qué es el amor? ¿Cuánto dura? ¿Se puede querer a una máquina?», piensa mientras bebe un trago de vino.

Espera que sus acciones no le hagan perder a la persona que mejor le entiende: Xanna. O por el contrario que ella no le pida tomar distancia con Creta. Necesita a su sexpartner del mismo modo que necesita a Xanna. Con Creta lo comparte todo, su día a día, sus alegrías, sus tristezas, los temas que no se atreve hablar con nadie más.

Bajo la noche estrellada, su pelo rojizo contrasta con el tono de su piel desnuda más de lo habitual. Marc enreda sus dedos en él. Lo acaricia.

—Qué bonitas las estrellas. —La sexpartner se acurruca a su lado como si necesitara su calor. Apoya la cabeza sobre su pecho y se acomoda para seguir observando el cielo.

—Me gustaría tocarlas. ¿A ti no? —Le pregunta Creta.

—Yo ya estoy tocando una.

—Qué tonto —le dice en tono cariñoso.

Creta mira a un punto indeterminado, a diferencia de Marc que claramente se ve sobrecogido por la inmensidad del Cosmos. Los ojos de uno y otro no reflejan la misma expresión. Marc se pregunta si Creta es capaz de apreciar la belleza del manto de luces que tienen encima, o si este tipo de citas no son para ella.

No logra evitar pensar en Xanna. El día que ese mismo escenario fue testigo de su momento de pasión desbocada, un grupo de nubes ocultaba la mayor parte del cielo. Le encantaría que su amiga estuviera allí con ellos, para que pudiera disfrutar del espectáculo que hoy se da sobre sus cabezas.

Al igual que cree, que Creta está desarrollando nuevas cualidades cognitivas, en algunos momentos, ciertas acciones le parecen demasiado frías, indistinguibles a las de cualquier otro sexpartner. Como la forma con la que sigue mirando el cielo. Es entonces cuando

regresan los dilemas que ocupan su mente los últimos días. ¿Estará equivocado? Para más inri, ha pasado de sentir que engañaba a su sexpartner por verse con su nueva amiga, a todo lo contrario. Ahora cree que está engañando a Xanna. «¿Merece la pena poner en riesgo su relación con Xanna? ¿Y si un día descubre que Creta no tiene nada de especial? ¿Cómo le afectará? ¿Será demasiado tarde para pedir perdón?»

Marc le da vueltas al tema una y otra vez, lo que provoca que pierda la ilusión de seguir allí. Consulta la hora en su forearmphone. Le envuelve la necesidad de conectar con Xanna, aún está a tiempo. Quiere escuchar su voz, al menos una vez más antes de que se vaya a dormir.

—Creta. ¿Qué tal si nos vamos a casa?

El semblante de la sexpartner se entristece, pero no pone objeción. No está programada para ello.

Capítulo 56

Domingo, 6 de febrero de 2095

Todavía quedan varias incógnitas que resolver. ¿Quién filtró a la policía la información de que el DCI estaba vigilando los posibles lugares donde supuestamente iban a volver a actuar? ¿De dónde sacaron una Parabellum como la de Blake? ¿Quién es ese individuo que le ha atacado y ha salido indemne?

Por la falta de respuestas, la jueza Mary Pear mantiene a los detenidos bajo prisión provisional a la espera de que avancen las investigaciones. Al mismo tiempo, Blake presiona durante sus interrogatorios diarios a cada uno de los agentes implicados para conseguir más información, o cualquier hilo que lo conduzca hasta el hombre que orquestó el plan. No obstante, ninguno suelta prenda. Por las conversaciones que mantiene con ellos, el detective piensa que solo Harry Horn y un grupo muy reducido de agentes pudieron tener algún tipo de relación con el hombre que ahora busca.

Sobre todas las dudas que todavía rondan por su mente, destaca el misterio de las letras en triángulo. Blake no puede dejar de pensar cada día en las dichosas letras. Quizá pueda responder con ellas a alguna de las preguntas que todavía permanecen en el aire, o dirigir la investigación hacia el hombre que ha urdido este plan. Intenta dejar libre su mente, expandirla más allá del papel de su pequeña libreta. Durante más de quince minutos mantiene la vista pegada a sus apuntes, pero es como si mirara a ninguna parte, como si estuviera ante signos de una civilización olvidada. Esas dichosas letras no le dicen nada.

En pocas ocasiones ha precisado volver con tanta acucia al lugar que considera su hogar. La pequeña sala parece pertenecer a otro tiempo, a una época anterior con la que encuentra mayor conexión cada día.

Una mesa de camilla y un sillón. No hay más mobiliario que ese. En la pared de enfrente, una chimenea sin restos de ceniza. En ella nunca se ha encendido un fuego. Todo es antiguo, acorde a él: el empapelado

de las paredes, el mantel que cubre la mesa, el cuero del sofá, la repisa sobre la chimenea… Ni rastro de tecnología, excepto un cable que sale de debajo del sillón y recorre el suelo hasta la pared.

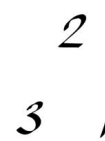
El descanso lo llama, pero también la función principal del lugar. Otra vez frente a esa fotografía que tantas preguntas le suscita, situada sobre la repisa de la chimenea, entre la maqueta de un barco de madera y un trofeo de caza. En ella, la imagen de ese extraño detective posando frente a la iglesia presbiteriana del 67 de Newbury Street, junto a otro hombre que sí reconoce. ¿Cómo olvidarlo? Arthur fue su compañero. ¿Cuánto tiempo ha pasado de aquello? La pesadez se adueña de él. Necesita abandonarse y que el reconfortante sillón haga el resto, como siempre que acude allí.

Se sienta. Todo parpadea a su alrededor. Interferencias. Dedica una última mirada a la decoración. La siente. La disfruta. Sin duda es su sitio. Y entre medias, otra vez la tentación originada por esa fotografía. La curiosidad reclama su atención. ¿Quién es ese extraño que viste como él? ¿Por qué lleva su borsalino? ¿Por qué posa junto a Arthur? ¿Por qué ha ocupado su lugar? Demasiadas incógnitas.

Rememora ese día, el lugar, incluso ese instante frente al atril de la antigua cámara de fuelle. Y también a aquel fotógrafo que tomó la instantánea que al día siguiente salió en todos los periódicos. Un recuerdo que forma parte de sus grandes momentos de gloria. Él fue quien desarticuló junto a Arthur la célula de Bay Village, y quien se llevó todos los méritos, no ese extraño que parece mirarle desde la repisa. Dudas y más dudas le llegan desde todas partes. Pero, por mucho que se centra en la imagen, no resuelve nada, sino todo lo contrario. Desearía que no estuviera allí. Sin embargo, no resulta tan sencillo deshacerse de ella, ni de ese extraño que parece decirle algo. No es un objeto independiente que se pueda mover.

Vuelve a mirar su dispositivo. No le queda mucho tiempo. Se prepara para dejarse ir. Utiliza los reposabrazos. Interferencias. Una vez más, se abandona sin quitar la vista de la extraña fotografía sobre la repisa de la chimenea. Sus ojos se entornan. Interferencias.

Capítulo 57



Lunes, 7 de febrero de 2095 (al día siguiente…)

El detective abre los ojos. A los pocos segundos su dispositivo vibra. El forearmphone le alerta de que alguien desconocido, que no está en sus contactos, le ha dejado un mensaje utilizando el sistema save anonimatus para esconder su identidad. Blake lo odia. Desde que lo activaron, solo le ha traído problemas. Por eso intuye que acaba de surgir uno más.

El hombre que se ha erigido como el cerebro detrás del ataque contra Blake y que programó los tiempos de cada jugada, se encuentra algo desesperado por que el detective descubra el mensaje que ordenó ir dejando sobre el pecho de las víctimas. Ya casi ha perdido toda esperanza. Eso rompe sus esquemas. Su plan pasaba por que Blake acabara descifrándolo. Pero no ha acabado siendo así, se ha equivocado.

Dado que nadie más es conocedor del mensaje, pues ni lo compartió con el propio Garret, el agente zurdo encargado del grabado, se ve obligado a volver a actuar, pero en esta ocasión, de una forma diferente. No le gustaría que Blake se perdiera el mensaje tan especial que ha preparado para él con tanta precisión. Defraudado por la falta de perspicacia del detective, ha decidido enviarle a través de su forearmphone una nueva pista, la definitiva.

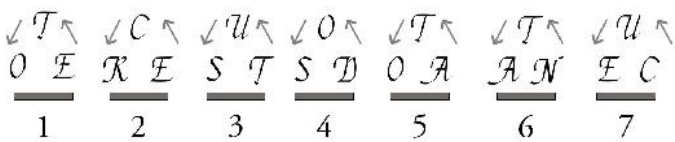
Esta es bastante obvia: un triángulo como los anteriores, pero esta vez con tres números, que indican la posición que Blake debe darle a cada letra dentro de cada figura si quiere dar con el mensaje. Abajo, a la derecha, encuentra un 1; arriba, un 2; y abajo, a la izquierda, un 3.

Que su contrincante en este juego macabro le tenga que decir cómo resolver el mensaje después de pasar desapercibido y escapar, le

parece humillante. Nunca antes se ha encontrado con una mente tan despierta. Nunca en el pasado nadie ha resultado vencedor contra él. Así lo interpreta Blake. No le hace falta conocerlo para saber que se enfrenta a una mente tan privilegiada como la suya, que encima se ríe de él y lo deja en evidencia.

Entiende rápido la pista. Una vez conoce el orden que debe darle a las letras de cada triángulo y cómo tienen que leerse, debe colocar cada uno en el lugar correspondiente. Ordenarlos para formar una frase. Al final se trata de eso, una simple frase. Maldice por no haberlo descubierto él mismo. Se levanta del sillón. Interferencias. Se acerca a la mesa para tratar de armar el puzzle allí. Saca su bloc de notas y arranca cada una de las hojas en las que tiene apuntadas las letras que presentaba cada víctima. Siete hojas para siete muertes. En total dispone de siete triángulos con un total de veintiuna letras. Las deja sobre el mantel de la mesa de camilla. Las empieza a mover de un lado a otro. Intenta ordenarlas de diferentes maneras y formar palabras teniendo en cuenta la instrucción recibida.

Tras unos cuantos movimientos, cree formar la palabra «SECRETO». Ha resultado de la unión de la última letra de la tercera víctima según el orden recibido, junto a los triángulos de la segunda y primera muerte. La apunta y aparta las hojas correspondientes. Sigue moviendo el resto sobre el mantel. Con la sexta muerte seguida de la séptima, le sale la palabra «CUENTA». Con esas dos palabras se cerciora del patrón que hay que seguir con todas las demás. Los triángulos deben ser colocados del más reciente al más antiguo: 7, 6, 5 ,4 ,3 ,2 ,1.



«CUENTA A TODOS TU SECRETO». El mensaje queda revelado ante él. Consternación.

Capítulo 58

El sonido del viento meciendo la espesa arboleda que los rodea adquiere intensidad. Los pájaros comienzan a cantar. Un papagayo moluqueño realiza un corto vuelo hasta la siguiente rama. Una amazona cubana verde de tintes rojos y azules lo mira desde otro árbol cercano. Parece comunicarse con él. La melodía tropical se mezcla entre los sonidos del frondoso bosque que despierta, al igual que Xanna, que estira las piernas bajo las sábanas hasta rozar los pies de Marc.

Ya es la tercera noche consecutiva que duermen juntos. Xanna se incorpora. La recreación virtual se disipa cuando sus pies tocan el suelo.

—¿Ya es la hora? ¿Te vas? —pregunta Marc sin apenas abrir los ojos.

—A no ser que trabajes tú por mí… —Xanna bromea.

—No quiero que te vayas.

—Vamos, gandul, que tú también tienes que ponerte en marcha. —Xanna se inclina encima de él y lo besa. Permanece un rato más sobre su pecho antes de vestirse.

Aunque *Inmemorian* ha dado cinco días de descanso a la pareja de detectives, a Marc le espera la primera sesión introductoria sobre deducción intuitiva en *Inmemorian*.

—Buenos días, Xanna, ¿cómo estás? —pregunta la IA de la casa, que se ha aprendido pronto su nombre.

—Muy bien, guapa. Voy a comer algo y a vestirme —responde mientras recoge las braguitas que Marc le quitó en mitad del pasillo.

Se las coloca y camina descalza hasta la cocina.

—¿Qué deseas desayunar? —pregunta la IA.

—Un café y una tostada de aceite de grillo rosa.

Marc no tarda en aparecer. Él ya se ha vestido. Se sienta a su lado. A diferencia de su amiga, que cada día demanda una cosa nueva, a Marc no le hace falta pedir lo que quiere desayunar, y por eso encuentra su plato preparado sobre la mesa. La IA del apartamento se lo tiene bien aprendido: un zumo de naranja y dos tostadas.

Ambos permanecen muy atentos al noticiero mientras recuperan

energías. Todos los días dan nuevas informaciones sobre el avance de los procesos judiciales de alguno de los dos casos en los que han trabajado. Sin embargo, hoy, el informativo acaba sin proporcionar nuevos datos.

Xanna termina su desayuno y se aproxima a Marc por detrás mientras este muerde una de sus tostadas. Lo abraza. Él puede sentir en la espalda el calor que desprende su cuerpo desnudo. Pasa la mano sobre el holograma que tiene enfrente para desactivarlo y se vuelve hacia ella dejando el desayuno sin terminar. Acompaña uno de sus mejores besos con una mirada penetrante y deseosa. Xanna le corresponde. Se sienta a horcajadas sobre él. Esa nueva posición provoca que Marc se pierda en sus encantos. Acaricia su trasero con ambas manos y luego aprieta su cuerpo.

Para saber el tiempo del que disponen, Xanna echa una mirada rápida a su forearmphone y se lo muestra sin decir nada. Quedan veinte minutos para que la chica se marche a la residencia a cumplir con su jornada laboral. Eso significa que podrán recrearse al menos durante cinco minutos más.

Al otro lado del tabique, Creta espera en silencio, impasible sobre una silla, que Xanna salga del apartamento para que Marc entre a saludarla, tal y como sucede durante los últimos días.

Como tiene por costumbre, el desconocido oculta su rostro bajo una capucha. Sabe que Xanna está a punto de salir por la entrada principal del bloque de apartamentos de Marc, pues su vehículo permanece estacionado en Elion Norton Park. Además, la ha observado de cerca durante los tres últimos días.

Xanna se dispone a disfrutar de un día más de trabajo, mientras cuenta los minutos que faltan para volver a encontrarse con Marc. La sonrisa con la que sale a la calle anuncia plenitud y felicidad. Muestras de bienestar que ponen nervioso al extraño que sigue todos sus pasos y acciones con atención desde hace días. «¿Habrá desarrollado sentimientos reales por el aprendiz de detective?», se pregunta.

Ajena a lo que está a punto de suceder, sale de la vía para peatones de Tremont Street y penetra en un estrecho callejón colmado de conductos de residuos que le ayuda a atajar hacia Elion Norton Park. Sin saberlo, se lo acaba de poner fácil a su perseguidor, que en esta ocasión está dispuesto a cruzarse en su camino. No obstante, la luminaria de una helicámara de la policía que surge al final de la calle y avanza hacia su posición, lo hace cambiar de dirección. Gira a la derecha para evitar ser escaneado. Si es descubierto caminando solo, saltarían todas las alertas. Poe ataja entre las columnas de una planta baja para volver a tener contacto visual con Xanna. Cuando pisa la

calle de nuevo, se percata de que la ha perdido. Decide esperarla en casa.

Por primera vez desde que tiene recuerdo, Blake se siente inseguro. ¿Qué significa eso? ¿Cómo ha podido trascender esa información? Solo una persona conoce su secreto, su amigo y colaborador habitual: Sheldon Barbrow. Necesita hablar con él, no puede perder ni un instante.

Sin más tardar, hace aparecer sobre su antebrazo el pequeño holograma de su lista de contactos. Fija la vista en el nombre de Iceman y parpadea dos veces para establecer conexión con él. No escucha ninguna señal. Le consta que no es la primera vez que el hacker altera la configuración de su forearmphone para desconectarlo y pasar desapercibido mientras está sumergido en alguno de sus trabajos. No obstante, le resulta extraño que coincida con el momento en que acaba de descubrir el mensaje. Algo está sucediendo. Un forearmphone solo se apaga en circunstancias muy especiales. Blake se preocupa.

Sin tan siquiera consultar cuánto tiempo ha pasado allí, tal y como hace siempre que se despierta del reconfortante letargo sobre su sillón, pone en marcha su Ford Saturn en dirección a donde sabe que encontrará a Sheldon.

Al hacker no le gusta recibir la visita del detective en su centro de operaciones. Toda medida es poca para preservar su identidad. Alguien podría seguirlo hasta el lugar en el que pasa la mayor parte de su tiempo y en el que también vive. Pero no tiene otra opción para obtener respuestas. Blake no augura nada bueno. ¿Habrá hablado con alguien de lo suyo? Pone en duda que así sea, pues confía plenamente en él. Si no es así, ¿qué está sucediendo? ¿Cómo ha conseguido la información el hombre que sigue suelto? ¿Cuándo pretende parar de atacarle? ¿Cuál es su objetivo final? ¿Quién más puede conocer su secreto mejor guardado, del que en ocasiones incluso él duda? Para empezar a resolver dudas, Blake sabe que tiene que contarle a Sheldon la información que acaba de conocer. Con un poco de suerte, puede que arrojen entre ambos algo de luz al asunto.

Blake pilota a toda velocidad sobre una de las vías magnéticas que abandonan la ciudad. Los edificios quedan atrás y, pronto, también las luces de la urbe, que se divisan diminutas desde los campos de cultivo. Los primeros rayos del día se proyectan en el paisaje. Espera que ese mismo reflejo que ve en el horizonte, traiga la luz de vuelta a un día que, aventura, será algo turbio.

Tras más de veinte kilómetros en los que tiene que adaptar la velocidad en algunos tramos de una vía serpenteante, se ve obligado a abandonarla. En contra de las leyes de circulación que protegen los

cielos de los territorios rústicos y agrícolas, activa las hélices del Ford para salir de la senda y seguir avanzando hacia su destino, el escondite del hacker que se esconde tras el nombre de Iceman. La vía magnética termina frente a la entrada de la finca de Rosell J. Kennedy.

El vehículo se mueve ahora sobre un paisaje colmado de altos árboles y de diversa vegetación silvestre que se adueña de todo sin orden. El sistema de navegación hace tiempo que ha dejado de ofrecer datos. Avanza hacia un área irregular de grandes pendientes, escarpadas rocas y peñones desnudos. Nadie en su sano juicio se adentraría o sobrevolaría la zona. Siempre cabe la posibilidad de que cualquier fallo técnico obligue al pasajero a tomar contacto con el terreno. Y si eso ocurre, cualquiera estaría perdido. Incluso el mero hecho de avanzar a pie por ese entorno es demasiado complicado y arriesgado hasta para las personas más aventureras. Además, la información sobre los peligros que pueden esconderse en esa zona es escasa. Los parajes alejados de los campos de cultivo que no se pueden explotar, quedaron olvidados y lejos del interés de la sociedad desde hace décadas.

Por la complejidad que conlleva llegar hasta el Valle de Serna, el inexistente interés que presenta para cualquiera, incluso para los dirigentes de los Estados cercanos, por las leyes de circulación y restricciones de movimiento que hay que saltarse para llegar, Sheldon eligió el lugar para su centro de operaciones.

El vehículo pasa cerca de la cumbre de una cresta montañosa y el grandioso valle aparece de repente ante él. Blake inclina los mandos virtuales hacia delante para descender rápido, próximo a la ladera. En un par de minutos alcanza la profundidad de la depresión selvática. Hay un pequeño riachuelo que intenta abrirse camino bajo la selva en esa misma dirección.

Se aproxima lentamente a la vegetación. La vivienda de Sheldon no se distingue desde su posición, aunque sabe dónde encontrarla. Debería de estar a pocos metros de allí. Continúa con la maniobra de aproximación mientras busca un lugar para posarse, pero no lo encuentra. Ninguno de los falsos claros le garantiza un terreno firme. El poder de la naturaleza invadiéndolo todo le hace dudar, pero la necesidad de contactar cuanto antes con su amigo le puede. Se la juega.

El contacto con el terreno no ha ido nada bien, no ha sido como imaginaba. La peor parte se la han llevado los esquimanes del Ford. Blake ha confundido un claro con un amasijo de arbustos de firmes y robustos troncos, y el vehículo ha apoyado en falso sobre ellos. Tras recibir un fuerte golpe, ha quedado inclinado sobre su lateral derecho y oculto entre la vegetación. Todo indica que, además, está encajado

entre la maleza. No será fácil sacarlo de allí.

Abandona el habitáculo con gran esfuerzo. Una vez fuera, lo mira. Se lamenta de no haber sido más cuidadoso justo en un momento tan delicado como ese. Pero reconoce que ya no puede hacer nada por el aparato, así que se concentra en lo que ha ido a hacer allí. Aunque el centro de operaciones de Sheldon está cerca, marca la ubicación en su forearmphone antes de abandonar el Ford, por si suceden imprevistos. No le gustaría perderse. A pesar de su estupendo físico, le resulta complicado avanzar. Invierte toda su energía en abrirse paso entre el entorno selvático.

Al fin la encuentra. Una vivienda de materiales sólidos que apenas se distingue entre la espesa maleza. Hay que estar muy cerca de ella para percatarse de su presencia. Que Sheldon no conteste a la llamada del holoportero puede ser en parte algo normal dado el secretismo del lugar, pero que su dispositivo siga apagado no es buena señal. Otra avalancha de preocupaciones. Blake rodea la construcción en busca de una entrada alternativa, pues el cifrado de la puerta está preparado para evitar cualquier tipo de intrusión y de nada le sirve el sistema de apertura universal de su forearmphone.

El detective sigue abriéndose camino entre la vegetación que cubre las paredes. Busca otro acceso o cualquier modo de asomarse al interior mientras lucha contra las ramas que invaden el entorno y que causan diversos roces a su querido chaquetón. Durante su avance las maldice a todas. Ni una se libra de sus insultos. Incluso las amenaza con volver para pegarles fuego. Su ánimo se desmorona, se desquicia. La suma de los últimos acontecimientos, las prisas por dar con Sheldon y, para colmo, lo que ha ocurrido con el vehículo especial de *Inmemorian*, son los responsables. Y lo peor de todo es que Marc no está a su lado para devolverle la serenidad. El aprendiz de detective ni siquiera conoce el paradero de su compañero, ni el motivo por el que ha emprendido el viaje hasta las profundidades del Valle de Serna.

En la parte de atrás encuentra la puerta de emergencia, pero no le gusta lo que ve. Está completamente abierta. No conoce el motivo, ni se lo imagina, pero sabe que eso augura peligro. Algo ha tenido que pasar para que permanezca así.

Entra en la vivienda y enciende el punto de luz de su forearmphone para ver a su alrededor, pues la ubicación del refugio bajo los árboles dificulta la entrada de rayos de luz. Y cuando lo hace, encuentra a Sheldon tirado como un trapo, con la garganta cercenada. A pesar de que sabe que nada puede hacer ya por él, instintivamente se lanza sobre su amigo.

—¡No, no, no! —Blake pierde los nervios. Grita.

Intenta librarse de los miedos que de repente aparecen ante él para rodearle, pero no puede. Por mucho que lo abraza y lo aprieta contra

su propio pecho, no encuentra consuelo. Sus dos mejores amigos, sus dos apoyos más sólidos, muertos por un misterioso hombre que se ha propuesto convertir su existencia en caos.

Capta la rigidez del cuerpo. Se fija en el reguero de sangre alrededor del cuello y que se ha incrustado en la junta de las baldosas. Todo indica que la desgracia sucedió ya hace días.

Vuelve a depositarlo sobre el suelo. No puede creer lo que le está sucediendo. Pierde las fuerzas para seguir investigando. Desea apartarse de todo, huir. ¿De qué más será capaz su atacante? Por primera vez en su vida, siente miedo. Desconfía de sus propios actos, pues sabe que hay un hombre esperando sus próximos movimientos. Se asusta todavía más al ver lo que asoma tras los dientes del cadáver. Se trata de una nota doblada y escrita del mismo modo que la que encontró en la cavidad bucal de Soda. La despliega. A pesar de encontrarse solo, la lee en voz alta:

«Y si no, lo haré yo».

Sabe que son palabras que continúan el mensaje que encerraban los triángulos:

«CUENTA A TODOS TU SECRETO».

De nada sirve que se apresure a avisar de lo ocurrido a los servicios de *Inmemorian*. El asesino ha tenido tiempo más que suficiente para moverse a su antojo. A estas alturas ya habrá escapado tal y como ya le avisó en la nota que dejó en la boca de Soda y que ahora vuelve a resonar fuerte en su cabeza:

«Cómo he disfrutado. Estaba deseando improvisar. Cuando resuelvas el caso yo ya no estaré. Púdrete en el infierno, Ron Blake».

Aunque lo amenaza de forma contundente diciendo que contará su secreto si no lo hace él, Blake no tiene pensado hacerlo. A pesar de estar especialmente preocupado porque el asesino de mente privilegiada al que se enfrenta sigue jugando con él como si nada, no está dispuesto a entrar en su juego.

Capítulo 59

Viernes, 11 de febrero de 2095

Han tenido que pasar unos días para que el detective recobre la confianza. Tras dar sepultura al cuerpo de su amigo junto al yape colombiano de la parte trasera, la mente de Blake despierta y se pone de nuevo a trabajar como si nada.

El detective ignora hasta dónde llegan los contactos o la capacidad que tiene su atacante para seguir sus pasos. Todavía desconoce cómo llegó a filtrarse la información de la trampa que pusieron utilizando a Rufó como cabeza de turco. Por eso decide no dar parte de lo que ha encontrado, no llamar a los servicios de *Inmemorian*, ni tan siquiera comunicar lo ocurrido a su compañero Marc. Piensa que lo mejor es hacer como si no hubiera encontrado el cuerpo fallecido de su amigo, como si nunca hubiera estado allí. De esa forma, pasará el tiempo y su atacante se verá obligado a moverse para hallar respuestas. Sentirá la necesidad de comprobar si ha encontrado la nota que dejó para él en el cuerpo de Sheldon. Blake cree que tiene una oportunidad de oro para dar con el hombre que ha urdido el plan.

Lo esperará allí mismo hasta que llegue el momento. No se moverá de casa del hacker hasta que lo vea entrar en la puerta. Y para que nadie tenga información sobre su paradero, pues sabe que ocultarlo es crucial para que su objetivo no se tambalee, tomó las medidas necesarias. Tras encontrar a Sheldon muerto, desconectó la baliza del vehículo especial de *Inmemorian* y su forearmphone con la intención de vivir escondido durante un tiempo en el corazón del Valle de Serna.

Ron Blake no tiene prisa, pues la venganza se sirve en plato frío, y a paciente y calculador no le gana nadie. Tampoco precisa de muchas cosas para su subsistencia, por lo que puede esperar el tiempo que sea necesario. Está dispuesto a dejar pasar las horas, los días, las semanas si fueran necesarias, porque, si de algo está seguro, es de que su adversario terminará regresando para comprobar si se ha encontrado con la escena que ha preparado para él. Entonces, rendirá cuentas con él. Se vengará de la mente más horripilante a la que se ha enfrentado

últimamente.

Blake lleva días sin dar muestras de vida. Nadie le ha vuelto a ver desde su aparición en holovisión el día en que el equipo de gobierno de la ciudad concedió la condecoración a la pareja de detectives. Que su forearmphone no dé señales tiene preocupada a mucha gente, en especial a Fisher Dantakis y al resto de personas que trabajan para el DCI. En consecuencia, *Inmemorian* ha pausado los servicios de investigación del departamento de criminalística. La ausencia de Ron Blake trae incertidumbre al futuro del proyecto. Que además se haya perdido la señal de su vehículo no presagia nada bueno.

Marc también padece. En todo momento permanece atento al noticiero a la espera de cualquier información sobre su compañero. Su desaparición resulta todo un misterio.

Cuando piensa en la posibilidad de que el hombre que ha escapado haya hecho algo malo a Blake, siente la necesidad de apartarse de todo, de huir con Xanna lejos, a un lugar seguro, sobre todo para protegerla. La intuición que desde hace días ha comenzado a desarrollar mediante las lecciones del cubo, le dice que si la desaparición de su compañero está relacionada con el autor del caso de los cerebros insevibles, él y Xanna corren peligro.

Desde que se ha quedado solo, se siente más inseguro. Sobre todo, cuando valora la posibilidad de que el máximo artífice del ataque contra Bake y el DCI, vuelva a hacer de las suyas en cualquier momento.

Capítulo 60

Miércoles, 16 de febrero de 2095

Blake imagina una y otra vez cómo será el encuentro, la cara de sorpresa que pondrá su atacante al verlo allí, esperándolo. Las ganas de conocerlo aumentan con el paso del tiempo, le ayudan a permanecer atento, pues no sabe cuándo aparecerá.

Se ha olvidado de todo lo que no tiene que ver con poner las cosas en su sitio. Solo le importa hacer justicia y no descarta aplicarla como estime oportuno. Eso dependerá del desarrollo de los acontecimientos, y de lo que pase por su mente en el momento en el que se encuentre con él. Quizá le vuele la tapa de los sesos casi sin preguntar. La rabia y la sed de venganza se acentúan sin freno en su interior, precipitándolo hacia un desenlace incierto.

El detective pasa la mayor parte del tiempo en la segunda altura de la vivienda. Vigila a través de las ventanas. Debido a las irregularidades del terreno y a la desordenada vegetación, su campo de visión no es bueno. Sin embargo, siempre es mejor que no ver nada.

En ningún momento se ha separado de su borsalino, ni de su largo chaquetón, con el que de vez en cuando saca brillo a su Parabellum. Quiere estar en perfectas condiciones para cuándo llegue. Alterna largas sesiones de observación, con paseos por los exteriores más próximos. Cuando se encuentra en el interior, evita pasar por el lugar en el que pereció su amigo Sheldon. Su muerte todavía le mantiene consternado. Al igual que la de Soda.

Por encima del ataque que ha recibido como imagen principal del DCI, está el daño que le ha hecho arrebatándole dos de sus grandes apoyos. Ahora solo le queda Marc. No obstante, Blake está capacitado para dominar sus sentimientos. Esa es una de las características que le hacen fuerte. Ya habrá tiempo para llorar sus pérdidas, para recordarlos y dejarse llevar por los grandes momentos que compartió con ellos. De momento, evita pensar en sus amigos. No le conviene que sus emociones lo cieguen. Podría echarlo todo a perder. Precisa estar en plenas aptitudes psíquicas para enfrentarse al enemigo que,

con sus actos, ha demostrado poseer una mente privilegiada. Intuye que será todo un reto enfrentarse a él.

Blake escucha un sonido extraño fuera. Ante la posibilidad de que se trate de algo más que movimientos de la vegetación movida por el viento, decide prepararse, adoptar la posición que tantas veces ha ensayado mientras imaginaba que fulminaba al hombre al que espera. El punto de luz de su forearmphone le permite ver dónde pisa. Sin hacer ruido, avanza por el interior de la vivienda dirección a la puerta de entrada.

Cuando llega al lugar ideal que le permitirá sorprender a su contrincante justo cuando este cruce la puerta, apaga el punto de luz de su dispositivo. Después hinca una rodilla en el suelo y apunta el cañón de su Parabellum hacia la entrada. Espera en silencio, completamente a oscuras. Permanece firme, sin mover ni un ápice.

Pasan los segundos, varios minutos. Todo sigue tranquilo. El detective continúa a la espera, rígido cono una estatua. Mantiene la calma.

Tras diez minutos en la misma posición sin que ocurra nada, se ve tentado a echar un vistazo fuera para tratar de descubrir el origen del sonido que ha escuchado. Justo cuando empieza a desilusionarse, a pensar que nadie ronda la casa del hacker, escucha unos pasos en el porche. Alguien se acerca cautelosamente hacia el lugar donde apunta con su arma. Blake saborea el encuentro, incluso antes de que se produzca.

Una diminuta luz verde anuncia que la figura que se sitúa al otro lado, intenta acceder por medio de su forearmphone. La puerta se abre, pero no hay nadie a quien disparar. Blake se sobrecoge. Mira a todos lados sin dejar de apuntar hacia la puerta. «¿Cómo se ha abierto? ¿Dónde se encuentra el que caminaba fuera?». A pesar de que ahora distingue mejor su entorno gracias a los débiles rayos de luz que han entrado, sigue sin ver a nadie.

De repente, una voz detrás de él lo deja fuera de juego:

—Vaya, nos volvemos a ver después de tanto tiempo, Ron Blake.

El detective se gira todo lo rápido que puede, hasta dar con un hombre con sombrero de copa alta que le observa desde el sofá entre una nube de nicotina.

«¿Cómo ha entrado ese individuo?», piensa Blake, que permanece petrificado. A pesar de que ha recreado una y otra vez cómo se enfrentaría a él, se ve incapaz de proceder, a pesar de que le apunta con su Parabellum del mismo modo del que apuntaba hacia la puerta.

—¿Se puede saber qué haces? —continúa el extraño.

Aunque Blake no logra adivinar de quién se trata, su voz le resulta familiar.

Siente la necesidad de pronunciarse o actuar, pero no consigue

hacer ninguna de las dos cosas. Continúa desconcertado, bloqueado. Sin darse cuenta, ahora apunta hacia un lugar indeterminado, presa de una especie de parálisis que se ha apoderado de él sin motivo aparente. La manera como ha aparecido ese hombre dentro de la vivienda le hace sentirse vulnerable. Se amontonan las preguntas en su cabeza. Tantas que le impiden acabar con él.

—Otra vez, tú y yo, y las diferencias que nos unen desde siempre. —A diferencia de Blake, que está confuso, su adversario disfruta del momento. Da una larga calada al cigarro.

La voz de ese hombre le transporta a otro lugar. Cae presa de una nueva visión. De repente, se ve en su particular zona de descanso, frente a la chimenea sin restos de ceniza y esa fotografía que tantas preguntas le suscita, en la que un desconocido posa junto a Arthur (su antiguo compañero) frente a la iglesia Presbiteriana del 67 de New Sudbury Street.

La pesadez se adueña de su mente. No sabe por qué últimamente conecta y desconecta tan a menudo con momentos difusos de su pasado. Quiere abandonar ese recuerdo. No es el mejor momento para que su cabeza juegue con él. Se encuentra en una situación crucial frente a un hombre extremadamente peligroso.

Logra con esfuerzo volver a la realidad. El hombre que tiene enfrente no parece preocupado por la crisis que sufre el detective. Más bien se regodea con lo que ve.

—¿Qué te ocurre Ron Blake? ¿Se te han oxidado los circuitos? —se mofa de él.

La voz le transporta de nuevo a otro recuerdo. Ahora frente al cuerpo ensangrentado de una mujer que no reconoce, pero con la que tenía un vínculo especial. Un hombre delgado con sombrero de copa alta y actitud amenazante se dirige a él antes de abandonar la escena del crimen: «Púdrete en el infierno, Ron Blake».

Un escalofrío recorre su cuerpo al escuchar esas palabras. Acaba de reconocerlo por la voz. Se trata del mismo hombre que tiene frente a él ahora mismo. Y también a la figura que posa junto a su compañero Arthur en la instantánea, que tantos quebraderos de cabeza le ha causado. Es él. ¿Cómo no se ha dado cuenta antes?

La ensoñación se desvanece al encontrar respuestas. Parece como si de algún modo, su subconsciente se hubiera puesto a trabajar para ayudarle a recordar mediante recreaciones espontáneas.

Blake se pone en pie, pero sigue en silencio. Está decidiendo cómo actuar, qué decir… Ahora que se ha liberado de parte de la rigidez que lo inmovilizaba, parece sencillo acabar con él, sin embargo ya no le parece buena idea. Ahora que ha averiguado que el hombre del sombrero que tiene delante es César Leroy, el mayor enemigo al que se ha enfrentado, el criminal más astuto e inteligente de todos los que

ha conocido, y que de alguna manera ha regresado, necesita respuestas. «¿Cómo ha logrado trascender a otra época? Solo existe un modo», Blake piensa en su caso para responderse a sí mismo.

—Han tenido que pasar más de 23 décadas para cobrarme venganza —continúa César Leroy—. No sabes lo que he esperado este momento y lo desilusionado que estoy con tu forma de actuar. Lo estás estropeando todo. ¿Se puede saber qué te pasa Ron Blake? Ni siquiera fuiste capaz de descifrar mi mensaje.

El detective sigue sin hablar. Aunque se creía recompuesto, no consigue reaccionar.

—¿Te ha comido la lengua el gato?

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo has llegado? ¿Qué eres? —pregunta al fin.

—Como si no lo supieras ya. Ja, ja, ja. Tú y yo somos iguales: nuestras consciencias originales cargadas en dos realbots. ¿Quién nos lo iba a decir? ¿Quién podía imaginar que en el futuro la tecnología podría traernos de vuelta? Esto es de locos —Leroy se enciende otro cigarro—. Lo importante, es que muy pronto todo el mundo descubrirá la verdad, que Ron Blake tan solo es un conjunto de cables y mecanismos envueltos en material sintético. Que tu existencia es una farsa y que hace mucho tiempo que dejaste de existir… ¿O prefieres que te llame por tu verdadero nombre, Jack Vance?

Escuchar después de tanto tiempo ese nombre le devuelve su identidad. Sin embargo, por un momento pierde la noción de quién es. Dedica un instante a mirar sus brazos, sus piernas, su indumentaria. No se reconoce en su nuevo cuerpo. Al menos, volver a escuchar que alguien pronuncia su nombre le ayuda a recordar que también fue el mejor en otra época, y eso le devuelve parte de la confianza ante su archienemigo.

—¡Yo no soy cómo tú! Desconoces lo peligroso que me he vuelto.

—¿Crees que me asustas con tu charlatanería? —responde Leroy.

—No sabes lo que has hecho matando a mis amigos.

—Pero si ha sido la mejor parte. Ja, ja, ja. Claro que lo sé. Llevaba muchos meses preparándolo.

Blake se pone tenso.

—¿Tú mataste a Soda?

—¿Y ensuciarme las manos cuando lo podían hacer otros? ¡Qué va! Sabes que ese no es mi estilo. Sin embargo, no pudo ser igual con tu amigo Sheldon. Con todos los policías en la cárcel, tuve que hacerlo yo mismo.

—¡Desgraciado! ¡Voy a acabar contigo ahora mismo! —Blake da un paso en frente y vuelve a levantar el arma.

—Ja, ja, ja. Deja el show para otro momento, conmigo no te sirve. Ambos conocemos los dos motivos por los que no vas a hacerlo: El

primero, porque tu programación de detective realbot te lo impide, y el segundo, porque ahora que sabes que he regresado, estás deseando descubrir el juego que puede ofrecerte una mente como la mía. Reconócelo, Ron Blake. Los demás casos te aburren enseguida. Nunca te has enfrentado a ninguno como el de los cerebros inservibles. Por cierto, bonito nombre —Leroy se deshace de la colilla del cigarro que ha terminado. Hace una pausa para expulsar el humo que queda en sus pulmones y prosigue—. Te conozco, y sé que necesitas acción de la buena, nuevos retos que solo yo puedo darte.

—Pongamos que tienes razón con eso de que no puedo matarte… —Blake decide seguirle el juego—. Aunque fuera cierto, no deberías pasar por alto que también estoy programado para poner a disposición de la justicia a todo malhechor. Por mí, no hay ningún problema en que podamos mantener distendidas conversaciones en la cárcel. Me hará mucha ilusión.

—Tampoco vas a detenerme. Ambos lo sabemos.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Porque ya lo intentaste otras veces en nuestra época y no fuiste capaz. Siempre me has querido en la calle, para competir conmigo y tener desafíos interesantes.

—Sí… Lo que tú digas. Vayamos a lo importante: ¿Cómo supiste elegir a los hombres adecuados?

—¿Lo ves? Te interesa más conocer cómo descubrí que podía sacar provecho de las rencillas que tenías con Garret y Harry Horn, que encerrarme —dice poniéndose en pie.

—Definitivamente, te has vuelto loco —dice Blake enfadado. Cada segundo que pasa, empuña el arma con más energía hacia su enemigo —. ¡Yo soy mucho más que un realbot común! Si tanto crees conocerme, deberías saber que nunca he dejado de tomar mis propias decisiones.

Blake da otro paso al frente, baja ligeramente el cañón de la pistola y le dispara en la pierna con la intención de herirlo para después detenerle.

Leroy ni se inmuta. Después ríe.

—¿De verdad creías que iba a correr el riesgo de presentarme aquí, indefenso y desafiándote como si nada? Como te he demostrado en numerosas ocasiones, siempre voy un paso por delante de ti. Además, solo bromeaba antes. Solo hay que mirarte a los ojos para ver las ganas que tienes de vengarte y acabar conmigo.

El detective comprueba que Leroy es un holograma. Un pequeño dispositivo a los pies del sofá, casi imperceptible, recrea su imagen.

—Tendrías que ver la cara que se te ha quedado. —El asesino ríe a carcajadas.

—¡¿Dónde estás, desgraciado?! —dice Blake mirando en derredor

con fuego en los ojos.

—¿Quieres verme? Te invito a que salgas fuera.

El detective escucha las hélices de un aparato acercarse. Sale de la vivienda a la carrera. Una vez en el porche, dispara hasta vaciar el cargador de su Parabellum para derribar el aparato. No logra alcanzar sus hélices. Sobrevuela la vivienda demasiado rápido.

César Leroy activa la megafonía exterior para despedirse: «Púdrete en el infierno, Ron Blake». Después acelera al máximo y se mezcla entre las nubes bajas que cubren el Valle de Serna.

Nota del autor

Como ya he explicado en alguna ocasión, en *Inmemorian* he intentado tratar la mayoría de conceptos citados con la máxima fidelidad respecto al futuro al que creo que podríamos dirigirnos como sociedad dado el camino que llevamos, las necesidades que surgen y los miedos que ya nos rodean. En la nota de autor que escribí en la novela anterior, apunté esto mismo, exceptuando el ingrediente principal, que estaba colocado para que hubiera una trama en la historia. Me refiero a la idea del copiado y conservación de consciencias tras la muerte. Pero meses después de su publicación cambié de parecer.

Últimamente me siento abrumado con lo rápido que llegan los avances a nuestra vida. Algo que me hace pensar que el copiado de consciencias se va a convertir en realidad en algún momento de nuestro futuro. El temor que le tenemos a la muerte o a perder a nuestros seres queridos ya empieza a mover los hilos tecnológicos de nuestra vida en esa dirección.

En enero de 2021 conocimos que Microsoft registró una patente diseñada para crear chatbots capaces de rastrear y utilizar toda la información existente en internet de un individuo concreto, incluso contenido proveniente de sus redes sociales, como publicaciones y comentarios, para establecer un avatar de ese sujeto tras la muerte. La finalidad: ofrecer a sus amigos reales y virtuales la posibilidad de seguir interactuando con ese perfil, aunque la persona real ya no exista. Pero eso no es todo, la idea empresarial apunta incluso más lejos. Mediante un sistema de Inteligencia Artificial pretenden crear modelos en 2D y 3D de esas personas que ya no están entre nosotros, a petición de quien los solicite, para colocarlos en algún tipo de software todavía sin determinar.

Neuralink, una de las empresas del multimillonario y polifacético Elon Musk, plantea un futuro en el que los seres humanos podamos competir con las máquinas al mismo nivel de capacidades cognitivas, gracias a la instalación de un pequeño ordenador dentro de nuestro cerebro. Aunque la idea está más cerca del concepto de Inteligencia Artificial aumentada aplicado en vida que del universo de *Inmemorian*, no deja de formar parte de esa tecnología que muchas empresas esperan vincular pronto con nuestra mente.

Por otro lado, justo en el momento en que redacto esta nota, descubro la aplicación para móvil Deep Nostalgia, que permite revivir a nuestros antepasados desde una simple foto. Esta interfaz es capaz

de aplicar distintas animaciones faciales en tres dimensiones sobre fotos estáticas de retrato, hasta casi dar vida a la persona fallecida.

China también nos ha presentado BrainTalker, el primer procesador cerebro-ordenador. Un microchip que puede instalarse en el cerebro para corregir daños neuronales provocados por el alzhéimer y que permitirá conectar nuestra mente a la nube. Un gran avance que también abrirá las puertas para que logremos controlar implantes de nuestro cuerpo con el pensamiento.

Aunque alguna de estas ideas distan bastante del modo en el que trato el tema de la conservación de consciencias en *Inmemorian*, en el fondo tienen objetivos similares: mantener los pensamientos de una persona que ya no existe en un dispositivo digital. Por eso, no deberíamos subestimar el rumbo que ya hemos tomado. La probabilidad de que llegue a existir algo similar dentro de un tiempo es alta porque, de algún modo, ya se están construyendo los cimientos.

Además, podemos encontrar ejemplos similares si nos remontamos a la historia de la ciencia ficción. Muchas cosas que vaticinaron escritores del pasado y que en ese momento parecían imposibles, con el paso de los años acabaron siendo realidad. Como dijo el maestro Arthur C. Clarke: «Cualquier tecnología suficientemente avanzada es indistinguible a la magia». Estas palabras significan, que cualquier avance cuyos principios y bases teóricas que quedan lejos de nuestra comprensión, de lo que sabemos, podrían interpretarse o confundirse con la magia o lo sobrenatural. No olvidemos que la ciencia, concretamente la tecnociencia, avanza a pasos agigantados. A veces tan rápido, que la sociedad no se encuentra del todo preparada para usarla. Por eso, no deberíamos aventurarnos a determinar dónde pueden situarse los límites de lo posible.

Uno de esos ejemplos imposibles que trataron escritores de ciencia ficción antiguos en sus novelas, y que acabó siendo realidad, puede encontrarse en el análisis de la reacción humana ante la posibilidad de la ingeniería genética. Para ser más exactos, sobre la clonación humana.

Para la mayor parte de la población, ese término no recibió atención hasta que en febrero de 1997 se logró la clonación del primer mamífero: la oveja Dolly. Sin embargo, unos cuantos escritores de ciencia ficción ya habían tratado el tema en sus historias. Aunque es cierto, que podrían haberse inspirado o basado en las primeras noticias sobre los experimentos pioneros de clonación en embriones llevados a cabo en 1993 en el centro médico universitario de George Washington, hay que remontarse mucho más atrás en el tiempo. Otros escritores mucho más antiguos ya habían mostrado la posibilidad de la clonación humana en sus libros cuando todavía era una idea muy inverosímil, casi mágica, mucho menos factible de lo que pudiera ser

hoy en día la idea del copiado y conservación de consciencias en una ficha tras la muerte. Obras como *Un mundo feliz* de Aldous Huxley (1932), «Nueve vidas» de Ursula K. Le Guin (1969) o *Donde solían cantar los pájaros* de Kate Wilhelm (1976) hicieron imaginar a los lectores cómo podría ser la respuesta social a los cambios a nivel de la ciencia y la tecnología, referente a la clonación de seres humanos, mucho antes de que se creara una réplica exacta de la oveja Dolly, y mucho antes de que se hablara de clonación en el ámbito científico.

Algo parecido podría ocurrir con el concepto de poder preservar las consciencias de personas fallecidas para conectar con ellas mediante *Inmemorian*. Creo que he tratado el tema con una expectativa mucho más cercana que la del ejemplo anterior, cuando varios escritores de ciencia ficción de la antigüedad empezaron a crear historias sobre clonación. Hoy en día, proyectos como Neuralink, BrainTalker, la aplicación para móviles Deep Nostalgia o la patente de Microsoft para crear chatbots ya han allanado el terreno. Y esto solo son algunos ejemplos.

Varios acontecimientos que se han dado en nuestro mundo desde que terminé de escribir la primera obra de la serie *Inmemorian* me hicieron cambiar de opinión respecto a mis ideas originales. Quizá, solo sea necesario el transcurso de tiempo para que podamos copiar y conservar las consciencias de nuestros seres queridos fallecidos de una manera similar a como lo cuento en la novela. ¿Os imagináis? ¿Estaríais dispuestos a interactuar con un programa informático inteligente que recreara las reacciones y comportamientos de vuestro familiar fallecido? En tal caso, ¿os ayudaría a lidiar con el duelo? ¿O sería una práctica contraproducente que alargaría vuestra pena? Aunque me gusta defender la idea de que la ciencia ficción bien documentada puede mostrarnos muchos años antes nuestro futuro, solo conoceremos las respuestas a estas incógnitas cuando nos enfrentemos a esta situación y al dilema moral que conlleva.

(Si os fijáis, en el párrafo anterior he utilizado la expresión «serie *Inmemorian*». Aprovecho este espacio para informaros, de manera oficial, de que tengo entre manos un proyecto que se compone de cuatro obras con Marc y Blake de protagonistas).

Para finalizar, solo me queda agradecerte a ti, estimado lector, que hayas decidido volver a las páginas del universo de *Inmemorian*. Una vez más, mi intención con esta historia ha sido hacerte pasar un buen rato, mientras te muestro algunos de los planteamientos sociales y morales que nos traerá el futuro al que nos dirigimos, siempre que no nos sorprendan acontecimientos inesperados. Sea como fuere, apuesto a que el futuro más estrambótico todavía no ha sido contado. Recordad que la realidad siempre supera a la ficción.

Si he conseguido entretenerte o hacerte reflexionar, me doy por

satisfecho. Te espero en la próxima historia de *Inmemorian*.

Ismael Santiago Rubio

Sobre el autor

Ismael Santiago Rubio (1988) nació en Villena (Alicante), población donde reside. Su afición al cine, los cómics y la literatura de ciencia ficción, le viene de niño. En 2014 publicó *Exiliado en el futuro* y en 2016 *Viajando entre dos mundos*, novela con la que puso punto y final a esta bilogía de ciencia ficción blanda que se ha vendido en España y en otros países hispanohablantes, como Colombia, Ecuador, México, así como en Estados Unidos, Francia y Canadá. Tres años después publicó *Inmemorian*, obra que se alzó con el Premio Literario Amazon de 2019 y que ha obtenido un gran reconocimiento del público. *El caso de los cerebros inservibles* es la segunda entrega de la serie de historias de *Inmemorian*.

En la actualidad trabaja en varios proyectos literarios diferentes (entre ellos las próximas historias de *Inmemorian*), al mismo tiempo que participa en dos podcast: *El Cosmonauta*, un programa propio en el que trata temas de ciencia, misterio y ficción, y *Contraportada*, un podcast de escritores para lectores.